

# Émile Zola

## El vientre de París



Lectulandia

Émile Zola, fundador del naturalismo, compuso con *El vientre de París* la tercera novela del ciclo Rougon-Macquart, que escribió entre 1871 y 1893, con el que erigió un sorprendente y completo relato de la vida francesa, especialmente de la parisina, durante el Segundo Imperio.

*El vientre de París* puede definirse como un gran bodegón. Al retablo costumbrista del París del XIX que Zola fue desgranando en las dos primeras novelas de este ciclo, une en ésta la pintura de uno de esos cuadros donde se exhiben carnes, verduras y pescados con una riqueza lujuriente de hambre satisfecha.

La novela transcurre en el Mercado Central de París, recién inaugurado en la época en que acontecen los hechos como parte de las reformas destinadas a cambiar París entero, para borrar de sus calles el recuerdo de las revueltas republicanas. Pero el Mercado no es sólo el teatro donde se desarrolla un episodio más de la saga Rougon-Macquart, sino un personaje más que, enorme, marca con su pulso de bestia fabulosa el ritmo de la vida de los Macquart.

Lectulandia

Émile Zola

# El vientre de París

Los Rougon-Macquart - 3

ePub r1.0

IbnKhalidun 27.06.14

Título original: *Le ventre de Paris*  
Émile Zola, 1874  
Traducción y notas: Esther Benítez  
Diseño de cubierta: Ángel Uriarte

Editor digital: IbnKhaldun  
ePub base r1.1

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## Uno

**E**n medio de un gran silencio, y en la avenida desierta, los carros de los hortelanos subían hacia París, entre el traqueteo cadencioso de las ruedas, cuyos ecos golpeaban las fachadas de las casas, dormidas a los dos bordes, tras las líneas confusas de los olmos. Un volquete de coles y un volquete de guisantes se habían unido, en el puente de Neuilly, a los ocho carros de nabos y zanahorias que bajaban de Nanterre; y los caballos marchaban por sí solos, la cabeza gacha, con su paso continuo y perezoso que la subida hacía aún más lento. En lo alto, sobre el cargamento de verduras, tumbados boca abajo, cubiertos con sus tabardos de rayitas negras y grises, los carreteros dormitaban, con las riendas en la mano. Un reverbero de gas, al salir de una franja de sombra, iluminaba los clavos de un zapato, la manga azul de una blusa, un trozo de gorra, entrevistos en aquella floración enorme de los ramilletes rojos de las zanahorias, los ramilletes blancos de los nabos, el deslumbrante verdor de guisantes y coles. Y por la carretera, por los caminos vecinos, por delante y por detrás, lejanos ronquidos de acarreos anunciaban convoyes similares, toda una afluencia de mercancías que atravesaban las tinieblas y el pesado sueño de las dos de la madrugada, acunando a la ciudad negra con el ruido de los alimentos que pasaban.

*Baltasar*, el caballo de la señora François, un animal demasiado gordo, encabezaba la fila. Caminaba, medio dormido, balanceando las orejas, cuando, a la altura de la calle de Longchamps, un respingo de miedo lo clavó en seco sobre sus cuatro patas. Los otros animales fueron a darse de cabeza contra la trasera de los carros, y la fila se detuvo, entre sacudidas de chatarra, en medio de los juramentos de los carreteros que se habían despertado. La señora François, adosada a una tablilla contra sus verduras, miraba, no veía nada, al débil resplandor proyectado a la izquierda por el farolito cuadrado, que apenas iluminaba uno de los flancos lustrosos de *Baltasar*.

—¡Eh!, tía, adelante —gritó uno de los hombres, que se había arrodillado sobre sus nabos—. Seré algún cochino borracho.

Ella se había inclinado, había distinguido, a la derecha, casi bajo las patas del caballo, una masa negra que obstruía el camino.

—No se aplasta a la gente —dijo, saltando a tierra.

Era un hombre tendido cuan largo era, con los brazos estirados, caído de bruces en el polvo. Parecía de extraordinaria estatura, flaco como una rama seca; era un milagro que *Baltasar* no lo hubiera partido en dos con sus cascos. La señora François lo creyó muerto; se puso en cuclillas delante de él, le cogió una mano, y vio que estaba caliente.

—¡Eh! ¡Hombre! —dijo suavemente.

Pero los carreteros se impacientaban. El que estaba arrodillado sobre sus verduras prosiguió con voz ronca:

—¡Arree de una vez, tía!... ¡Está como una cuba, condenado cerdo! ¡Tire eso al arroyo!

Mientras tanto el hombre había abierto los ojos. Miraba a la señora François pasmado, sin moverse. Ella pensó que debía de estar ebrio, en efecto.

—No puede quedarse ahí, lo van a aplastar —le dijo—. ¿A dónde iba usted?

—No sé... —respondió en voz muy baja.

Después, con dificultad, y la mirada inquieta:

—Iba a París, me he caído, no sé...

Ella lo veía mejor, y resultaba lamentable, con su pantalón negro, su levita negra, deshilachados, que mostraban la sequedad de sus huesos. La gorra, de grueso paño negro, calada medrosamente sobre las cejas, descubría dos grandes ojos pardos, de singular dulzura, en un rostro duro y atormentado. La señora François pensó que estaba realmente demasiado flaco para haber bebido.

—¿Y a dónde iba usted, en París? —preguntó de nuevo.

No respondió en seguida; este interrogatorio le molestaba. Pareció consultarse, y después, vacilando:

—Por ahí, por el lado del Mercado Central<sup>[1]</sup>.

Se había puesto de pie, con infinito trabajo, y hacía además de querer proseguir su camino. La hortelana vio que se apoyaba tambaleándose en el varal del carro.

—¿Está usted cansado?

—Sí, muy cansado —murmuró.

Entonces ella, con voz brusca y como descontenta, lo empujó, diciendo:

—Ea, rápido, suba a mi carro. ¡Nos está haciendo perder tiempo!... Voy al Mercado, lo descargaré a usted con mis verduras.

Y, como él se negaba, casi lo levantó, con sus gruesos brazos, lo arrojó sobre las zanahorias y los nabos, enfadadísima, gritando:

—¡Quiere dejarnos en paz de una vez! ¡Me fastidia usted, buen hombre! ¿No le digo que voy al Mercado? Duérmase, ya lo despertaré.

Volvió a montar, se adosó a la tablilla, sentada al sesgo, y sujetó las riendas de *Baltasar*; que reanudó la marcha, volviendo a dormirse, balanceando las orejas. Los otros carros la siguieron, la fila recobró su paso lento en la oscuridad, golpeando de nuevo con el traqueteo de las ruedas las fachadas dormidas. Los carreteros volvieron a dormir bajo sus tabardos. El que había interpelado a la hortelana se tumbó, rezongando:

—¡Ah, qué desastre si hubiera que recoger a los borrachos!... ¡Tiene usted constancia, tía!

Los carros rodaban, los caballos avanzaban solos, la cabeza gacha. El hombre que

la señora François acababa de recoger, acostado de bruces, tenía las largas piernas perdidas en el montón de nabos que llenaban la trasera del carro; su cara se hundía en medio y medio de las zanahorias, cuyos manojos subían y se ensanchaban; y, con los brazos abiertos, extenuado, abrazando la carga enorme de las verduras, temeroso de que un tumbo lo arrojase al suelo, miraba, ante sí, las dos líneas interminables de los faroles de gas que se acercaban y confundían, allá arriba, en un pulular de otras luces. En el horizonte, un gran humo blanco flotaba, metía al París durmiente en el vaho luminoso de todas aquellas llamas.

—Yo soy de Nanterre, mi nombre es señora François —dijo la hortelana al cabo de un momento—. Desde que perdí a mi pobre marido voy todas las mañanas al Mercado. ¡Es duro, sí!... ¿Y usted?

—Me llamo Florent, vengo de muy lejos... —respondió el desconocido, turbado—. Le pido disculpas: estoy tan fatigado que me resulta penoso hablar.

No quería conversar. Entonces ella calló, y aflojó un poco las riendas sobre el lomo de *Baltasar*; que seguía su camino como animal que conoce cada adoquín. Florent, los ojos clavados en el inmenso resplandor de París, pensaba en la historia que ocultaba. Escapado de Cayena, a donde lo habían arrojado las jornadas de Diciembre<sup>[2]</sup>, después de rodar dos años por la Guayana holandesa, con unas ganas locas de regresar y el temor a la policía imperial, por fin tenía ante sí la amada gran ciudad, tan añorada, tan deseada. Se ocultaría en ella, viviría allí su apacible vida de antaño. La policía no sabría nada. Por lo demás, lo creían muerto allá lejos. Y recordaba su llegada al Havre, cuando no encontró más que quince francos en el pico de su pañuelo. Hasta Ruán, había podido coger el coche. Desde Ruán, como le quedaba apenas Un franco y medio, siguió a pie. Pero en Vernon compró sus últimos diez céntimos de pan. Después ya no sabía nada. Creía haber dormido varias horas en una cuneta. Había tenido que enseñarle a un gendarme los papeles de que se había provisto. Todo eso bailaba en su cabeza. Había venido desde Vernon sin comer, con rabias y bruscas desesperaciones que lo empujaban a mascar las hojas de los setos que bordeaba; y seguía caminando, presa de retortijones y dolores, con el vientre encogido y la vista enturbiada, como si tirase de sus pies, sin tener él conciencia, aquella imagen de París, a lo lejos, muy lejos, detrás del horizonte, que lo llamaba, que lo esperaba. Cuando llegó a Courbevoie, la noche era muy oscura. París, semejante a un lienzo de cielo estrellado caído en un rincón de la negra tierra, le pareció severo y como enojado por su regreso. Entonces sintió un desmayo, bajó la cuesta con las piernas flojas. Al cruzar el puente de Neuilly, se apoyó en el pretil, se inclinó sobre el Sena que arrastraba oleadas de tinta, entre las masas densas de las orillas; un fanal rojo, en el agua, lo seguía con un ojo sangriento. Ahora tenía que subir, que llegar a París, allá arriba. La avenida le parecía desmesurada. Los cientos de leguas que acababa de recorrer no eran nada; aquel trozo de camino lo

desesperaba, jamás llegaría a aquella cima, coronada por aquellas luces. La avenida plana se extendía, con sus líneas de grandes árboles y de casas bajas, sus anchas aceras grisáceas, manchadas con la sombra de las ramas, los agujeros oscuros de las calles transversales, todo su silencio y todas sus tinieblas; y los reverberos de gas, rectos, espaciados con regularidad, eran los únicos en poner la vida de sus cortas llamas amarillas en aquel desierto de muerte. Florent ya no avanzaba, la avenida seguía alargándose, empujando París hacia el fondo de la noche. Le pareció que los reverberos, con su ojo único, corrían a derecha e izquierda, llevándose la carretera; tropezó en aquel vahído; se desplomó como una masa sobre los adoquines.

Y ahora rodaba suavemente sobre aquella capa de verdor, que le parecía de una blandura de pluma. Había levantado un poco la barbilla, para ver el vaho luminoso que aumentaba, sobre los tejados negros adivinados en el horizonte. Llegaba, lo llevaban, no tenía sino que abandonarse a las sacudidas lentas del carro; y este acercamiento sin fatiga sólo le dejaba el sufrimiento del hambre. El hambre se había despertado, intolerable, atroz. Sus miembros dormían; sólo sentía su estómago, retorcido, atenazado como por un hierro al rojo. El fresco olor de las verduras en las que se había hundido, el aroma penetrante de las zanahorias, lo turbaba hasta el desfallecimiento. Apoyaba con todas sus fuerzas el pecho contra aquel hondo lecho de alimentos, para apretarse el estómago, para impedirle gritar. Y, detrás, los otros nueve volquetes, con sus montañas de coles, sus montañas de guisantes, sus pilas de alcachofas, de lechugas, de apios, de puerros, parecían rodar lentamente sobre él y pretender sepultarlo, en la agonía de su hambre, bajo un alud de comida. Se produjo una parada, un ruido de gruesas voces; era el fielato, los consumidores revisaban los carros. Después Florent entró en París, desvanecido, los dientes apretados, sobre las zanahorias.

—¡Eh! ¡Hombre! ¡Usted! —gritó bruscamente la señora François.

Y, como él no se movía, subió, lo sacudió. Entonces Florent se incorporó. Había dormido, ya no sentía el hambre; estaba completamente alelado. La hortelana le hizo bajar, diciéndole:

—Me va a ayudar a descargar, ¿no?

La ayudó. Un hombretón, con bastón y sombrero de fieltro, que llevaba una placa en la solapa izquierda del gabán, se enfadaba, golpeaba la acera con la contera del bastón.

—¡Vamos, vamos, más de prisa! Adelante el carro. ¿Cuántos metros tiene usted? Cuatro, ¿no?

Entregó una papeleta a la señora François, quien sacó unas perras gordas de una bolsita de tela. Y fue a enfadarse y a golpear con su bastón algo más lejos. La hortelana había cogido a *Baltasar* de la brida, empujándolo, aculando el carro, con las ruedas contra la acera. Después, tras haber marcado en la acera sus cuatro metros con



manojos de paja, quitó la tabla de atrás y rogó a Florent que le pasara las verduras, manojo a manojo. Las alineó metódicamente en el puesto, limpiando la mercancía, disponiendo las hojas de forma que un filete de verdor enmarcase los montones, montando con singular prontitud todo un escaparate que se asemejaba, en la sombra, a un tapiz de colores simétricos. Cuando Florent le hubo entregado una enorme brazada de perejil, que encontró en el fondo, ella le pidió otro favor.

—¿Sería tan amable de cuidarme la mercancía, mientras voy a encerrar el carro en la cochera?... Es a dos pasos, en la calle Montorgueil, en el Compás de Oro.

Le aseguró que podía irse tranquila. El movimiento no le sentaba bien; notaba que su hambre despertaba, desde que estaba agitándose. Se sentó contra un montón de coles, al lado de la mercancía de la señora François, diciéndose que estaba bien allí, que se estaría quieto, que esperaría. Le parecía tener la cabeza vacía, y no se explicaba claramente dónde se encontraba. A partir de los primeros días de septiembre, las madrugadas son muy negras. Unos faroles a su alrededor se deslizaban despacito, se detenían en las tinieblas. Estaba al borde de una calle ancha, que no reconocía; se hundía en plena noche, muy a lo lejos. Él apenas distinguía la mercancía que cuidaba. Más allá, confusamente, a lo largo de la manzana, cabrilleaban vagos amontonamientos. En el centro de la calzada, grandes perfiles grisáceos de volquetes obstruían la calle; y, de uno a otro extremo, pasaba un hálito que hacía adivinar una hilera de animales enganchados que no se veían. Llamadas, el ruido de una pieza de madera o de una cadena de hierro al caer sobre el adoquinado, el derrumbamiento sordo de una carretada de verduras, la última sacudida de un carro al tropezar con el bordillo de una acera, ponían en el aire todavía dormido el suave murmullo de algún resonante y formidable despertar, cuya proximidad se percibía, al fondo de todas aquellas sombras temblorosas. Florent, al volver la cabeza, divisó, al otro lado de sus coles, a un hombre que roncaba, envuelto como un paquete en su tabardo, con la cabeza sobre unos cestos de ciruelas. Más cerca, a la izquierda, reconoció a un niño de unos diez años, adormilado con una sonrisa angelical en el hueco de dos montañas de escarolas. Y, a ras de la acera, lo único perfectamente despierto eran los faroles que danzaban al extremo de brazos invisibles, saltando por encima del sueño que se arrastraba allí, personas y verduras en montón, a la espera del día. Pero lo que le sorprendía era, a los dos bordes de la calle, unos gigantes pabellones, cuyos tejados superpuestos le parecían crecer, extenderse, perderse, al fondo de una polvareda de resplandores. Soñaba, con la mente debilitada, en una sucesión de palacios, enormes y regulares, de una ligereza de cristal, que encendían sobre sus fachadas las mil rayas de llamas de persianas continuas y sin fin. Entre las finas aristas de los pilares, esas menudas barras amarillas formaban escaleras de luz, que ascendían hasta la línea oscura de los primeros tejados, que escalaban el amontonamiento de los tejados superiores, apoyando la mole de los grandes

armazones calados de salas inmensas, por donde vagaba, bajo el amarillo del gas, una confusión de formas grises, borrosas y durmientes. Volvió la cabeza, enojado por ignorar dónde se hallaba, inquieto por aquella visión colosal y frágil; y, al alzar los ojos, distinguió la esfera luminosa de San Eustaquio, con la masa gris de la iglesia. Eso lo sorprendió profundamente. Estaba en la punta de San Eustaquio<sup>[3]</sup>.

Mientras tanto la señora François había regresado. Discutía violentamente con un hombre que llevaba un saco al hombro, y que quería pagarle sus zanahorias a cinco céntimos el manojo.

—Mire, Lacaille, sea razonable... Usted las revende a veinte y veinticinco céntimos a los parisienses, no me diga que no... A diez céntimos, si quiere.

Y, como el hombre se iba:

—La gente se cree que eso crece solo, de veras... Puede buscarlas, zanahorias a perra chica, ese borracho de Lacaille... Ya verá usted como vuelve.

Se dirigía a Florent. Luego, sentándose junto a él:

—Dígame, si hace mucho que falta de Parisino conocerá el nuevo Mercado, ¿eh? Hace cinco años, como mucho, que lo construyeron... Allí, mire, el pabellón que está a nuestro lado es el pabellón de la fruta y las flores; más lejos, el pescado, la volatería y, detrás, las hortalizas, la mantequilla, el queso... Hay seis pabellones por ese lado; después, al otro lado, enfrente, hay cuatro más: carne, casquerías, el Valle... Es muy grande, pero hace un frío terrible en invierno. Dicen que van a construir dos pabellones más, derribando las casas, alrededor del Mercado del Trigo. ¿Conocía usted todo esto?

—No —respondió Florent—. Estaba en el extranjero... Y esa calle ancha, la que está delante de nosotros, ¿cómo se llama?

—Es una calle nueva, la calle del Puente Nuevo, que sale del Sena y llega hasta aquí, a la calle Montmartre y a la calle Montorgueil...<sup>[4]</sup> Si fuera de día, se habría orientado usted en seguida.

Se levantó, al ver a una mujer inclinada sobre sus nabos.

—¿Es usted, tía Chantemesse? —dijo amistosamente.

Florent miraba al final de la calle Montorgueil. Era allí donde un grupo de policías lo había detenido, la noche del 4 de diciembre. A eso de las dos, él seguía el bulevar Montmartre, caminando despacio entre el gentío, riéndose de todos aquellos soldados que el Elíseo sacaba a la calle para que lo tomasen en serio, cuando los soldados habían barrido las aceras, a quemarropa, durante un cuarto de hora. Empujado, arrojado al suelo, cayó en la esquina de la calle Vivienne; y ya no sabía más, la enloquecida muchedumbre pasaba sobre su cuerpo, con el terror espantoso de las descargas. Cuando no oyó nada más, quiso levantarse. Sobre él estaba una joven con sombrero rosa, cuyo chal resbalaba, descubriendo un camisolín plisado, de pliegues pequeños. Sobre el pecho, en la pechera, habían entrado dos balas; y cuando

rechazó suavemente a la joven, para liberar sus piernas, dos hilillos de sangre corrieron desde los agujeros hasta sus manos. Entonces se levantó de un salto, se marchó, enloquecido, sin sombrero, con las manos húmedas. Vagó hasta la noche con la cabeza extraviada, viendo siempre a la joven, atravesada sobre sus piernas, con su cara muy pálida, sus grandes ojos azules abiertos, sus labios doloridos, su asombro de haber muerto, allí, tan de prisa. Era tímido; a los treinta años, no se atrevía a mirar a la cara un rostro de mujer, y ése lo tenía para toda la vida, en la memoria y en el corazón. Era como una mujer propia que hubiese perdido. Por la noche, sin saber cómo, conmocionado todavía por las terribles escenas de la tarde, se encontró en la calle Montorgueil, en una tienda de vinos, donde los hombres bebían mientras hablaban de hacer barricadas. Los acompañó, les ayudó a arrancar unos adoquines, se sentó sobre la barricada, cansado de su caminata por las calles, diciéndose que pelearía cuando llegaran los soldados. Ni siquiera llevaba consigo un cuchillo; seguía destocado. Hacia las once se amodorró; veía los dos agujeros de la pechera blanca plisada, que lo miraban como dos ojos rojos de lágrimas y sangre. Cuando se despertó, lo sujetaban cuatro agentes de policía que lo molían a puñetazos. Los hombres de la barricada se habían dado a la fuga. Pero los agentes se pusieron furiosos y a punto estuvieron de estrangularlo cuando vieron que tenía sangre en las manos. Era la sangre de la joven.

Florent, lleno de estos recuerdos, alzaba los ojos hacia la esfera luminosa de San Eustaquio, sin ver siquiera las agujas. Eran cerca de las cuatro. El Mercado Central seguía durmiendo. La señora François charlaba con la tía Chantemesse, de pie, discutiendo el precio del manojo de nabos. Y Florent recordaba que por poco lo fusilan allí, contra los muros de San Eustaquio. Un pelotón de gendarmes acababa de romperle allí la crisma a cinco desgraciados, cogidos en una barricada de la calle Grenéta. Los cinco cadáveres yacían en la acera, en un lugar donde creía distinguir hoy montones de rábanos rosa. Él escapó a los fusiles porque los policías sólo tenían espadas. Lo llevaron a un retén vecino, dejándole al jefe del retén esta línea escrita a lápiz en un trozo de papel: «Cogido con las manos cubiertas de sangre. Peligrosísimo». Hasta la madrugada, lo arrastraron de retén en retén. El trozo de papel lo acompañaba. Le habían puesto las esposas, lo custodiaban como a un loco furioso. En el retén de la calle de la Lingerie, unos soldados borrachos quisieron fusilarlo; ya habían encendido el farol cuando llegó la orden de llevar a los prisioneros a los calabozos de la prefectura de policía. A los dos días estaba en una casamata del fuerte de Bicêtre. Desde ese día padecía hambre; había tenido hambre en la casamata, y el hambre ya no le había abandonado. Había un centenar de personas reclusas en el fondo de aquel sótano, sin aire, devorando los pocos bocados de pan que les arrojaban, como a animales encerrados. Cuando compareció ante un juez de instrucción, sin testigos de ninguna clase, sin defensor, fue acusado de formar

parte de una sociedad secreta; y, como juraba que no era cierto, el juez sacó de su expediente el trozo de papel: «Cogido con las manos cubiertas de sangre. Peligrosísimo». Bastó con eso. Lo condenaron a la deportación. Al cabo de seis semanas, en enero, un carcelero lo despertó, una noche, lo encerró en un patio con cuatrocientos y pico prisioneros. Una hora después, este primer convoy partía hacia los pontones y el destierro, con esposas en las muñecas, entre dos filas de gendarmes, con los fusiles cargados. Cruzaron el puente de Austerlitz, siguieron la línea de los bulevares, llegaron a la estación del Havre. Era una noche feliz de carnaval; las ventanas de los restaurantes del bulevar relucían; a la altura de la calle Vivienne, en el lugar donde seguía viendo a la muerta desconocida cuya imagen se llevaba, Florent distinguió, en el fondo de una gran calesa, unas mujeres enmascaradas, hombros desnudos, voces risueñas, enfadadas porque no podían pasar, haciéndose las delicadas ante «aquellos forzados que no acababan nunca». De París al Havre, los prisioneros no recibieron un bocado de pan, ni un vaso de agua; habían olvidado repartirles las raciones antes de la partida. Sólo comieron treinta y siete horas después, cuando los hubieron amontonado en la cala de la fragata *Canadá*.

No, el hambre ya no le había abandonado. Rebuscaba en sus recuerdos, no se acordaba de una hora de plenitud. Se había vuelto enjuto, con el estómago encogido, la piel pegada a los huesos. Y encontraba un París opulento, espléndido, desbordante de comida, en el fondo de las tinieblas; regresaba a él sobre un lecho de verduras; rodaba por él entre pitanzas desconocidas, que sentía pulular a su alrededor y que lo inquietaban. ¡Conque la feliz noche de carnaval había continuado durante siete años! Volvía a ver las ventanas relucientes de los bulevares, las mujeres risueñas, la ciudad glotona que había dejado aquella lejana noche de enero; y le parecía que todo había crecido, se había dilatado en aquella enormidad del Mercado Central, cuyo aliento colosal comenzaba a oír, pesado aún por la indigestión de la víspera.

La tía Chantemesse se había decidido a comprar doce manojos de nabos. Los tenía en el delantal, sobre el vientre, lo que redondeaba aún más su ancha cintura; y allí seguía sin parar de hablar, con su voz cansina. Cuando se hubo marchado, la señora François fue a sentarse al lado de Florent, diciendo:

—Pobre tía Chantemesse, tiene por lo menos setenta y dos años. Era yo una chiquilla y ella ya le compraba nabos a mi padre. Y ni un pariente, sólo una golfa que recogió no sé dónde, y que la saca de quicio... ¡Pues bueno!, va tirando, vende al menudeo, se saca aún su par de francos al día... Lo que es yo, no podría quedarme en este endiablado París todo el día, en una acera. ¡Si tuviera algún pariente, al menos!

Y como Florent no soltaba prenda:

—Tiene usted familia en París, ¿no? —preguntó.

Él no pareció oírla. Volvía a desconfiar. Tenía la cabeza llena de historias sobre la policía, de agentes que acechaban en cada esquina, de mujeres que vendían los

secretos arrancados a pobres diablos. Ella estaba muy cerca de él y le parecía muy honrada, con su ancha cara tranquila con la pañoleta negra y amarilla ajustada a la frente. Tendría unos treinta y cinco años, era un poco gruesa, guapa con su vida al aire libre y con su virilidad dulcificada por unos ojos negros de caritativa ternura. Sin duda era muy curiosa, pero con una curiosidad que debía de ser pura bondad. Prosiguió, sin ofenderse por el silencio de Florent:

—Yo tenía un sobrino en París. Se echó a perder, sentó plaza... En fin, es una suerte cuando uno sabe a dónde ir. Seguro que sus padres se sorprenderán mucho al verlo. Da gusto cuando uno vuelve, ¿verdad?

Mientras hablaba, no le quitaba ojo, apiadada sin duda por su extremada flacura, notando que era un «señor» bajo su lamentable vestimenta negra, sin atreverse a ponerle una moneda en la mano.

Por último, tímidamente, murmuró:

—Si, mientras tanto, necesitara algo...

Pero él rehusó con inquieta altivez; dijo que tenía cuanto precisaba, que sabía a dónde ir. Ella pareció dichosa, repitió varias veces, como para tranquilizarse sobre su suerte:

—¡Ah, bueno! Entonces, no tiene más que esperar a que sea de día.

Una gran campana empezó a sonar, por encima de la cabeza de Florent, en la esquina del pabellón de la fruta.

Los toques, lentos y regulares, parecían despertar poco a poco, a los que dormían en los puestos. Los carros seguían llegando; los gritos de los carreteros, los latigazos, el golpeteo en el pavimento del hierro de las ruedas y los cascos de los animales crecían, y los carros ya sólo avanzaban a sacudidas, siguiendo la fila, perdiéndose de vista hacia las grises profundidades de las que ascendía una confusa batahola. A lo largo de la calle del Puente Nuevo estaban descargando los volquetes aculados a los arroyos, los caballos inmóviles y apretujados, alineados como en una feria. Florent se interesó por un enorme carro de la basura, lleno de coles espléndidas, que con gran dificultad habían hecho recular hasta la acera; el cargamento sobrepasaba un gran farol de gas plantado allí al lado, que iluminaba de plano el montón de anchas hojas, recogidas como faldones de terciopelo verde oscuro, recortado y encañonado. Una campesinita de dieciséis años, con casaquilla y cofia de tela azul, subida al volquete, con las coles que le llegaban hasta los hombros, las cogía una por una, las lanzaba a alguien oculto en la sombra, abajo. La cría, a veces, perdida, ahogada, resbalaba, desaparecía bajo un desprendimiento; después su nariz rosa reaparecía entre densos verdes; reía, y las coles seguían volando, pasando entre la farola de gas y Florent. Éste las contaba maquinalmente. Cuando el volquete estuvo vacío, le fastidió.

En el mercado, los montones descargados se extendían ahora hasta la calzada. Entre montón y montón, los hortelanos disponían un estrecho sendero para que la

gente pudiera circular. Toda la ancha acera, cubierta de una punta a otra, se alargaba, con los montículos oscuros de las verduras. Sólo se veía aún, en la claridad brusca y cambiante de los faroles, la plenitud carnosa de un atado de alcachofas, los verdes delicados de las lechugas, el coral rosado de las zanahorias, el marfil mate de los nabos; y esos relámpagos de colores intensos corrían a lo largo de los montones, con los faroles. La acera se había poblado; el gentío despertaba, marchaba entre las mercancías, deteniéndose, charlando, llamando. Una voz fuerte, a lo lejos, gritaba:

—¡Eh! ¡Qué escarolas!

Acababan de abrir las verjas del pabellón de las hortalizas; las revendedoras de ese pabellón, con cofias blancas, con una pañoleta anudada sobre las chambras negras, y las sayas recogidas con alfileres para no ensuciarse, hacían su provisión del día, cargaban con sus compras los grandes cuévanos de los mozos de cuerda, colocados en el suelo. Del pabellón a la calzada, el ir y venir de los cuévanos se animaba, en medio de cabezas que chocaban, de palabras gruesas, del alboroto de las voces que enronquecían discutiendo un cuarto de hora por cinco céntimos. Y Florent se asombraba de la calma de las hortelanas, con sus madrás y su tez curtida, entre aquel regateo parlanchín del Mercado.

Detrás de él, en los puestos de la calle Rambuteau, vendían fruta. Hileras de banastas, de cestos bajos, se alineaban, cubiertos de lona o de paja; y circulaba un olor a ciruelas demasiado maduras. Una voz suave y lenta, que oía desde hacía tiempo, le hizo volver la cabeza. Vio a una encantadora mujercita morena, sentada en el suelo, que regateaba.

—¿Dime, Marcel, lo vendes por cinco francos?

El hombre enfundado en un tabardo no respondía, y la joven, al cabo de cinco minutos largos, proseguía:

—Oye, Marcel, cinco francos ese cesto, y cuatro el otro, suman nueve francos que tengo que darte.

Se hizo un nuevo silencio:

—Bueno, ¿qué es lo que tengo que darte?

—Pues diez francos, lo sabes muy bien, te lo he dicho... Y tu Jules, ¿dónde se ha metido, Sarriette? —Se echó a reír, sacando un buen puñado de monedas.

—¡Ah, sí! —prosiguió— Jules duerme a pierna suelta... Asegura que los hombres no están hechos para trabajar.

Pagó, se llevó los dos cestos al pabellón de la fruta, que acababan de abrir. El Mercado conservaba su negra ligereza, con las mil rayas de llama de las persianas; bajo las grandes calles cubiertas pasaba gente, mientras que los pabellones, a lo lejos, se iban quedando desiertos, entre el creciente hormigueo de sus aceras. En la punta de San Eustaquio, panaderos y vinateros quitaban los postigos; las tiendas rojas, con sus faroles de gas encendidos, agujereaban las tinieblas a lo largo de las casas grises.

Florent miraba una panadería en la calle Montorgueil, a la izquierda, repleta y dorada por la última hornada, y creía sentir el buen olor del pan caliente. Eran las cuatro y media.

Entre tanto la señora François se había desprendido de su mercancía. Le quedaban unos manojos de zanahorias cuando reapareció Lacaille, con su saco.

—¿Qué? ¿Le va a cinco céntimos? —dijo.

—Estaba segura de volverlo a ver —respondió tranquilamente la hortelana—. Vamos, llévese el resto. Hay diecisiete manojos.

—O sea, diecisiete perras chicas.

—No, treinta y cuatro.

Se pusieron de acuerdo en veinticinco. La señora François tenía prisa por irse. Cuando Lacaille se alejó, con sus zanahorias en el saco, le dijo a Florent:

—Ve, me estaba espiando. Ese viejo anda renegando por todo el mercado; espera a veces al último toque de campana para comprar veinte céntimos de mercancía... ¡Ay, estos parisienses! Se pelean por dos ochavos, y luego van a beberse la bolsa a la tienda de vinos.

Cuando la señora François hablaba de París, se llenaba de ironía y desdén; la trataba como a una ciudad muy remota, totalmente ridícula y despreciable, en la cual sólo consentía en poner los pies por la noche.

—Ahora ya puedo irme —prosiguió, sentándose de nuevo junto a Florent, sobre las verduras de una vecina.

Florent bajaba la cabeza, acababa de cometer un robo. Cuando Lacaille se había ido, había visto una zanahoria en el suelo. La había recogido, la tenía apretada en la mano derecha. A sus espaldas, atados de apio, montones de perejil lanzaban olores irritantes que se le agarraban a la garganta.

—Me voy a ir —repitió la señora François.

Se interesaba por aquel desconocido, notaba que sufría, en aquella acera de la que no se había movido. Le hizo nuevos ofrecimientos de ayuda; pero él rehusó de nuevo, con una altivez más agria. E incluso se levantó, permaneció en pie, para probar que estaba hecho un toro. Y cuando ella volvió la cabeza, se metió la zanahoria en la boca. Pero tuvo que conservarla un momento, pese a las terribles ganas que tenía de apretar los dientes; ella lo miraba de nuevo a la cara, lo interrogaba, con su curiosidad de buena mujer. Él, para no hablar, respondía con señas de la cabeza. Después, despacito, lentamente, se comió la zanahoria.

La hortelana se iba a marchar, decididamente, cuando una voz fuerte dijo muy cerca de ella:

—Buenos días, señora François.

Era un mozo delgado, de huesos grandes, una gran cabeza, barbudo, de nariz muy fina, ojos pequeños y claros. Llevaba un sombrero de fieltro negro, chamuscado,

deformado, e iba enfundado en un inmenso gabán, castaño claro en tiempos, que las lluvias habían desteñido con largos regueros verdosos. Un poco encorvado, agitado por un temblor de inquietud nerviosa que debía de ser habitual en él, permanecía plantado sobre sus toscos zapatos de cordones; y sus pantalones demasiado cortos mostraban unas medias azules.

—Buenos días, señor Claude —respondió alegremente la hortelana—. Le esperé el lunes, ¿sabe? Y, como usted no vino, guardé su tela; la he colgado de un clavo, en mi cuarto.

—Es usted demasiado buena, señora François, iré a terminar mi estudio, un día de éstos... El lunes no pude...

—¿El ciruelo grande tiene aún todas las hojas?

—Claro que sí.

—Es que, mire, voy a ponerlo en una esquina del cuadro. Quedará bien, a la izquierda del gallinero. He reflexionado sobre eso toda la semana... ¡Eh!, qué buenas verduras, esta mañana. Bajé temprano, sospechando que habría una salida de sol soberbia sobre estas condenadas coles.

Señalaba con un ademán toda la extensión de los puestos. La hortelana prosiguió:

—¡Bueno! Yo me voy. Adiós... ¡Hasta pronto, señor Claude!

Y, al marcharse, presentó a Florent al joven pintor:

—Mire, ahí tiene un señor que vuelve de lejos, al parecer. No se orienta ya en este París del demonio. Tal vez usted pueda darle alguna información.

Y se marchó por fin, encantada de dejar a los dos hombres juntos. Claude miraba a Florent con interés; aquella larga figura, enteca y flotante, le parecía original. La presentación de la señora François bastaba y, con la familiaridad de un azotacalles acostumbrado a todos los encuentros del azar, le dijo tranquilamente:

—Le acompaño. ¿A dónde va usted?

Florent se quedó cortado. Él se entregaba con menos rapidez; pero, desde su llegada, tenía una pregunta en la punta de la lengua. Se arriesgó, preguntó, con el temor de una respuesta desagradable:

—¿Existe todavía la calle Pirouette?

—Sí, claro, dijo el pintor. ¡Un rincón muy curioso del viejo París, la tal calle! Gira como una bailarina, y sus casas tienen vientres de embarazada... Le hice un aguafuerte que no está mal. Cuando venga usted por mi casa, se lo enseñaré... ¿Va usted para allá?

Florent, aliviado, remozado por la noticia de que la calle Pirouette existía, juró que no, aseguró que no tenía ningún sitio a donde ir. Toda su desconfianza despertaba ante la insistencia de Claude.

—Da igual —dijo éste—, vayamos de todos modos a la calle Pirouette. ¡Tiene un color de noche!... Venga, está a dos pasos.



Tuvo que seguirlo. Marchaban uno al lado del otro, como dos camaradas, saltando sobre los cestos y las verduras. Sobre el enlosado de la calle Rambuteau había montones gigantescos de coliflores, alineadas en pilas como balas de cañón, con sorprendente regularidad. Las carnes blancas y tiernas de las coliflores se desplegaban, semejantes a enormes rosas, entre gruesas hojas verdes, y los montones parecían ramilletes de novia, alineados en colosales jardineras. Claude se había detenido, lanzando gritos de admiración.

Después, enfrente, en la calle Pirouette, le enseñó y le explicó cada casa. Un único reverbero de gas ardía en una esquina. Las casas, amontonadas, abultadas, adelantaban sus tejadillos como «vientres de embarazada», según la expresión del pintor, echaban hacia atrás sus faldones, se apoyaban unas en los hombros de las otras. Tres o cuatro, en cambio, al fondo de agujeros de sombra, parecían a punto de caerse de narices. El reverbero de gas iluminaba una, muy blanca, enjalbegada hacía poco, con su cintura de mujer vieja cascada y deformada, toda empolvada de blanco, pintarrajeada como una jovencita. Después la fila jorobada de las otras se iba hundiendo en plena oscuridad, agrietada, verdosa por los desagües de las lluvias, con una desbandada de colores y actitudes tales que Claude reía muy a gusto. Florent se había detenido en la esquina de la calle Mondétour, frente a la penúltima casa, a la izquierda. Los tres pisos dormían, con sus dos ventanas sin persianas, sus visillos blancos bien corridos detrás de los cristales; arriba, sobre los visillos de la estrecha ventana del faldón, iba y venía una luz. Pero la tienda, bajo el tejadillo, parecía causarle una emoción extraordinaria. Estaban abriendo. Era un comercio de verduras cocidas; al fondo brillaban unos barreños; sobre la mesa del escaparate, budines de espinacas y de achicoria, en cazuelas, se redondeaban, se remataban en punta, cortados, detrás, por pequeñas palas de las que sólo se veía el mango. Esta visión dejó a Florent paralizado de sorpresa; no debía de reconocer la tienda; leyó el nombre del comerciante, *Godeboeuf*, en una muestra roja, y quedó consternado. Con los brazos colgando, examinaba los budines de espinacas con el aire desesperado de un hombre al que le ocurre una desgracia suprema.

Mientras tanto la ventana del faldón se había abierto, una viejecita se asomaba, miraba al cielo, luego al Mercado, a los lejos.

—¡Vaya! ¡La señorita Saget está madrugadora! —dijo Claude, que había levantado la cabeza.

Y agregó, volviéndose a su compañero:

—Vivió una tía mía en esa casa. Es un nido de chismes... ¡Ah!, las Méhudin ya están levantadas; hay luz en el segundo.

Florent iba a interrogarlo, pero le pareció inquietante, con su gran gabán desteñido; lo siguió sin decir palabra mientras el otro le hablaba de las Méhudin. Eran unas pescaderas; la mayor era espléndida; la pequeña, que vendía peces de agua

dulce, parecía una virgen de Murillo, tan rubia en medio de sus carpas y sus anguilas. Y terminó diciendo, enojado, que Murillo pintaba de forma indecente. Después, bruscamente, deteniéndose en medio de la calle:

—Veamos, ¿a dónde va usted, por fin?

—No voy a ninguna parte, ahora —dijo Florent abrumado—. Vamos a donde usted quiera.

Al salir de la calle Pirouette, una voz llamó a Claude, desde el fondo de una tienda de vinos, que hacía esquina. Claude entró, arrastrando a Florent detrás de sí. Sólo habían quitado los postigos de un lado. El gas ardía en el aire aún dormido de la sala; una bayeta olvidada, las cartas de la víspera rodaban por las mesas, y la corriente de aire de la puerta abierta de par en par ponía una pizca de frescor en medio del olor cálido y cerrado del vino. El dueño, el señor Lebigre, servía a los clientes, en chaleco con mangas, con la barbita corta toda chafada, sus gruesas facciones regulares blancas de sueño. Unos hombres, de pie, en grupos, bebían ante el mostrador, tosiendo, escupiendo, ojerosos, acabando de despertarse con vino blanco y aguardiente. Florent reconoció a Lacaille, cuyo saco, a esas horas, desbordaba de verduras. Iba por la tercera ronda, con su camarada, que contaba por extenso la compra de un cesto de patatas. Cuando hubo vaciado su vaso, se fue a charlar con el señor Lebigre a un pequeño reservado acristalado, al fondo, donde no estaba encendido el gas.

—¿Qué quiere tomar? —preguntó Claude a Florent.

Al entrar, había estrechado la mano del hombre que lo invitaba. Era un cargador, un guapo mozo de veintidós años a lo sumo, afeitado, con bigotito, de pinta muy alegre, con su amplio sombrero embadurnado de tiza y su coetillo de tapicería, cuyos tirantes apretaban su chaquetón azul. Claude le llamaba Alexandre, le palmeaba los brazos, le preguntaba cuándo irían a Charentonneau. Y hablaban de una gran excursión que habían hecho juntos, en canoa, por el Marne. Por la noche habían comido conejo.

—Vamos, ¿qué toma? —repitió Claude.

Florent miraba el mostrador, muy embarazado. En el extremo, unas teteras de ponche y de vino caliente, con aros de cobre, se calentaban sobre las cortas llamas azules y rosa de un aparato de gas. Confesó por fin que de buena gana tomaría algo caliente. El señor Lebigre sirvió tres vasos de ponche. Había, junto a las teteras, en un cestillo, mediasnoches recién traídas, que humeaban. Pero los otros cogieron, y Florent bebió su vaso de ponche; lo sintió caer en el estómago vacío como un hilillo de plomo fundido. Fue Alexandre el que pagó.

—Buen chico, este Alexandre —dijo Claude, cuando se encontraron ambos en la acera de la calle Rambuteau—. En el campo es muy divertido; hace verdaderas proezas; y además, es un tipo espléndido; lo he visto desnudo, y si quisiera posar para

mí, al aire libre..., ¡qué anatomía!... Y ahora, si le apetece, vamos a dar una vuelta por el Mercado.

Florent lo seguía, se abandonaba. Un resplandor claro, al fondo de la calle Rambuteau, anunciaba el día. La gran voz del Mercado bramaba más alta; a veces, tañidos de campana, en un pabellón alejado, cortaban ese clamor rodante y ascendente. Entraron por una de las calles cubiertas, entre el pabellón del pescado y el pabellón de la volatería. Florent alzaba los ojos, miraba la alta bóveda, cuyo maderamen interior relucía entre los encajes negros de las armaduras de hierro colado. Cuando desembocó en la gran calle central pensó en alguna ciudad extraña, con sus barrios distintos, sus arrabales, sus aldeas, sus paseos y sus carreteras, sus plazas y sus cruces, metida por entero bajo un cobertizo, un día de lluvia, por algún gigantesco capricho. Las sombras, que dormitaban en los huecos de la techumbre, multiplicaban el bosque de pilares, ensanchaban al infinito las delicadas nervaduras, las galerías recortadas, las persianas transparentes; y había, por encima de la ciudad, hasta el fondo de las tinieblas, toda una vegetación, toda una floración, monstruoso despliegue de metal, cuyos tallos que ascendían como cohetes, cuyas ramas que se retorcían y anudaban, cubrían un mundo con las levedades del follaje de un oquedal secular. Algunos barrios dormían aún, encerrados tras sus verjas. Los pabellones de la mantequilla y de la volatería alineaban sus tiendecitas enrejadas, alargaban sus callejuelas desiertas bajo las hileras de faroles de gas. El pabellón del pescado acababa de abrirse; unas mujeres cruzaban las filas de piedras blancas, marcadas por la sombra de los cestos y de los trapos olvidados. En las hortalizas, en las flores y en la fruta crecía el alboroto. Poco a poco la ciudad se iba despertando, desde el barrio populoso donde las coles se apilan desde las cuatro de la madrugada, al barrio perezoso y rico que sólo cuelga en sus casas capones y faisanes hacia las ocho.

Pero en las grandes calles cubiertas la vida afluía. A lo largo de las aceras, en los dos bordes, había aún hortelanos, pequeños cultivadores, llegados de las cercanías de París, desplegando sobre cestas su cosecha de la tarde anterior, manojos de verduras, puñados de frutas. Entre el incesante vaivén del gentío, los carros entraban bajo las bóvedas, aflojando el trote resonante de sus caballos. Dos de esos carros, dejados de través, obstruían la calle. Florent, para pasar, tuvo que apoyarse contra uno de los sacos grisáceos, parecidos a sacos de carbón, y cuya enorme carga doblaba los ejes; los sacos, mojados, desprendían un fresco olor a algas marinas; uno de ellos, reventado por una punta, dejaba escapar un montón negro de grandes mejillones. A cada paso, ahora, tenían que pararse. Llegaba el pescado, se sucedían los camiones<sup>[5]</sup>, acarreando las altas jaulas de madera llenas de banastas que los ferrocarriles traen muy cargadas desde el Océano. Y ellos, para evitar los camiones del pescado, cada vez más presurosos e inquietantes, se lanzaban bajo las ruedas de los camiones de mantequilla, huevos y quesos, de grandes vagonetas amarillas, tiradas por cuatro

caballos, con faroles de colores; unos cargadores cogían las cajas de huevos, los cestos de quesos y de mantequilla, que llevaban al pabellón de la subasta, donde unos empleados con gorras escribían en cuadernillos, al resplandor del gas. Claude estaba encantado con aquel tumulto; se abstraía ante un efecto de luz, un grupo de blusas, la descarga de un vehículo. Por fin se alejaron. Como seguían recorriendo la calle principal, caminaron entre un olor exquisito que flotaba a su alrededor y parecía seguirles. Estaban en medio del mercado de flores frescas. En los puestos, a derecha e izquierda, mujeres sentadas tenían ante sí canastillas cuadradas, llenas de manojos de rosas, de violetas, de dalias, de margaritas. Los manojos se oscurecían, semejantes a manchas de sangre, o palidecían suavemente con grises plateados de gran delicadeza. Junto a una canastilla, una vela encendida ponía, sobre toda la oscuridad circundante, una canción aguda de color, los vivos contrastes de las margaritas, el rojo sangrante de las dalias, el azulado de las violetas, las carnes vivientes de las rosas. Y nada más dulce ni más primaveral que las ternuras de aquel perfume halladas en una acera, al salir de los acres hálitos del pescado y del olor pestilente de mantequillas y quesos.

Claude y Florent volvieron sobre sus pasos, matando el tiempo, demorándose en medio de las flores. Se detuvieron curiosos delante de unas mujeres que vendían manojos de helechos y paquetes de hojas de vid, muy regulares, atados en puñados. Después doblaron por un trozo de calle cubierta, casi desierto, donde sus pasos sonaban como bajo la bóveda de una iglesia. Encontraron allí, enganchado a un carro del tamaño de una carretilla, un asnillo que se aburría, sin duda, y que se puso a rebuznar al verlos, con ronquidos tan fuertes y prolongados, que la vasta techumbre del Mercado tembló. Respondieron unos relinchos de caballo; hubo pataleos, todo un alboroto a lo lejos, que aumentó, rodó, acabó por perderse. Mientras tanto, enfrente de ellos, en la calle Berger, las tiendas desnudas de los comisionistas, abiertas de par en par, mostraban, bajo la viva claridad del gas, montones de cestas de frutas, entre las tres paredes sucias cubiertas de sumas a lápiz. Y, mientras estaban allí, divisaron a una señora bien trajeada, aovillada con aire de feliz lasitud en el rincón de un simón, perdido en la calzada atestada y que se deslizaba disimuladamente.

—Es Cenicienta que regresa sin zapatitos —dijo Claude con una sonrisa.

Charlaban ahora, al volver al Mercado. Claude, con las manos en los bolsillos, silbando, contaba su gran amor por el desbordamiento de alimentos que asciende en el medio y medio de París cada mañana. Merodeaba entre los puestos noches enteras, soñando con colosales bodegones, con cuadros extraordinarios. E incluso había empezado uno; había hecho posar a su amigo Marjolin y a esa bribona de Cadine; pero era duro, era demasiado hermoso, ¡aquellas malditas verduras, y las frutas, y los pescados, y la carne! Florent escuchaba, con el vientre contraído, aquel entusiasmo de artista. Y era evidente que Claude, en ese momento, ni siquiera pensaba que esas hermosas cosas se comían. Las amaba por su color. Bruscamente enmudeció, apretó

con un movimiento habitual en él la larga faja roja que llevaba bajo el gabán verdoso, y prosiguió con aire astuto:

—Y, además, yo almuerzo aquí, al menos con la vista, y eso vale más que no tomar nada. A veces, cuando se me olvida cenar, al día siguiente cojo una indigestión, al ver llegar toda clase de cosas ricas. Esas mañanas aún siento más cariño por mis verduras... No, oiga, lo que es exasperante, lo que no es justo, ¡es que esos pillos de burgueses se coman todo esto!

Contó una cena que un amigo le había pagado en Baratte, un día de esplendor; habían comido ostras, pescado, caza. Pero Baratte se había esfumado; todo el carnaval del antiguo mercado de los Inocentes se encontraba enterrado a estas horas; estábamos en el Mercado Central, ese coloso de hierro colado, esa ciudad nueva, tan original. Por mucho que dijeran los imbéciles, toda la época estaba allí. Y Florent ya no sabía si condenaba el lado pintoresco o la buena comida de Baratte. Después, Claude despotricó contra el romanticismo: prefería sus montones de coles a los harapos de la Edad Media. Acabó por acusarse de su aguafuerte de la calle Pirouette como de una debilidad. Había que derribar esas viejas casuchas y hacer cosas modernas.

—Mire —dijo deteniéndose—, mire, esa esquina de la acera. ¿No es un cuadro perfecto, que sería mucho más humano que esas condenadas pinturas tísicas?

A lo largo de la calle cubierta había, ahora, mujeres vendiendo café, sopa. En la esquina de la acera se había formado un ancho corro de consumidores en torno a una vendedora de sopa de coles. El cubo de hojalata estañada lleno de caldo humeaba sobre el pequeño anafe bajo, cuyos agujeros desprendían un pálido resplandor de brasas. La mujer, armada con un cucharón, tras coger delgadas rebanadas de pan del fondo de una cesta cubierta con un paño, servía la sopa en tazas amarillas. Había allí vendedoras muy limpias, hortelanos con blusa, mozos de cuerda sucios, con el gabán grasiento por los fardos de comida que habían cargado a hombros, pobres diablos andrajosos, todas las hambres matinales del Mercado, comiendo, quemándose, apartando un poco la barbilla para no mancharse con la rebaba de las cucharas, Y el pintor, encantado, guiñaba los ojos, buscaba el enfoque, con el fin de componer el cuadro en un buen conjunto. Pero aquella endiablada sopa de coles tenía un olor terrible. Florent volvía la cabeza, molesto ante aquellas tazas llenas, que los consumidores vaciaban sin decir palabra, con una mirada al soslayo de animales desconfiados. Entonces, cuando la mujer servía a un recién llegado, el propio Claude se enterneció con el fuerte vapor de una cucharada que recibió en pleno rostro.

Se apretó la faja, sonriente, enfadado; después, al reanudar la marcha, le dijo a Florent en voz bastante baja, aludiendo al vaso de ponche de Alexandre:

—Es gracioso, ¿nunca se ha fijado usted en eso?... Siempre se encuentra alguien que invita a beber, nunca se encuentra a nadie que invite a comer.

Se alzaba el día. Al final de la calle de la Cossonnerie, las casas del bulevar Sebastopol estaban totalmente negras; y, por encima de la neta línea de las pizarras, la elevada cimbra de la gran calle cubierta cortaba, en la palidez azul, una medialuna de claridad. Claude, que se había inclinado sobre ciertas trampillas, provistas de rejas, que se abrían a ras de la acera, sobre profundidades de sótanos donde ardían turbios resplandores de gas, miraba al aire ahora, entre los altos pilares, buscando sobre los tejados azulados, al borde del cielo claro. Acabó por detenerse de nuevo, los ojos levantados hacia una de las finas escaleras de hierro que unen los dos pisos de techumbres y permiten recorrerlas. Florent le preguntó qué veía allá arriba.

—Es ese diablo de Marjolin —dijo el pintor sin responder—. Seguro que está en algún canalón, a menos que haya pasado la noche con los animales del sótano de las aves... Lo necesito para un estudio.

Y contó que a su amigo Marjolin lo encontró, una mañana, una vendedora en un montón de coles, y que creció entre los puestos, libremente. Cuando quisieron mandarlo a la escuela cayó enfermo, hubo que devolverlo al Mercado. Conocía sus menores recovecos, los amaba con cariño filial, vivía, con agilidades de ardilla, en medio de aquel bosque de hierro colado. Hacían una buena pareja, él y esa bribona de Cadine, a quien la tía Chantemesse había recogido, una noche, en un rincón del antiguo mercado de los Inocentes. Él era magnífico, aquel tonto de capirote, dorado como un Rubens, con una pelusilla rojiza que atraía la luz; ella, la chiquilla, delgada y maliciosa, tenía una jeta muy graciosa, bajo la mata negra de su pelo crespo.

Claude, mientras charlaban, apretaba el paso. Llevó a su compañero a la esquina de San Eustaquio. Éste se dejó caer sobre un banco, cerca de la oficina de los omnibuses, con las piernas rotas de nuevo. El aire refrescaba. Al fondo de la calle Rambuteau, unos resplandores rosa veteaban el cielo lechoso, acuchillado, más arriba, por grandes desgarrones grises. El alba tenía un olor tan balsámico que Florent se creyó por un instante en pleno campo, sobre alguna colina. Pero Claude le mostró, al otro lado del banco, el mercado de las especias. A lo largo de la manzana de las casquerías hubiérase dicho que había campos de tomillo, de lavanda, de ajos, de chalotes; y las vendedoras habían enlazado alrededor de los jóvenes plátanos de la acera altas ramas de laurel que formaban trofeos de verdor. Dominaba el potente olor del laurel.

La esfera luminosa de San Eustaquio palidecía, agonizaba, como una mariposa sorprendida por la mañana. En las tiendas de vinos, al fondo de las calles vecinas, los faroles de gas se apagaban uno por uno, como estrellas que cayeran en la luz. Y Florent miraba el gran Mercado salir de la sombra, salir del sueño, en los cuales lo había visto, alargando al infinito sus palacios calados. Se solidificaba, de un gris verdoso, más gigantesco aún, con su prodigiosa arboladura que soportaba los lienzos sin fin de sus tejados. El Mercado amontonaba sus masas geométricas, y, cuando se

apagaron todas las claridades interiores, cuando se bañó en el día naciente, cuadrado, uniforme, apareció como una máquina moderna, sin ninguna medida, una máquina de vapor, una caldera destinada a la digestión de un pueblo, gigantesco vientre de metal, sujeto con pernos, remachado, hecho de madera, de vidrio y de hierro colado, de una elegancia y una potencia de motor mecánico, funcionando allí, con el calor del calentamiento, el aturdimiento, el bamboleo furioso de las ruedas.

Pero Claude se había subido al banco, entusiasmado. Obligó a su compañero a admirar el día que se levantaba sobre las verduras. Era un mar. Se extendía desde la esquina de Eustaquio a la calle del Mercado, entre los dos grupos de pabellones. Y, en los dos extremos, en los dos cruces, las olas crecían aún más, las verduras sumergían los adoquines. El día se alzaba lentamente, de un gris muy suave, lavándolo todo con unos tonos claros de acurela. Aquellas pilas encrespadas como olas presurosas, aquel río de verdor que parecía correr por el encajonamiento de la calzada, semejante a la desbandada de las lluvias de otoño, adquirían sombras delicadas y perladas, violetas tiernos, rosas teñidos de leche, verdes ahogados en amarillos, todas las palideces que convierten al cielo en seda cambiante a la salida del sol; y a medida que el incendio matinal ascendía en chorros de llamas al fondo de la calle Rambuteau, las verduras despertaban más, salían del difuso color azul que se arrastraba por el suelo. Las ensaladas, lechugas, escarolas, achicorias, abiertas y pringosas aún de mantillo, mostraban sus corazones brillantes; los manojos de espinacas, los manojos de acederas, los ramos de alcachofas, los montones de judías verdes y guisantes, las pilas de lechugas romanas, atadas con una brizna de paja, cantaban toda la gama del verde, desde la laca verde de las vainas al verde intenso de las hojas; gama sostenida que iba muriéndose, hasta las vetas de las matas de apio y de los atados de puerros. Pero las notas agudas, lo que cantaba más alto, eran siempre las manchas vivas de las zanahorias, las manchas puras de los nabos, diseminadas en cantidades prodigiosas a lo largo del mercado, iluminándolo con el abigarramiento de sus dos colores. En el cruce de la calle del Mercado, las coles formaban montañas: enormes coles blancas, apretadas y duras como bolas de metal pálido; coles rizadas, cuyas grandes hojas semejaban centros de mesa de bronce; lombardas, que el alba cambiaba en espléndidas floraciones, del color de las heces del vino, con magulladuras de carmín y de oscura púrpura. En el otro extremo, en el cruce de la punta de San Eustaquio, la abertura de la calle Rambuteau estaba obstruida por una barricada de calabazas anaranjadas, en dos filas, despleándose, ensanchando sus vientres, Y aquí y allá se encendían el barniz melado de una cesta de cebollas, el rojo sangriento de un montón de tomates, la amarilla borrosidad de un lote de pepinos, el morado oscuro de un racimo de berenjenas, mientras que gruesos rábanos negros, alineados en filas de luto, dejaban aún algunos huecos de tinieblas en medio de las alegrías vibrantes del despertar.

Claude batía palmas ante este espectáculo. Opinaba que aquellas «picaras verduras» eran extravagantes, locas, sublimes. Y sostenía que no estaban muertas, que, arrancadas la víspera, esperaban al sol del día siguiente para decirle adiós sobre el pavimento del Mercado. Las veía vivir, abrir sus hojas, como si aún tuvieran los pies tranquilos y calientes en el estiércol. Decía que allí oía el estertor de todos los huertos de las afueras. Mientras tanto, la multitud de cofias blancas, de chambras negras, de blusas azules, llenaba los estrechos senderos, entre las pilas. Era toda una campiña zumbadora. Los grandes cuévanos de los mozos de cuerda se deslizaban pesadamente sobre las cabezas. Las revendedoras, los verduleros ambulantes, los fruteros, compraban, se apresuraban. Había cabos y bandadas de monjas en torno a las montañas de coles, mientras que los cocineros de los colegios husmeaban, buscando alguna ganga. Seguían descargando; los volquetes arrojaban su cargamento a tierra, como un cargamento de adoquines, sumando una oleada a las otras oleadas, que iban ahora a golpear en la acera opuesta. Y, desde el final de la calle del Puente Nuevo llegaban hileras de carruajes, eternamente.

—Es terriblemente hermoso, de todos modos —murmuraba Claude, extasiado.

Florent sufría. Creía en alguna tentación sobrehumana. No quería ver más, miraba San Eustaquio, colocado al sesgo, como una aguada sepia contra el azul del cielo, con sus rosetones, sus anchas ventanas cimbradas, su campanario, sus tejados de pizarra. Se detenía en el entrante oscuro de la calle Montorgueil, donde brillaban trozos de muestras chillonas, en el chaflán de la calle Montmartre, cuyos balcones resplandecían, cargados de letras de oro. Y cuando volvía al cruce, lo tentaban otras muestras, *Droguería y farmacia, Harinas y legumbres secas*, con gruesas mayúsculas rojas o negras, sobre fondos desteñidos. Las casas de las esquinas, de estrechas ventanas, despertaban, ponían en el dilatado aire de la nueva calle del Puente Nuevo unas amarillas, antiguas y encantadoras fachadas del viejo París. En la esquina de la calle Rambuteau, de pie en medio de las lunas vacías del gran almacén de novedades, unos horteras bien trajeados, en chaleco, con pantalones ceñidos y anchos manguitos deslumbrantes, montaban los escaparates. Más lejos la casa Guillout, severa como un cuartel, exhibía delicadamente, detrás de sus cristales, paquetes dorados de galletas y compoteras llenas de pastelillos. Todas las tiendas habían abierto. Obreros con blusa blanca, con sus utensilios bajo el brazo, apretaban el paso, cruzaban la calzada.

Claude no se había bajado del banco. Se estiraba, para ver hasta el fondo de las calles. Bruscamente distinguió, en el gentío que dominaba, una cabeza rubia de abultados cabellos, seguida por una cabecita negra, rizada y desgredada.

—¡Eh! ¡Marjolin! ¡Eh! ¡Cadine! —gritó.

Y como su voz se perdía entre el barullo, saltó al suelo, emprendió una carrera. Después, se le ocurrió que olvidaba a Florent; regresó de un salto; dijo rápidamente:

—Al final del callejón de los Bourdonnais, ¿sabe?... Mi nombre está escrito con



tiza en la puerta, Claude Lantier... Venga a ver el aguafuerte de la calle Pirouette.

Desapareció. Ignoraba el nombre de Florent; se separaba de él al igual que lo había cogido, al borde de una acera, tras haberle explicado sus preferencias artísticas.

Florent estaba solo. Al principio esta soledad le hizo feliz. Desde que la señora François lo había recogido, en la avenida de Neuilly, caminaba en medio de una somnolencia y de un sufrimiento que lo privaban de una idea exacta de las cosas. Por fin estaba libre, quiso sacudirse, sacudir el sueño intolerable de alimentos gigantesco por el cual se sentía perseguido. Pero su cabeza seguía vacía, no consiguió sino encontrar en lo más hondo de sí un sordo temor. La luz aumentaba, ahora podían verlo; y miraba su pantalón y su levita, lamentables. Se abotonó la levita, desempolvó el pantalón, intentó adecentarse un poco, pues creía oír a sus negros harapos decir en voz alta de dónde venía. Estaba sentado en el centro del banco, al lado de pobres diablos, de zánganos varados allí a la espera del sol. Las noches del Mercado son dulces para los vagabundos. Dos agentes de policía, todavía con el uniforme nocturno, con capote y quepis, uno al lado del otro, con las manos a la espalda, iban y venían a lo largo de la acera; cada vez que pasaban por delante del banco lanzaban una ojeada a la caza que olfateaban allí. Florent se imaginó que lo reconocían, que se consultaban para detenerlo. Entonces lo asaltó la angustia. Le entraron unas ganas locas de levantarse, de correr, Pero no se atrevía, no sabía de qué forma marcharse. Y las ojeadas regulares de los agentes, aquel examen lento y frío de la policía, eran un suplicio. Por fin dejó el banco, conteniéndose para no huir con toda la longitud de sus grandes piernas, alejándose paso a paso, encogiendo los hombros, con el horror de sentir las rudas manos de los agentes cogiéndolo del cuello, por detrás.

No tuvo ya sino una idea, una necesidad, alejarse del Mercado. Esperaría, buscaría de nuevo, más adelante cuando los puestos estuvieran despejados. Las tres calles del cruce, la calle Montmartre, la calle Montorgueil, la calle Turbigo, lo inquietaron; estaban atestadas de carruajes de todas clases; las verduras tapaban las aceras. Entonces siguió derecho hasta la calle Pierre Lescot, donde el mercado de los berros y el mercado de las patatas le parecieron infranqueables. Prefirió seguir la calle Rambuteau. Pero, en el bulevar Sebastopol, tropezó con tal atasco de jardineras, de carretas, de charabanes, que retrocedió para coger la calle Saint Denis. Allí volvió a meterse entre verduras. A ambos lados los feriantes acababan de instalar sus puestos, y el diluvio de coles, zanahorias, nabos recomenzaba. El Mercado Central se desbordaba. Intentó escapar de aquella ola que lo alcanzaba en su huida; probó por la calle de la Cossonnerie, la calle Berger, los jardincillos de los Inocentes, la calle de la Ferronnerie, la calle del Mercado. Y se detuvo, desalentado, espantado, sin poder desprenderse de aquel infernal corro de hierbas que acababan por girar a su alrededor enlazándole las piernas con sus delgados verdores. A lo lejos, hasta la calle Rivoli, hasta la Plaza del Ayuntamiento, las eternas filas de ruedas y de animales

enganchados se perdían en el barullo de las mercancías que cargaban; grandes jardineras se llevaban los lotes de los fruteros de todo un barrio; charabanes llenos hasta los topes salían hacia las afueras. En la calle del Puente Nuevo se extravió de veras; fue a parar al medio de una cochera de carros de mano; los vendedores ambulantes preparaban allí sus escaparates rodantes. Entre ellos reconoció a Lacaille, quien cogió la calle Saint Honoré, empujando una carretada de zanahorias y coliflores. Lo siguió, esperando que lo ayudaría a salir del barullo. El suelo se había puesto pringoso aunque el tiempo fuera seco; montones de rabos de alcachofas, hojas y matas hacían peligrosa la calzada. Tropezaba a cada paso. Perdió a Lacaille en la calle Vauvilliers. Hacia el Mercado del Trigo, nuevos obstáculos de carretas y volquetes obstruían los trozos de calle. No intentó luchar más, el Mercado Central lo recobraba, la riada lo devolvía a él. Regresó lentamente, se encontró de nuevo en la punta de San Eustaquio.

Ahora oía el largo fragor que partía del Mercado. París mascaba los bocados para sus dos millones de habitantes. Era como un gran órgano central que latía furiosamente, que lanzaba la sangre de la vida a todas las venas. Ruido de mandíbulas colosales, estruendo compuesto por el alboroto del aprovisionamiento, desde los latigazos de los grandes revendedores que salen hacia los mercados de barrio, hasta las chancletas miserables de las pobres mujeres que van de puerta en puerta ofreciendo lechugas en sus cestos.

Entró por una calle cubierta, a la izquierda, en el grupo de los cuatro pabellones, en cuya gran sombra silenciosa se había fijado durante la noche. Esperaba refugiarse allí, encontrar algún agujero. Pero, a esas horas, se habían despertado como los otros. Fue hasta el extremo de la calle. Llegaban camiones al trote, atestando el mercado del Valle de jaulones llenos de aves vivas, y de cestos cuadrados donde las aves muertas se alineaban en profundas capas. En la acera opuesta, otros camiones descargaban terneras enteras, enfundadas en un lienzo, acostadas a lo largo, como niños, en canastos que sólo dejaban asomar los cuatro muñones, separados y sangrantes. Había también corderos enteros, cuartos de buey, piernas, paletillas. Los carniceros, con grandes delantales blancos, marcaban la carne con un sello, la acarreaban, la pesaban, la enganchaban de las barras de la subasta, mientras él, con la cara pegada a las rejas, miraba aquellas filas de cuerpos colgados, los bueyes y los corderos rojos, las terneras más pálidas, manchadas de amarillo por la grasa y los tendones, con el vientre abierto. Pasó a los puestos de casquería, entre las cabezas y las manos de ternera macilentas, los callos pulcramente enrollados en paquetes dentro de cajas, los sesos alineados delicadamente en cestas planas, los hígados sangrientos, los riñones violáceos. Se detuvo en las largas carretas de dos ruedas, cubiertas por un toldo redondo, que traen mitades de cerdo, enganchados por los dos lados a los adrales, encima de una cama de paja; las traseras de las carretas abiertas mostraban capillas

ardientes, profundidades de tabernáculo, en los resplandores llameantes de aquellas carnes regulares y desnudas. Y, sobre la cama de paja, había cajas de hojalata, llenas de la sangre de los cerdos. Entonces Florent fue presa de una rabia sorda; el olor soso de las carnicerías, el olor acre de las casquerías lo exasperaban. Salió de la calle cubierta, prefirió regresar una vez más a la acera de la calle del Puente Nuevo.

Era una agonía, lo invadía el escalofrío de la madrugada; castañeteaba los dientes, tenía miedo de caerse allí y de quedarse en el suelo. Buscó, no encontró una esquina en un banco; habría dormido en él, aunque lo despertaran los policías. Después, como lo cegaba un vahído, se adosó a un árbol, los ojos cerrados, las orejas zumbantes. La zanahoria cruda que había tragado, casi sin masticar le desgarraba el estómago, y el vaso de ponche lo había emborrachado. Estaba borracho de miseria, de cansancio, de hambre. Un fuego ardiente le quemaba de nuevo la boca del estómago; se llevaba a ella las dos manos, a veces, como para tapar un agujero por el cual creía sentir que se le iba todo su ser. La acera tenía un amplio balanceo; el sufrimiento resultaba tan intolerable que quiso andar un poco más para acallararlo. Caminó sin rumbo, entró en las verduras. Se perdió. Cogió un estrecho sendero, dobló por otro, tuvo que volver sobre sus pasos, se equivocó, se encontró en medio de las verduras. Ciertos montones eran tan altos que la gente circulaba entre dos muros, contruidos por paquetes y manojos. Las cabezas sobresalían un poco; se las veía deslizarse con la mancha blanca o negra del tocado; y los grandes cuévanos, balanceados, parecían, al ras de las hojas, barquillas de mimbre que flotaran sobre un lago de espuma. Florent tropezaba con mil obstáculos, con mozos de cuerda que cargaban, vendedoras que discutían con sus voces rudas; resbalaba sobre el espeso lecho de mondas y tronchos que cubría la calzada, se ahogaba con el olor poderoso de las hojas aplastadas. Entonces, atontado, se detuvo, se abandonó a los empujones de unos, a los insultos de otros; no fue sino una cosa golpeada, arrastrada, en el fondo del mar ascendente.

Lo invadía una gran cobardía. Habría mendigado. Su necia altivez de la noche lo exasperaba. Si hubiera aceptado la limosna de la señora François, si no hubiera tenido miedo de Claude, como un imbécil, no se encontraría allí, agonizando entre las coles. Y le irritaba sobre todo no haber interrogado al pintor, en la calle Pirouette. Ahora estaba solo, podía reventar, sobre los adoquines, como un perro perdido.

Alzó por última vez los ojos, miró el Mercado. Llameaba en el sol. Un gran rayo entraba por el fondo de la calle cubierta, al final, horadando en la masa de los pabellones un pórtico de luz; y, golpeando la superficie de la techumbre, caía una lluvia ardiente. El enorme almacén de hierro se ahogaba, azuleaba, ya no era sino un oscuro perfil sobre las llamas del incendio de Levante. Arriba, se iluminaba un cristal, una gota de claridad rodaba hasta los canalones, a lo largo de la pendiente de las anchas láminas de cinc. Fue entonces una ciudad tumultuosa en un polvillo de oro

volante. El despertar había aumentado, desde el ronquido de los hortelanos, acostados bajo sus tabardos, hasta el rodar más vivo de la afluencia de mercancías. Ahora, la ciudad entera replegaba sus verjas; los puestos zumbaban, los pabellones bramaban; se distinguían bien todas las voces, y hubiérase dicho el magistral despliegue de aquella frase que Florent, desde las cuatro de la madrugada, oía arrastrarse y aumentar en la sombra. A la derecha, a la izquierda, por todas partes, los chillidos de las subastas introducían agudas notas de flautín, en medio de los bajos sordos del gentío. Era el pescado, eran las mantequillas, eran las aves, era la carne. Pasaban repiques de campana, sacudiendo tras de sí el murmullo de los tratos que se iniciaban. Alrededor de él, el sol arrebolaba las verduras. Ya no reconocía la tierna acuarela de las palideces del alba. Los corazones abiertos de las lechugas ardían, la gama del verde estallaba con soberbio vigor, las zanahorias sangraban, los nabos se ponían incandescentes, en aquella hoguera triunfal. A su izquierda seguían descargando volquetes de coles. Volvió los ojos, vio, a lo lejos, los carromatos que seguían desembocando por la calle Turbigio. El mar continuaba subiendo. Lo había sentido en sus tobillos, después en su vientre; amenazaba, en ese momento, con pasar sobre su cabeza. Cegado, ahogado, con las orejas vibrantes, el estómago aplastado por cuanto había visto, adivinando nuevas e incesantes profundidades de alimentos, pidió gracia, y fue presa de un loco dolor, el de morir así de hambre en un París ahíto, en aquel despertar fulgurante del Mercado. De sus ojos brotaron gruesas lágrimas cálidas.

Había llegado a una calle más ancha. Dos mujeres, una anciana bajita, y otra, alta y seca, pasaron ante él, charlando, dirigiéndose hacia los pabellones.

—¿Qué? ¿Ha venido a hacer la compra, señorita Saget? —preguntó la alta y seca.

—¡Oh!, señora Lecoeur, sí puede llamarse así... Ya sabe, una mujer sola... Vivo con nada... Hubiera querido una coliflor pequeña, pero todo está tan caro... Y la mantequilla, ¿a cómo va hoy?

—Un franco setenta... La tengo buenísima. Si quiere pasar a verme...

—Sí, sí, no sé, tengo aún un poco de grasa...

Florent, haciendo un supremo esfuerzo, seguía a las dos mujeres. Recordaba haber oído el nombre de la viejecita de labios de Claude, en la calle Pirouette; se decía que la interrogaría, cuando se hubiera separado de la alta y seca.

—¿Y su sobrina? —preguntó la señorita Saget.

—La Sarriette hace lo que le peta —respondió agriamente la señora Lecoeur—. Ha querido establecerse. No me concierne. Cuando los hombres la hayan timado, no seré yo quien le dé un pedazo de pan.

—Era usted tan buena con ella... Debe de ganar dinero; la fruta viene muy ventajosa este año... ¿Y su cuñado?

—¡Oh!, ése...

La señora Lecoeur frunció los labios y pareció no querer decir nada más.

—El mismo de siempre, ¿eh? —continuó la señorita Saget—. Buena persona... Algo he oído de que se comía el dinero de un modo...

—¿Y quién sabe si se come el dinero? —dijo brutalmente la señora Lecoeur—. Es un misterioso, un tacaño, es un hombre, fíjese, señorita, que me dejaría reventar antes de prestarme cinco francos... Sabe perfectamente que la mantequilla, lo mismo que el queso y los huevos, no han marchado bien esta temporada. Él vende todas las aves que quiere... ¡Pues bien!, ni una vez, no, ni una sola vez me ofreció su ayuda. Soy demasiado orgullosa para aceptar, comprenderá usted, pero me hubiera gustado.

—¡Eh! ¡Ahí está su cuñado! —prosiguió la señorita Saget, bajando la voz.

Las dos mujeres se volvieron, miraron a alguien que cruzaba la calzada para entrar en la gran calle cubierta.

—Tengo prisa —murmuró la señora Lecoeur—, he dejado sola la tienda. Y, además, no quiero hablar con él.

Florent se había vuelto también, maquinalmente. Vio a un hombrecillo fornido, de expresión dichosa, pelo gris cortado a cepillo, que llevaba bajo cada brazo un ganso cebado, cuya cabeza colgaba y le golpeaba en los muslos. Y, de repente, tuvo un gesto de alegría; corrió detrás del hombre, olvidando su fatiga. Cuando lo alcanzó:

—¡Gavard! —dijo, tocándole en el hombro.

El otro levantó la cabeza, examinó con aire sorprendido aquella larga figura negra que no reconocía. Después, de pronto:

—¡Usted! ¡Usted! —exclamó en el colmo de la estupefacción—. ¿Cómo, es usted?

A punto estuvo de dejar caer sus gruesos gansos. No se calmaba. Pero habiendo distinguido a su cuñada y a la señorita Saget, que asistían curiosamente, desde lejos, a su encuentro, reanudó la marcha diciendo:

—No nos quedemos aquí, venga... Hay ojos y lenguas de más.

Y, en la calle cubierta, charlaron. Florent contó que había ido a la calle Pirouette. A Gavard eso le pareció divertidísimo; se rió mucho, le informó de que su hermano Quenu se había mudado y había abierto una nueva salchichería a dos pasos, en la calle Rambuteau, frente al Mercado. Lo que lo divirtió prodigiosamente también fue enterarse de que Florent había paseado toda la mañana con Claude Lantier, un tipo raro, que era justamente sobrino de la señora Quenu. Lo llevaría a la salchichería. Después, cuando supo que había regresado a Francia con papeles falsos, adoptó toda clase de aires misteriosos y graves. Quiso caminar delante de él, a cinco pasos de distancia, para no llamar la atención. Tras haber pasado por el pabellón de la volatería, donde colgó los dos gansos en su puesto, atravesó la calle Rambuteau, siempre seguido por Florent. Allí, en medio de la calzada, le señaló con el rabillo del ojo una tienda de embutidos, grande y hermosa.

El sol enfilaba oblicuamente la calle Rambuteau, iluminando las fachadas, en

medio de las cuales la abertura de la calle Pirouette formaba un agujero negro. En el otro extremo, la gran nave de San Eustaquio estaba toda dorada entre el polvo del sol, como un inmenso relicario. Y en medio del barullo, desde el fondo del cruce avanzaba un ejército de barrenderos, en una sola línea, con escobazos regulares; mientras, los basureros, con una horquilla, lanzaban la basura en los volquetes que se detenían cada veinte pasos, con un ruido de vajilla rota. Pero Florent sólo prestaba atención a la gran salchichería, abierta y llameante en el sol naciente.

Hacía casi esquina a la calle Pirouette. Era una alegría para la vista. Reía, toda clara, con toques de colores vivos que cantaban en medio de la blancura de sus mármoles. La muestra, donde el apellido QUENU-GRADELLE brillaba en gruesas letras de oro, encuadrado en ramas y hojas, dibujado sobre un fondo suave, estaba hecha de una pintura recubierta por un cristal. Los dos paneles laterales del escaparate, también pintados y cubiertos de cristal, representaban amorcillos mofletudos, jugando en medio de cabezas, de chuletas de cerdo, de guirnaldas de salchichas; y aquellas naturalezas muertas, adornadas con volutas y rosetones, tenían tal suavidad de acuarela, que las carnes crudas adquirían rosados tonos de mermelada. Luego, en este amable marco, ascendía el escaparate. Estaba colocado sobre un lecho de finos recortes de papel azul; en algunos sitios, hojas de helecho delicadamente alineadas mudaban ciertos platos en ramilletes rodeados de verdor. Era un mundo de cosas buenas, de cosas untuosas y fundentes. En primer lugar, abajo del todo, junto al cristal, había una fila de tarros de *rillettes*<sup>[6]</sup> entremezclados con tarros de mostaza. Los codillos deshuesados venían encima, con su rica cara redonda, amarilla de pan rallado, el mango rematado por un pompón verde. A continuación llegaban las grandes fuentes: las lenguas rellenas de Estrasburgo, rojas y barnizadas, sangrantes al lado de la palidez de las salchichas y las manos de cerdo; las morcillas, negras, enrolladas como culebras buenecitas; las *andouilles*, apiladas de dos en dos, reventando de salud; los salchichones, semejantes a espinazos de chantre, con sus capas de plata; los pasteles, calentitos, llevando las pequeñas banderas de sus etiquetas; los gruesos jamones, las grandes piezas de ternera y cerdo, glaseadas, cuya gelatina tenía limpideces de azúcar cande. Había también anchas cazuelas en cuyo fondo dormían carnes y picadillos, en lagos de grasa congelada. Entre los platos, entre las fuentes, sobre el lecho de recortes azules, habían lanzado potes de encurtidos, de jugo de carne, de trufas en conserva, botes de *foie gras*, latas tornasoladas de bonito y de sardinas. Una caja de quesos lechosos, y otra caja llena de caracoles rellenos de mantequilla con perejil, estaban colocadas en los dos ángulos, negligentemente. Por último, arriba del todo, cayendo de una barra dentada, collares de salchichas, de salchichones, de longanizas, pendían, simétricos, semejantes a cordones y borlas de ricas colgaduras; mientras que, detrás, jirones de tripa ponían su encaje, su fondo de puntilla blanca y carnosa. Y allí, sobre la última grada de esta

capilla del vientre, en medio de los trozos de tripa, entre dos ramos de gladiolos púrpura, coronaba el monumento un acuario cuadrado, adornado de rocalla, donde dos peces de colores nadaban continuamente.

Florent sintió un estremecimiento a flor de piel; y vio a una mujer, en el umbral de la tienda, al sol. Agregaba una dicha más, una plenitud sólida y feliz, a todas aquellas grasientas alegrías. Era una mujer guapa. Ocupaba el ancho de la puerta, no demasiado gruesa, sin embargo, de pecho opulento, en la madurez de los treinta años. Acababa de levantarse, y ya el pelo, liso, pegado y como barnizado, le bajaba en pequeñas crenchas planas sobre las sienes. Eso la hacía muy limpia. Su carne apacible tenía esa blancura transparente, esa piel fina y rosada de las personas que viven de ordinario entre grasas y carnes crudas. Era más bien seria, muy tranquila y muy lenta, con mirada de regocijo y labios graves. El cuello de tela almidonada atado a la garganta, las mangas blancas que le subían hasta los codos, el delantal blanco que tapaba la punta de sus zapatos, sólo dejaban ver trozos de su vestido de cachemira negra, los hombros redondos, el corpiño pleno, cuyo corsé tensaba la tela extremadamente. El sol ardía en toda esa blancura. Pero, bañada en claridad, los cabellos azules, la carne rosada, las mangas y la falda resplandecientes, ella no parpadeaba, tomaba con toda calma, plácida, su baño de luz matinal, los ojos dulces, riendo al Mercado desbordante. Tenía un aire de gran honradez.

—Es la mujer de su hermano, su cuñada Lisa —dijo Gavard a Florent.

La había saludado con un leve ademán de la cabeza. Después se hundió en un pasaje, tomando minuciosas precauciones, no queriendo que Florent entrase por la tienda, que estaba vacía, sin embargo. Evidentemente estaba encantado de meterse en una aventura que creía comprometedora.

—Espere —dijo—, voy a ver si su hermano está solo... Entre usted cuando yo dé palmas.

Empujó una puerta, al final del pasaje. Pero cuando Florent oyó la voz de su hermano, detrás de esa puerta, entró de un salto. Quenu, que lo adoraba, se lanzó a su cuello. Se besaban como niños.

—¡Ah! ¡Caracoles! ¡Ah! ¡Eres tú! —balbucía Quenu—. ¡No me lo esperaba, en serio!... Te creía muerto, todavía ayer le decía a Lisa: «El pobre Florent...».

Se detuvo, gritó, asomando la cabeza en la tienda:

—¡Eh! ¡Lisa! ¡Lisa!...

Después, volviéndose hacia una chiquilla que se había refugiado en un rincón:

—Pauline, ve a buscar a tu madre.

Pero la niña no se movió. Era una soberbia criatura de cinco años, con una gran cara redonda, muy parecida a la bella salchichera. Llevaba en brazos un enorme gato, amarillo, que se abandonaba muy a gusto, con las patas colgando; y lo estrechaba con sus manitas, dobladas bajo su carga, como si hubiera temido que aquel señor tan mal

vestido se lo robase.

Lisa llegó lentamente.

—Es Florent, es mi hermano —repetía Quenu.

Ella le llamó «señor», se mostró muy bondadosa. Lo miraba apaciblemente, de pies a cabeza, sin mostrar la menor sorpresa descortés. Sólo sus labios tenían un ligero pliegue. Y se quedó de pie, hasta que acabó por reírse de los abrazos de su marido. Éste pareció calmarse, no obstante. Y entonces vio la flacura, la miseria de Florent.

—¡Ah, pobre chico! —dijo—, no te ha sentado bien aquello... ¡Yo, en cambio, he engordado, qué quieres!

Estaba gordo, en efecto, demasiado gordo para sus treinta años. Desbordaba de su camisa, de su delantal, de sus ropas blancas que lo fajaban como a un enorme bebé. Su cara afeitada se había alargado, había adquirido a la larga un remoto parecido con el morro de aquellos cerdos, de aquella carne, donde sus manos se hundían y vivían el día entero. Florent apenas lo reconocía. Se había sentado, pasaba de su hermano a la bella Lisa, a la pequeña Pauline. Rezumaban salud; eran magníficos, fornidos, relucientes; lo miraban con el asombro de la gente muy gruesa asaltada por una vaga inquietud frente a un delgado. Y el propio gato, cuya piel reventaba de grasa, ponía en blanco los ojos amarillos, lo examinaba con aire desconfiado.

—Esperarás al almuerzo, ¿verdad? —preguntó Quenu—. Comemos muy pronto, a las diez.

Se sentía un fuerte olor a cocina. Florent revivió su terrible noche, su llegada entre verduras, su agonía en medio del Mercado, aquel desprendimiento continuo de alimentos al que acababa de escapar. Entonces dijo en voz baja, con una dulce sonrisa:

—No, tengo hambre, ya ves.



## Dos

**F**lorent acababa de empezar Derecho en París cuando murió su madre. Ésta vivía en Le Vigan, en el Gard. Se había casado en segundas nupcias con un normando, un Quenu, de Yvetot, a quien un subprefecto había llevado al Sur, olvidándolo allí. Se había quedado de empleado en la subprefectura, pues opinaba que la región era encantadora, el vino bueno y las mujeres amables. Una indigestión se lo llevó tres años después de la boda. Dejaba a su mujer, por toda herencia, un niño gordo que se le parecía. La madre ya pagaba con dificultades los meses de colegio del mayor, Florent, hijo del primer matrimonio. Éste le daba grandes satisfacciones: era muy cariñoso, trabajaba con ardor, obtenía los primeros premios. En él puso todas sus ternuras, todas sus esperanzas. Quizá prefería, en aquel niño pálido y delgado, a su primer marido, uno de esos provenzales de acariciadora blandura que la había amado locamente. Quizá Quenu, cuyo buen humor la había seducido al principio, se había mostrado demasiado gordo, demasiado satisfecho, demasiado seguro de sacar de sí mismo sus mejores alegrías. Decidió que el hijo menor, al que las familias meridionales sacrifican todavía a menudo, nunca haría nada bueno; se contentó con enviarlo a la escuela de una vieja señorita de la vecindad, donde el pequeño no aprendió más que pillerías. Los dos hermanos crecieron lejos uno del otro, como extraños.

Cuando Florent llegó a Le Vigan, su madre estaba enterrada. Había exigido que le ocultasen su enfermedad hasta el último momento, para no perturbarlo en sus estudios. Encontró al pequeño Quenu, que tenía doce años, sollozando solo en medio de la cocina, sentado en una mesa. Un vecino, vendedor de muebles, le contó la agonía de la desdichada madre. Estaba en las últimas, se había matado a trabajar para que su hijo pudiera estudiar Derecho. A un pequeño comercio de cintas de mediocre rendimiento había tenido que unir otros oficios que la ocupaban hasta muy tarde. La idea fija de ver a su Florent abogado, bien situado en la ciudad, había acabado por volverla dura, avara, despiadada consigo misma y con los otros. El pequeño Quenu andaba con pantalones agujereados, blusas de mangas deshilacliadas; no se servía nunca a la mesa, esperaba que su madre le cortase su ración de pan. Ella se servía rebanadas igual de finas. Había sucumbido a este régimen, con la inmensa desesperación de no rematar su tarea.

Esta historia causó una horrible impresión en el carácter tierno de Florent. Las lágrimas lo ahogaban. Cogió a su hermano en brazos, lo estrechó contra sí, lo besó como para devolverle el cariño del que lo había privado. Y miraba sus pobres zapatos rotos, sus codos agujereados, sus manos sucias, toda aquella miseria de niño abandonado. Le repetía que iba a llevárselo, que sería feliz con él. Al día siguiente examinó la situación, tuvo miedo de no poder siquiera reservar la suma necesaria

para el regreso a París. No, quería quedarse en Le Vigan por nada del mundo. Afortunadamente traspasó la tiendecita de cintas, lo cual le permitió pagar las deudas de su madre, rigidísima en cuestiones de dinero, pero que poco a poco se vio arrastrada a contraerías. Y, como no le quedaba nada, el vecino, el vendedor de muebles, le ofreció quinientos francos por el mobiliario y la ropa de la difunta. Hacía un buen negocio. El joven se lo agradeció con lágrimas en los ojos. Compró ropa nueva para su hermano y se lo llevó esa misma tarde.

En París ya no podía pensar en seguir los cursos de la Escuela de Derecho. Florent postergó para más adelante sus ambiciones. Encontró algunas clases, se instaló con Quenu en la calle Royer Collard, en la esquina de la calle Saint Jacques, en una gran habitación que amuebló con dos camas de hierro, un armario, una mesa y cuatro sillas. A partir de entonces tuvo un hijo. Su paternidad le encantaba. En los primeros tiempos, por la noche, cuando volvía a casa, intentaba dar clases al pequeño; pero éste no le escuchaba; tenía la cabeza dura, se negaba a aprender, sollozando, añorando la época en que su madre le dejaba corretear por las calles. Florent, desesperado, interrumpía la clase, lo consolaba, le prometía vacaciones indefinidas. Y, para disculparse por su debilidad, se decía que no se había llevado consigo al pobre crío para contrariarlo. Ésa fue su regla de conducta, mirarlo crecer alegremente. Lo adoraba, lo cautivaban sus risas, saboreaba dulzuras infinitas al sentirlo a su alrededor, sano, ignorando toda preocupación. Florent seguía delgado, con sus raídos gabanes negros, y su rostro empezaba a amarillear, en medio de las crueles pullas de la enseñanza. Quenu se convertía en una personita regordeta, un poco simplona, que apenas sabía leer y escribir, pero de un buen humor inalterable que llenaba de gozo la gran habitación oscura de la calle Royer Collard.

Mientras tanto, pasaban los años. Florent, que había heredado la abnegación de su madre, conservaba a Quenu en casa como si de una moza perezosa se tratara. Le evitaba incluso los menudos cuidados domésticos: era él quien iba a buscar las provisiones, quien hacía la limpieza y cocinaba. Eso, decía, le distraía de sus malos pensamientos. Taciturno de ordinario, se creía malo. Por la noche, cuando volvía a casa, embarrado, la cabeza gacha por el odio de los hijos de los otros, lo enternecía el abrazo de aquel chico grueso y alto, a quien encontraba jugando al trompo en las baldosas del cuarto. Quenu se reía de su torpeza al hacer las tortillas y de la seriedad con que ponía al fuego el cocido. Una vez apagada la lámpara, a veces Florent volvía a entristecerse, en la cama. Pensaba en reanudar sus estudios de Derecho, se las ingeniaba para disponer su tiempo de manera que pudiera seguir los cursos de la Facultad. Lo consiguió, y fue totalmente feliz. Pero una pequeña fiebre que lo retuvo ocho días en casa provocó tal agujero en su presupuesto y lo inquietó hasta tal punto, que abandonó la idea de terminar sus estudios. Su hijo crecía. Entró de profesor en un pensionado de la calle de la Estrapade, con un sueldo de mil ochocientos francos. Era

una fortuna. Con economía, iba a ahorrar dinero para que Quenu se estableciese. A los dieciocho años, lo trataba todavía como a una señorita a la cual hay que dotar.

Durante la breve enfermedad de su hermano también Quenu había hecho sus reflexiones. Una mañana declaró que quería trabajar, que era bastante mayor para ganarse la vida. Florent quedó hondamente conmovido. Vivía enfrente de ellos, al otro lado de la calle, un relojero a quien el muchacho veía todo el día, a la cruda claridad de la ventana, inclinado sobre su mesita, manejando cosas delicadas, mirándolas con lupa, pacientemente. Se sintió atraído, pretendió tener afición a la relojería. Pero al cabo de quince días empezó a inquietarse, lloró como un niño de diez años, opinó que era demasiado complicado, que jamás sabría «todas las bobaditas que entran en un reloj». Ahora prefería ser cerrajero. La cerrajería lo fatigó. En dos años probó más de diez oficios. Florent pensaba que tenía razón, que no hay que adoptar una profesión a disgusto. Sólo que el hermoso sacrificio de Quenu, que quería ganarse la vida, costaba caro al presupuesto de los dos jóvenes. Desde que andaba de taller en taller había sin cesar nuevos gastos, de ropa, de comidas fuera de casa, de despedidas pagadas a los compañeros. Los mil ochocientos francos de Florent no bastaban. Había tenido que coger dos clases, que daba por la noche. Durante ocho años llevó la misma levita.

Los dos hermanos habían hecho un amigo. La casa tenía una fachada a la calle Saint Jacques, y allí se abría un gran horno de asar, regentado por un buen hombre, llamado Gavard, cuya mujer se moría del pecho, en medio del olor a grasa de las aves. Cuando Florent regresaba demasiado tarde para cocinar un trozo de carne, compraba abajo un pedazo de pavo o un pedazo de ganso de sesenta céntimos. Eran días de gran festín. Gavard acabó interesándose por aquel muchacho flaco, conoció su historia, atrajo al pequeño. Y pronto Quenu no salió del horno de asar. En cuanto su hermano se marchaba, él bajaba, se instalaba al fondo de la tienda, fascinado por los cuatro gigantescos asadores que giraban con suave rumor, ante las altas llamas claras.

Los anchos cobres de la chimenea relucían, las aves humeaban, la grasa cantaba en la grasera, los asadores acababan por charlar entre sí, por dirigir palabras amables a Quenu que, con una larga cuchara en la mano, regaba devotamente los vientres dorados de los gansos redondos y de los grandes pavos. Se quedaba horas, arrebolado por las claridades danzantes de la llamarada, un poco atontado, sonriendo vagamente a los gordos animales que se asaban; y sólo se despertaba cuando los desensartaban. Las aves caían en las fuentes; los asadores salían de los vientres, humeantes; los vientres se vaciaban, dejaban correr el jugo por los agujeros del trasero y la garganta, llenando la tienda de un fuerte olor a asado. Entonces el niño, de pie, siguiendo con los ojos la operación, batía palmas, hablaba con las aves, les decía que estaban riquísimas, que las comerían, que los gatos no tendrían más que los huesos. Y se

sobresaltaba cuando Gavard le daba una rebanada de pan, que él ponía en la grasera para que se hiciera a fuego lento durante media hora.

Fue allí, sin duda, donde Quenu se aficionó a la cocina. Más adelante, tras haber ensayado todos los oficios, regresó fatalmente a los animales desensartados, a los jugos que obligan a lamerse los dedos. Al principio temía contrariar a su hermano, poco comilón, y que hablaba de las cosas ricas con un desdén de ignorante. Después, viendo cómo Florent lo escuchaba, cuando le explicaba algún plato complicadísimo, le confesó su vocación, entró en un gran restaurante. A partir de entonces la vida de los dos hermanos quedó arreglada. Siguieron viviendo en la habitación de la calle Royer Collard, donde se encontraban por las noches, el uno con la cara regocijada por sus fogones, el otro con el rostro ojeroso por su miseria de profesor de mala muerte. Florent conservaba sus ropas negras, se abstraía sobre los deberes de sus alumnos, mientras Quenu, para sentirse cómodo, volvía a ponerse el delantal, la blusa blanca y el gorro de marmitón, y daba vueltas alrededor de la sartén, se entretenía con cualquier golosina hecha al horno. Y a veces sonreían al verse así, uno totalmente blanco, otro totalmente negro. La vasta estancia parecía medio enfadada, medio gozosa, con aquel luto y aquella alegría. Jamás pareja más dispar se entendió mejor. Por mucho que el mayor adelgazara, abrasado por los ardores de su padre, por mucho que el pequeño engordara, como digno hijo de un normando, se amaban en su madre común, en aquella mujer que no era sino ternura.

Tenían un pariente en París, un hermano de su madre, un tal Gradelle, instalado como salchichero en la calle Pirouette, en el barrio del Mercado. Era un gordo avaro, un hombre brutal, que los recibió como a muertos de hambre la primera vez que se presentaron por su casa. Rara vez volvieron por allí. El día del santo del viejo, Quenu le llevaba un ramo, y recibía una moneda de medio franco. Florent, de un orgullo malsano, sufría cuando Gradelle examinaba su delgada levita con la mirada inquieta y suspicaz de un tacaño que olfatea la petición de una cena o de una moneda de cinco francos. Tuvo la ingenuidad, un día, de cambiar en la tienda del tío un billete de cien francos. El tío tuvo menos miedo al ver llegar a los pequeños, como los llamaba. Pero las amistades se limitaron a eso.

Aquellos años fueron para Florent un prolongado sueño dulce y triste. Saboreó todas las amargas alegrías de la abnegación. En casa sólo recibía cariño. Fuera, con las humillaciones de sus alumnos, con los codazos de las aceras, se sentía perverso. Sus ambiciones muertas se agriaban. Necesitó largos meses para doblegar los hombros y aceptar sus sufrimientos de hombre feo, mediocre y pobre. Al querer escapar de las tentaciones de malignidad, se arrojó de lleno a la bondad ideal, se creó un refugio de justicia y verdad absolutas. Fue entonces cuando se hizo republicano; entró en la república como las muchachas desesperadas entran en el convento. Y, como no encontró una república lo bastante tibia, lo bastante silenciosa para

adormecer sus males, se creó una. Los libros le desagradaban; todo ese papel ennegrecido, en medio del cual vivía, le recordaba la clase asquerosa, las bolitas de papel masticado de los pilluelos, la tortura de las largas horas estériles. Y, además, los libros no le hablaban más que de rebeldía, lo inducían al orgullo, y lo que él necesitaba imperiosamente era olvido y paz. Acunarse, dormirse, soñar que era totalmente feliz, que el mundo iba a serlo, edificar la ciudad republicana donde habría querido vivir: tal fue su recreo, la obra eternamente reanudada en sus horas libres. Ya no leía, salvo para las necesidades de la enseñanza; subía por la calle Saint Jacques hasta los bulevares exteriores, a veces daba una larga caminata, regresaba por la puerta de Italia; y, a lo largo del camino, con la vista clavada en el barrio Mouffetard, extendido a sus pies, trazaba medidas morales, proyectos de ley humanitarios, que hubieran cambiado aquella ciudad sufriente en una ciudad de beatitud. Cuando las jornadas de Febrero ensangrentaron París, quedó consternado, recorrió los clubes pidiendo el rescate de esa sangre «mediante el beso fraternal de los republicanos del mundo entero». Se convirtió en uno de esos oradores iluminados que predicaron la revolución como una religión nueva, toda dulzura y redención. Se necesitaron las jornadas de Diciembre para sacarlo de su ternura universal. Estaba desarmado. Se dejó prender como un cordero, y fue tratado como un lobo. Cuando despertó de su sermón sobre la fraternidad, se moría de hambre sobre las frías losas de una casamata de Bicêtre.

Quenu, que tenía entonces veintidós años, fue presa de mortal angustia al ver que no volvía su hermano. Al día siguiente fue a buscarlo, al cementerio de Montmartre, entre los muertos del bulevar, a quienes habían alineado bajo la paja; las cabezas pasaban, espantosas. El corazón le fallaba, las lágrimas lo cegaban, tuvo que regresar en dos ocasiones, a lo largo de la fila. Por fin, en la prefectura de policía se enteró, al cabo de ocho largos días, de que su hermano estaba preso. No pudo verlo. Y, como insistía, lo amenazaron con detenerlo también. Corrió entonces a ver al tío Gradelle, que era un personaje para él, esperando decidirlo a salvar a Florent. Pero el tío Gradelle se enfureció, pretendió que le estaba bien empleado, que aquel grandísimo imbécil no tenía necesidad de liarse con esos canallas de republicanos; y agregó incluso que Florent tenía que acabar mal, lo llevaba escrito en la frente. Quenu lloraba con todas las lágrimas de su cuerpo. Y allí se quedaba, sofocándose. El tío, un poco avergonzado, sintiendo que debía hacer algo por aquel pobre chico, le ofreció quedarse con él. Sabía que era buen cocinero, y necesitaba un ayudante. Quenu temía tanto regresar solo a la gran habitación de la calle Royer Collard, que aceptó. Durmió en casa de su tío esa misma noche, arriba del todo, al fondo de un tabuco negro donde apenas podía estirarse. Lloró allí menos de lo que hubiera llorado ante la cama vacía de su hermano.

Por fin consiguió ver a Florent. Pero, al volver de Bicêtre, tuvo que acostarse; la

fiebre lo tuvo durante cerca de tres semanas en una atontada somnolencia. Fue su primera y única enfermedad. Gradelle se daba a todos los diablos por culpa de su sobrino republicano. Cuando se enteró de su marcha a Cayena, una mañana, golpeó las manos de Quenu, lo despertó, le anunció brutalmente esta noticia, y provocó tal crisis que al día siguiente el joven estaba de pie. Su dolor se fundió; sus carnes blandas parecieron beber sus últimas lágrimas. Un mes después reía, se irritaba, muy triste por haber reído; después el buen humor salía ganando y reía sin motivo.

Aprendió chacinería. Experimentaba aún más goces que con la cocina. Pero el tío Gradelle le decía que no debía descuidar sus cacerolas, que era raro un chacinero que cocinase bien, que era una suerte el haber pasado por un restaurante antes de entrar en su casa. Utilizaba sus talentos, por otra parte; le hacía preparar cenas para fuera, lo encargaba especialmente de los asados y de las chuletas de cerdo con pepinillos. Como el joven le prestaba servicios reales, lo quiso a su manera, los días de buen humor le pellizcaba los brazos. Había vendido el pobre mobiliario de la calle Royer Collard y guardaba el dinero, cuarenta y pico francos, para que el bromista de Quenu, decía, no lo tirara por la ventana. Sin embargo terminó por darle seis francos al mes para sus gastos menudos.

Quenu, apurado de dinero, tratado brutalmente a veces, era enteramente feliz. Le gustaba que le dieran mascada la vida. Florent lo había educado en exceso como a una moza perezosa. Y, además, tenía una amiga en casa del tío Gradelle. Cuando éste perdió a su mujer, tuvo que coger una chica para el mostrador. La eligió saludable, apetitosa, sabiendo que eso alegra al cliente y hace honor a las carnes cocidas. Conocía en la calle Cuvier, cerca del Jardín Botánico, a una señora viuda cuyo marido había sido jefe de correos en Plassans, una subprefectura del Sur. Esa señora, que vivía de una pequeña renta vitalicia, muy modestamente, se había traído de aquella ciudad una niña guapa y rolliza, a la que trataba como si fuera su hija. Lisa la cuidaba con aire plácido, con humor uniforme, un poco serio, muy guapa cuando sonreía. Su gran encanto procedía de la forma exquisita con que colocaba su rara sonrisa. Entonces su mirada era una caricia, su gravedad ordinaria daba un valor inestimable a esta repentina ciencia de la seducción. La anciana señora decía a menudo que una sonrisa de Lisa la conduciría al infierno. Cuando el asma se la llevó, dejó a su hija adoptiva todos sus ahorros, una decena de miles de francos. Lisa se quedó ocho días sola en la vivienda de la calle Cuvier; allí fue a buscarla Gradelle. La conocía por haberla visto a menudo con su señora, cuando esta última lo visitaba, en la calle Pirouette. Pero en el entierro le pareció tan embellecida, tan sólidamente proporcionada, que fue hasta el cementerio. Mientras bajaban el ataúd, reflexionaba que quedaría espléndida en la salchichería. Titubeaba, se decía que le ofrecería treinta francos al mes, más el alojamiento y la comida. Cuando le hizo la propuesta, ella pidió veinticuatro horas para darle una contestación. Después, una mañana, llegó con

su fardito y sus diez mil francos en el corpiño. Un mes después, la casa le pertenecía, con Gradelle, Quenu y hasta el último de los marmitones. Quenu, sobre todo, se habría hecho picadillo los dedos por ella. Cuando se le ocurría sonreír, él se quedaba parado, riendo de gusto también al mirarla. A Lisa, que era la hija mayor de los Macquart, de Plassans, le vivía aún su padre<sup>[7]</sup>. Ella decía que estaba en el extranjero, no le escribía nunca. A veces dejaba escapar solamente que su madre era, en vida, una esforzada trabajadora, y que ella salía a ella. Se mostraba, en efecto, muy paciente en el trabajo. Pero agregaba que la buena mujer había tenido demasiada constancia al matarse para sacar adelante la casa. Hablaba entonces de los deberes de la mujer y de los deberes del marido, con toda cordura, de una forma razonable, que encantaba a Quenu. Éste le aseguraba que compartía enteramente sus ideas. Las ideas de Lisa eran que todo el mundo debe trabajar para comer y que cada cual es responsable de su propia felicidad; que se obra mal al estimular la pereza; y, por último, que si hay desgraciados, peor para ellos, es porque son holgazanes. Era una condena muy neta de las borracheras, de la legendaria vagancia del viejo Macquart. Y, sin saberlo ella, Macquart hablaba por su boca: no era sino una Macquart formal, razonable, lógica con sus necesidades de bienestar, que había comprendido que la mejor manera de dormirse en feliz tibieza es hacerse por sí mismo un lecho beatífico. Y consagraba a esa blanda yacija todas sus horas, todos sus pensamientos. Ya a la edad de seis años consentía en quedarse quietecita en su silla, el día entero, a condición de que por la noche la recompensaran con un pastel.

En la chacinería Gradelle, Lisa continuó su vida tranquila, regular, iluminada por sus hermosas sonrisas. No había aceptado el ofrecimiento del viejo por casualidad; sabía que en él encontraría una compañía, presentía quizá, en aquella tienda oscura de la calle Pirouette, con el olfato de las personas afortunadas, el sólido futuro con que soñaba, una vida de sanos disfrutes, un trabajo nada fatigoso, en el cual cada hora traía su recompensa. Cuidó su mostrador con los tranquilos cuidados que había dedicado a la viuda del jefe de correos. Pronto la limpieza de los delantales de Lisa fue proverbial en el barrio. El tío Gradelle estaba tan contento con aquella guapa chica que a veces le decía a Quenu, mientras ataba los salchichones:

—Si no tuviera sesenta años cumplidos, palabra de honor, cometería la tontería de casarme con ella... En el comercio, una mujer así es oro en barras, hijo mío.

Quenu asentía. Sin embargo se rió a mandíbula batiente un día que un vecino lo acusó de estar enamorado de Lisa. Eso no lo atormentaba para nada. Eran muy buenos amigos. Por la noche, subían juntos a acostarse. Lisa ocupaba, al lado del tabuco negro donde se tumbaba el joven, un cuartito que había vuelto muy claro, adornándolo por todas partes con cortinas de muselina. Se quedaban un momento en el descansillo, la palmatoria en la mano, charlando, metiendo la llave en la cerradura. Y cerraban la puerta, diciendo amistosamente:

—Buenas noches, señorita Lisa.

—Buenas noches, señor Quenu.

Quenu se metía en la cama mientras escuchaba cómo Lisa arreglaba sus cosas. El tabique era tan delgado que podía seguir cada uno de sus movimientos. Pensaba: «Vaya, corre las cortinas de la ventana. ¿Qué puede estar haciendo delante de la cómoda? Ahora se sienta y se saca las botinas. Bueno, buenas noches, ha apagado la vela. Durmamos». Y, si oía crujir la cama, murmuraba riendo: «¡Atiza! No es muy liviana, la señorita Lisa». Esa idea le divertía; acababa por dormirse, pensando en los jamones y en las tiras de saladillo que tenía que preparar al día siguiente.

Esto duró un año, sin un rubor de Lisa, sin una cortedad de Quenu. Por la mañana, en lo mejor del trabajo, cuando la joven iba a la cocina, sus manos se encontraban en medio de los picadillos. Ella le ayudaba a veces, sujetaba las tripas con sus dedos regordetes, mientras él las rellenaba de carnes y tocinos. O bien probaban juntos la carne cruda de las salchichas, con la punta de la lengua, para ver si estaba suficientemente condimentada. Era buena consejera, conocía recetas del Sur, que él experimentó con éxito. A menudo la sentía a sus espaldas, mirando en el fondo de las marmitas, acercándose tanto que él tenía su fuerte pecho en el dorso. Ella le pasaba una cuchara, una fuente. El fuego vivo les arrebolaba la piel. Por nada del mundo habría dejado él de remover aquellas pastas grasientas que espesaban sobre el fogón; mientras que ella, muy seria, discutía el grado de cocción. Por la tarde, cuando la tienda se vaciaba, charlaban tranquilamente, durante horas. Ella permanecía en su mostrador, un poco reclinada hacia atrás, calcetando de forma suave y regular. Él se sentaba sobre un tajo, con las piernas colgantes, golpeando con los talones el bloque de roble. Y se entendían de maravilla; hablaban de todo, normalmente de cocina, y luego del tío Gradelle, y también del barrio. Ella le contaba cuentos como a un niño; los sabía muy bonitos, leyendas milagrosas, llenas de corderos y de angelitos, que contaba con voz aflautada, con su aire tan serio. Si entraba algún cliente, para no molestarle, ella le pedía al joven el tarro de manteca de cerdo o la caja de caracoles. A las once subían a acostarse, lentamente, como la víspera. Después, al cerrar la puerta, con voces sosegadas:

—Buenas noches, señorita Lisa.

—Buenas noches, señor Quenu.

Una mañana, el tío Gradelle fue fulminado por un ataque de apoplejía, mientras preparaba una galantina. Cayó de bruces sobre la mesa de picar. Lisa no perdió su sangre fría. Dijo que no había que dejar al muerto en el medio de la cocina; lo hizo llevar al fondo, a un gabinete donde el tío dormía. Después preparó toda una historia con los mozos; el tío tenía que haber muerto en su cama, si no querían asquear al barrio y perder la clientela. Quenu ayudó a trasladar al muerto, estupefacto, muy asombrado de que no le brotaran las lágrimas. Más tarde Lisa y él lloraron juntos. Era



el único heredero, con su hermano Florent. Las comadres de las calles vecinas atribuían al viejo Gradelle una fortuna considerable. La verdad es que no descubrieron ni un escudo contante y sonante. Lisa se quedó inquieta. Quenu la veía reflexionar, mirar a su alrededor de la mañana a la noche, como si hubiera perdido algo. Por fin decidió hacer limpieza general, con el pretexto de que había chismes, que circulaba la historia de la muerte del viejo, que había que demostrar una gran limpieza. Una tarde, después de haber estado dos horas en el sótano, donde lavaba en persona las cubas de salar, reapareció llevando algo en el delantal. Quenu picaba hígados de cerdo. Ella esperó a que acabara, conversando con él con voz indiferente. Pero sus ojos tenían un brillo extraordinario, sonrió con su hermosa sonrisa, diciéndole que quería hablar con él. Subió la escalera penosamente, con los muslos estorbados por la cosa que llevaba, y que tensaba el delantal hasta reventarlo. En el tercer piso resoplaba, tuvo que apoyarse un instante en la barandilla. Quenu, asombrado, la siguió sin decir una palabra hasta su habitación. Era la primera vez que ella lo invitaba a entrar. Cerró la puerta y, soltando las puntas del delantal, que sus dedos rígidos ya no podían sujetar, dejó rodar suavemente sobre la cama una lluvia de piezas de plata y de piezas de oro. Había encontrado, en el fondo de un saladero, el tesoro del tío Gradelle. El montón hizo un gran hueco en aquella cama delicada y muelle de jovencita.

Lisa y Quenu sintieron una alegría contenida. Se sentaron al borde de la cama, Lisa en la cabecera, Quenu a los pies, a ambos lados del montón; y contaron el dinero sobre la colcha, para no hacer ruido. Había cuarenta mil francos en oro, tres mil francos en plata y, en un estuche de hojalata, cuarenta y dos mil francos en billetes de banco. Tardaron dos horas largas en sumar todo eso. Las manos de Quenu temblaban un poco. Fue Lisa quien hizo la mayoría de la tarea. Alineaban las pilas de oro sobre la almohada, dejando la plata en el hueco de la colcha. Cuando hubieron sacado la cifra, enorme para ellos, de ochenta y cinco mil francos, conversaron. Naturalmente, hablaron del futuro, de su boda, sin que jamás se hubiera mencionado el amor entre ellos. Aquel dinero parecía desatarles la lengua. Se habían hundido más, adosándose a la pared de junto a la cama, bajo las cortinas de muselina blanca, con las piernas un poco estiradas; y como, al charlar, sus manos hurgaban entre el dinero, se habían encontrado allí, abandonándose unas en otras, en medio de las piezas de cinco francos. El crepúsculo los sorprendió. Sólo entonces Lisa se ruborizó al verse al lado de aquel muchacho. Habían revuelto la cama, las sábanas colgaban, el oro, sobre la almohada que los separaba, formaba huecos, como si unas cabezas se hubieran revolcado allí, cálidas de pasión.

Se levantaron cohibidos, con el aire confuso de dos enamorados que acaban de cometer una primera falta. Aquella cama deshecha, con todo aquel dinero, los acusaba de un goce prohibido, que habían saboreado a puerta cerrada. Ésa fue su

caída. Lisa, que se acomodaba la ropa como si hubiera hecho algo malo, fue a buscar sus diez mil francos. Quenu quiso que los pusiera con los ochenta y cinco mil francos del tío; mezcló las dos sumas riendo, diciendo que también el dinero debía casarse; y se convino que fuera Lisa la que guardara «el gato» en su cómoda. Cuando la hubo cerrado y hubo arreglado la cama, bajaron apaciblemente. Eran marido y mujer.

La boda se celebró al mes siguiente. Al barrio le pareció natural, enteramente honorable. Se sabía vagamente la historia del tesoro, la probidad de Lisa era tema de elogios sin cuento; después de todo, podía no haber dicho nada a Quenu, guardarse los escudos para sí; si había hablado era por pura honradez, ya que nadie la había visto. Se merecía que Quenu se casara con ella. El tal Quenu tenía suerte, no era nada guapo, y encontraba una guapa mujer que le desenterraba una fortuna. La admiración fue tan lejos que acabaron diciendo por lo bajo que «Lisa era realmente tonta por haber hecho lo que hizo». Lisa sonreía, cuando le hablaban de esas cosas con medias palabras. Ella y su marido vivían como antes, en buena amistad, en una paz dichosa. Ella le ayudaba, encontraba sus manos entre los picadillos, se inclinaba por encima de su hombro para inspeccionar de un vistazo las marmitas. Y seguía siendo sólo el vivo fuego de la cocina lo que les arrebolaba la piel.

Sin embargo, Lisa era una mujer inteligente que pronto comprendió la tontería de dejar dormir sus noventa y cinco mil francos en el cajón de la cómoda. Quenu los habría vuelto a poner de buena gana en el fondo del saladero, a la espera de haber ganado otro tanto; entonces se retirarían a Suresnes, un rincón de los alrededores que les gustaba. Pero ella tenía otras ambiciones. La calle Pirouette hería sus ideas de limpieza, su necesidad de aire, de luz, de robusta salud. La tienda donde el tío Gradelle había amasado su tesoro, céntimo a céntimo, era una especie de tripa negra, una de esas chacinerías dudosas de los barrios viejos, cuyas baldosas gastadas conservan el fuerte olor de las carnes, a pesar de los fregados; y la joven soñaba con una de esas claras tiendas modernas, de una riqueza de salón, que exhiben la limpieza de sus lunas sobre la acera de una calle ancha. No era, por lo demás, el deseo mezquino de hacerse la dama detrás de un mostrador; tenía una conciencia muy clara de las necesidades de lujo del nuevo comercio. Quenu quedó aterrado, la primera vez, cuando ella le habló de mudarse y de gastar parte de su dinero en decorar una tienda. Ella se encogía dulcemente de hombros, sonriendo.

Un día, al caer la noche, cuando la chacinería estaba oscura, los dos esposos oyeron, delante de su puerta, una mujer del barrio que le decía a otra:

—¡Ah, no! Ya no les compro, no me llevaría ni un trozo de morcilla, ¿sabe, querida?... Hubo un muerto en la cocina.

Quenu lloró. Aquella historia de un muerto en su cocina iba abriéndose paso. Acababa por ruborizarse delante de los clientes, cuando los veía husmear demasiado de cerca su mercancía. Fue él quien volvió a hablar a su mujer de la idea de la

mudanza. Ella se había ocupado, sin decir nada, de la nueva tienda; había encontrado una a dos pasos, en la calle Rambuteau, maravillosamente situada. El Mercado Central que estaban abriendo enfrente triplicaría la clientela, daría a conocer la casa en todos los rincones de París. Quenu se dejó arrastrar a unos gastos locos; metió más de treinta mil francos en mármoles, espejos y dorados. Lisa se pasaba las horas con los obreros, daba su opinión sobre los detalles más insignificantes. Cuando pudo por fin instalarse detrás de su mostrador, llegaron en procesión a comprarles, únicamente por ver la tienda. El revestimiento de las paredes era todo de mármol blanco; en el techo, un inmenso espejo cuadrado, enmarcado por un ancho artesonado dorado y muy labrado, del cual pendía, en el medio, una araña de cuatro brazos; y detrás del mostrador, ocupando un panel entero, y también a la izquierda, y al fondo, otros espejos, cogidos entre las placas de mármol, ponían lagos de claridad, puertas que parecían abrirse hacia otras salas, hacia el infinito, todas llenas de las carnes exhibidas. El mostrador, a la derecha, muy grande, fue considerado, sobre todo, como un bonito trabajo: unos rombos de mármol rosa dibujaban en él medallones simétricos. Las baldosas del suelo eran cuadrados blancos y rosa, alternados, con una greca de un rojo oscuro por el borde. El barrio se enorgulleció de su salchichería, nadie se acordó ya de hablar de la cocina de la calle Pirouette, donde había habido un muerto. Durante un mes las vecinas se detuvieron en la acera, para mirar a Lisa, a través de las salchichas y las tripas del escaparate. Les maravillaba su carne blanca y rosada, tanto como los mármoles. Pareció el alma, la claridad viviente, el ídolo sano y sólido de la salchichería; y desde entonces la llamaron la bella Lisa.

A la derecha de la tienda se encontraba el comedor, una pieza muy limpia, con un aparador, una mesa y sillas de rejilla de roble claro. La estera que cubría el entarimado, el papel de un amarillo tierno, el hule imitación de roble, lo hacían un poco frío, alegrado sólo por los brillos de una lámpara de cobre que caía del cielo raso y que ensanchaba, sobre la mesa, su gran pantalla de porcelana transparente. Una puerta del comedor daba a la vasta cocina cuadrada. Y en el extremo de ésta había un pequeño patio embaldosado, que servía de trastero, atestado de tarros, de toneles, de utensilios fuera de uso; a la izquierda de la pila de agua, las macetas marchitas del escaparate acababan de agonizar, a lo largo del canalón donde se vertían las aguas de fregar.

Los negocios fueron excelentes. Quenu, a quien los anticipos habían espantado, sentía casi respeto por su mujer que, según él, «era una gran cabeza». Al cabo de cinco años tenían casi ochenta mil francos invertidos en buenas rentas. Lisa explicaba que no eran ambiciosos, que no pretendían acumular demasiado rápido; si no, ella le habría hecho ganar a su marido «cientos y miles» metiéndolo en el comercio al por mayor de cerdos. Eran todavía jóvenes, tenían tiempo por delante; y además no les gustaba el trabajo chapucero, querían trabajar a sus anchas, sin adelgazar con las

cavilaciones, como buena gente a la que le apetece vivir bien.

—Mire —agregaba Lisa, en sus horas de expansión—, yo tengo un primo en París... No lo veo, nuestras familias están peleadas... Ha tomado el nombre de Saccard, para hacer olvidar ciertas cosas... ¡Pues bueno!, me han dicho que ese primo gana millones<sup>[8]</sup>. Eso no es vida, uno se quema la sangre, siempre de acá para allá, en medio de negocios infernales. Es imposible, ¿verdad?, que alguien así cene tan tranquilo por la noche. Nosotros, al menos, sabemos lo que comemos, no nos metemos en esos enredos. Uno quiere el dinero porque es necesario para vivir. A todo el mundo le gusta el bienestar, y es natural. Pero ganar por ganar, tomarse un trabajo más grande que el placer que se disfrutará luego, ¡palabra!, preferiría cruzarme de brazos... Y, además, quisiera yo ver esos millones de mi primo. No creo en los millones así como así. Lo he visto el otro día, iba en coche; estaba todo amarillo, y tenía una pinta de lo más hipócrita. Un hombre que gana millones no tiene la cara de ese color. En fin, es asunto suyo... Nosotros preferimos ganar sólo cinco francos, y aprovecharlos bien.

La pareja los aprovechaba, en efecto. Habían tenido una hija, ya el primer año de matrimonio. Daba gozo verlos a los tres. La casa marchaba desahogadamente, felizmente, sin demasiado trabajo, como Lisa quería. Ésta había apartado cuidadosamente todas las posibles causas de trastornos, dejando que los días transcurrieran en medio de aquel aire grasiento, de aquella prosperidad amodorrada. Era un rincón de razonable dicha, un cómodo pesebre, donde madre, padre e hija se iban cebando. Sólo Quenu sentía a veces tristezas, cuando pensaba en su pobre Florent. Hasta 1856 recibió cartas de éste, de tarde en tarde. Después las cartas cesaron; supo por un periódico que tres deportados habían pretendido evadirse de la isla del Diablo y se habían ahogado antes de alcanzar la costa. En la prefectura de policía no pudieron darle informes concretos; su hermano debía de estar muerto. No obstante, conservó ciertas esperanzas; pero pasaron los meses. Florent, que recorría la Guayana holandesa, se guardaba de escribir, esperando regresar a Francia. Quenu acabó por llorarlo como a un muerto a quien no se ha podido decir adiós. Lisa no conocía a Florent. Todas las veces que su marido se desesperaba delante de ella encontraba palabras bondadosas; lo dejaba contar por enésima vez sus historias de juventud, la gran habitación de la calle Royer Collard, los treinta y seis oficios que había aprendido, los bocados que cocinaba en la sartén, todo vestido de blanco, mientras Florent estaba todo vestido de negro. Ella lo escuchaba tranquilamente, con infinita complacencia.

En medio de esos goces sabiamente cultivados y madurados cayó Florent, una mañana de septiembre, a la hora en que Lisa tomaba su baño de sol matinal y en la que Quenu, con los ojos todavía cargados de sueño, metía perezosamente los dedos en las grasas cuajadas de la víspera. La salchichería quedó revolucionada. Gavard

quiso que escondieran al «proscrito», como lo llamaba, hinchando un poco los carrillos. Lisa, más pálida y más seria que de ordinario, le hizo subir por fin al quinto, donde le dio el cuarto de la chica de la tienda. Quenu había cortado pan y jamón. Pero Florent apenas pudo comer; le habían dado vértigos y náuseas; se acostó, permaneció cinco días en la cama, con un fuerte delirio, un comienzo de fiebre cerebral que afortunadamente fue combatido con energía. Cuando volvió en sí, distinguió a Lisa a su cabecera, removiendo sin hacer ruido una cuchara en una taza. Cuando quiso darle las gracias, ella le dijo que debía estar tranquilo, que más adelante ya charlarían. Al cabo de tres días el enfermo estuvo en pie. Entonces, una mañana, Quenu subió a buscarlo diciéndole que Lisa los esperaba, en el primero, en su dormitorio.

Ocupaban un piso pequeño, tres piezas y un gabinete. Había que cruzar una pieza desnuda, donde no había más que sillas, después un saloncito, cuyo tresillo, tapado con fundas blancas, dormía discretamente a la media luz de las persianas siempre bajadas, para que una claridad demasiado viva no se comiera el tierno azul del *reps*, y se llegaba al dormitorio, la única pieza habitada, amueblada de caoba, muy cómoda. La cama, sobre todo, era sorprendente, con sus cuatro colchones, sus cuatro almohadas, el espesor sus mantas, su edredón, su amodorramiento ventrudo el fondo de la húmeda alcoba. Era una cama hecha para dormir. El armario de luna, la cómoda-tocador, el velador cubierto por un tapete de ganchillo, las sillas protegidas por antimacasares de guipur, lo impregnaban todo de lujo burgués sólido y neto. En la pared de la izquierda, a ambos lados de la chimenea, guarnecida de jarrones con paisajes montados en cobre, y de un reloj que representaba a un Gutemberg pensativo, todo dorado, con el dedo apoyado en un libro, colgaban los retratos al óleo de Quenu y Lisa, en marcos ovalados, muy recargados de adornos. Quenu sonreía; Lisa tenía un aire respetable; los dos de negro, la cara lavada, desleída, de un rosa fluido y de un dibujo lisonjero. Una moqueta de complicados rosetones mezclados con estrellas cubría el entarimado. Ante la cama se extendía una de esas alfombras de espuma, hecha con largas hebras de lana rizada, labor paciente que la bella salchichera había tejido en su mostrador. Pero en medio de esas cosas nuevas había algo sorprendente: adosado a la pared de la derecha, un gran escritorio, cuadrado, rechoncho, que había sido barnizado sin poder reparar las mellas del mármol ni ocultar los rasguños de la caoba, negra de vejez. Lisa había querido conservar este mueble que el tío Gradelle había utilizado durante más de cuarenta años; decía que les traería suerte. En verdad, tenía unos herrajes terribles, una cerradura de calabozo, y era tan pesado que no se podía mover de su sitio.

Cuando Florent y Quenu entraron, Lisa, sentada ante el tablero bajado del escritorio, escribía, alineaba cifras, con una gruesa letra redonda, muy legible. Hizo un ademán de que no la molestaran. Los dos hombres se sentaron. Florent, sorprendido, miraba la habitación, los dos retratos, el reloj, la cama.

—Ahí tiene —dijo por fin Lisa, tras haber comprobado pausadamente toda una página de cálculos—. Escúcheme... Tenemos que rendirle cuentas, mi querido Florent.

Era la primera vez que le llamaba así. Cogió la página y continuó:

—Su tío Gradelle murió sin testamento; ustedes eran, usted, y su hermano, los únicos herederos... Hoy tenemos que entregarle su parte.

—Pero ¡yo no pido nada —exclamó Florent—, no quiero nada!

Quenu debía de ignorar las intenciones de su mujer. Se había puesto un poco pálido, la miraba con aire enojado. Realmente, él quería mucho a su hermano, pero era inútil tirarle la herencia del tío a la cabeza. Ya verían más adelante.

—Sé perfectamente, mi querido Florent —prosiguió Lisa—, que usted no ha vuelto para reclamarnos lo que le pertenece. Pero los negocios son los negocios; más vale acabar en seguida... Los ahorros de su tío ascendían a ochenta y cinco mil francos. Por lo tanto, he anotado en su cuenta: cuarenta y dos mil quinientos francos. Ahí los tiene.

Le señaló la cifra en la hoja de papel.

—No es tan fácil, por desgracia, valorar la tienda, material, mercancías, clientela. Sólo he podido poner sumas aproximadas; pero creo haber contado todo, y muy por encima... He llegado a un total de quince mil trescientos diez francos, lo que da para usted siete mil seiscientos cincuenta y cinco francos, y en total cincuenta mil ciento cincuenta y cinco francos... Compruébelo, por favor.

Había deletreado las cifras con voz neta, y le tendió la hoja de papel, que él tuvo que coger.

—Pero —gritó Quenu—, ¡la chacinería del viejo nunca valió quince mil francos! ¡Lo que es yo no hubiera dado ni diez mil!

Al final, su mujer lo exasperaba. No hay que llevar la honradez hasta tal punto. ¿Es que Florent le hablaba de la chacinería? Además, no quería nada, lo había dicho.

—La chacinería valía quince mil trescientos diez francos —repitió tranquilamente Lisa—, ya comprende usted, querido Florent, que es inútil andarse con notarios. Somos nosotros quienes debemos hacer el reparto, ya que usted resucita... Desde su llegada pensé forzosamente en esto, y mientras usted tenía fiebre, allá arriba, intenté redactar mal que bien ese pequeño inventario... Vea, todo está detallado ahí. He rebuscado en nuestros antiguos libros, he apelado a mis recuerdos. Lea en voz alta, le daré los informes que pueda desear.

Florent había acabado por sonreír. Estaba emocionado con aquella probidad fácil y como natural. Dejó la página de cálculos sobre las rodillas de la joven; luego, cogiéndole la mano, dijo:

—Mi querida Lisa, estoy encantado de ver que hacen ustedes buenos negocios; pero no quiero su dinero. La herencia es de mi hermano y de usted, que han cuidado

al tío hasta el final... No necesito nada, no pretendo estorbarles en su comercio.

Ella insistió, se enfadó incluso, mientras Quenu, sin hablar, conteniéndose, se mordía los nudillos.

—¡Eh! —prosiguió Florent, riéndose—, si el tío Gradelle les oyera sería muy capaz de venir a quitarles el dinero... No me quería mucho el tío Gradelle.

—¡Ah!, eso sí, no te quería mucho —murmuró Quenu, ya sin fuerzas.

Pero Lisa seguía discutiendo. Decía que no quería tener en su escritorio un dinero que no fuera suyo, que eso la perturbaría, que no iba a poder vivir tranquila con esa idea. Entonces Florent, bromeando, le ofreció invertir ese dinero en su casa, en la salchichería. Por lo demás, no rechazaba sus servicios; seguramente no encontraría trabajo en seguida, y además no estaba muy presentable, necesitaría vestirse de pies a cabeza.

—¡Pardiez! —exclamó Quenu—, dormirás en casa, comerás en casa, y vamos a comprarte lo que necesites. Trato hecho... Sabes muy bien que no te dejaremos en el arroyo, ¡qué diablos!

Estaba muy enternecido. E incluso sentía cierta vergüenza por haber tenido miedo de entregar una gruesa suma, así de golpe. Se le ocurrieron bromas; dijo a su hermano que él se encargaba de engordarlo. Aquél meneó suavemente la cabeza. Mientras tanto Lisa doblaba la página de cálculos. La metió en un cajón del escritorio.

—Está usted en un error —dijo, como para concluir—. Yo hice lo que debía hacer. Y, ahora, será como usted quiera... Pero yo no habría podido vivir en paz, ya ve usted. Los malos pensamientos me trastornan demasiado.

Hablaron de otra cosa. Había que explicar la presencia de Florent, evitando poner en guardia a la policía. Les contó que había regresado a Francia gracias a los papeles de un pobre diablo, muerto entre sus brazos de fiebre amarilla, en Surinam. Por una singular coincidencia, aquel muchacho se llamaba también Florent, pero de nombre. Florent Laquerrière sólo había dejado una prima en París, cuya muerte le habían escrito a América; nada más fácil que representar su papel. Lisa se ofreció por sí sola a ser la prima. Se convino que contarían una historia de un primo vuelto del extranjero, después de algunas desdichadas tentativas, y recogido por los Quenu-Gradelle, como llamaban a la pareja en el barrio, a la espera de que pudiera encontrar una colocación. Cuando todo quedó arreglado, Quenu quiso que su hermano visitara la vivienda, sin perdonarle el más insignificante taburete. En la pieza desnuda, donde no había sino sillas, Lisa empujó una puerta, le enseñó un gabinete, diciendo que la chica de la tienda dormiría allí, y que él se quedaría con la habitación del quinto.

Por la noche, Florent estaba vestido de punta en blanco. Se había empeñado en seguir llevando una levita y un pantalón negros, a pesar de los consejos de Quenu, a quien ese color entristecía. Ya no lo escondieron, Lisa contó a quien quiso escucharla la historia del primo. Vivía en la salchichería, se abstraía en una silla de la cocina,

salía y se adosaba a los mármoles de la tienda. En la mesa, Quenu lo atiborraba a comida, se enfadaba porque era poco comilón y se dejaba la mitad de las carnes con que le llenaban el plato. Lisa había recobrado sus modales lentos y plácidos; lo toleraba, incluso de mañana, cuando la estorbaba en sus tareas; lo olvidaba y después, cuando se lo encontraba delante, tan negro, tenía un ligero sobresalto, aunque encontraba una de sus hermosas sonrisas, para no herirlo. El desinterés de aquel hombre flaco la había impresionado; experimentaba por él una especie de respeto, mezclado con un vago temor. Florent sólo sentía un gran cariño a su alrededor.

A la hora de acostarse subía, un poco harto de su jornada vacía, con los dos mozos de la chacinería, que ocupaban unas buhardillas contiguas a la suya. El aprendiz, Léon, no tenía más de quince años; era un chiquillo delgado, de pinta muy dulce, que robaba las puntas de jamón y los trozos de salchichón olvidados; los escondía debajo de la almohada, se los comía de noche, sin pan. En varias ocasiones Florent creyó comprender que Léon daba de comer a alguien, a la una de la madrugada; susurraban voces contenidas, después venían ruidos de mandíbulas, de papeles arrugados, y había una risa cristalina, una risa picaruela que parecía el suave trino de un flautín, en el gran silencio de la casa dormida. El otro mozo, Auguste Landois, era de Troyes; gordo, con una grasa malsana, la cabeza demasiado gruesa, y calvo ya, no tenía más que veintiocho años. La primera noche, al subir, le contó su historia a Florent, de una forma larga y confusa. Al principio había venido a París solamente para perfeccionarse y regresar a abrir una salchichería en Troyes, donde su prima hermana, Augustine Landois, lo esperaba. Habían tenido el mismo padrino, llevaban el mismo nombre de pila. Después le entró la ambición, soñó con establecerse en París con la herencia de su madre, que había depositado en un notario antes de abandonar Champaña. En éstas, como habían llegado al quinto, Auguste retuvo a Florent, hablándole muy bien de la señora Quenu. Ésta había accedido a traerse a Augustine Landois, para sustituir a una dependienta que se había metido en malos pasos. Él sabía su oficio en este momento, ella acababa de aprender el comercio. Dentro de un año, de año y medio, se casarían; tendrían una salchichería, sin duda en Plaisance, en cualquier extremo populoso de París. No tenían prisa por casarse, porque el tocino de ese año no valía nada. Contó también que se habían hecho una fotografía juntos, en una fiesta de Saint Ouen. Entonces entró en la buhardilla, deseoso de volver a ver la fotografía, que ella se había creído en el deber de dejar sobre la chimenea, para que el primo de la señora Quenu tuviera un bonito cuarto. Se entretuvo un instante, lívido al resplandor amarillo de su palmatoria, mirando la pieza todavía muy llena de la joven, acercándose a la cama, preguntándole a Florent si dormía a gusto. Ella, Augustine, dormía abajo ahora; estaría mejor, las buhardillas eran muy frías en invierno. Por fin se marchó, dejando a Florent sólo con la cama y frente a la fotografía. Auguste era un Quenu descolorido, Augustine una



Lisa sin madurar.

Florent, amigo de los mozos, mimado por su hermano, aceptado por Lisa, acabó por aburrirse mortalmente. Había buscado clases sin poder encontrarlas. Evitaba, por otra parte, ir a) barrio de las Escuelas, donde temía ser reconocido. Lisa, suavemente, le decía que haría bien en dirigirse a casas comerciales; podía escribir la correspondencia, llevar los libros. Volvía siempre sobre esa idea, y acabó ofreciéndose a encontrarle un puesto. Poco a poco se irritaba al encontrárselo sin cesar en medio, ocioso, sin saber qué hacer con sus huesos. Al principio fue sólo un odio razonado a las personas que se cruzan de brazos y comen, sin que pensara aún en reprocharle el comer en su casa. Le decía:

—Yo no podría vivir todo el día soñando despierta. No debe usted de tener hambre por la noche... Hay que cansarse, ¿sabe?

Gavard, por su parte, buscaba un puesto para Florent. Pero buscaba de una forma extraordinaria y totalmente subterránea. Habría querido encontrar cualquier empleo dramático o simplemente de una amarga ironía, como conviene a un «proscrito». Gavard era un hombre de la oposición. Acababa de rebasar la cincuentena, y se jactaba de habérselas cantado muy claras a cuatro gobiernos. Carlos X, los curas, los nobles, toda esa gentuza a la que él había echado a la calle, le hacían aún encogerse de hombros; Luis Felipe era un imbécil con sus burgueses, y contaba la historia de las medias de lana en las cuales el rey ciudadano escondía sus patacones; en cuanto a la República del 48, era una farsa, los obreros lo habían engañado; pero no confesaba que había aplaudido el 2 de diciembre, porque ahora consideraba a Napoleón III como su enemigo personal, un canalla que se encerraba con De Morny y los otros para sus «francachelas». En este capítulo se mostraba inagotable; bajaba un poco la voz, afirmaba que todas las noches unos carruajes cerrados llevaban mujeres a las Tullerías, y que él, el mismo que viste y calza, había oído una noche, desde la plaza del Carrusel, el ruido de la orgía. La religión de Gavard era ser lo más desagradable posible para el Gobierno. Le gastaba bromas atroces, con las que se reía por lo bajo durante meses. En primer lugar, votaba por el candidato que debía «encocorar a los ministros» en el Cuerpo legislativo. Además, si podía robar al fisco, despistar a la policía, provocar alguna refriega, se ajetreaba para que la aventura pareciera muy insurreccional. Mentía, por lo demás, se presentaba como un hombre peligroso, hablaba como si la «caterva de las Tullerías» lo conociera y temblara ante él, decía que había que guillotinar a la mitad de aquellos bribones y deportar a la otra mitad «a la próxima asonada». Toda su política charlatana y violenta se nutría, así, de fanfarronadas, de patrañas, de esa necesidad guasona de jaleo y extravagancias que induce a un tendero parisiense a abrir los postigos un día de barricadas, para ver los muertos. Por ello, cuando Florent regresó de Cayena olfateó una jugarreta abominable, buscando de qué manera, especialmente ingeniosa, iba a poder burlarse

del emperador, del ministerio, de los hombres situados y hasta del último agente de policía.

La actitud de Gavard delante de Florent estaba llena de un gozo prohibido. Se lo comía con los ojos, le hacía guiños, le hablaba bajo para decirle las cosas más simples del mundo, introducía en sus apretones de mano confidencias masónicas. Por fin había encontrado una aventura; tenía un camarada realmente comprometido; podía, sin mentir demasiado, hablar de los peligros que corría. Ciertamente experimentaba un temor inconfesado ante aquel muchacho que regresaba de presidio, y cuya flacura hablaba de sus prolongados sufrimientos; pero aquel temor delicioso lo engrandecía también a él, lo persuadía de realizar un acto muy sorprendente, al acoger como amigo a un hombre de lo más peligroso. Florent se convirtió en algo sagrado; ya no juró más que por Florent; mencionaba a Florent cuando los argumentos le fallaban, y quería aplastar al gobierno de una vez para siempre.

Gavard había perdido a su mujer, en la calle de Saint Jacques, unos meses después del golpe de Estado. Conservó el horno de asar hasta 1856. En esa época corrió el rumor de que había ganado sumas considerables al asociarse con un vecino suyo, tendero de ultramarinos, encargado de un suministro de legumbres para el ejército de Oriente. La verdad es que, después de haber vendido el horno, vivió de rentas durante un año. Pero no le gustaba hablar del origen de su fortuna; le molestaba, le impedía decir rotundamente su opinión sobre la guerra de Crimea, que motejaba de expedición arriesgada, «hecha únicamente para consolidar el trono y llenar ciertos bolsillos». Al cabo de un año, se aburrió mortalmente en su piso de soltero. Como visitaba casi a diario a los Quenu-Gradelle, se acercó a ellos, se fue a vivir a la calle de la Cossonnerie. Allí lo sedujo el Mercado Central, con su jaleo, con sus comadreo enormes. Se decidió a alquilar un puesto en el mercado de las aves, únicamente para distraerse, para ocupar sus vacías jornadas con los chismes de la plaza. Entonces vivió entre cotorreos sin fin, al tanto de los más insignificantes escándalos del barrio, zumbándole la cabeza con el continuo chillido de las voces que lo rodeaban. Saboreaba allí mil goces cosquilleantes, satisfecho, habiendo encontrado su elemento, hundiéndose en él con voluptuosidades de carpa que nada al sol. Florent iba a veces a estrecharle la mano a su cajón. Las tardes eran aún muy cálidas. A lo largo de las estrechas calles las mujeres, sentadas, desplumaban. Rayos de sol caían entre los toldos levantados, las plumas volaban bajo los dedos, semejantes a una nieve danzante, en el aire ardiente, entre el polvo de oro de los rayos. Llamadas, todo un reguero de ofertas y halagos seguían a Florent.

—¿Un buen pato, señor?... Venga a ver... Tengo pollitos bien gordos... Caballero, caballero, cómpreme esta pareja de pichones...

Se apartaba, molesto, ensordecido. Las mujeres continuaban desplumando mientras se lo disputaban, y vuelos de fino plumón se abatían sobre él, lo sofocaban

con una humareda, como calentada y adensada aún más por el intenso olor de las aves. Por fin, en medio de la calle, cerca de las fuentes, encontraba a Gavard, en mangas de camisa, los brazos cruzados sobre el peto de su delantal azul, perorando delante de su puesto. Allí Gavard reinaba, con modales de príncipe bueno, en medio de un grupo de diez o doce mujeres. Era el único hombre del mercado. Tenía la lengua tan larga que, después de haberse enfadado con las cinco o seis chicas que cogió sucesivamente para atender la tienda, se decidió a vender su mercancía en persona, diciendo ingenuamente que aquellas pécoras se pasaban el santo día chismorreando, y que él no podía acabar con ello. Pero, como era preciso que alguien guardase el puesto cuando él se ausentaba, recogió a Marjolin, que andaba callejeando, después de haber probado todos los oficios menudos del Mercado. Y Florent se quedaba a veces una hora con Gavard, maravillado por su inagotable comadreo, por su talante y soltura en medio de tantas faldas, quitándole la palabra a una, peleándose con otra, a diez cajones de distancia, arrebatándole un cliente a una tercera, armando más follón él solo que las ciento y pico cotorras vecinas, cuyo clamor sacudía las planchas de hierro del pabellón con un sonoro estremecimiento de tam-tam.

El pollero tenía, por toda familia, solamente una cuñada y una sobrina. Cuando su mujer murió, la hermana mayor de ésta, la señora Lecoeur, que llevaba un año viuda, la lloró de forma exagerada, yendo casi cada tarde a llevar sus consuelos al infeliz marido. Debió de acariciar, por aquella época, el proyecto de agradarle y de ocupar el puesto aún caliente de la muerta. Pero Gavard detestaba a las mujeres flacas; decía que le daba pena notar los huesos bajo la piel; nunca acariciaba sino a gatos y perros muy gordos, saboreando una satisfacción personal con los lomos redondos y bien alimentados. La señora Lecoeur, herida, furiosa al ver que se le escapaban las piezas de cinco francos del asador, acumuló un rencor mortal. Su cuñado fue el enemigo que ocupó todas sus horas. Cuando lo vio establecerse en el Mercado Central, a dos pasos del pabellón donde ella vendía mantequilla, quesos y huevos, lo acusó de haber «ideado eso para hacerla rabiar y darle mala suerte». A partir de entonces se lamentó, se puso aún más amarilla, se obsesionó tanto que acabó realmente por perder su clientela y por hacer malos negocios. Había conservado mucho tiempo a su lado a la hija de una de sus hermanas, una campesina que le envió a la pequeña, sin volverse a ocupar de ella. La niña creció en medio del Mercado. Como se llamaba Sarriet de apellido, pronto la llamaron sólo la Sarriette. A los dieciséis años, la Sarriette era una pilluela tan espabilada que había señores que iban a comprar quesos únicamente por verla. No quiso saber nada de los señores, era populachera, con su rostro pálido de virgen morena y sus ojos que quemaban como tizones. Escogió a un cargador, un mozo de Ménilmontant que hacía los recados de su tía. Cuando, a los veinte años, se estableció como frutera, con unos anticipos cuya fuente nunca se supo muy bien, su

amante, que se llamaba señor Jules, se cuidó las manos, no llevó más que blusas limpias y una gorra de terciopelo, vino sólo al Mercado por la tarde, en zapatillas. Vivían juntos, en la calle Vauvilliers, en el tercer piso de una gran casa cuya planta baja estaba ocupada por un café de mala nota. La ingratitud de la Sarriette acabó de agriar a la señora Lecoeur, que la calificaba con furiosas palabrotas. Regañaron, la tía exasperada, la sobrina inventando con el señor Jules historias que éste iba contando por el pabellón de la mantequilla. A Gavard la Sarriette le parecía divertida; se mostraba lleno de indulgencia con ella, le daba golpecitos en las mejillas, cuando se la encontraba: era rolliza y exquisitamente carnosa.

Una tarde que Florent estaba sentado en la salchichería, cansado de las vanas caminatas que había dado por la mañana en busca de un empleo, entró Marjolin. Aquel mocetón, de una gordura y suavidad flamencas, era el protegido de Lisa. Decía de él que no era malo, un poco bobalicón, con una fuerza de caballo, y muy interesante, además, pues no se le conocía padre ni madre. Era ella quien lo había colocado en la tienda de Gavard.

Lisa estaba en el mostrador, irritada por los zapatos embarrados de Florent, que manchaban el enlosado blanco y rosa; se había levantado ya dos veces para echar serrín en la tienda. Le sonrió a Marjolin.

—El señor Gavard —dijo el joven— me manda a preguntarle...

Se detuvo, miró a su alrededor y, bajando la voz:

—Me recomendó mucho que esperase a que no hubiese nadie y que le repitiera estas palabras, que me hizo aprender de memoria: «Pregúntale si no hay ningún peligro, y si puedo ir a hablar con ellos de lo que ya saben».

—Dile al señor Gavard que lo esperamos —respondió Lisa, habituada a los misterios del pollero.

Pero Marjolin no se marchó; permanecía extasiado ante la bella salchichera, con un aire de mimosa sumisión. Como emocionada por esa muda adoración, prosiguió:

—¿Estás a gusto con el señor Gavard? No es mal hombre, harás bien en tenerlo contento.

—Sí, doña Lisa.

—Sólo que no eres razonable; te he visto ayer de nuevo sobre los tejados del Mercado; y, además, te tratas con un hato de pícaros y bribonas. Ahora ya eres un hombre, tienes que pensar en tu futuro.

—Sí, doña Lisa.

Ella tuvo que atender a una señora que venía a pedir una libra de chuletas de cerdo con pepinillos. Salió del mostrador, fue hacia el tajo, en el fondo de la tienda. Allí, con un delgado cuchillo, separó tres chuletas de palo; y, levantando una cuchilla, con su brazo desnudo y sólido dio tres golpes secos. Por detrás, a cada golpe, su traje de merino negro se alzaba ligeramente, mientras que las ballenas del corsé se

marcaban sobre la tensa tela del corpiño. Estaba muy seria, con los labios fruncidos, los ojos claros, recogiendo las chuletas y pesándolas con manos lentas.

Cuando la señora se hubo marchado y ella descubrió a Marjolin, encantado por haberla visto dar esos tres golpes con la cuchilla, tan rotundos y firmes, gritó:

—¿Cómo? ¡Aún estás aquí!

Iba él a salir de la tienda, cuando lo retuvo.

—Escucha —le dijo—, si vuelvo a verte con esa mamarracha de Cadine... No digas que no. Esta mañana estabais otra vez juntos en la casquería, mirando cómo partían cabezas de cordero... No entiendo cómo un guapo mozo como tú puede estar a gusto con esa perdida, esa esmirriada... Vamos, vete, dile al señor Gavard que venga en seguida, mientras no hay nadie.

Marjolin se marchó confuso, con pinta desesperada, sin contestar.

La bella Lisa se quedó de pie detrás de su mostrador, volviendo un poco la cabeza hacia el Mercado; y Florent la contemplaba, mudo, extrañado de encontrarla tan guapa. La había visto mal hasta entonces, no sabía mirar a las mujeres. Se le aparecía por encima de las carnes del mostrador. Ante ella se desplegaban, en fuentes de porcelana blanca, salchichones de Arles y de Lyon empezados, lenguas y trozos de saladillo hervidos, cabeza de cerdo ahogada en gelatina, un tarro de *rillettes* abierto y una lata de sardinas cuyo metal roto mostraba un lago de aceite; después, a derecha e izquierda, sobre tablas, panes de queso de Italia<sup>[9]</sup> y de queso de cerdo, un jamón cocido de un rosa pálido, un jamón serrano de carne sangrante, bajo una ancha tira de grasa. Y había también bandejas redondas y ovaladas, las bandejas de lengua rellena, galantina trufada, cabeza con pistachos; mientras que, muy cerca de ella, a su alcance, estaban, en cazuelas amarillas, la ternera mechada, el pastel de hígado, el pastel de liebre. Como Gavard no llegaba, ella colocó el tocino de costillar sobre el pequeño anaquel de mármol, al final del mostrador; alineó el tarro de manteca de cerdo y el tarro de grasa de asado, secó los platillos de las dos balanzas de alpaca, hurgó en la estufa cuyo braserillo moría; y, silenciosa, volvió de nuevo la cabeza, se puso a mirar hacia el fondo del Mercado. El olor de las carnes ascendía, y ella, en su pesada paz, estaba como invadida por el aroma de las trufas. Ese día tenía una lozanía soberbia: la blancura del delantal y de las mangas prolongaba la blancura de las fuentes, hasta su cuello grueso, sus mejillas sonrosadas, donde revivían los tonos tiernos de los jamones y las palideces de las grasas transparentes. Intimidado a medida que la miraba, inquieto por la corrección de su aspecto, Florent acabó por examinarla a hurtadillas, en los espejos de alrededor. Ella se reflejaba de espaldas, de frente, de lado; incluso la encontraba en el techo, cabeza abajo, con el apretado moño, las finas crenchas pegadas a las sienes. Era todo un tropel de Lisas, mostrando la anchura de los hombros, las coyunturas poderosas de los brazos, el pecho redondeado, tan muda y tan tensa, que no despertaba el menor pensamiento carnal, y se parecía a un vientre.

Se demoró complacido, sobre todo, en uno de sus perfiles, que tenía en un espejo a su lado, entre dos mitades de cerdo. A lo largo de mármoles y espejos, colgados de las barras dentadas, pendían cerdos y tiras de tocino de mechar; y el perfil de Lisa, con su fuerte cuello, sus líneas redondas, su pecho que avanzaba, ponía una efigie de reina abotagada en medio del tocino y de las carnes crudas. Luego la bella salchichera se inclinó, sonrió de forma amistosa a los dos peces de colores que nadaban en el acuario del escaparate continuamente.

Entraba Gavard. Fue a buscar a Quenu a la cocina, con aire importante. Cuando se hubo sentado de través en una mesita de mármol, dejando a Florent en su silla, a Lisa en su mostrador y a Quenu adosado a una mitad de cerdo, anunció por fin que había encontrado un puesto para Florent, y que iban a reírse, ¡y que el gobierno se quedaría con un palmo de narices!

Pero se interrumpió bruscamente, al ver entrar a la señorita Saget, que había empujado la puerta del comercio, después de haber divisado desde la calzada la numerosa reunión que conversaba en casa de los Quenu-Gradelle. La viejecita, con su vestido desteñido, acompañada por el eterno cabás negro que llevaba al brazo, con un sombrero de paja negra sin cintas, que dejaba su cara blanca en el fondo de una taimada sombra, dirigió un ligero saludo a los hombres y una sonrisa punzante a Lisa. Era una conocida; habitaba aún en la casa de la calle Pirouette, donde vivía desde hacía cuarenta años, sin duda de una pequeña renta de la cual no hablaba. Un día, sin embargo, había mencionado Cherburgo, agregando que había nacido allí. Nunca se supo nada más. Sólo hablaba de los otros, contaba su vida y milagros hasta el punto de decir el número de camisas que mandaban a lavar cada mes, la necesidad de penetrar en la existencia de los vecinos la inducía a escuchar detrás de las puertas y abrir las cartas. Su lengua era temida desde la calle Saint Denis a la calle Jean Jacques Rousseau, y de la calle Saint Honoré a la calle Mauconseil. Durante todo el día andaba con su cabás vacío, con el pretexto de hacer la compra, sin adquirir nada, llevando y trayendo noticias, poniéndose al corriente de los más insignificantes hechos, llegando así a albergar en su cabeza la historia completa de las casas, de los pisos, de la gente del barrio. Quenu la había acusado siempre de haber propalado la muerte del tío Gradelle sobre la tabla de picar; desde esa época le guardaba rencor. Estaba muy empollada, por lo demás, sobre el tío Gradelle y los Quenu, los detallaba, les daba vueltas por todos los lados, se los sabía «de memoria». Pero, desde hacía quince días, la llegada de Florent la desorientaba, la quemaba con una verdadera fiebre de curiosidad. Se ponía enferma cuando se producía algún hueco imprevisto en sus notas. Y, sin embargo, juraba que había visto ya a aquel desgachado en alguna parte.

Se quedó delante del mostrador, mirando las fuentes, una tras otra, diciendo con su voz de pito:

—No sabe una qué comer. Cuando llega la tarde, ando como un alma en pena por la cena... Y después no tengo ganas de nada... ¿Le quedan costillas empanadas, señora Quenu?

Sin esperar la respuesta, levantó una de las tapas de la estufa de alpaca. Era el lado de las longanizas, las salchichas y las morcillas. El braserillo estaba frío, no había más que una salchicha aplastada, olvidada sobre la parrilla.

—Mire por el otro lado, señorita Saget, dijo la salchichera. Creo que queda una costilla.

—No, no me inspira mucho —murmuró la viejecita, que, sin embargo, metió la nariz bajo la segunda tapa—. Tenía un capricho, pero las costillas empanadas, de noche, son demasiado pesadas... Prefiero algo que no me vea obligada a calentar.

Se había vuelto hacia Florent, lo miraba, miraba a Gavard, que tocaba retreta con la yema de los dedos, sobre la mesa de mármol; y los invitaba con una sonrisa a continuar la conversación.

—¿Por qué no compra un trozo de saladillo? —preguntó Lisa.

—Un trozo de saladillo, sí, podría...

Cogió el tenedor de mango de metal blanco colocado en el borde de la fuente, toqueteando, pinchando cada trozo de saladillo. Daba ligeros golpes sobre los huesos para juzgar su grosor, los volvía, examinaba los escasos jirones de carne rosa, repitiendo:

—No, no, no me inspira.

—Entonces llévese una lengua, un pedazo de cabeza de cerdo, una loncha de ternera mechada —dijo la salchichera, pacientemente.

Pero la señorita Saget meneaba la cabeza. Se quedó todavía un rato, haciendo muecas de asco por encima de las fuentes; después, viendo que decididamente callaban y que no sabría nada, se marchó, diciendo:

—No, mire, tenía ganas de una costilla empanada, pero la que le queda tiene demasiado gordo... Otra vez será.

Lisa se inclinó para seguirla con la mirada, entre las tripas del escaparate. La vio cruzar la calzada y entrar en el pabellón de la fruta.

—¡Vieja bruja! —rezongó Gavard.

Y, como estaban solos, contó el puesto que había encontrado para Florent. Fue toda una historia. Un amigo suyo, el señor Verlaque, inspector de la plaza del pescado, estaba tan delicado que se veía obligado a tomarse un permiso. Esa misma mañana, el pobre hombre le decía que le convendría mucho proponer él mismo un sustituto, para conservar la plaza, si llegaba a curarse.

—¿Comprenden? —agregó Gavard—. Verlaque no tiene ni para seis meses. Florent se quedará con la plaza. Es un buen empleo... ¡Y le damos el timo a la policía! El puesto depende de la prefectura. ¡Eh! ¡Será muy divertido, cuando Florent

vaya a cobrar el dinero de esos guindillas!

Reía de gusto, le parecía profundamente cómico.

—No quiero esa plaza —dijo rotundamente Florent—. Me he jurado no aceptar nada del Imperio. Aunque me muriera de hambre, no entraría en la prefectura. ¡Es imposible, compréndalo, Gavard!

Gavard comprendía y se quedaba un poco cortado, Quenu había agachado la cabeza. Pero Lisa se había vuelto, miraba fijamente a Florent, con el cuello hinchado y el pecho reventándole el corpiño. Iba a abrir la boca cuando entró la Sarriette. Se produjo un nuevo silencio.

—¡Ah!, ¡bueno! —exclamó la Sarriette con su risa tierna—, me iba a olvidar de comprar tocino... Señora Quenu, córteme doce lonchitas, pero muy finas, ¿eh?, para envolver alondras... A Jules se le ha antojado comer alondras... Vaya, ¿cómo está, tío?

Llenaba la tienda con sus sayas alocadas. Sonreía a todos, con una frescura de leche, despeinada de un lado por el viento del Mercado. Gavard le había cogido las manos, y ella, con su desfachatez:

—Apuesto a que hablaban de mí cuando entré. ¿Qué estaban diciendo, tío?

Lisa la llamó.

—Mire, ¿así de finas?

Sobre el extremo de la tabla, delante de sí, cortaba lonchitas delicadamente. Después, envolviéndolas:

—¿No le hace falta nada más?

—Bueno, ya que me he molestado —dijo la Sarriette—, deme una libra de manteca de cerdo... Adoro las patatas fritas, almuerzo con diez céntimos de patatas fritas y un manojo de rabanitos... Sí, una libra de manteca, señora Quenu.

La salchichera había puesto una hoja de papel grueso en una balanza. Cogía la manteca del tarro, debajo del anaquel, con una espátula de boj, aumentando poquito a poco, con mano suave, el montón de grasa que se desbordaba un poco. Cuando la balanza cayó, retiró el papel, lo dobló, hizo ágilmente un cucurucho, con la punta de los dedos.

—Es un franco con veinte —dijo—, más treinta céntimos de tocino, son franco y medio... ¿No le hace falta nada más?

La Sarriette dijo que no. Pagó, sin dejar de reír, enseñando los dientes, mirando a los hombres a la cara, con su falda gris que llevaba torcida, su toquilla roja mal atada, que dejaba ver una línea blanca del pecho, en el centro. Antes de salir fue a amenazar a Gavard, repitiendo:

—Entonces, ¿no quiere decirme lo que estaba contando cuando entré? Los he visto reír, desde el medio de la calle... ¡Oh! ¡Qué socarrón! Ya no le quiero, ¿sabe?

Dejó la tienda, cruzó corriendo la calle, la guapa Lisa dijo secamente:



—Es la señorita Saget quien nos la ha mandado.

Después continuaron en silencio. Gavard estaba consternado por la acogida de Florent a su propuesta. Fue la salchichera la que prosiguió la primera, con una voz muy amistosa:

—Se equivoca usted, Florent, al rechazar esa plaza de inspector del pescado... Ya sabe usted qué penoso resulta encontrar un empleo. Está usted en una situación en la que no puede andarse con remilgos.

—He dicho mis razones —respondió él.

Ella se encogió de hombros.

—Vamos, eso no es serio... Entiendo, en el peor de los casos, que a usted no le guste el gobierno. Pero eso no le impide ganarse el pan, sería demasiado idiota... Y, además, el emperador no es mala persona, amigo mío. Yo le dejo hablar cuando usted nos cuenta sus sufrimientos. ¿Pero es que él sabía, el emperador, que comía usted pan mohoso y carne echada a perder? No puede estar en todo ese hombre... Ya ve usted que a nosotros no nos ha impedido hacer nuestros negocios... No es usted justo, no, nada justo.

Gavard estaba cada vez más molesto. No podía tolerar esos elogios al emperador en su presencia.

—¡Ah! No, no, señora Quenu —murmuró—, va usted demasiado lejos. Son todos unos canallas...

—¡Oh! ¡Usted! —interrumpió la bella Lisa, animándose—, usted no estará contento hasta el día en que se haga robar y asesinar con sus historias. No hablemos de política, porque eso me haría encolerizar... Se trata sólo de Florent, ¿no? ¡Bueno!, pues digo que debe aceptar sin falta la plaza de inspector. ¿No opinas lo mismo, Quenu?

A Quenu, que no resollaba, le fastidió mucho la brusca pregunta de su mujer.

—Es una buena plaza —dijo sin comprometerse.

Y, como se producía un nuevo silencio embarazoso, Florent prosiguió:

—Dejemos eso, por favor. Mi resolución es definitiva. Esperaré.

—¡Esperará! —exclamó Lisa, perdiendo la paciencia.

Dos llamas rosadas habían subido a sus mejillas. Con las caderas anchas, plantada en pie con su delantal blanco, se contenía para no dejar escapar una mala palabra. Entró una nueva persona que desvió su cólera. Era la señora Lecoeur.

—¿Podría darme un plato surtido de media libra, el de a dos francos y medio la libra?

Al principio fingió no ver a su cuñado; después lo saludó con un ademán de la cabeza, sin hablar. Examinaba a los tres hombres de pies a cabeza, con la esperanza, sin duda, de sorprender su secreto por la forma en que ellos aguardaban a que no estuviera allí. Sentía que los molestaba, y eso la volvía más angulosa, más agria, con

sus sayas caídas, con sus grandes brazos de araña, sus manos cruzadas que mantenía bajo el delantal. Como tenía una ligera tos:

—¿Está usted acatarrada? —dijo Gavard, molesto por el silencio.

Ella respondió con un no muy seco. En los puntos donde los huesos perforaban la cara, la piel, tensa, era de un rojo ladrillo, y la llama sorda que quemaba sus párpados anunciaba una enfermedad del hígado, que se incubaba bajo su celosa acritud. Se volvió hacia el mostrador, siguió cada gesto de Lisa, que la servía, con la mirada desconfiada de la clienta persuadida de que la van a robar.

—No me ponga salchicha de ésa —dijo—, no me gusta.

Lisa había cogido un delgado cuchillo y cortaba rajadas de salchichón. Pasó al jamón ahumado y al jamón normal, desprendiendo lonchas delicadas, un poco encorvada, los ojos clavados en el cuchillo. Sus manos regordetas, de un rosa vivo, que tocaban las carnes con muelle ligereza, conservaban de ellas una especie de flexibilidad untuosa, desde los dedos ventrudos hasta las falanges. Adelantó una cazuela, preguntando:

—Quiere ternera mechada, ¿no?

La señora Lecoeur pareció interrogarse largamente; después aceptó. La salchichera cortaba ahora en las cazuelas. Cogía con la punta de un cuchillo de hoja ancha lonjas de ternera mechada y de pastel de liebre. Y colocaba cada lonja en medio de la hoja de papel, sobre las balanzas.

—¿No me pone cabeza con pistachos? —hizo observar la señora Lecoeur con su voz maligna.

Tuvo que ponerle cabeza con pistachos. Pero la vendedora de mantequilla se volvía exigente. Quiso dos lonchas de galantina; le gustaba. Por más que Lisa, irritada ya, jugando impaciente con el mango de los cuchillos, le dijo que la galantina estaba trufada, que sólo podía ponerla en los platos surtidos de a tres francos la libra, la otra continuaba hurgando en las fuentes, buscando qué más iba a pedir. Cuando pesó el fiambre surtido, la salchichera tuvo que añadir gelatina y pepinillos. El bloque de gelatina, que tenía la forma de un flan, en medio de una placa de porcelana, tembló bajo su mano colérica, brutal; y al coger, con la yema de los dedos, dos gruesos pepinillos del tarro, detrás de la estufa, salpicó el vinagre.

—¿Es un franco con veinticinco, verdad? —dijo la señora Lecoeur, sin apresurarse.

Veía perfectamente la sorda irritación de Lisa. Disfrutaba con ella, sacando el suelto con lentitud, como perdido entre las monedas grandes de su faltriquera. Miraba a Gavard de reojo, saboreaba el embarazoso silencio que su presencia prolongaba, jurando que no se iría, pues se andaban «con tapujos» con ella. La salchichera le puso por fin su paquete en la mano, y tuvo que retirarse. Se marchó sin decir palabra, con una larga mirada circular a la tienda.

Cuando ya no estuvo allí, Lisa estalló:

—¡A ésta nos la ha enviado la Saget, otra vez! ¿Es que esa vieja bribona va a hacer desfilar por aquí a todo el Mercado, para saber lo que decimos?... ¡Pues se pasan de listas! ¡Habrás visto nunca, comprar costillas empanadas y fiambres surtidos a las cinco de la tarde! Cogerían una indigestión, con tal de no quedarse sin saber... Por cierto, si la Saget me envía a otra, van a ver ustedes cómo la recibo. ¡Aunque fuese mi hermana, la pondría en la puerta de la calle!

Ante la cólera de Lisa, los tres hombres enmudecían. Gavard había ido a acodarse en la balaustrada del escaparate, con barandilla de cobre; absorto, hacía girar uno de los balaustres de cristal tallado, desprendido de su moldura de latón. Después, levantando la cabeza:

—Yo —dijo— había considerado eso como una broma.

—¿El qué? —preguntó Lisa, aún muy agitada.

—La plaza de inspector del pescado.

Ella alzó las manos, miró a Florent por última vez, se sentó en la banqueta tapizada del mostrador, no despegó los labios. Gavard explicaba por extenso su idea: el más embromado, en suma, sería el gobierno, que daría sus escudos. Repetía complacido:

—Amigo mío, esos bribones lo dejaron morir de hambre, ¿no? ¡Bueno! ¡Pues ahora que lo alimenten ellos!... Es muy gracioso, me sedujo en seguida.

Florent sonreía, seguía diciendo que no. Quenu, para complacer a su mujer, intentó encontrar buenos consejos. Pero ella no parecía escuchar. Desde hacía un instante miraba con atención hacia el Mercado. Bruscamente se puso de pie, exclamando:

—¡Ah! ¡Ahora envían a la Normanda! ¡Mala pata! La Normanda pagará por las otras.

Una morena alta empujaba la puerta de la tienda. Era la bella pescadera, Louise Méhudin, apodada la Normanda. Tenía una belleza atrevida, muy blanca y delicada de piel, casi tan gruesa como Lisa, pero de ojos más descarados y pecho más vivo. Entró, insolente, con la cadena de oro sonando sobre el delantal, el pelo peinado a la moda, su moña en el pecho, una moña de encaje que la convertía en una de las reinas coquetas del Mercado Central. Traía un vago olor a pescado; y, en una de sus manos, cerca del meñique, había una escama de arenque que ponía allí una mota de nácar. Las dos mujeres, por haber vivido en la misma casa de la calle Pirouette, eran íntimas amigas, muy unidas por una pizca de rivalidad que las hacía ocuparse continuamente una de la otra. En el barrio decían la bella Normanda, como decían la bella Lisa. Esto las oponía, las comparaba, las obligaba a sostener cada cual su fama de belleza. Inclinandose un poco, la salchichera distinguía, desde su mostrador, en el pabellón de enfrente, a la pescadera, entre sus salmones y sus rodaballos. Se vigilaban las dos. La

bella Lisa se apretaba más el corsé. La bella Normanda se añadía anillos a los dedos y moñas a los hombros. Cuando se encontraban eran muy dulces, muy zalameras, la mirada furtiva bajo los párpados semicerrados, buscándose defectos. Afectaban servirse en las respectivas tiendas y quererse mucho.

—Dígame, ¿es mañana por la tarde cuando hacen la morcilla, verdad? —preguntó la Normanda con su aire risueño.

Lisa permaneció fría. La cólera, muy rara en ella, era tenaz e implacable. Respondió que sí, secamente, de mala gana.

—Es que, ya sabe, adoro la morcilla caliente, recién salida de la olla... Vendré a buscarla.

Tenía conciencia de la mala acogida de su rival. Miró a Florent, que parecía interesarla; luego, como no quería marcharse sin decir algo, sin tener la última palabra, tuvo la imprudencia de añadir:

—Anteayer le compré morcilla... No estaba muy fresca.

—¡No muy fresca! —repitió la salchichera, blanquísima, con labios trémulos.

Quizá se hubiera contenido aún, para que la Normanda no creyera que estaba despechada a causa de su moña de encaje. Pero no se contentaban con espiarla, venían a insultarla, y eso sobrepasaba toda medida. Se inclinó, con los puños sobre el mostrador, y con voz un poco ronca:

—¡Oiga, oiga! La semana pasada, cuando me vendió usted aquel par de lenguados, ya sabe, ¿es que fui a decirle que estaban podridos delante de la gente?

—¡Podridos!... ¡Mis lenguados podridos!... —exclamó la pescadera, con la cara de púrpura.

Se quedaron un instante sofocadas, mudas y terribles, por encima de las carnes. Toda su hermosa amistad se desvanecía: había bastado una palabra para que enseñasen los dientes aguzados bajo la sonrisa.

—Es usted una grosera —dijo la bella Normanda—. ¡No volveré a poner los pies aquí! ¡Faltaría más!

—Lárguese, pues, lárguese —dijo la bella Lisa—. Ya sé con quién trato.

La pescadera salió, con una palabrota que dejó temblorosa a la salchichera. La escena se había desarrollado tan rápidamente que los tres hombres, aturullados, no habían tenido tiempo de intervenir. Lisa se recobró al punto. Reanudaba la conversación, sin aludir para nada a lo que acababa de pasar, cuando Augustine, la chica de la tienda, volvió de la compra. Entonces le dijo a Gavard, llevándosele aparte, que no diera una contestación al señor Verlaque; ella se encargaba de decidir a su cuñado, y pedía dos días, a lo sumo. Quenu regresó a la cocina, Gavard se llevó a Florent, y cuando entraban a tomar un vermut en el bar de Lebigre, le señaló tres mujeres, en la calle cubierta, entre el pabellón del pescado y el de las aves.

—¡Se despachan a gusto! —murmuró, con aire envidioso.

El Mercado se vaciaba, y allí estaban, en efecto, la señorita Saget, la señora Lecoeur y la Sarriette, al borde de la acera. La solterona peroraba:

—Ya se lo decía yo, señora Lecoeur, su cuñado se pasa el día metido en su tienda... Lo ha visto usted, ¿no?

—¡Oh! ¡Con mis propios ojos! Estaba sentado sobre una mesa. Parecía en su casa.

—Pues no —interrumpió la Sarriette—, no oí nada malo... No sé por qué se calientan la cabeza.

La señorita Saget se encogió de hombros.

—¡Ah, sí! —prosiguió—, ¿es usted todavía de pastaflora, monina! ¿No ve que los Quenu atraen al señor Gavard?... Apuesto a que le dejará todo lo que posee a la pequeña Pauline.

—¿Lo cree usted? —exclamó la señora Lecoeur, lívida de furor.

Después prosiguió con voz doliente, como si acabara de recibir un gran golpe:

—Estoy completamente sola, no tengo defensa, ese hombre puede hacer lo que le pete... Ya ha oído usted, su sobrina está de su parte. Olvida lo que me he gastado en ella, me entregaría atada de pies y manos.

—Nada de eso, tía —dijo la Sarriette—; es usted la que nunca ha tenido para mí más que malas palabras.

Se reconciliaron allí mismo, se besaron. La sobrina prometió no hacerla rabiarse más; la tía juró, por lo más sagrado, que consideraba a la Sarriette como su propia hija. Entonces la señorita Saget les dio consejos sobre la manera en que debían conducirse para obligar a Gavard a no dilapidar su hacienda. Se convino que los Quenu-Gradelle no eran gran cosa, y que se les vigilaría.

—No sé qué tejemanejes se traen —dijo la solterona—, pero no me huele nada bien... Ese Florent, el primo de la señora Quenu, ¿qué piensan ustedes de él?

Las tres mujeres se acercaron, bajando la voz.

—Sabes perfectamente —prosiguió la señora Lecoeur—, que lo hemos visto, una mañana, con los zapatos agujereados, las ropas cubiertas de polvo, con la pinta de un ladrón que ha hecho una mala jugada... Me da miedo ese muchacho.

—No, está flaco pero no es mala persona —murmuró la Sarriette.

La señorita Saget reflexionaba. Pensaba en voz alta:

—Llevo quince días buscando, me doy por vencida... Gavard lo conoce, con toda seguridad... Yo he debido de verlo en alguna parte, pero no me acuerdo...

Estaba rebuscando en su memoria cuando la Normanda llegó como un huracán. Salía de la salchichería.

—¡Qué educada, esa animalota de la Quenu! —exclamó, feliz de desahogarse—. ¡Pues no acaba de decirme que vendo pescado podrido! ¡Ah, pero le di su merecido! ... ¡Menuda tienducha, con sus porquerías estropeadas que envenenan a la gente!

—Pero ¿qué le había dicho usted? —preguntó la vieja, toda agitada, encantada de enterarse de que las dos mujeres se habían peleado.

—¿Yo? ¡Nada de nada! ¡Ni la menor, fíjese!... Había entrado muy finamente a avisarla de que mañana por la tarde me llevaría morcilla, y entonces ella me empieza a decir tonterías... ¡Condenada hipócrita, con sus aires de honradez! Me lo pagará más caro de lo que piensa.

Las tres mujeres notaban que la Normanda no decía la verdad; pero no por ello dejaron de ponerse de su parte con un raudal de malas palabras. Se volvían hacia el lado de la calle Rambuteau, insultantes, inventando historias sobre la suciedad de la cocina de los Quenu, encontrando acusaciones realmente prodigiosas. Si hubieran vendido carne humana, la explosión de su cólera no habría sido más amenazadora. La pescadera tuvo que recomenzar tres veces su relato.

—Y el primo, ¿qué dijo? —preguntó aviesamente la señorita Saget.

—¡El primo! —respondió la Normanda con voz aguda—, ¿ustedes se creen lo del primo? ¡Algún amante, ese papanatas!

Las otras tres comadres protestaron. La honestidad de Lisa era uno de los actos de fe del barrio.

—¡No me digan! ¡Nunca se sabe, con esas gordas mosquitas muertas, que no son más que grasa! ¡Ya me gustaría a mí ver a su virtud sin camisa!... Tiene un marido demasiado tonto para no ponerle los cuernos.

La señorita Saget meneaba la cabeza, como para decir que no estaba muy lejos de compartir esa opinión. Prosiguió suavemente:

—Tanto más cuanto que el primo cayó de no se sabe dónde, y que la historia que contaron los Quenu es muy turbia.

—¡Eh! ¡Es el amante de la gorda! —afirmó de nuevo la pescadera—. Algún perdis, algún vago que ha recogido en la calle. Se ve a la legua.

—Los hombres flacos son hombres de pelo en pecho —declaró la Sarriette con aire convencido.

—Lo ha vestido de punta en blanco —hizo observar la señora Lecoeur—. Debe de costarle un pico.

—Sí, sí, podrían tener razón ustedes —murmuró la vieja señorita—. Habrá que saber...

Entonces se comprometieron a tenerse al tanto de lo que ocurriera en la tienducha de los Quenu-Gradelle. La vendedora de mantequilla pretendía que quería abrirle los ojos a su cuñado sobre las casas que frecuentaba. Mientras tanto, la Normanda se había calmado un poco; se marchó, buena chica en el fondo, cansada de haber contado demasiado. Cuando ya no estuvo con ellas, la señora Lecoeur dijo taimadamente:

—Estoy segura de que la Normanda se habrá mostrado insolente; es su

costumbre... Más le valdría no hablar de los primos que caen del cielo, ella, que encontró un hijo en su puesto de pescado.

Se miraron las tres riendo. Después, cuando la señora Lecoeur se alejó a su vez:

—Hace mal mi tía en ocuparse de esas historias, eso la adelgaza —prosiguió la Sarriette—. Me pegaba cuando los hombres me miraban. Lo que es ella, ya puede buscar, que no encontrará ningún crío debajo de su almohada.

La señorita Saget soltó una nueva risa. Y cuando estuvo sola, mientras regresaba a la calle Pirouette, pensó que aquellas «tres pécoras» no valían lo que la cuerda para ahorcarlas. Además, podían haberla visto, sería mala cosa regañar con los Quenu-Gradelle, gente rica y estimada, después de todo. Dio un rodeo, fue a la calle Turbigo, a la panadería Taboureau, la mejor panadería del barrio. La señora Taboureau, que era íntima amiga de Lisa, tenía en todas las cosas una autoridad indiscutida. Cuando alguien decía: «La señora Taboureau ha dicho esto, la señora Taboureau ha dicho lo otro» no quedaba sino inclinarse. La vieja señorita, con el pretexto, ese día, de saber a qué hora estaba caliente el horno, para llevar una fuente de peras, habló muy bien de la salchichera, se deshizo en elogios sobre la limpieza y la excelencia de su morcilla. Después, contenta con esta coartada moral, encantada de haber soplado sobre la ardiente batalla que olfateaba, sin enfadarse con nadie, volvió decididamente a su casa, con la mente más libre, dándole cien vueltas en la memoria a la imagen del primo de la señora Quenu.

Ese mismo día, por la noche, después de cenar, Florent salió, paseó un buen rato por una de las calles cubiertas del Mercado. Ascendía una fina niebla, los pabellones vacíos tenían una tristeza gris, punteada por las lágrimas amarillas del gas. Por primera vez Florent se sentía importuno; tenía conciencia de la forma malcriada en que había caído en medio de aquella gente gorda, como un flaco ingenuo; se confesaba abiertamente que molestaba a todo el barrio, que se convertía en un estorbo para los Quenu, un primo de contrabando, de aspecto en exceso comprometedor. Estas reflexiones lo ponían muy triste, aunque no hubiera observado en su hermano o en Lisa la menor dureza; sufría a causa de la bondad de ellos; se acusaba de falta de delicadeza al instalarse así en su casa. Le entraban dudas. El recuerdo de la conversación en la tienda, por la tarde, le causaba un vago malestar. Estaba como invadido por el olor de las carnes del mostrador, se sentía resbalar hacía una cobardía de molicie y hartazgo. Quizá se había equivocado al rechazar la plaza de inspector que le ofrecían. Esta idea provocaba una gran lucha en su interior; era preciso que se sacudiera para recobrar la rigidez de su conciencia. Pero se había levantado un viento húmedo, que soplaba bajo la calle cubierta. Recuperó cierta calma y cierta certidumbre cuando se vio obligado a abrocharse la levita. El viento se llevaba de sus ropas ese aroma untuoso de la salchichería, que le hacía languidecer.

Volvía a casa, cuando encontró a Claude Lantier. El pintor, arrebuñado en su

gabán verdoso, tenía una voz sorda, llena de cólera. Arremetió contra la pintura, dijo que era un oficio de perros, juró que no volvería a tocar un pincel en su vida. Por la tarde había roto de una patada un estudio de cabeza que estaba haciéndole a esa golfa de Cadine. Era presa de esos arrebatos de artista impotente frente a las obras sólidas y vivientes que soñaba. Entonces ya nada existía para él, azotaba las calles, lo veía todo negro, esperaba al día siguiente como una resurrección. De ordinario, decía que se sentía alegre por la mañana y horriblemente desgraciado por la tarde; cada uno de sus días era un largo y desesperado esfuerzo. A Florent le costó trabajo reconocer al paseante despreocupado de las noches del Mercado. Se habían encontrado ya en la salchichería. Claude, que conocía la historia del deportado, le había estrechado la mano, diciéndole que era un buen hombre. Por otra parte, iba muy raramente a casa de los Quenu.

—¿Sigue en casa de mi tía? —dijo Claude—. No sé cómo se las arregla para quedarse en medio de esa cocina. Allá dentro apesta. Cuando paso una hora en ella me parece que he comido bastante para tres días. Cometí el error de entrar allí esta mañana; eso es lo que me hizo estropear el estudio.

Y después de unos cuantos pasos dados en silencio:

—¡Ah! ¡Qué buenas personas! —prosiguió—. Me dan pena, de sanos que están. Pensé en hacer sus retratos, pero nunca he sabido dibujar esas caras redondas donde no hay huesos... Mi tía Lisa no daría patadas a sus cacerolas, vamos. ¡Qué idiota soy al haber roto la cabeza de Cadine! Ahora que lo pienso, quizá no estaba tan mal.

Entonces hablaron de la tía Lisa. Claude dijo que su madre ya no veía a la salchichera desde hacía tiempo. Dio a entender que ésta sentía cierta vergüenza de su hermana, casada con un obrero; además, no le gustaban los desgraciados. En cuanto a él, contó que a un buen hombre se le había ocurrido mandarlo al colegio, seducido por los burros y las mujercitas que dibujaba, desde la edad de ocho años; el buen hombre había muerto, dejándole una renta de mil francos que le impedía morir de hambre.

—No importa —continuó—, hubiera preferido ser obrero... Carpintero, por ejemplo, fíjese. Los carpinteros son muy felices. Tienen que hacer una mesa, ¿no?, pues la hacen, se acuestan, felices de haber terminado su mesa, completamente satisfechos... Yo, en cambio, casi no duermo de noche. Todos esos condenados estudios que no puedo rematar galopan por mi cabeza. Nunca acabo nada, nunca, nunca.

Su voz casi se rompía en sollozos. Luego intentó reírse. Juraba, buscaba palabras procaces, se sumía en pleno fango con la rabia fría de un espíritu tierno y exquisito que duda de sí y sueña con ensuciarse. Acabó acurrucándose delante de una de las trampillas que daban a los sótanos del Mercado, donde el gas arde eternamente. Allí, en las profundidades, mostró a Florent a Marjolin y Cadine, cenando tan tranquilos,



sentados en una de las piedras de sacrificar aves. Los chiquillos tenían sus propios métodos para esconderse y vivir en los sótanos, después del cierre de las verjas.

—¡Ah! ¡Qué animal, qué hermoso animal! —repetía Claude, hablando de Marjolin con envidiosa admiración—. ¡Y pensar que esa bestia es feliz!... En cuanto acaben sus patatas, se acostarán juntos en uno de esos grandes cestos llenos de plumas. ¡Eso sí que es vida!... A fe mía, tiene usted razón al quedarse en la salchichería; quizá así engorde.

Se marchó bruscamente. Florent subió a su buhardilla, turbado por aquellas inquietudes nerviosas, que despertaban sus propias incertidumbres. Al día siguiente evitó pasar la mañana en la salchichería, dio un gran paseo a lo largo de los muelles. Pero, a la hora del almuerzo, fue presa de nuevo de la conmovedora dulzura de Lisa. Ésta volvió a hablarle de la plaza de inspector del pescado, sin insistir demasiado, como una cosa que merecía reflexión. Él la escuchaba, con el plato lleno, ganado a su pesar por la limpieza devota del comedor; la estera ponía blandura bajo sus pies; los brillos de la lámpara de cobre, el amarillo tierno del papel pintado y el roble claro de los muebles lo impregnaban de una sensación de honradez dentro del bienestar que perturbaba sus ideas sobre lo falso y lo verdadero. Tuvo la fuerza, no obstante, de negarse otra vez, repitiendo sus razones, pese a tener conciencia del mal gusto que implicaba hacer un brutal despliegue de su cabezonería y sus rencores en semejante lugar. Lisa no se enfadó; al contrario, sonreía, con una hermosa sonrisa que incomodaba más a Florent que la sorda irritación de la víspera. En la cena no se habló más que de las grandes salazones del invierno, que iban a tener en danza a todo el personal de la salchichería.

Las noches se volvían frías. En cuanto habían cenado, pasaban a la cocina. Allí hacía mucho calor. Era tan vasta, además, que cabían a sus anchas varias personas, sin estorbar el servicio, alrededor de una mesa cuadrada colocada en el medio. Las paredes de la pieza, iluminada con gas, estaban recubiertas de azulejos blancos y azules hasta la altura de una persona. A la izquierda se encontraba el gran fogón de hierro colado, perforado por tres huecos, en los cuales hundían sus culos negros por el hollín del carbón tres rechonchas ollas; en el extremo, una pequeña chimenea, montada sobre un horno y provista de un ahumadero, servía para asar a la parrilla; y, por encima del fogón, más altos que las espumaderas, las cucharas, los tenedores de largos mangos, en una hilera de cajones numerados se alineaban los panes rallados, finos y gruesos, la miga para empanar, las especias, el clavo, la nuez moscada, las pimientas. A la derecha, la mesa de picar, enorme bloque de roble apoyado en el muro, era una pesada mole llena de costurones y surcos, mientras que varios aparatos, fijados sobre el bloque, una bomba de embutir, una máquina de prensar, una picadora mecánica, insinuaban allí, con sus ruedas y manivelas, la idea misteriosa e inquietante de una cocina infernal. Luego alrededor de las paredes, sobre tablas y hasta debajo de

las mesas, se amontonaban tarros, cazuelas, cubos, fuentes, utensilios de hojalata, una batería de hondas cacerolas, embudos anchos, juegos de cuchillos y cuchillas, filas de mechadores y agujas, todo un mundo ahogado en grasa. La grasa desbordaba, pese a la exagerada limpieza, rezumaba entre los azulejos, enceraba las baldosas rojas del suelo, daba un reflejo grisáceo al hierro colado del fogón, pulimentaba los bordes de la mesa de picar con un brillo y una transparencia de roble barnizado. Y, en medio de aquel vaho amasado gota a gota, de aquella evaporación continua de las tres ollas, donde se fundían los cerdos, no había ciertamente, desde el suelo al techo, un solo clavo que no sudase grasa.

Los Quenu-Gradelle lo fabricaban todo en casa. Sólo traían de fuera las cazuelas de firmas renombradas, las *rillettes*, los frascos de conservas, las sardinas, los quesos, los caracoles. Por ello, al llegar septiembre, había que ocuparse de llenar el sótano, vaciado durante el verano. Las veladas se prolongaban incluso después de cerrar el comercio. Quenu, ayudado por Auguste y Léon, embuchaba los salchichones, preparaba los jamones, fundía la manteca, hacía los tocinos de costillar, los tocinos entreverados, los tocinos de mechar. Había un formidable ruido de ollas y tajaderas, olores de cocina que subían por toda la casa. Y eso sin perjuicio de la chacinería fresca, los pasteles de hígado y liebre, las galantinas, las salchichas y las morcillas.

Aquella noche, hacia las once, Quenu, que había puesto en marcha dos ollas de manteca, tuvo que ocuparse de la morcilla. Auguste le ayudó. En una esquina de la mesa cuadrada, Lisa y Augustine zurcían ropa, mientras que, frente a ellas, al otro lado de la mesa, Florent estaba sentado, con la cara vuelta hacia el fogón, sonriendo a la pequeña Pauline que, montada sobre sus pies, quería que la hiciera «saltar en el aire». Detrás de ellos, Léon picaba carne para salchichas, sobre el bloque de roble, con golpes lentos y regulares.

Auguste fue, ante todo, a buscar al patio dos jarros llenos de sangre de cerdo. Era él quien los sangraba en el matadero. Cogía la sangre y el interior de los animales, dejando a los mozos del peladero a cargo de llevar, por las tardes, en su carro los cerdos ya preparados, Quenu pretendía que Auguste sangraba como ningún chacinero de París. La verdad era que Auguste conocía de maravilla la calidad de la sangre; la morcilla era buena todas las veces que él decía: «La morcilla será buena».

—¿Qué? ¿Tendremos buena morcilla? —preguntó Lisa.

Él depositó los dos jarros y lentamente:

—Creo que sí, señora Quenu, creo que sí... Lo veo primero en la forma en que corre la sangre. Si, cuando retiro el cuchillo, la sangre empieza a salir despacito, mala señal, eso prueba que es pobre...

—Pero —interrumpió Quenu— también depende de cómo se haya hundido el cuchillo.

La pálida cara de Auguste tuvo una sonrisa.

—No, no —respondió—, siempre hundo el cuchillo cuatro dedos; es la medida... Pero, fíjense, la mejor señal sigue siendo cuando la sangre corre y yo la recibo batiendo con la mano, en el cubo. Tiene que estar a buena temperatura, cremosa sin ser demasiado espesa.

Augustine había dejado su aguja. Levantando la vista, miraba a Auguste. Su cara coloradota, de tieso pelo castaño, adoptaba un aire de profunda atención. Por lo demás, igualmente Lisa y la misma pequeña Pauline escuchaban con gran interés.

—Bato, bato y bato, ¿no es cierto? —continuó el muchacho, agitando la mano en el vacío, como si montara una nata—. Pues bien, cuando retiro la mano y me la miro, tiene que estar como engrasada por la sangre, de forma que el guante rojo esté del mismo rojo por todas partes... Entonces uno puede decir sin equivocarse: «La morcilla será buena».

Se quedó un instante con la mano en el aire, complacido, en una actitud blanda; aquella mano que vivía en cubos de sangre era toda roja, con uñas brillantes, al final de la manga blanca. Quenu había aprobado con la cabeza. Se produjo un silencio. Léon seguía picando. Pauline, que se había quedado pensativa, volvió a subir sobre los pies de su primo, gritando con su voz clara:

—Anda, primo, cuéntame la historia del señor que se comieron las fieras.

Sin duda, en la cabeza de la chiquilla, la idea de la sangre de los cerdos había despertado la «del señor comido por las fieras». Florent no entendía, preguntaba qué señor. Lisa se echó a reír.

—Pide la historia de ese desgraciado, ya sabe, la historia que le contó usted a Gavard una noche. La habrá oído.

Florent se había puesto muy serio. La cría fue a coger en brazos el grueso gato amarillo, lo puso sobre las rodillas del primo, diciendo que también Cordero quería escuchar la historia. Pero Cordero saltó sobre la mesa. Allí se quedó, sentado, con el lomo arqueado, contemplando a aquel mozo alto y flaco que, desde hacía quince días, parecía constituir para él un continuo tema de hondas reflexiones. Mientras tanto Pauline se enfadaba, pataleaba, quería la historia. Como se estaba poniendo realmente insoportable, Lisa dijo a Florent:

—¡Ea!, cuénteles lo que pide, así nos dejará tranquilos. Florent guardó silencio todavía un instante. Clavaba los ojos en el suelo. Después, alzando lentamente la cabeza, se demoró en las dos mujeres que tiraban de sus agujas, miró a Quenu y Auguste, que preparaban la olla para la morcilla. El gas ardía tranquilamente, el calor del fogón era muy grato, toda la grasa de la cocina relucía en un bienestar de amplia digestión. Entonces sentó a la pequeña Pauline en una de sus rodillas y, sonriendo con aire triste, se dirigió a la niña:

—Había una vez un pobre hombre. Lo mandaron muy lejos, lejísimos, al otro lado del mar... En el barco que se lo llevaba había cuatrocientos presidiarios, en

medio de los cuales lo arrojaron. Tuvo que vivir cinco semanas entre aquellos bandidos, vestido de lona como ellos, comiendo en una escudilla de lata. Enormes piojos lo devoraban, terribles sudores lo dejaban sin fuerzas. La cocina, la panadería, la máquina del barco calentaban tan terriblemente el sollado, que diez de los presidiarios murieron de calor. Durante el día, los hacían subir de cincuenta en cincuenta, para permitirles tomar el aire del mar; y, como les tenían miedo, habían apuntado dos cañones hacia el estrecho entarimado por donde paseaban. El pobre hombre estaba muy contento cuando le llegaba el turno. Sus sudores se calmaban un poco. Ya no comía, estaba muy enfermo. De noche, cuando lo habían vuelto a encadenar, y el temporal lo hacía rodar entre sus dos vecinos, se sentía cobarde, lloraba, feliz de llorar sin ser visto...

Pauline escuchaba, los ojos como platos, sus dos manitas devotamente cruzadas.

—Pero —interrumpió—, ésa no es la historia del señor al que comieron las fieras... Dime, primo, ¿es otra historia?

—Espera y verás —respondió dulcemente Florent—. Ya llegaré a lo del señor... Te estoy contando la historia entera.

—¡Ah, bueno! —murmuró la niña, feliz.

Sin embargo, permaneció pensativa, visiblemente preocupada por alguna grave dificultad que no podía resolver. Por fin se decidió:

—¿Qué es lo que había hecho el pobre hombre —preguntó— para que lo mandaran lejos, metido en el barco?

Lisa y Augustine sonrieron. El ingenio de la niña las arrobaba. Y Lisa, sin responder directamente, aprovechó la circunstancia para sacar la moraleja: la impresionó mucho diciéndole que se metía así en barcos a los niños que no eran buenos.

—Entonces —observó juiciosamente Pauline— al pobre hombre de mi primo le estaba bien empleado el llorar por la noche.

Lisa reanudó su costura, inclinando los hombros. Quenu no había oído. Acababa de cortar en la olla rodajas de cebolla que cantaban, en el fuego, con vocecitas claras y agudas de cigarras abrumadas por el calor. Olía muy bien. La olla, cuando Quenu hundía en ella su gran cuchara de madera, chirriaba más fuerte, llenando la cocina con el penetrante olor de la cebolla frita. Auguste preparaba, en una fuente, grasa de tocino. Y la tajadera de León marchaba con golpes más vivos, raspando a veces la mesa, para recoger la carne de salchicha que empezaba a convertirse en pasta.

—Cuando llegaron —continuó Florent—, llevaron al hombre a una isla llamada la Isla del Diablo. Estaba allí con otros compañeros a quienes también habían echado de sus pueblos. Todos fueron muy desgraciados. En primer lugar los obligaron a trabajar como forzados. El gendarme que los guardaba los contaba tres veces al día, para estar seguro de que no faltaba nadie. Más adelante, los dejaron en libertad de

hacer lo que quisieran; sólo los encerraban por la noche, en una gran cabaña de madera, donde dormían en hamacas colgadas de dos barras. Al cabo de un año, iban descalzos, y sus ropas estaban tan destrozadas que se les veía la piel. Se habían construido unas chozas con troncos de árbol, para protegerse del sol, cuyas llamas lo quemaban todo en ese país; pero las chozas no podían preservarlos de los mosquitos que, de noche, los cubrían de granos y ronchas. Varios murieron; los demás se volvieron tan amarillos, tan enjutos, tan abandonados, con sus grandes barbas, que daban lástima...

—Auguste, deme la grasa —gritó Quenu.

Y, cuando agarró la fuente, hizo deslizarse suavemente en la olla la grasa de tocino, desprendiéndola con la punta de la cuchara. La grasa se derretía. Un vapor más denso ascendió del fogón.

—¿Qué les daban de comer? —preguntó la pequeña Pauline, profundamente interesada.

—Les daban arroz lleno de gusanos y carne que olía mal —respondió Florent, cuya voz se ensordecía—. Había que quitar los gusanos para comer el arroz. La carne, asada y muy hecha, aún podía tragarse; pero cocida, apestaba tanto que a menudo producía cólicos.

—Yo prefiero estar a pan y agua —dijo la niña tras haber deliberado.

Léon, que había terminado de picar, llevó la carne para las salchichas a la mesa cuadrada, en una fuente. Cordero, que se había quedado sentado, sin quitarle ojo a Florent, como sumamente sorprendido por la historia, tuvo que retroceder un poco, y lo hizo de muy mala gana. Se aovilló, ronroneante, la nariz sobre la carne de las salchichas. Mientras tanto Lisa parecía incapaz de ocultar su asombro y su asco; el arroz lleno de gusanos y la carne que olía mal le resultaban, seguramente, porquerías apenas creíbles, totalmente deshonorosas para quien las había comido. Y en su hermoso rostro tranquilo, en la hinchazón de su cuello, había un vago espanto frente a aquel hombre alimentado con cosas inmundas.

—No, no era un lugar de delicias —prosiguió él, olvidando a la pequeña Pauline, la mirada abstraída en la olla humeante—. Cada día nuevas vejaciones, un continuo aplastamiento, una violación de toda justicia, un desprecio de la caridad humana que exasperaban a los prisioneros y los quemaban lentamente con una fiebre de malsano rencor. Vivían como bestias, con el látigo eternamente alzado sobre sus espaldas. Aquellos miserables querían matar al hombre... No se puede olvidar, no, no es posible. Esos sufrimientos clamarán venganza un día.

Había bajado la voz, y los chicharrones que silbaban alegremente en la olla la cubrían con su ruido de fritura hirviente. Pero Lisa lo oía, asustada por la expresión implacable que había adoptado bruscamente su rostro. Lo juzgó hipócrita, con aquel aire dulce que sabía fingir.

El tono sordo de Florent había llevado al colmo el placer de Pauline. Se agitaba, sobre la rodilla de su primo, encantada con la historia.

—¿Y el hombre? ¿Y el hombre? —murmuró.

Florent miró a la pequeña Pauline, pareció acordarse, recobró su sonrisa triste.

—El hombre —dijo— no estaba muy contento de estar en la isla. No tenía sino una idea, irse, cruzar el mar para alcanzar la costa, cuya blanca línea se veía en el horizonte, cuando hacía buen tiempo. Pero no era cómodo. Había que construir una balsa. Como ya se habían escapado algunos prisioneros, habían abatido todos los árboles de la isla, con el fin de que los otros no pudieran procurarse madera. La isla estaba toda pelada, tan desnuda, tan árida bajo el ardiente sol, que la estancia en ella resultaba todavía más peligrosa y más horrible. Entonces el hombre tuvo la idea, con dos de sus compañeros, de servirse de los troncos de árbol de sus chozas. Una noche se marcharon sobre unas cuantas vigas de mala muerte que habían atado con ramas secas. El viento los llevaba hacia la costa. Iba a salir el sol cuando su balsa chocó con un banco de arena, con tal violencia que los troncos de árbol, sueltos, fueron arrastrados por las olas. Los tres infelices estuvieron a punto de quedarse en la arena; se hundían hasta la cintura, e incluso uno de ellos desapareció hasta la barbilla, y los otros dos tuvieron que sacarlo. Por fin alcanzaron una roca, donde apenas tenían sitio para sentarse. Cuando el sol salió, distinguieron frente a sí la costa, una franja de acantilados grises que ocupaba todo un lado del horizonte. Dos de ellos, que sabían nadar, se decidieron a ganar los acantilados. Preferían correr el riesgo de ahogarse en seguida que morir lentamente de hambre en su escollo. Prometieron a su compañero que irían a buscarlo en cuanto hubieran tocado tierra y se hubieran procurado una barca.

—¡Ah! ¡Eso es! ¡Ahora ya sé! —gritó la pequeña Pauline, aplaudiendo de alegría—. Es la historia del señor al que se comieron las fieras.

—Pudieron alcanzar la costa —prosiguió Florent—; pero estaba desierta, sólo encontraron una barca al cabo de cuatro días... Cuando regresaron al escollo, vieron a su camarada tumbado de espaldas, los pies y las manos devoradas, la cara roída, el vientre lleno de un bullir de cangrejos de mar que agitaban la piel de los costados, como si un estertor furioso hubiera atravesado aquel cadáver comido a medias y todavía fresco.

Un murmullo de repugnancia se les escapó a Lisa y a Augustine. Léon, que preparaba la tripa de cerdo para la morcilla, hizo una mueca. Quenu detuvo su trabajo, miró a Auguste presa de náuseas. Y sólo Pauline se reía. Aquel vientre, lleno de un bullir de cangrejos, se desplegaba extrañamente en medio de la cocina, mezclaba sus olores sospechosos con los perfumes del tocino y la cebolla.

—¡Páseme la sangre! —gritó Quenu, quien, por lo demás, no seguía la historia.

Auguste llevó los dos jarros. Y, lentamente, vertió la sangre en la olla, en

delgados hilillos rojos, mientras Quenu la recibía removiendo con furia la papilla, que iba espesándose. Cuando los jarros estuvieron vacíos, este último, alcanzando uno a uno los cajones, por encima del fogón, cogió pellizcos de especias. Espolvoreó mucha pimienta, sobre todo.

—Lo dejaron allí, ¿verdad? —preguntó Lisa—. ¿Regresaron sin peligro?

—Cuando regresaban —respondió Florent—, el viento cambió, se vieron empujados a alta mar. Una ola les quitó un remo, y el agua entraba a cada ráfaga, tan furiosamente que sólo podían ocuparse de vaciar la barca con las manos. Rodaron así frente a la costa, arrastrados por una racha de viento, traídos por la marea, habiendo terminado sus pocas provisiones, sin un bocado de pan. Eso duró tres días.

—¡Tres días! —exclamó la salchichera estupefacta—, ¡tres días sin comer!

—Sí, tres días sin comer. Cuando el viento del este los empujó por fin a tierra, uno de ellos estaba tan débil que se quedó en la arena toda una mañana. Murió por la noche. Su compañero había intentado en vano hacerle masticar hojas de árboles.

En este punto, Augustine soltó una ligera risa; después, confusa por haberse reído, y no queriendo que pudieran creer que no tenía corazón, balbució:

—No, no me río de eso. Es de Cordero... Fíjese en Cordero, señora.

Lisa, a su vez, se regocijó. Cordero, que seguía teniendo delante de las narices la fuente de carne para salchichas, se hallaba probablemente incomodado y asqueado por toda aquella carne. Se había levantado, rascaba la mesa con la pata, como para cubrir la fuente, con la prisa de los gatos que quieren enterrar sus basuras. Después le dio la espalda a la fuente, se tumbó de costado, estirándose, con los ojos semicerrados, la cabeza girada en una caricia beatífica. Entonces todos felicitaron a Cordero: afirmaron que nunca robaba, que podían dejar la carne a su alcance. Pauline contaba muy confusamente que le lamía los dedos y que la lavoteaba, después de cenar, sin morderla.

Pero Lisa volvió sobre la cuestión de saber si uno puede estar tres días sin comer. No era posible.

—¡No! —dijo—, no lo creo... Además, no hay nadie que haya estado tres días sin comer. Cuando se dice: «Fulano se muere de hambre» es una forma de hablar. Siempre se come, más o menos... Tendrían que ser miserables totalmente abandonados, gente perdida...

Iba a decir, sin duda, «canallas mal nacidos», pero se contuvo, al mirar a Florent. Y el mohín despreciativo de sus labios, su clara mirada confesaban abiertamente que sólo los bribones ayunaban de esa forma desordenada. Un hombre capaz de quedarse tres días sin comer era para ella un ser absolutamente peligroso. Porque, a fin de cuentas, la gente honrada no se coloca en semejantes situaciones.

Florent ahora se ahogaba. Delante de él, el fogón, al cual Léon acababa de echar varias paletadas de carbón, roncaba como un chantre dormido al sol. El calor

resultaba muy fuerte. Auguste, que se había encargado de las ollas de morcilla, las vigilaba, sudoroso, mientras Quenu, enjugándose la frente con la manga, esperaba que la sangre se hubiera diluido bien. Flotaba una somnolencia de comida, un aire cargado de indigestión.

—Cuando el hombre hubo enterrado a su compañero en la arena —prosiguió Florent—, lentamente, se marchó solo, todo recto. La Guayana holandesa, donde se encontraba, es tierra de bosques, cortada por ríos y marismas. El hombre caminó durante más de ocho días, sin encontrar una vivienda. A su alrededor sentía la muerte que le esperaba. A menudo, atenazado el estómago por el hambre, no se atrevía a morder los brillantes frutos que colgaban de los árboles; tenía miedo de aquellas bayas de reflejos metálicos, cuyas nudosas jorobas rezumaban veneno. Durante días enteros caminó bajo bóvedas de tupidas ramas, sin distinguir un rincón de cielo, en medio de una sombra verdosa, llena de vivo horror. Grandes aves volaban sobre su cabeza, con terrible ruido de alas y súbitos chillidos que parecían estertores de muerte; saltos de monos, galopes de fieras cruzaban la espesura, delante de él, doblando los tallos, haciendo caer una lluvia de hojas, como una ráfaga de viento; lo que lo dejaba helado, sobre todo, eran las serpientes, cuando posaba el pie sobre el móvil suelo de hojas secas y veía delgadas cabezas deslizarse entre el monstruoso entrelazamiento de las raíces. Ciertos rincones, los rincones de sombra húmeda, hormigueaban con un pulular de reptiles, negros, amarillos, violáceos, cebrados, atigrados, semejantes a hierbas muertas, bruscamente despertadas y huidizas. Entonces se detenía, buscaba una piedra para salir de aquella tierra blanda donde se hundía; y allí se quedaba durante horas, espantado con alguna boa entrevista al fondo de un claro, la cola enrollada, la cabeza erguida, balanceándose como un tronco enorme, salpicado de placas de oro. De noche dormía en los árboles, inquieto ante el menor roce, creyendo oír escamas sin fin deslizándose en las tinieblas. Se ahogaba bajo aquel follaje interminable; la penumbra adquiría allí un cerrado calor de horno, un trasudor de humedad, un sudor pestilente, cargada con los aromas rudos de maderas aromáticas y flores apestosas. Después, cuando por fin salía de allí, cuando al cabo de largas horas de marcha veía de nuevo el cielo, el hombre se encontraba ante anchos ríos que le cerraban el camino; descendía por ellos, vigilando el lomo gris de los caimanes, registrando con la mirada las hierbas que acarreaban, pasando a nado, cuando había encontrado aguas más tranquilizadoras. Más allá recomenzaban los bosques. Otras veces eran vastas llanuras ubérrimas, lugares cubiertos por una espesa vegetación, en los que azuleaba de trecho en trecho el espejo claro de un pequeño lago. Entonces el hombre daba un gran rodeo, avanzaba sólo tanteando el terreno, pues había estado a punto de morir sepultado en una de esas llanuras rientes que oía crujir a cada paso. La hierba gigantesca, alimentada por el humus acumulado, recubre marismas hediondas, profundidades de fango líquido; y no hay, entre los



lienzos de verdor que se extienden sobre la glauca inmensidad, hasta el borde del horizonte, más que estrechos diques de tierra firme, que es preciso conocer si no se quiere desaparecer para siempre. El hombre, una noche, se había hundido hasta el vientre. A cada sacudida que daba al intentar liberarse, el fango parecía subir hacia su boca. Se quedó quieto durante unas dos horas. Cuando salió la luna pudo, afortunadamente, agarrarse a una rama de árbol, por encima de su cabeza. El día en que llegó a una vivienda, los pies y las manos le sangraban, magullados, hinchados por picaduras maléficas. Su estado era tan lastimoso, tan famélico, que tuvieron miedo de él. Le arrojaron comida a cincuenta pasos de la casa, mientras el dueño guardaba la puerta con un fusil.

Florent enmudeció, la voz entrecortada, las miradas a lo lejos. Parecía hablar solamente para sí. La pequeña Pauline, a quien le entraba sueño, se abandonaba, la cabeza caída, haciendo esfuerzos por mantener abiertos sus ojos maravillados. Y Quenu se enfadaba.

—¡Pero animal! —le gritaba a León—. ¿Es que no sabes sostener una tripa?... ¡Si no me miraras! No me tienes que mirar a mí, sino a la tripa... Eso, así. No te muevas ahora.

Léon, con la mano derecha, levantaba un largo trozo de tripa vacía, en cuyo extremo estaba ajustado un embudo muy ancho; y, con la mano izquierda, enrollaba la morcilla alrededor de una jofaina, de una fuente redonda de metal, a medida que el chacinero llenaba el embudo a grandes cucharadas. La papilla corría, negra y humeante, hinchando poco a poco la tripa, que volvía a caer ventruda, con blandas curvas. Como Quenu había retirado la olla del fuego, aparecían los dos, él y León, el niño con un perfil delicado y él con una cara ancha, al ardiente resplandor del fogón, que caldeaba sus rostros pálidos y sus ropas blancas con un tono rosado.

Lisa y Augustine se interesaban por la operación, sobre todo Lisa, que regañó a su vez a León porque apretaba demasiado la tripa con los dedos, lo cual producía nudos, según ella. Cuando la morcilla estuvo embutida, Quenu la deslizó suavemente en una olla de agua hirviendo. Pareció muy aliviado, ya sólo tenía que dejarla cocer.

—¿Y el hombre? ¿Y el hombre? —murmuró de nuevo Pauline, abriendo los ojos, sorprendida de no oír hablar a su primo.

Florent la mecía sobre su rodilla, haciendo aún más lento su relato, susurrándolo como una nana.

—El hombre —dijo— llegó a una gran ciudad. Primero lo tomaron por un presidiario evadido; lo retuvieron varios meses en la cárcel... Después lo soltaron, hizo toda clase de oficios, llevó cuentas, enseñó a leer a niños; e incluso un día entró, de peón, en unas obras de desmonte... El hombre soñaba siempre con regresar a su país. Había ahorrado el dinero necesario cuando enfermó de fiebre amarilla. Lo creyeron muerto, se repartieron sus ropas; y cuando se salvó no encontró ni siquiera

una camisa... Hubo que volver a empezar. El hombre estaba muy enfermo. Tenía miedo de quedarse allá... Por fin el hombre pudo partir, el hombre regresó.

La voz había bajado cada vez más. Murió, con un último temblor de los labios. La pequeña Pauline dormía, adormilada por el final de la historia, la cabeza abandonada sobre el hombro del primo. Él la sostenía con el brazo, la mecía aún con la rodilla, insensiblemente, de forma suave. Y como ya nadie le hacía caso, allí se quedó, sin moverse, con la niña dormida.

Era la traca final, como decía Quenu. Retiraba las morcillas de la olla. Para no reventarlas ni enganchar los extremos, las cogía con un palo, las enrollaba, las llevaba al patio, donde debían secarse rápidamente sobre zarzos. Léon le ayudaba, sostenía los trozos demasiado largos. Esas guirnaldas de morcilla que atravesaban la cocina, rezumantes, dejaban rastros de una intensa humareda que terminaban de adensar el aire. Auguste, por su parte, tras echar un último vistazo a la manteca de cerdo que se estaba fundiendo, había destapado las dos ollas, donde las grasas hervían pesadamente, dejando escapar, de cada una de las burbujas reventadas, una ligera explosión de acre vapor. El raudal de grasa había aumentado desde el comienzo de la velada; ahora ahogaba el gas, llenaba la pieza, fluía por todas partes, metiendo en una niebla la blancura rojiza de Quenu y sus dos ayudantes. Lisa y Augustine se habían levantado. Todos resoplaban como si acabaran de comer demasiado.

Augustine subió en brazos a la dormida Pauline. Quenu, a quien le gustaba cerrar en persona la cocina, despidió a Auguste y Léon, diciendo que él entraría la morcilla. El aprendiz se retiró muy colorado; había deslizado bajo su blusa casi un metro de morcilla, que debía de quemarle. Después, al quedarse solos los Quenu y Florent, guardaron silencio. Lisa, de pie, comía un trozo de morcilla caliente, que mordía a breves dentelladas, separando sus hermosos labios para no quemarlos; y el trocito negro desaparecía poco a poco en todo aquel rosa.

—¡Qué bien! —dijo—. La Normanda se equivocó al ser mal educada... Está rica la morcilla, hoy.

Llamaron a la puerta de la calle, entró Gavard. Todas las noches se quedaba en el bar de Lebigre hasta media noche. Venía a recibir una respuesta definitiva sobre la plaza de inspector del pescado.

—Ustedes comprenderán —explicó—, que el señor Verlaque no puede esperar más, está realmente demasiado enfermo... Florent tiene que decidirse. Prometí dar una contestación mañana a primera hora.

—Y Florent acepta —respondió tranquilamente Lisa, dando un nuevo mordisco a su morcilla.

Florent, que no había abandonado su silla, presa de un extraño aplastamiento, intentó en vano levantarse y protestar.

—No, no —prosiguió la salchichera—, es cosa resuelta... Vamos, querido

Florent, ya ha sufrido usted bastante. Lo que contaba hace un rato es estremecedor. Ya es hora de que se asiente. Pertenece usted a una familia honorable, ha recibido una educación y, verdaderamente, no resulta adecuado andar corriendo por los caminos, como un auténtico pordiosero... A su edad ya no están permitidas las chiquilladas... Ha cometido usted locuras, ¡pues bueno!, se olvidarán, se le perdonarán. Volverá usted a su clase, a la clase de la gente honrada, en fin, vivirá como todo el mundo.

Florent la escuchaba, extrañado, sin encontrar una palabra. Tenía razón ella, sin duda. Era tan sana, tan tranquila, que no podía querer el mal. Era él, el flaco, de perfil negro y turbio, quien debía de ser malo y de soñar con cosas inconfesables. No sabía ya por qué se había resistido hasta entonces.

Pero ella continuó, profusamente, sermoneándole como a un chiquillo que ha cometido faltas y a quien se amenaza con los guardias. Se mostraba muy maternal, encontraba razones muy convincentes. Luego, como último argumento:

—Hágalo por nosotros, Florent —dijo—. Tenemos cierta posición en el barrio, que nos obliga a muchos miramientos... Me temo que haya chismorreos sobre nosotros. Esa plaza lo arreglará todo, usted será alguien, e incluso será un honor para nosotros.

Se volvía acariciadora. Cierta plenitud invadía a Florent; estaba como impregnado por ese olor de la cocina, que lo alimentaba con todo el alimento con que el aire estaba cargado; se dejaba resbalar a la dichosa cobardía de aquella digestión continua del ambiente pringoso donde llevaba quince días viviendo. Eran, a flor de piel, mil cosquilleos de grasa naciente, una lenta invasión del ser entero, una blanda dulzura de tendero. A esa hora avanzada de la noche, en el calor de esa pieza, su acritud, su voluntad se fundían en su interior; se sentía tan lánguido después de aquella tranquila velada, de los perfumes de la morcilla y la manteca, de la gorda Pauline dormida en sus rodillas, que se sorprendió deseando pasar otras veladas semejantes, veladas sin fin, que lo engordarían. Pero fue sobre todo Cordero el que lo decidió. Cordero dormía profundamente, la barriga al aire, una pata sobre la nariz, la cola recogida contra los costados como para servirle de edredón; y dormía con tal felicidad de gato, que Florent murmuró, mirándolo:

—¡No! Es demasiado idiota, al final... Acepto. Diga que acepto, Gavard.

Entonces Lisa acabó su morcilla, limpiándose los dedos, suavemente en el borde del delantal. Quiso preparar la palmatoria de su cuñado, mientras Gavard y Quenu lo felicitaban por su decisión. Alguna vez había que acabar, después de todo; los quebraderos de cabeza de la política no dan de comer. Y ella, de pie, con la palmatoria encendida, miraba a Florent con aire satisfecho, con su bella cara tranquila de vaca sagrada.

## Tres

**T**res días después, cumplidas las formalidades, la prefectura de policía aceptaba a Florent de la mano del señor Verlaque, casi a ojos cerrados, a simple título de sustituto, por los demás. Gavard había querido acompañarlos. Cuando se encontró solo con Florent, en la acera, le dio codazos en las costillas, riendo sin decir nada, con socarrones guiños. Los agentes de policía que encontró en el muelle del Reloj<sup>[10]</sup> le parecieron sin duda muy ridículos, pues al pasar por delante de ellos enarcó ligeramente la espalda, un además de hombre que se contiene para no estallar en las narices de la gente.

Al día siguiente, el señor Verlaque empezó a poner al nuevo inspector al tanto de sus tareas. Durante unas cuantas mañanas iba a guiarlo en medio del mundo turbulento que tendría que vigilar. El pobre Verlaque, como le llamaba Gavard, era un hombrecito pálido, que tosía mucho, arrebuñado en franelas, pañoletas, tapabocas, que paseaba entre la fresca humedad y las aguas corrientes de la plaza del pescado con unas piernas flacas de niño malsano.

La primera mañana, cuando Florent llegó a las siete, se encontró perdido, los ojos pasmados, la cabeza rota. Alrededor de los nueve pupitres de subasta rondaban ya las revendedoras, mientras los empleados llegaban con sus registros, y los agentes de los expedidores, con sus escarcelas de cuero colgadas al cuello, esperaban su dinero, sentados en sillas tumbadas contra las oficinas de venta. Estaban descargando, desembalando el pescado, en el recinto cerrado de los pupitres, y hasta en las aceras. Había, a lo largo del suelo, montones de pequeñas banastas, una afluencia continua de cajas y cestas, sacos de mejillones apilados que dejaban correr regueros de agua. Los tasadores, muy atareados, saltando sobre las pilas, arrancaban de un tirón la paja de las banastas, las vaciaban, las arrojaban, vivamente; y sobre grandes canastas redondas, de un solo manotazo, distribuían los lotes, les daban un aspecto atractivo. Cuando las canastas se exhibieron, Florent pudo creer que un banco de peces acababa de varar allí, sobre aquella acera, agonizando aún, con los nácares rosados, los corales sangrantes, las perlas lechosas, todos los tornasoles y todas las palideces glaucas del Océano.

En revoltillo, al azar de las redadas, las algas profundas, donde duerme la vida misteriosa de las inmensas aguas, habían entregado todo: bacalaos, abadejos, acedías, platijas, gallos, animales comunes, de un gris sucio, con manchas blanquecinas; congrios, esas gruesas culebras de un azul cieno, de finos ojos negros, tan viscosas que parecen reptar, todavía vivas; anchas rayas, de vientre pálido bordeado de rojo tierno, cuyos soberbios dorsos, alargando los nudos salientes del espinazo, se jaspean, hasta las ballenas extendidas de las aletas, con placas de cinabrio cortadas por rayas de bronce florentino, sombrío abigarramiento de sapo y de flor malsana; perros

marinos, horribles, con sus cabezas redondas, sus bocas ampliamente rajadas de ídolos chinos, sus cortas alas de murciélagos carnosos, monstruos que deben guardar con sus ladridos los tesoros de las grutas marinas. Después venían los peces hermosos, aislados, uno en cada bandeja de mimbre: salmones de plata labrada, cuyas escamas parecen cada una un golpe de buril en un metal bruñido; mújoles de escamas más fuertes, de cincelado más rudimentario; grandes rodaballos, grandes barbadas, de un grano apretado y blanco como leche cuajada; atunes, lisos y acharolados, semejantes a bolsos de cuero negruzco; lubinas redondeadas, abriendo una boca enorme, haciendo pensar en un alma demasiado gorda devuelta con toda la garganta, en la estupefacción de la agonía. Y por todas partes los lenguados, a pares, grises o rubios, pululaban; las delgadas agujas, rígidas, parecían virutas de estaño; los arenques, ligeramente retorcidos, mostraban todos, sobre su vestido tisú, la magulladura de las agallas sangrantes; los gruesos besugos se teñían con una pizca de carmín, mientras que las caballas, doradas, el dorso estriado de bruñidos verdosos, hacían relucir el cambiante nácar de sus flancos, y las trillas rosadas, de vientres blancos, las cabezas alineadas en el centro de las canastas, las colas formando radios, difundían extrañas floraciones, empenachadas de blanco de perla y de vivo bermellón. Había también salmonetes de roca, de carne exquisita, con el rojo encendido de los peces de colores, cajas de merluzas con reflejos opalinos, cestas de eperlanos, cestillos muy limpios, tan bonitos como las cestas de fresas, que dejaban escapar un intenso olor a violetas. Mientras tanto, las gambas, los camarones, en canastas, ponían, en medio de la suavidad borrosa de sus montones, los imperceptibles botones de azabache de sus miles de ojos; las langostas espinosas, los bogavantes atigrados de negro, todavía vivos, crujían al arrastrarse sobre patas rotas.

Florent escuchaba mal las explicaciones del señor Verlaque. Una franja de sol, cayendo de la alta vidriera de la calle cubierta, encendió aquellos colores preciosos, lavados y suavizados por las olas, irisados y fundidos en los tonos de las conchas, el ópalo de las merluzas, el nácar de las caballas, el oro de los salmonetes, el vestido de tisú de los arenques, las grandes piezas de platería de los salmones. Era como los cofrecillos, vaciados en el suelo, de una hija de las aguas, aderezos inauditos y raros, un raudal, un amontonamiento de collares, de pulseras monstruosas, de broches gigantescos, de bárbaras alhajas cuyo uso no se adivinaba. Sobre el lomo de las rayas y de los perros marinos, gruesas piedras oscuras, violáceas, verdosas, se engastaban en un metal ennegrecido; y las delgadas barras de las agujas, las colas y las aletas de los eperlanos tenían delicadezas de bisutería fina.

Pero lo que ascendía hasta el rostro de Florent era un soplo fresco, un viento marino que reconocía, amargo y salado. Se acordaba de las costas de la Guayana, del buen tiempo durante la travesía. Le parecía que allí estaba una bahía, cuando el agua se retira y las algas humean al sol; las rocas al desnudo se secan, los guijarros exhalan

un fuerte hálito salobre. A su alrededor, el pescado, de gran frescura, desprendía un grato perfume, ese perfume un poco áspero e irritante que deprava el apetito.

El señor Verlaque tosió. La humedad lo impregnaba, se arropaba más estrechamente con la bufanda.

—Ahora —dijo— vamos a pasar al pescado de agua dulce.

Allí, al lado del pabellón de la fruta, y el último que daba a la calle Rambuteau, el pupitre de la subasta está rodeado por dos viveros circulares, separados en compartimientos distintos por verjas de hierro colado. Unos grifos de cobre, de cuello de cisne, sueltan delgados hilos de agua. En cada compartimiento hay hormigueos confusos de camarones, movedizos lienzos de los lomos negruzcos de las carpas, vagos nudos de anguilas, sin cesar desanudados y vueltos a anudar. Al señor Verlaque le entró otra vez una tos terca. La humedad era más sosa, un blando olor a río, a agua tibia dormida sobre la arena.

La afluencia de cangrejos de Alemania, en cajas y cestos, era muy grande esa mañana. Los pescados blancos de Holanda e Inglaterra atestaban también el mercado. Se desembalaban carpas del Rin, de un pardo dorado, tan hermosas con sus rojizos tintes metálicos, y cuyas placas de escamas parecen esmaltes tabicados y bronceados, grandes lucios, que alargaban sus picos feroces, bandidos de las aguas, de un gris de hierro; tencas, oscuras y magníficas, semejantes a cobre rojo manchado de herrín. En medio de estos dorados severos, las canastas de gobios y de percas, los lotes de truchas, los montones de albuces comunes, de peces planos pescados con esparavel, adquirirían vivas blancuras, espinazos azulados de acero dulcificados poco a poco por la suavidad transparente de los vientres; y los grandes barbos, de un blancor de nieve, eran la nota aguda de luz de esta colosal naturaleza muerta. Vertían despacito, en los viveros, sacos de jóvenes carpas; las carpas giraban sobre sí mismas, se quedaban un instante aplastadas, luego escapaban, se perdían. Cestos de pequeñas anguilas vaciados en bloque caían al fondo de los compartimientos como un solo nudo de serpientes; mientras que las grandes, las que tenían el grosor del brazo de un niño, se deslizaban por sí solas bajo el agua, alzando la cabeza, con el flexible impulso de las culebras que se esconden en una zarza. Y, acostados sobre el mimbre sucio de las canastas, peces cuya agonía se prolongaba desde la mañana terminaban lentamente de morir, en medio del alboroto de las pujas; abrían la boca, con los flancos contraídos, como para beber la humedad del aire, y esos silenciosos hipos, cada tres segundos, bostezaban desmesuradamente.

Mientras tanto el señor Verlaque había vuelto a llevar a Florent a los puestos de pescado de mar. Lo paseaba, le daba detalles complicadísimos. En los tres lados interiores del pabellón, alrededor de las nueve oficinas, se habían agolpado tropes de gente, que formaban a cada lado un rebaño de cabezas, dominadas por unos empleados, sentados en lo alto, escribiendo en unos registros.

—Pero —preguntó Florent—, ¿todos esos empleados pertenecen a los mayoristas?

Entonces el señor Verlaque, dando la vuelta por la acera, lo llevó al recinto de uno de los puestos de subasta. Le explicó los compartimientos y el personal de la gran oficina de madera amarilla, que apestaba a pescado, manchada por las salpicaduras de las canastas. Arriba del todo, en la cabina de vidrio, el agente de la recaudación municipal anotaba las cifras de las pujas. Más abajo, en sillas altas, con los puños apoyados en estrechos pupitres, estaban sentadas las dos mujeres que sostenían las tablillas de venta por cuenta del mayorista. El puesto es doble; a cada lado, en un extremo de la mesa de piedra que se extiende delante del escritorio, un subastador depositaba las canastas, ponía precio a los lotes y a las piezas grandes, mientras que la tablillista, por encima de él, pluma en ristre, esperaba la adjudicación. Y le señaló, fuera del recinto, enfrente, en otra cabina de madera amarilla, a la cajera, una anciana enorme, que alineaba pilas de monedas y piezas de cinco francos.

—Hay dos controles —decía—, el del Ayuntamiento y el de la prefectura de policía. Esta última, que designa a los mayoristas, pretende tener a su cargo su vigilancia. La administración de la ciudad, por su parte, exige asistir a las transacciones que grava con un impuesto.

Continuó, con su vocecita fría, contando por extenso la querrela entre la dos jurisdicciones. Florent no lo escuchaba. Miraba a la tablillista que tenía enfrente, en una de las sillas altas. Era una chica alta y morena, de treinta años, con grandes ojos negros y aire muy sosegado; escribía estirando mucho los dedos, como una señorita que ha recibido instrucción.

Pero su atención se vio desviada por el chillido del subastador, que sacaba a subasta un magnífico rodaballo.

—¿Hay comprador a treinta francos?... ¡Treinta francos!... ¡Treinta francos!

Y repetía la cifra en todos los tonos, en una extraña gama ascendente, llena de sacudidas. Era jorobado, con la cara torcida, el pelo enmarañado, llevaba un gran delantal azul con peto. Y con el brazo estirado, violentamente, echando llamas por los ojos:

—¡Treinta y uno!, ¡treinta y dos!, ¡treinta y tres!, ¡treinta y tres y medio!... ¡Treinta y tres y medio!...

Tomó aliento, dio la vuelta a la canasta, adelantándola sobre la mesa de piedra, mientras las pescaderas se inclinaban, tocaban el rodaballo, levemente, con la yema del dedo. Después volvió a empezar, con renovada furia, lanzando una cifra con la mano a cada pujador, sorprendiendo las menores señas, un dedo levantado, unas cejas alzadas, un labio salido, un guiño de ojos; y ello con tal rapidez, tal farfulleo, que Florent, que no podía seguirlo, se quedó desconcertado cuando el jorobado, con voz más cantarina, salmodió con el tono del chantre que acaba un versículo:

—¡Cuarenta y dos! ¡Cuarenta y dos!... ¡El rodaballo en cuarenta y dos francos!

La bella Normanda había hecho la última oferta. Florent la reconoció, en la fila de las pescaderas, alineadas contra las varillas de hierro que cerraban el recinto de la subasta. La mañana era fresca. Había allí una hilera de palatinas, un despliegue de grandes delantales blancos, redondeando vientres, pechos, hombros enormes. Con el rodete alto, rodeado de abuelos, y su piel blanca y delicada, la bella Normanda exhibía su moña de encaje, en medio de las pelambres crespas, cubiertas por una pañoleta, de las narices de borracha, de las bocas insolentemente hendidas, de aquellas caras deformadas como vasijas rotas. También ella reconoció al primo de la señora Quenu, sorprendida de verlo allí, hasta el punto de que cuchicheó con sus vecinas.

El estruendo de las voces se volvía tal que el señor Verlaque renunció a sus explicaciones. En los puestos, los hombres anunciaban los pescados grandes con prolongados pregones que parecían salir de gigantescos altavoces; sobre todo había uno que gritaba: «¡Mejillones! ¡Mejillones!», con un clamor entrecortado, ronco, y que hacía temblar los tejados del Mercado. Los sacos de mejillones, volcados, caían en cestos; otros los vaciaban con pala. Las canastas desfilaban, rayas, lenguados, caballas, congrios, salmones, traídos y llevados por los tasadores, en medio de los farfulleos que se redoblaban, y del agolpamiento de las pescaderas, que hacían crujir las barras de hierro. El subastador jorobado, excitado, batiendo el aire con sus flacos brazos, tendía las mandíbulas hacía adelante. Al final subió a un taburete, azotado por las sartas de cifras que lanzaba a todo correr, la boca torcida, los cabellos al viento, arrancando apenas a su seco gaznate un silbido ininteligible. Arriba, el empleado de la recaudación municipal, un viejecito muy arrebuado en un cuello de imitación de astracán, sólo enseñaba la nariz, bajo un bonete de terciopelo negro; y la alta empleada morena, en su elevada silla de madera, escribía apaciblemente, los ojos tranquilos en su cara un poco arrebolada por el frío, sin parpadear siquiera con los ruidos de carraca del jorobado, que ascendían a lo largo de sus sayas.

—Este Logre es espléndido —murmuró sonriente el señor Verlaque—. Es el mejor subastador del mercado... Vendería suelas de zapatos como si fueran un par de lenguados.

Regresó con Florent al pabellón. Al pasar de nuevo por delante de la subasta del pescado de agua dulce, donde las pujas eran más frías, le dijo que esa venta bajaba, que la pesca fluvial en Francia se hallaba muy amenazada. Un subastador, de rubia cara de hurón, adjudicaba sin un gesto, con voz monótona, lotes de anguilas y de camarones, mientras que, a lo largo de los viveros, los tasadores iban pescando con cortas redes de mango.

Entre tanto aumentaba el gentío alrededor de las oficinas de venta. El señor Verlaque cumplía concienzudamente con su papel de instructor, abriéndose paso a



codazos, prosiguiendo el paseo con su sucesor entre lo más nutrido de las subastas. Allí estaban las grandes revendedoras, apacibles, a la espera de las mejores piezas, cargando a hombros de los porteadores atunes, salmones, rodaballos. Por el suelo, las vendedoras ambulantes se repartían canastas de arenques y gallos pequeños, compradas en común. Había también burgueses, algunos rentistas de barrios alejados que venían a las cuatro de la mañana a comprar un pescado fresco, y acababan por dejarse adjudicar todo un enorme lote, cuarenta o cincuenta francos de pescado, que luego tardaban todo un día en ceder a amigos y conocidos. Una pescadera demasiado apretujada se abrió paso, los puños alzados, la boca rebosando indecencias. Luego volvían a formarse muros compactos. Entonces Florent, que se ahogaba, declaró que había visto bastante, que había comprendido.

Mientras el señor Verlaque lo ayudaba a abrirse paso, se encontraron de cara con la bella Normanda. Se quedó plantada delante de ellos, y con su aire de reina:

—¿Está ya decidido, señor Verlaque? ¿Nos deja?

—Sí, sí —respondió el hombrecillo—. Voy a descansar al campo, a Clamart. Parece que el olor del pescado me sienta mal... Mire, este señor me reemplaza.

Se había vuelto, señalando a Florent. La bella Normanda se sofocó. Y, al alejarse, Florent creyó oírla murmurar al oído de sus vecinas, con risas ahogadas:

—¡Ah, qué bien! ¡Vamos a divertirnos!

Las pescaderas exhibían su mercancía. En todas las mesas de mármol, los grifos de las esquinas corrían a la vez, a chorros. Era un ruido de chaparrón, un raudal de chorros rígidos que resonaban y volvían a brotar; y por el borde de las mesas inclinadas escurrían gruesas gotas, cayendo con suavizado murmullo de manantial, salpicando las calles, por donde corrían pequeños arroyos, llenando con un lago ciertos hoyos, y después partían en mil brazos, bajaban la pendiente hacia la calle Rambuteau. Ascendía un vaho a humedad, un polvillo de lluvia, que soplaba hacia el rostro de Florent aquel hálito fresco, aquel viento marino que él reconocía, amargo y salado; mientras que encontraba, en los primeros pescados exhibidos, los nácares rosados, los corales sangrantes, las perlas lechosas, todos los tornasoles y todas las palideces glaucas del Océano.

Esa primera mañana lo dejó muy vacilante. Lamentaba haber cedido ante Lisa. Ya al día siguiente, liberado de la somnolencia pringosa de la cocina, se había acusado de cobarde con una violencia que casi puso lágrimas en sus ojos. Pero no se atrevió a desdecirse, Lisa lo asustaba un poco; veía el pliegue de sus labios, el reproche mudo de su hermoso rostro. La tenía por mujer demasiado seria y demasiado satisfecha para ser contrariada. Gavard, felizmente, le inspiró una idea que lo consoló. Se lo llevó aparte, la misma noche del día en que el señor Verlaque lo había paseado entre las subastas, y le explicó, con muchas reticencias, que «aquel pobre diablo» era muy desdichado. Luego, tras otras consideraciones sobre esos bribones del Gobierno que

matan a trabajar a sus empleados, sin asegurarles siquiera con qué morir, se decidió a darle a entender que sería caritativo pasarle al viejo inspector una parte de su sueldo. Florent acogió la idea con alegría. Era más que justo, él se consideraba sustituto interino del señor Verlaque; por otra parte, no tenía necesidad de nada, ya que dormía y comía en casa de su hermano. Gavard agregó que, de los ciento cincuenta francos mensuales, le parecía muy bonito que renunciara a cincuenta; y, bajando la voz, le hizo observar que eso no duraría mucho, pues el infeliz estaba tísico hasta la médula. Se convino que Florent vería a la mujer, se entendería con ella, para no herir al marido. Esta buena acción lo alivió, ahora aceptaba el empleo con una idea abnegada, seguía con su papel de toda la vida. Sólo que hizo jurar al pollero que no hablaría con nadie de aquel arreglo. Como éste también sentía un vago terror de Lisa, guardó el secreto, cosa muy meritoria.

Entonces toda la salchichería fue feliz. La bella Lisa se mostraba muy amistosa con su cuñado; lo mandaba a acostarse tempranito, para que pudiera levantarse de madrugada; le guardaba su almuerzo al calor; ya no le daba vergüenza charlar con él en la acera, ahora que llevaba una gorra galoneada. Quenu, encantado con aquellas buenas disposiciones, nunca se había sentado tan a gusto, de noche, entre su hermano y su mujer. La cena se prolongaba a menudo hasta las nueve, mientras Augustine se quedaba en el mostrador. Era una larga digestión, interrumpida por historias del barrio, por juicios positivos sobre política de la salchichera. Florent tenía que contar cómo había ido la venta del pescado. Se abandonaba poco a poco, llegaba a saborear la beatitud de aquella vida ordenada. El comedor amarillo claro tenía una nitidez y una tibieza burguesas que lo ablandaban ya en el umbral. Las atenciones de la bella Lisa lo rodeaban de un cálido edredón, en el cual se hundían todos sus miembros. Fue una época de estimación y de entendimiento totales.

Pero Gavard juzgaba que el ambiente de los Quenu-Gradelle era demasiado soñoliento. Perdonaba las ternuras de Lisa con el emperador porque, decía, nunca hay que hablar de política con las mujeres, y porque la bella salchichera era, después de todo, una mujer honrada que llevaba a las mil maravillas su comercio. Sólo que, por afición, prefería pasar las veladas en el bar de Lebigre, donde encontraba todo un grupito de amigos que compartían sus opiniones. Cuando nombraron a Florent inspector del pescado, trató de distraerlo, se lo llevó durante horas, induciéndolo a vivir como un soltero, ahora que tenía un puesto.

El señor Lebigre tenía un establecimiento muy bonito, de un lujo muy moderno. Situado en la rinconada derecha de la calle Pirouette, dando a la calle Rambuteau, flanqueado por cuatro pequeños pinos de Noruega en macetones pintados de verde, hacía digno juego con la gran salchichería de los Quenu-Gradelle. Las lunas claras permitían ver la sala, adornada con guirnaldas de follaje, pámpanos y racimos de uvas, sobre un fondo verde tierno. El pavimento era blanco y negro, de grandes

baldosas. Al fondo, el agujero negro del sótano se abría bajo la escalera de caracol, con rodapié de paño rojo, que llevaba al billar del primer piso. Pero sobre todo el mostrador, a la derecha, era muy rico, con su ancho reflejo de plata bruñida. El cinc caía sobre el zócalo de mármol blanco y rojo, con un alto reborde abombado, lo rodeaba de una tornasolada capa metálica, como un altar mayor cargado de bordados. En uno de los extremos, las teteras de porcelana para el vino caliente y el ponche, con sus aros de cobre, dormían sobre el hornillo de gas; en el otro extremo, una fuente de mármol, muy alta, muy labrada, dejaba caer perpetuamente en una jofaina un hilo de agua tan continuo que parecía inmóvil; y en el medio, en el centro de las tres pendientes de cinc, se abría una honda pileta para refrescar y aclarar, donde botellas de vino empezadas alineaban sus golletes verdosos. Después, el ejército de vasos, ordenado en bandas, ocupaba los dos lados: las copitas de aguardiente, los vasos gruesos para los chatos, las copas para la fruta, los vasos de ajeno, las jarras de cerveza, las grandes copas de pie, todos invertidos, con el culo hacia arriba, reflejando en su palidez los brillos del mostrador. Había también, a la izquierda, una urna de alpaca montada sobre un pie que servía de tronco, mientras que, a la derecha, una urna parecida se erizaba con un abanico de cucharillas.

De ordinario el señor Lebigre reinaba tras su mostrador, sentado en una banqueta de cuero rojo almohadillado. Tenía a mano los licores, frascos de cristal tallado, semihundidos en los huecos de una consola; y apoyaba su redonda espalda en un inmenso espejo que ocupaba todo el panel, cruzado por dos anaqueles, dos láminas de vidrio que sostenían tarros y botellas. En uno, tarros de frutas, cerezas, ciruelas, melocotones, formaban manchas oscuras; en otro, entre simétricos paquetes de galletas, ampollas claras, verde tierno, rojo tierno, amarillo tierno, hacían soñar en licores desconocidos, en extractos de flores de exquisita limpidez. Parecía que esas ampollas estaban colgadas en el aire, deslumbrantes y como encendidas, en el gran resplandor blanco del espejo.

Para dar a su establecimiento un aire de café, el señor Lebigre había colocado, frente al mostrador, pegados a un muro, dos veladores de hierro pintado, con cuatro sillas. Una araña de cinco luces con globos esmerilados colgaba del techo. El ojo de buey, un reloj dorado, estaba a la izquierda, sobre una puerta giratoria embutida en la pared. Después, al fondo, había un reservado, un rincón de la tienda separado por un tabique, de vidrios blanqueados por un dibujo de cuadrados; durante el día, una ventana que daba a la calle Pirouette lo iluminaba con una claridad turbia; de noche, ardía allí una lámpara de gas, encima de dos mesas pintadas imitando mármol. Era allí donde Gavard y sus amigos políticos se reunían después de cenar todas las noches. Se consideraban como en su casa, habían acostumbrado al dueño a reservarles el sitio. Cuando el último en llegar había tirado de la puerta del tabique de vidrios, se sabían tan bien guardados que hablaban abiertamente «de la vuelta de la

tortilla». Ni un solo consumidor se habría atrevido a entrar.

El primer día, Gavard le dio a Florent algunos detalles sobre el señor Lebigre. Era un buen hombre que a veces iba a tomar café con ellos. No se recataban delante de él, porque había dicho un día que en el 48 había peleado. Hablaba poco, parecía bobo. Al pasar, antes de entrar en el reservado cada uno de los señores le daba un silencioso apretón de manos, por encima de los vasos y las botellas. Con frecuencia tenía a su lado, en la banqueta de cuero rojo, a una mujercita rubia, una chica que había cogido para atender el mostrador, además del mozo de delantal blanco que se ocupaba de las mesas y del billar. Se llamaba Rose, era muy dulce, muy sumisa. Gavard, guiñando el ojo, le contó a Florent que llevaba muy lejos su sumisión con el dueño. Por lo demás, aquellos señores se hacían servir por Rose, que entraba y salía, con su aire humilde y feliz, en medio de las más tormentosas discusiones políticas.

El día que el pollero presentó a Florent a sus amigos, sólo encontraron, al entrar en el reservado acristalado, a un señor de unos cincuenta años, de aspecto pensativo y dulce, con un sombrero deformado y un gran sobretodo marrón. Con la barbilla apoyada en el pomo de marfil de un grueso junco, frente a una jarra de cerveza llena, tenía la boca tan perdida al fondo de una espesa barba, que su cara parecía muda y sin labios.

—¿Cómo le va, Robine? —preguntó Gavard.

Robine le estrechó silenciosamente la mano, sin contestar, los ojos suavizados aún más por una vaga sonrisa de saludo; después volvió a poner la barbilla en el pomo del bastón, y miró a Florent por encima de su jarra. Éste le había hecho jurar a Gavard que no contaría su historia, para evitar indiscreciones peligrosas; no le desagradó percibir cierta desconfianza en la prudente actitud de aquel señor de espesa barba. Pero se equivocaba. Robine nunca hablaba mucho más. Llegaba el primero, al dar las ocho, se sentaba en el mismo rincón, sin soltar el bastón, sin quitarse el sombrero ni el sobretodo; nadie había visto a Robine sin el sombrero en la cabeza. Y allí se quedaba, escuchando a los otros, hasta medianoche, tardando cuatro horas en apurar su cerveza, mirando sucesivamente a los que hablaban, como si oyera con los ojos. Cuando Florent, más adelante, interrogó a Gavard sobre Robine, aquél pareció atribuirle gran importancia; era un hombre muy listo; sin poder decir claramente dónde se había fogueado, lo presentó como uno de los hombres de la oposición más temidos por el gobierno. Vivía en la calle Saint Denis, en una vivienda en la que nadie entraba. El pollero contaba, sin embargo, que él había ido allí una vez. El entarimado encerado estaba protegido por tiras de paño verde; había fundas y un reloj de alabastro con columnas. La señora Robine, a quien creía haber visto de espaldas, entre dos puertas, debía de ser una anciana señora muy honorable, peinada con tirabuzones, aunque no pudiera asegurarlo, sin embargo. Se ignoraba por qué el matrimonio había ido a alojarse en medio del alboroto de un barrio comercial; el

marido no hacía absolutamente nada, pasaba los días no se sabía dónde, vivía de no se sabía qué, y aparecía cada noche, como cansado y fascinado por un viaje a las cimas de la alta política.

—¿Qué? ¿Ha leído usted ese discurso del trono? —preguntó Gavard, cogiendo un periódico de la mesa.

Robine se encogió de hombros. Pero la puerta del tabique acristalado se batió con violencia, apareció un jorobado. Florent reconoció al jorobado de la subasta, las manos lavadas, vestido de limpio, con una gran bufanda roja, una de cuyas puntas colgaba sobre su joroba, como el paño de una capa veneciana.

—¡Ah! Aquí está Logre —prosiguió el vendedor de aves—. Nos va a decir lo que piensa del discurso del trono.

Pero Logre estaba furioso. Casi arrancó la percha al colgar el sombrero y la bufanda. Se sentó violentamente, dio un puñetazo en la mesa, rechazó el diario, diciendo:

—¡Como si yo fuera a leer sus malditas mentiras! Después estalló.

—¡Habrase visto! ¡Los patronos se ponen el mundo por montera! Hace dos horas que espero mi salario. Estábamos unos diez en la oficina. ¡Ah, sí, pues muy bien, quédense de plantón, corderitos míos!... Por fin llegó el señor Manoury, en coche, de casa de alguna fulana, seguro. Esos mayoristas son unos ladrones, unos chulos... Y, encima, ese cerdo me lo dio todo en monedas grandes.

Robine abrazaba la causa de Logre, con un leve parpadeo. El jorobado, bruscamente, encontró una víctima.

—¡Rose! ¡Rose! —llamó, asomando fuera del reservado.

Y cuando la joven estuvo ante él, toda temblorosa:

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Cuándo va a mirarme?... ¡Me ve entrar y no me trae mi mazagrán!<sup>[11]</sup>.

Gavard pidió otros dos mazagranes. Rose se apresuró a servir las tres consumiciones, bajo los ojos severos de Logre, que parecía estudiar los vasos y los platillos de azúcar. Bebió un trago, se calmó un poco.

—Charvet —dijo al cabo de un instante— debe de estar harto... Está esperando a Clémence en la acera.

Pero Charvet entró, seguido por Clémence. Era un muchacho alto y huesudo, cuidadosamente afeitado, con una nariz fina y labios delgados, que vivía en la calle Vavin, detrás del Luxemburgo. Decía ser profesor particular. En política, era hebertista<sup>[12]</sup>. De pelo largo y cortado en redondo, con las solapas de su raída levita exageradamente abiertas, solía jugar a que estaba en la Convención, con un raudal de palabras agrias, una erudición tan extrañamente altanera, que de ordinario derrotaba a sus adversarios. Gavard le tenía miedo, sin confesarlo; declaraba, cuando Charvet no estaba, que realmente iba demasiado lejos. Robine aprobaba todo con los párpados.

Sólo Logre se las tenía tiasas a veces con Charvet, sobre la cuestión de los salarios. Pero Charvet seguía siendo el déspota del grupo, al ser el más autoritario y el más instruido. Hacía más de diez años que Clémence y él vivían maritalmente, sobre unas bases establecidas, según un contrato estrictamente observado por una y otra parte. Florent, que miraba a la joven con cierta extrañeza, recordó por fin dónde la había visto; no era otra que la empleada morena y alta que escribía, con los dedos muy estirados, como una señorita que ha recibido instrucción.

Rose apareció pisándoles los talones a los recién llegados; colocó, sin decir nada, una jarra de cerveza delante de Charvet, y una bandeja delante de Clémence, que se puso a preparar lentamente su grog, vertiendo el agua caliente sobre el limón, que aplastaba con la cucharilla, azucarando, poniendo el ron, consultando la garrafa para no sobrepasar la copita reglamentaria. Entonces Gavard presentó a Florent a aquellos señores, y en particular a Charvet. Señaló la condición de profesores de uno y otro, hombres muy capaces, que se entenderían. Pero era de creer que había cometido ya alguna indiscreción, pues todos intercambiaron apretones de manos estrechándose muy fuerte los dedos, a la manera masónica. El propio Charvet estuvo casi amable. Por lo demás, evitaron hacer la menor alusión.

—¿Manoury le ha pagado con suelto? —preguntó Logre a Clémence.

Ella respondió que sí, sacó unos rollos de piezas de uno y dos francos, que desplegó. Charvet la miraba; seguía los rollos que ella volvía a meterse en el bolsillo uno a uno, tras haber comprobado su contenido.

—Tendremos que hacer cuentas —dijo a media voz.

—Claro que sí, esta noche —murmuró ella—. Además, debemos de estar en paz. He almorzado contigo cuatro veces, ¿no?, pero te presté cinco francos la semana pasada.

Florent, sorprendido, volvió la cabeza para no ser indiscreto. Cuando Clémence hizo desaparecer el último rollo, bebió un trago de grog, se adosó al tabique acristalado, y escuchó tranquilamente a los hombres que hablaban de política. Gavard había vuelto a coger el periódico, y leía, con una voz que en su intención era cómica, jirones del discurso del trono pronunciado esa mañana, en la apertura de las Cámaras. A Charvet le resultó fácil, con aquella fraseología oficial: no dejó una línea en pie. Una frase, sobre todo, los divirtió enormemente: «Confiamos, señores, en que apoyado en vuestras luces y en los sentimientos conservadores del país, conseguiremos aumentar día tras día la prosperidad pública». Logre, de pie, declamó esta frase; imitaba muy bien de nariz la voz pastosa del emperador.

—Pues sí que es buena, su prosperidad —dijo Charvet—. Todo el mundo se muere de hambre.

—El comercio va muy mal —afirmó Gavard.

—Y, además, ¿qué es eso de un señor «apoyado en las luces»? —prosiguió

Clémence, que se preciaba de entender de literatura.

El propio Robine dejó escapar una risita, desde el fondo de su barba. La conversación se caldeaba. Llegaron al Cuerpo legislativo, al que pusieron de vuelta y media. Logre no se calmaba, Florent volvía a encontrar en él al excelente subastador de pescado, la mandíbula hacia adelante, las manos arrojando palabras en el vacío, una actitud concentrada y aullante; solía hablar de política con el aire furibundo con que subastaba una canasta de lenguados. En cuanto a Charvet, se volvía más frío, entre el vaho de las pipas y del gas que llenaba el estrecho reservado; su voz adquiría sequedades de cuchilla, mientras Robine bamboleaba suavemente la cabeza, sin que su barbilla abandonase el marfil del bastón. Luego, ante una frase de Gavard, se pusieron a hablar de las mujeres.

—La mujer —declaró rotundamente Charvet— es igual al hombre; y, por esta razón, no debe estorbarle en la vida. El matrimonio es una sociedad... Todo a medias, ¿verdad, Clémence?

—Evidentemente —respondió la joven, la cabeza contra el tabique, los ojos en lo alto.

Pero Florent vio entrar al vendedor ambulante, Lacaille, y a Alexandre, el cargador, el amigo de Claude Lantier. Aquellos dos hombres habían permanecido mucho tiempo sentados a la otra mesa del reservado; no pertenecían al mismo mundo de aquellos señores. Después, con ayuda de la política, sus sillas se acercaron, formaron parte de la sociedad. Charvet, a los ojos del cual representaban al pueblo, los adoctrinó a fondo, mientras Gavard se hacía el tendero sin prejuicios brindando con ellos. Alexandre tenía una estupenda y franca alegría de coloso, un aire de niño grande y feliz. Lacaille, agriado, ya canoso, encorvado cada noche por su eterno viaje a través de las calles de París, miraba a veces con ojos turbios la placidez burguesa, los buenos zapatos y el grueso abrigo de Robine. Se hicieron servir un chato cada uno, y la conversación continuó, más tumultuosa y acalorada, ahora que la sociedad estaba completa.

Esa noche Florent, por la puerta entreabierta del tabique, divisó de nuevo a la señorita Saget, de pie ante el mostrador. Había sacado una botella de debajo del delantal y miraba a Rose, que la llenaba con una medida grande de licor de grosellas y una medida de aguardiente, más pequeña. Después la botella desapareció de nuevo bajo el delantal; y, con las manos escondidas, la señorita Saget siguió charlando, en el ancho reflejo blanco del mostrador, frente al espejo, donde los tarros y las botellas de licor parecían colgar hileras de farolillos venecianos. Por la noche, el establecimiento recalentado brillaba con todos sus metales y todos sus cristales. La solterona, con sus sayas negras, ponía una extraña mancha de insecto en medio de las crudas claridades. Florent, al ver que intentaba hacer hablar a Rose, sospechó que lo había vislumbrado por la puerta entreabierta. Desde que había entrado en el Mercado, la encontraba a

cada paso, parada en las calles cubiertas, a menudo en compañía de la señora Lecoeur y de la Sarriette, examinándolo las tres a hurtadillas, profundamente sorprendidas, al parecer, de su nueva condición de inspector. Rose, sin duda, estuvo parca de palabras, pues la señorita Saget se dio la vuelta un momento, pareció querer acercarse al señor Lebigre, que jugaba un *piquet* con un parroquiano, en una de las mesas de hierro pintado. Despacito, había acabado por colocarse junto al tabique, cuando Gavard la reconoció. La detestaba.

—Cierre la puerta, Florent —dijo brutalmente—. Uno no puede estar a gusto.

A medianoche, al salir, Lacaille intercambió unas palabras en voz baja con el señor Lebigre. Éste, en un apretón de manos, le deslizó cuatro piezas de cinco francos, que nadie vio, murmurándole al oído:

—Ya sabe, son veintidós francos mañana. La persona que presta ya no quiere por menos... No olvide que debe también tres días de coche. Habrá que pagar todo.

El señor Lebigre dio las buenas noches a aquellos caballeros. Iba a dormir bien, decía; y bostezaba ligeramente, enseñando sus fuertes dientes, mientras Rose lo contemplaba, con su pinta de sirvienta sumisa. Él le metió prisa, le ordenó que fuera a apagar el gas del reservado.

En la acera, Gavard tropezó, estuvo a punto de caer. Como estaba en vena:

—¡Arrea! —dijo—, ¡yo no estoy apoyado en las luces, claro! La frase pareció muy chusca, y se separaron. Florent regresó, se envició con aquel reservado acristalado, con los silencios de Robine, los arrebatos de Logre, los odios fríos de Charvet. Por la noche, al regresar a casa, no se acostaba en seguida. Le gustaba su desván, esa habitación de jovencita, donde Augustine había dejado pedazos de trapos, esas cosas tiernas y bobas de las mujeres, que rondaban por allí. Sobre la chimenea había aún horquillas, cajas de cartón dorado llenas de botones y pastillas, imágenes recortadas, potes de crema que olían todavía a jazmín; en el cajón de la mesa, una mala mesa de madera blanca, habían quedado hilo, agujas, un devocionario, al lado de un ejemplar cochambroso de *La llave de los sueños*; y un traje de verano, blanco con lunares amarillos, colgaba, olvidado en un clavo, mientras que, sobre la tabla que servía de tocador, detrás de la jarra de agua, un frasco de bandolina<sup>[13]</sup> volcado había dejado una gran mancha. Florent hubiera sufrido en una alcoba de mujer; pero, de toda la pieza, de la estrecha cama de hierro, de las dos sillas de paja, y hasta del papel pintado, de un gris borroso, no se desprendía sino un olor de ingenua necesidad, un olor a gorda pueril. Y él estaba encantado con aquella pureza de las cortinas, con el infantilismo de las cajas doradas y *La llave de los sueños*, con la torpe coquetería que manchaba las paredes. Eso lo refrescaba, lo devolvía a sus sueños de juventud. Hubiera querido no conocer a Augustine, con sus tiesos cabellos castaños, creer que estaba en el cuarto de una hermana, de una buena chica, que ponía alrededor de él, en las menores cosas, su gracia de mujer naciente.



Pero por la noche seguía siendo un gran alivio para él acodarse en la ventana de su buhardilla. Esta ventana cortaba en el tejado un estrecho balcón, de alta barandilla de hierro, donde Augustine cuidaba un granado en maceta. Florent, desde que las noches se volvían frías, metía el granado en la habitación, al pie de la cama. Se quedaba allí unos minutos, aspirando a fondo el aire fresco que le llegaba del Sena, por encima de las casas de la calle de Rivoli. Abajo, confusamente, la techumbre del Mercado Central desplegaba sus lienzos grises. Era como lagos dormidos, en medio de los cuales el reflejo furtivo de algún vidrio encendía el resplandor plateado de una ola. A lo lejos, los tejados de los pabellones de la carne y del Valle se oscurecían aún más, no eran sino amasijos de tinieblas que hacían retroceder el horizonte. Disfrutaba con el gran trozo de cielo que tenía ante sí, con la dilatada inmensidad del Mercado, que le ofrecía, en medio de las calles estranguladas de París, la visión vaga de la orilla del mar, con las aguas muertas y pizarrosas de una bahía, apenas estremecidas por el lejano rodar de la marejada. Se ensimismaba, soñaba cada noche con una costa nueva. Eso lo ponía muy triste y muy dichoso a la vez, el regresar a los ocho años de desesperación que había pasado fuera de Francia. Después, todo estremecido, cerraba la ventana. Con frecuencia, cuando se quitaba el cuello postizo delante de la chimenea, la fotografía de Auguste y Augustine lo inquietaba: lo miraban desnudarse, con su sonrisa pálida, cogidos de la mano.

Las primeras semanas que Florent pasó en el pabellón del pescado fueron muy penosas. Había encontrado en las Méhudin una abierta hostilidad que lo enfrentó con el mercado entero. La bella Normanda pretendía vengarse de la bella Lisa, y el primo era una víctima que ni pintada.

Las Méhudin procedían de Ruán. La madre de Louise contaba aún cómo había llegado a París, con un cesto de anguilas. No abandonó ya la pescadería. Se casó con un empleado de consumos, que murió dejándole dos hijitas. Fue ella, en tiempos, quien mereció, por sus anchas caderas y su soberbia frescura, el mote de la bella Normanda, heredado por su hija mayor. Hoy, encogida, deformada, llevaba sus sesenta y cinco años como una matrona a quien el pescado húmedo había enronquecido la voz y azuleado la piel. Era enorme, por la vida sedentaria, con una cintura desbordante, una cabeza echada hacia atrás por la opulencia del pecho y la oleada ascendente de la grasa. Por otra parte, jamás quiso renunciar a las modas de su época: conservó el vestido rameado, la toquilla amarilla, el pañuelo anudado a la barbilla de las pescaderas clásicas, con la voz alta, el gesto pronto, los puños en las caderas, en los labios las barbaridades del catecismo de las verduleras. Añoraba el mercado de los Inocentes, hablaba de los antiguos derechos de las damas del mercado, mezclaba historias de puñetazos intercambiados con los inspectores de policía con relatos de visitas a la Corte, en tiempos de Carlos X y Luis Felipe, con trajes de seda y grandes ramos en la mano. La tía Méhudin, como la llamaban, había

sido mucho tiempo portaestandarte de la cofradía de la Virgen, en Saint Leu. En las procesiones, en la iglesia, llevaba un vestido y un gorro de tul, con cintas de raso, y sostenía muy alta, con sus dedos hinchados, la barra dorada del estandarte de seda con ricos flecos, donde estaba bordada una Madre de Dios.

La tía Méhudin, según los comadros del barrio, debía de haber hecho una gran fortuna. Sólo lo parecía por las joyas de oro macizo con que se cargaba el cuello, los brazos y el talle en los grandes días. Más adelante, sus dos hijas no se entendieron. La menor, Claire, una rubia perezosa, se quejaba de las brutalidades de Louise, decía con su voz lenta que jamás sería la criada de su hermana. Como habrían acabado peleándose, con toda seguridad, su madre las separó. Le cedió a Louise su puesto de pescado. Claire, a quien el olor de las rayas y de los arenques hacía toser, se instaló en un puesto de pescado de agua dulce. Y, aunque había jurado retirarse, la madre iba de un puesto a otro, mezclándose en las ventas, causando continuas molestias a sus hijas con sus insolencias demasiado gruesas.

Claire era una criatura antojadiza, muy dulce, y en continua querrela. Sólo hacía lo que le daba la gana, decían. Tenía, con su semblante soñador de virgen, una cabezonería muda, un espíritu de independencia que la empujaba a vivir aparte, sin aceptar nada como los demás, de una rectitud absoluta un día y una injusticia indignante al siguiente. En su puesto, revolucionaba a veces el mercado, alzando o bajando los precios sin que nadie se explicara por qué. Hacía la treintena, su finura natural, su piel suave que el agua de los viveros refrescaba eternamente, su carita de dibujo diluido, sus miembros flexibles, iban a espesarse, a caer en la pesadez de una santa de vitral, encanallada en el Mercado. Pero a los veintidós años era un Murillo, en medio de sus carpas y sus anguilas, según la frase de Claude Lantier, un Murillo a menudo despeinado, con zapatones, trajes cortados a hachazos que la vestían como una tabla. No era coqueta; se mostraba muy despreciativa cuando Louise, ostentando sus moñas de raso, se burlaba de sus pañoletas anudadas de través. Contaban que el hijo de un rico tendero del barrio viajaba por despecho, por no haber podido arrancarle una palabra amable.

Louise, la bella Normanda, se había mostrado más tierna. Estaba decidida su boda con un empleado del Mercado de Trigo, cuando el infeliz muchacho se rompió el espinazo con la caída de un saco de harina. No por ello dejó ella de parir, siete meses después, un robusto niño. En el círculo de las Méhudin consideraban viuda a la bella Normanda. La vieja pescadera decía a veces:

—Cuando vivía mi yerno...

Las Méhudin eran una potencia. Cuando el señor Verlaque acabó de poner a Florent al tanto de sus nuevas ocupaciones, le recomendó tratar con miramientos a ciertas vendedoras, si no quería hacerse la vida imposible; llevó incluso su simpatía hasta enseñarle los secretillos del oficio, las tolerancias necesarias, las severidades de

comedia, los regalos aceptables. Un inspector es a la vez un comisario de policía y un juez de paz, ha de velar por la buena marcha del mercado, conciliando las diferencias entre comprador y vendedor. Florent, de carácter débil, era rígido, se excedía en sus objetivos, todas las veces que debía dar muestras de autoridad; y, además, tenía en contra la amargura de sus prolongados sufrimientos, su cara sombría de paria.

La táctica de la bella Normanda consistió en atraerlo a alguna disputa. Había jurado que no conservaría su plaza ni quince días.

—¡Ah! ¡Bueno! —le dijo a la señora Lecoeur, a quien encontró una mañana—, ¡esa gorda de Lisa se cree que queremos sus sobras!... Tenemos mejor gusto que ella. ¡Su hombre es horrible!

Después de las subastas, cuando Florent iniciaba su gira de inspección, a pasitos cortos, a lo largo de las calles que chorreaban agua, veía perfectamente a la bella Normanda que lo seguía con una risa descarada. Su puesto, en la segunda fila, a la izquierda, cerca de los puestos de pescado de agua dulce, daba a la calle Rambuteau. Ella se volvía, sin quitarle ojo a su víctima, burlándose con las vecinas. Después, cuando pasaba delante de ella, examinando lentamente las piedras, afectaba una alegría inmoderada, golpeaba los pescados, abría del todo su grifo, inundaba la calle. Florent permanecía impasible.

Pero una mañana, fatalmente, la guerra estalló. Ese día Florent, al llegar delante del puesto de la bella Normanda, notó un hedor insoportable. Había allí, sobre el mármol, un salmón magnífico, empezado, mostrando el rubio rosado de su carne; rodaballos de una blancura de nata; congrios, pinchados con el alfiler negro que sirve para marcar las rodajas; pares de lenguados, salmonetes, róbalos, todo un despliegue de frescor. Y en medio de aquellos pescados de ojos vivos, cuyas agallas sangraban aún, una gran raya rojiza, salpicada de manchas oscuras, magnífica con sus tonos extraños; la gran raya estaba podrida, la cola se caía, las ballenas de las aletas atravesaban la tosca piel.

—Hay que tirar esa raya —dijo Florent, acercándose.

La bella Normanda soltó una risita. Él levantó los ojos, la vio de pie, apoyada en el poste de bronce de los dos reverberos de gas que iluminaban los cuatro cajones de cada puesto. Le pareció muy alta, subida a una silla, para protegerse los pies de la humedad. Se mordía los labios, más guapa que de costumbre, peinada con rizos, la cabeza un poco baja, taimada, las manos demasiado rosa en la blancura del gran delantal. Nunca le había visto tantas joyas: llevaba largos pendientes, una cadena al cuello, un broche, sartas de anillos en dos dedos de la mano izquierda y en un dedo de la derecha.

Como ella seguía mirándolo por encima, sin responder, él prosiguió:

—¿Me ha oído? Haga desaparecer esa raya.

Pero no se había fijado en la tía Méhudin, sentada en una silla, acurrucada en un

rincón. Se levantó, con su pañuelo a la barbilla, y apoyando los puños en la mesa de mármol:

—¡Vaya! —dijo insolentemente—, ¿y por qué va a tirar su raya?... ¿Es que se la va a pagar usted, por un casual?

Entonces Florent comprendió. Las otras vendedoras reían burlonas. Sentía a su alrededor una sorda rebelión, que sólo esperaba una palabra para estallar. Se contuvo, sacó él mismo, de debajo del puesto, el cubo de los desperdicios, tiró a él la raya. La tía Méhudin se ponía ya los puños en las caderas, pero la bella Normanda, que no había abierto la boca, soltó de nuevo una risita maligna, y Florent se marchó entre abucheos, con aire severo, fingiendo no oír nada.

Cada día fue un nuevo invento. El inspector seguía ya las calles ojo avizor, como en país enemigo. Atrapaba las salpicaduras de las esponjas, estaba a punto de caer sobre los desperdicios extendidos a sus pies, recibía en la nuca las canastas de los mozos de cuerda. E incluso una mañana que se peleaban dos vendedoras y él había acudido con el fin de impedir la batalla, tuvo que agacharse para evitar que abofeteara sus mejillas una lluvia de gallos pequeños, que volaron por encima de su cabeza; se rieron mucho, y él creyó siempre que las dos vendedoras participaban en la conspiración de las Méhudin. Su antiguo oficio de profesor de mala muerte lo armaba de una paciencia angelical; sabía conservar una magistral frialdad cuando la cólera ascendía en su interior y todo su ser sangraba de humillación. Pero nunca los chiquillos de la calle de la Estrapade habían tenido la ferocidad de las damas del Mercado, aquella saña de mujeres enormes, cuyos vientres y pechos saltaban con una alegría gigantesca cuando él se dejaba coger en alguna trampa. Las caras coloradotas lo miraban de hito en hito. En las inflexiones canallas de las voces, en las caderas altas, los cuellos hinchados, los meneos de muslos, los abandonos de las manos, adivinaba todo un raudal de porquerías dirigidas a él. Gavard habría desfallecido de gusto en medio de aquellas sayas imprudentes y de fuerte olor, dispuesto a dar azotes a diestro y siniestro si ellas lo acorralaban demasiado. Florent, a quien las mujeres seguían intimidando, se sentía perdido poco a poco entre una pesadilla de muchachas de encantos prodigiosos, que lo rodeaban en un corro inquietante, con su ronquera y sus gruesos brazos desnudos de luchadoras.

Entre aquellas hembras desatadas tenía una amiga, sin embargo. Claire declaraba rotundamente que el nuevo inspector era un buen hombre. Cuando pasaba, entre las palabrotas de sus vecinas, ella le sonreía. Allí estaba, con sus mechones de pelo rubio en el cuello y las sienes, el vestido mal abrochado, displicente detrás de su puesto. Más a menudo la veía de pie, las manos en el fondo de los viveros, cambiando los peces de estanque, divirtiéndose al abrir los pequeños delfines de cobre, que echan un hilo de agua por la boca. Aquel chorro le imprimía una gracia estremecida de bañista, a orillas de una fuente, con las ropas todavía mal ajustadas.

Una mañana, sobre todo, estuvo amabilísima. Llamó al inspector para enseñarle una gruesa anguila que había sido la maravilla del mercado en la subasta. Abrió la verja, que había cerrado prudentemente sobre el estanque en cuyo fondo la anguila parecía dormir.

—Espere —dijo—, va usted a ver.

Metió suavemente en el agua su brazo desnudo, un brazo un poco flaco, cuya piel de seda mostraba el azulenco tierno de las venas. Cuando la anguila se sintió tocada, se enrolló sobre sí misma, en rápidos nudos, llenando la estrecha pila con el verdoso tornasol de sus anillos. Y, en cuanto volvía a dormirse, Claire se divertía irritándola de nuevo, con la punta de las uñas.

—Es enorme —se creyó en el deber de decir Florent—. Raramente he visto una tan hermosa.

Entonces ella le confesó que, al principio, las anguilas le daban miedo. Ahora sabía cómo hay que apretar la mano para que no puedan escurrirse. Y cogió una, al lado, más pequeña. La anguila se retorció a ambos lados de su puño cerrado. Eso la hacía reír. La dejó, agarró otra, hurgó en el estanque, removió aquel montón de serpientes con sus dedos delgados.

Después permaneció allí un momento, charlando de las ventas, que no marchaban. Los feriantes, los de los tenderetes de la calle cubierta, las perjudicaban mucho. El brazo desnudo, que no había secado, chorreaba, fresco con la frescura del agua. Gruesas gotas caían de cada dedo.

—Ah —dijo bruscamente—, tengo que enseñarle también mis carpas.

Abrió una tercera reja; y, con las dos manos, sacó una carpa que daba coletazos entre boqueadas. Pero buscó una menos gruesa; ésa pudo sujetarla con una sola mano, que el aliento de los costados abría un poco, a cada boqueada. Se le ocurrió introducir el pulgar en uno de los bostezos de la boca.

—No muerde —murmuraba con su dulce risa—, no es mala... Es como los cangrejos, no les tengo miedo.

Había hundido ya de nuevo el brazo, sacaba, de un compartimiento lleno de un confuso bullir, un cangrejo de río, que le había cogido el meñique entre sus pinzas. Lo sacudió un momento; pero el cangrejo le apretó sin duda demasiado fuerte, porque se puso muy colorada y le rompió la pata, con un rápido gesto de rabia, sin cesar de sonreír.

—Por ejemplo —dijo para ocultar su emoción—, no me fiaría de un lucio. Podría cortarme los dedos como un cuchillo.

Y mostraba, sobre unas tablas fregoteadas, de limpieza excesiva, grandes lucios colocados por orden de tamaño, al lado de tencas bronceadas y de lotes de gobios en montoncitos. Ahora tenía las manos pringosas del rezumo de las carpas; las apartaba, de pie entre la humedad de los viveros, por encima de los pescados mojados del

mostrador. Hubiérase dicho que estaba envuelta en un olor a freza, uno de esos olores espesos que ascienden de los juncos y de los nenúfares cenagosos, cuando los huevos hacen estallar los vientres de los peces, desfallecidos de amor al sol. Se secó las manos en el delantal, sin dejar de sonreír, con su aire tranquilo de mocetona de sangre helada, entre aquel temblor de las voluptuosidades frías y sosas de los ríos.

Esta simpatía de Claire era un flaco consuelo para Florent. Le atraía bromas más sucias, cuando se paraba a charlar con la joven. Ésta se encogía de hombros, decía que su madre era una vieja tunanta y que su hermana no valía gran cosa. La injusticia del mercado con el inspector la sacaba de quicio, la encolerizaba. No obstante, la guerra continuaba, más cruel cada día. Florent estaba pensando en dejar el puesto; no se habría quedado veinticuatro horas, si no hubiera temido parecerle cobarde a Lisa. Le inquietaba lo que ésta diría, lo que pensaría. Estaba forzosamente al tanto del gran combate entre las pescaderas y su inspector, pues sus rumores llenaban el sonoro Mercado, y el barrio juzgaba cada nueva treta con comentarios sin fin.

—¡Ah! ¡Bueno! —decía a menudo, de noche, después de cenar—, ¡ya me encargaría yo de meterlas en cintura! ¡Son todas mujeres a las que no quisiera tocar ni con la punta de los dedos, unas sinvergüenzas, una basura! Esa Normanda es la peor de las peores... ¡Yo le cerraría el puesto, mire! Lo único que vale es la autoridad, ¿oye, Florent? Está usted en un error, con sus ideas. Demuestre su fuerza, ya verá como todo el mundo se porta bien.

La última crisis fue terrible. Una mañana, la criada de la señora Taboureau, la panadera, buscaba una barbada en la pescadería. La bella Normanda, que la veía dando vueltas desde hacía unos minutos, le hizo ofertas, zalamerías.

—Venga a verme, se lo pongo barato... ¿Quiere un par de lenguados, un buen rodaballo?

Y cuando por fin se acercó, olisqueó una barbada, con la mueca de asco que ponen las clientes para pagar menos.

—Pésela —continuó la bella Normanda, colocándole en la mano abierta la barbada envuelta en una hoja de grueso papel amarillo.

La criada, una auvernesa bajita y llorosa, sopesaba la barbada, le abría las agallas, siempre con su mueca, sin decir nada. Después, como a regañadientes:

—¿Y a cuánto?

—Quince francos —respondió la pescadera.

Entonces la otra dejó a toda prisa el pescado sobre el mármol. Pareció escapar. Pero la bella Normanda la retuvo.

—Veamos, dígame su precio.

—No, no, es demasiado cara.

—Dígalo, de todos modos.

—¿Me la deja en ocho?

La tía Méhudin, que parecía despertarse, lanzó una risa inquietante. ¿Es que se creían que ellas robaban la mercancía?

—¡Ocho francos, una barbada de ese tamaño! ¡Pero si está vivita y coleando! ¡Y qué peso!

La bella Normanda, con pinta de ofendida, volvía la cabeza. Pero la criada regresó dos veces, ofreció nueve francos, llegó hasta los diez. Y después, cuando se marchaba en serio:

—Vamos, venga —le gritó la pescadera—, deme el dinero.

La criada se plantó delante del puesto, charlando amistosamente con la vieja Méhudin. ¡La señora Taboureau se mostraba tan exigente! Tenía gente a cenar, esa noche: unos primos de Blois, un notario con su señora. La familia de la señora Taboureau era muy honorable, y ella misma, aunque panadera, había recibido una excelente educación.

—Vacíemela bien, ¿eh? —dijo interrumpiéndose.

La bella Normanda, con un dedo, había vaciado la barbada y arrojado los desperdicios al cubo. Deslizó una punta del delantal bajo las agallas para eliminar unos granos de arena. Después, metiendo ella misma el pescado en la cesta de la auvernesa:

—Ya me felicitará por esto, guapita.

Pero, al cabo de un cuarto de hora, apareció corriendo la criada, muy roja; había llorado, su personilla temblaba de cólera. Tiró la barbada sobre el mármol, mostrando, por un lado del vientre, un ancho desgarrón que cortaba la carne hasta la espina. Un raudal de palabras entrecortadas salió de su garganta, en la que las lágrimas ponían un nudo.

—La señora Taboureau no la quiere. Dice que no la puede servir. Y me ha dicho también que yo era una imbécil, que me dejaba robar por todo el mundo... Ya ve usted que está estropeada. Yo no le di la vuelta, confié en usted... Devuélvame mis diez francos.

—Hay que mirar la mercancía —respondió tranquilamente la bella Normanda.

Y como la otra alzaba la voz, la vieja Méhudin se levantó.

—¡Déjenos usted en paz, oye! ¡No se devuelve un pescado que ha andado de acá para allá! ¿Es que sabemos dónde lo dejó caer usted, para ponerlo en esas condiciones?

—¡Yo! ¡Yo!

Se sofocaba. Después, estallando en sollozos:

—¡Son ustedes un par de ladronas, sí, un par de ladronas! Ya me lo dijo la señora Taboureau.

Entonces fue formidable. Madre e hija, furibundas, con los puños hacia adelante, se desahogaron. La criadita, aterrada, cogida entre aquella voz ronca y aquella voz

aflautada, que se la tiraban como una pelota, sollozaba con más fuerza.

—¡No te joroba! Tu señora Taboureau es menos fresca aún; a ella habría que zurcirla para servirla.

—¡Un pescado enterito por diez francos! ¡Qué bien! ¡Es como para morirse!

—¿Y tus pendientes, cuánto cuestan?... Se ve que los ganas abierta de piernas.

—¡Pardiez! Hace su guardia en la esquina de la calle Mondétour.

Florent, a quien había ido a buscar el guarda del mercado, llegó en lo más vivo de la disputa. El pabellón se sublevaba, decididamente. Las vendedoras, terriblemente celosas entre sí, se entienden de maravilla contra los clientes cuando se trata de vender un arenque de diez céntimos. Canturreaban: «La panadera tiene escudos que no le cuestan nada», golpeaban con los pies, excitaban a las Méhudin, como a animales a los que se instiga a morder; y había algunas, en la otra punta de la calle, que se lanzaban fuera de sus puestos, como para saltar al moño de la criadita, perdida, ahogada, arrollada por aquella enormidad de insultos.

—Devuélvale los diez francos a la señorita —dijo severamente Florent, enterado del asunto.

Pero la vieja Méhudin estaba lanzada:

—A ti, canijo, te... ¡y mira! ¡Así devuelvo yo los diez francos!

Y, con todas sus fuerzas, lanzó la barbada a la cabeza de la auvernesa, que la recibió en plena cara. Brotó sangre de la nariz, la barbada se despegó, cayó al suelo, donde se aplastó con un ruido de trapo mojado. Esta brutalidad sacó a Florent de sus casillas. La bella Normanda tuvo miedo, retrocedió, mientras él exclamaba:

—¡Las voy a suspender por ocho días! ¡Haré que les retiren el permiso, me oyen!

Y como a sus espaldas se oían abucheos, se volvió con un aire tan amenazador que las pescaderas, domadas, se hicieron las inocentes. Cuando las Méhudin hubieron devuelto los diez francos, les obligó a cesar la venta de inmediato. La vieja se ahogaba de rabia. La hija seguía muda, muy blanca. ¡Ella, la bella Normanda, expulsada de su puesto! Claire dijo con su voz tranquila que lo tenía bien merecido, lo cual estuvo a punto de hacer que las dos hermanas se agarraran del moño, por la tarde, en su casa, en la calle Pirouette. Al cabo de ocho días, cuando las Méhudin volvieron, se mostraron prudentes, muy estiradas, muy lacónicas, con una cólera fría. Por otra parte, encontraron el pabellón en calma, vuelto al orden. La bella Normanda debió de abrigar, a partir de ese día, la idea de una venganza terrible. Sentía que el golpe venía de la bella Lisa; la había encontrado, al día siguiente de la batalla, con la cabeza tan alta, que juraba que le haría pagar muy cara su mirada de triunfo. Hubo, en los rincones del Mercado, interminables conciliábulos con la señorita Saget, la señora Lecoeur y la Sarriette; pero, cuando se hartaban de patrañas inverosímiles sobre el desenfreno de Lisa con su primo y sobre los pelos que aparecían en la longaniza de los Quenu, la cosa no podía ir más lejos, ni la consolaba nada. Buscaba algo muy



malo, que hiriera a su rival en el corazón.

Su hijo crecía libremente en medio de la plaza del pescado. Desde la edad de tres años permanecía sentado en un pedazo de trapo, en pleno mercado. Dormía fraternalmente al lado de los grandes atunes, se despertaba entre caballas y pescadillas. El granujaapestaba a arenque hasta el punto de parecer salido del vientre de algún enorme pez. Su juego favorito fue, durante mucho tiempo, cuando su madre le daba la espalda, construir muros y casas con arenques; jugaba también a las batallas, en la mesa de mármol, alineaba rubios unos frente a otros, los empujaba, les golpeaba la cabeza, imitaba con los labios la trompeta y el tambor, y finalmente los amontonaba de nuevo, diciendo que estaban muertos. Más adelante fue a rondar alrededor de su tía Claire, para que le diera las vejigas de las carpas y los lucios que ella vaciaba; las colocaba en el suelo, las hacía estallar, eso le entusiasmaba. A los siete años corría por las calles, se metía bajo los puestos, entre las cajas de madera forradas de cinc, era el galopín mimado de las pescaderas. Cuando éstas le enseñaban algún objeto nuevo que lo fascinaba, juntaba las manos balbuceando extasiador: «¡Oh! ¡Es de órdago!». Y el nombre de Órdago se le quedó<sup>[14]</sup>. Órdago por aquí, Órdago por allá. Todas lo llamaban. Se le encontraba por todas partes, en el fondo de las oficinas de subastas, en los montones de banastas, entre los cubos de los desperdicios. Estaba allí como un joven barbo, de rosada blancura, bullicioso, escurriéndose, soltado en plena agua. Sentía un cariño de pececillo por las aguas chorreantes. Se arrastraba por los charcos de los corredores, recibía el goteo de las mesas. A menudo, abría a hurtadillas un grifo, feliz con las salpicaduras del chorro. Pero era sobre todo a las fuentes, debajo de la escalera de los sótanos, donde su madre iba a buscarlo por la noche; se lo llevaba todo mojado, con las manos azules, con agua en los zapatos y hasta en los bolsillos.

Órdago, a los siete años, era un hombrecito guapo como un ángel y grosero como un carretero. Tenía cabellos castaños crespos, hermosos ojos tiernos, una boca pura que juraba, que decía palabrotas que hubieran desollado la garganta de un gendarme. Criado entre las groserías del Mercado, deletreaba el catecismo verduleril, se ponía un puño en la cadera, imitando a mamá Méhudin cuando ésta montaba en cólera. Entonces las «guarras», las «fucias», los «vete a meneársela a tu tío», los «a cuánto cobras el polvo» pasaban por el hilo cristalino de su voz de niño de coro. Y se empeñaba en ganguear, encanallaba su infancia exquisita de niño sonriente en las rodillas de una Virgen. Las pescaderas lloraban de risa. Él, envalentonado, no decía ya dos palabras sin colocar un «me cago en diez» al final. Pero seguía siendo adorable, desconocedor de aquellas indecencias, sano gracias a los soplos frescos y los fuertes olores del pescado, y recitaba su sarta de insultos escabrosos con un aire arrobado, como si hubiera rezado sus oraciones.

Llegaba el invierno; Órdago se sintió friolero ese año. Con los primeros fríos le

entró una viva curiosidad por el despacho del inspector. El despacho de Florent se encontraba en la rinconada izquierda del pabellón, del lado de la calle Rambuteau. Estaba amueblado con una mesa, un casillero, un sillón, dos sillas y una estufa. Órdago soñaba con esa estufa. Florent adoraba a los niños. Cuando vio a aquel chiquillo, con las piernas mojadas, que miraba a través de los cristales, le hizo entrar. La primera conversación de Órdago le extrañó enormemente. Se había sentado delante de la estufa y decía con su voz tranquila:

—Voy a tostarme un pelín los pinreles, ¿entiendes?... Hace un frío de puta madre. Después lanzó unas risas cristalinas, agregando:

—Mi tía Claire parece un penco viejo esta mañana... ¿Dime, señor, es cierto que vas a calentarle los pies por la noche?

Florent, consternado, sintió un gran interés por aquel chaval. La bella Normanda seguía estirada, dejaba a su hijo que fuera a verlo, sin decir una palabra. Entonces se creyó autorizado a recibirlo; lo atrajo, por las tardes, inclinado poco a poco hacia la idea de convertirlo en un hombrecito formal. Le parecía que su hermano Quenu volvía a ser pequeño, que se encontraban todavía los dos en la gran habitación de la calle Royer Collard. Su alegría, su secreto sueño de abnegación consistía en vivir siempre en compañía de un ser joven, que no crecería, a quien él instruiría sin cesar, en cuya inocencia amaría a los hombres. A partir del tercer día llevó un abecedario. Órdago lo maravilló con su inteligencia. Aprendió las letras con la labia parisiense de un niño de la calle. Las imágenes del abecedario le divertían extraordinariamente. Además, en el estrecho despacho, se tomaba formidables recreos, la estufa siguió siendo su gran amiga, motivo de placeres sin fin. Primero asó en ella patatas y castañas; pero eso le pareció insípido. Le robó entonces a tía Claire gobios, que puso a asar uno por uno, en el extremo de un alambre, delante de la boca ardiente; se los comía con deleite, sin pan. Un día hasta trajo una carpa; ésta no quiso cocinarse, apestó el despacho, hasta el punto de que hubo que abrir la puerta y la ventana. Florent, cuando el olor de toda esa cocina resultaba demasiado fuerte, tiraba los peces a la calle. Pero más a menudo se reía. Órdago, al cabo de dos meses, empezaba a leer de corrido y sus cuadernos de caligrafía eran muy limpios.

Mientras tanto el chaval, por la noche, le daba la lata a su madre con historias sobre su buen amigo Florent. El buen amigo Florent había dibujado árboles y hombres metidos en cabañas. El buen amigo Florent ponía un gesto así, cuando decía que los hombres serían mejores si todos supieran leer. Tanto que la Normanda vivía en la intimidad del hombre a quien soñaba con estrangular. Un día encerró a Órdago en la casa, para que no fuera a ver al inspector; pero él lloró de tal forma que al día siguiente le devolvió su libertad. Era muy débil a pesar de su aire audaz y decidido. Cuando el niño le contaba que había estado muy caliente, cuando volvía con las ropas secas, experimentaba un vago agradecimiento, una satisfacción de saberlo al abrigo,

los pies junto al fuego. Más adelante se enterneció mucho cuando leyó delante de ella un trozo de periódico cochambroso que envolvía una rodaja de congrio. Poco a poco llegó a pensar así, sin decirlo, que Florent quizá no fuera mala persona; sintió respeto por su instrucción, mezclado con una curiosidad creciente por verlo más de cerca, por penetrar en su vida. Después, bruscamente, se inventó un pretexto, se persuadió de que ya tenía su venganza: había que ser amable con el primo, malquistarlo con la gorda Lisa; sería más divertido.

—¿Tu buen amigo Florent te habla de mí? —preguntó una mañana a Órdago, mientras lo vestía.

—¡Ah, no! —respondió el niño—. Nos divertimos.

—¡Bueno! Pues dile que no le guardo rencor y que le agradezco que te enseñe a leer.

Desde entonces, cada día el niño llevó un recado. Iba de su madre al inspector, y del inspector a su madre, cargado de frases amables, de preguntas y respuestas, que repetía sin entenderlas; habrían podido hacerle decir las mayores barbaridades. Pero la bella Normanda tuvo miedo de parecer tímida; un día acudió ella en persona, se sentó en la segunda silla, mientras Órdago recibía su clase de caligrafía. Estuvo muy dulce, muy complimentera. Florent se quedó más cohibido que ella. Sólo hablaron del niño. Como él manifestara el temor de no poder continuar las clases en el despacho, ella le ofreció que fuera a su casa, por la noche. Luego habló de dinero. Él se ruborizó, declaró que no iría, si se trataba de eso. Entonces ella se prometió pagarle con regalos, con buenos pescados.

Fueron las paces. La bella Normanda tomó incluso a Florent bajo su protección. Por otra parte, el inspector iba acabando por ser aceptado; las pescaderas lo consideraban mejor persona que el señor Verlaque, a pesar de sus ojos malignos. Sólo la vieja Méhudin se encogía de hombros; le guardaba rencor al «flacucho», como lo llamaba de forma despreciativa. Y una mañana que Florent se detuvo con una sonrisa delante de los viveros de Claire, la joven, soltando una anguila que sujetaba, le dio la espalda, furiosa, toda hinchada y color de púrpura. Se quedó tan sorprendido que lo comentó con la Normanda.

—¡No le haga caso... —dijo ésta—, está chiflada!... Nunca es de la opinión de los demás. Ha hecho eso para hacerme rabiar.

Estaba exultante, se pavoneaba en su puesto, más coqueta, con peinados sumamente complicados. Habiéndose cruzado con la bella Lisa, le devolvió su mirada de desdén; y hasta le lanzó una carcajada a la cara. La certeza de que iba a desesperar a la salchichera, atrayendo a su primo, le daba una hermosa risa sonora, una risa de garganta, cuyos temblores se notaban en su cuello grueso y blanco. En ese momento se le ocurrió la idea de vestir muy bien a Órdago, con una chaquetita escocesa y una gorra de terciopelo. Órdago nunca había ido más que con blusas

desaliñadas. Ahora bien, ocurrió que, justamente por esa época, a Órdago le asaltó de nuevo un gran cariño por las fuentes. El hielo se había fundido, la temperatura era tibia. Dio un buen baño a la chaqueta escocesa, dejando correr todo el agua del grifo, desde el codo hasta la mano, lo que él llamaba jugar al canalón. Su madre lo sorprendió en compañía de otros dos galopines, mirando cómo nadaban, en la gorra de terciopelo llena de agua, dos pececitos blancos que le había robado a la tía Claire.

Florent vivió cerca de ocho meses en el Mercado, como presa de una continua necesidad de sueño. Al salir de sus siete años de sufrimientos, caía en una calma tal, en una vida tan regulada, que apenas se sentía existir. Se abandonaba, con la cabeza un poco vacía, sorprendido de continuo al encontrarse cada mañana en el mismo sillón, en el estrecho despacho. Esa pieza le agradaba, con su desnudez, su pequeñez de camarote. Se refugiaba en ella, lejos del mundo, en medio del fragor continuo del Mercado, que le hacía soñar con algún gran mar, cuyas aguas lo hubieran rodeado y aislado por todas partes. Pero, poco a poco, lo desesperó una sorda inquietud; estaba descontento, se acusaba de culpas que no precisaba, se rebelaba contra los vacíos que parecían ahondarse cada vez más en su cabeza y en su pecho. Después unos efluvios pestilentes, hálitos a pescado podrido, pasaron sobre él con grandes náuseas. Fue un lento desequilibrio, un vago fastidio que se tornó viva sobreexcitación nerviosa.

Todos sus días se parecían. Caminaba entre los mismos ruidos, entre los mismos olores. Por la mañana, los zumbidos de las subastas lo ensordecían con un remoto tañido de campanas; y a menudo, según la lentitud de la afluencia de mercancías, las subastas acababan muy tarde. Entonces se quedaba en el pabellón hasta mediodía, incomodado a cada minuto por discusiones y peleas, en medio de las cuales se esforzaba por mostrarse muy justo. Necesitaba horas para salir de alguna miserable historia que revolucionaba al mercado. Paseaba entre el barullo y el escándalo de las ventas, seguía los pasillos a pasitos cortos, se detenía a veces delante de las pescaderas cuyos puestos bordean la calle Rambuteau. Éstas tienen grandes montones rosados de gambas, cestos rojos de langostas cocidas, atadas, con la cola enrollada; mientras que las langostas vivas mueren, achatadas, sobre el mármol. Allí miraba cómo regateaban los señores de sombrero y guantes negros, que acababan llevándose una langosta cocida, envuelta en un periódico, en un bolsillo de la levita. Más lejos, delante de los veladores donde se vende el pescado común, reconocía a las mujeres del barrio, que acudían a la misma hora, sin nada en la cabeza. A veces se interesaba por alguna dama bien trajeada, que arrastraba sus puntillas a lo largo de las piedras mojadas, seguida por una criada de delantal blanco; a ésta la acompañaba a cierta distancia, viendo los hombros que se encogían ante sus mohines de asco. Esta confusión de cestos, de bolsos de cuero, de cestas, todas aquellas faldas desfilando por los pasillos chorreantes, lo ocupaban, lo llevaban hasta el almuerzo, feliz por el agua que corría, por la frescura que soplaba, pasando de la aspereza marina de los

mariscos al aroma amargo de las salazones. Siempre terminaba su inspección en las salazones; las cajas de arenques ahumados, las sardinas de Nantes sobre lechos de hojas, el bacalao enrollado, que se exhibían delante de gordas vendedoras insulsas, le hacían pensar en una partida, en un viaje, entre barriles de salazones. Luego, por la tarde, el Mercado se calmaba, dormía. Se encerraba en su despacho, ponía en limpio sus notas, disfrutaba de sus mejores horas. Si salía, si cruzaba la plaza del pescado, la encontraba casi siempre desierta. Ya no había aglomeraciones, empujones, la batahola de las diez. Las pescaderas, sentadas detrás de sus mesas vacías, calcetaban, muy tiesas; y unas cuantas amas de casa rezagadas daban vueltas, mirando de reojo, con esa mirada lenta, esos labios apretados de las mujeres que calculan al céntimo el precio de la cena. Caía el crepúsculo, había un ruido de cajas movidas, el pescado era colocado para la noche en lechos de hielo. Entonces, Florent, tras haber asistido al cierre de las verjas, se llevaba consigo en la ropa, en la barba, en el pelo, el pescado.

Los primeros meses no sufrió demasiado con ese olor penetrante. El invierno era duro; las heladas mudaban las calles en espejos, los carámbanos ponían un guipur blanco en las mesas de mármol y en las fuentes. Por la mañana había que encender pequeños anafes bajo los grifos para obtener un hilillo de agua. Los pescados, helados, con la cola torcida, sin brillo y ásperos como metales mates, sonaban con un ruido quebradizo de hierro colado. Hasta febrero el pabellón siguió lamentable, erizado, desolado, con su sudario de hielo. Pero llegó el deshielo, el tiempo suave, las nieblas y las lluvias de marzo. Entonces los pescados se ablandaron, se anegaron; olores de carnes descompuestas se mezclaron con los sosos efluvios de fango que llegaban de las calles vecinas. Hedor vago todavía, dulzor repugnante de humedad, que se arrastraba a ras del suelo. Después, en las tardes ardientes de junio, el hedor ascendió, el aire se cargó de un vaho pestilente. Se abrían las ventanas superiores, grandes toldos de lienzo gris colgaban bajo el cielo candente, una lluvia de fuego caía sobre el Mercado, lo calentaba como un horno de chapa; y ni un viento barría ese vapor de pescado podrido. Los puestos de venta humeaban.

Florent sufrió entonces por aquel cúmulo de alimentos en medio del cual vivía. Volvieron a entrarle los ascos de la salchichería, más intolerables. Había soportado hedores igual de terribles, pero no procedían del vientre. Su estómago estrecho de hombre flaco se rebelaba, al pasar por delante de aquellos mostradores de pescados mojados con abundante agua, que el calor echaba a perder. Lo alimentaban con sus perfumes fuertes, lo ahogaban, como si tuviera una indigestión de olores. Cuando se encerraba en su despacho, la repugnancia lo seguía, penetrando por las maderas mal encajadas de la puerta y la ventana. Los días de cielo gris, el cuartito estaba muy oscuro; era como un largo crepúsculo, en el fondo de un nauseabundo pantano. A menudo, presa de ansiedades nerviosas, sentía necesidad de caminar, bajaba a los sótanos, por la ancha escalera que se abre en medio del pabellón. Allí, en el aire

cerrado, en la penumbra de algunos faroles de gas, encontraba de nuevo el frescor del agua pura. Se detenía ante el gran vivero, donde se guardan en reserva los peces vivos; escuchaba la canción continua de los cuatro hilos de agua que caen de las cuatro esquinas de la urna central, deslizándose con el suave ruido de una corriente perpetua bajo las rejas de los estanques cerrados con llave. Este manantial subterráneo, este arroyo conversando en las sombras, lo calmaba. Le agradaban también, por la tarde, las hermosas puestas de sol que recortaban en negro, sobre los resplandores rojos del cielo, los finos encajes del Mercado; la luz de las cinco, el polvillo volante de los últimos rayos entraba por todos los vanos, por todas las rayas de las persianas; era como un transparente luminoso y esmerilado, donde se dibujaban las finas aristas de los pilares, las curvas elegantes del armazón, las figuras geométricas de la techumbre. Se llenaba los ojos con ese inmenso dibujo lavado en tinta china sobre una vitela fosforescente, volviendo a recoger su sueño de una máquina colosal, con sus ruedas, sus palancas, sus balancines, entrevista en la sombría púrpura del carbón llameante bajo la caldera. A cada momento los juegos de luces cambiaban así el perfil del Mercado, desde los azules de la madrugada y las sombras negras de mediodía, hasta el incendio del sol poniente, extinguiéndose en la ceniza gris del crepúsculo. Pero en las tardes de llamas, cuando ascendían los olores, cruzando con un estremecimiento, los grandes rayos amarillos, como humaredas cálidas, las náuseas lo sacudían de nuevo, su mente se extraviaba, imaginándose estufas gigantescas, infectas cubas de descuartizador donde se fundía la mala grasa de todo un pueblo.

Sufría además con aquel ambiente grosero, del que parecían haber tomado su olor las palabras y los gestos. Era buen chico, sin embargo, no le amedrentaba nada. Sólo las mujeres le molestaban. Sólo se sentía a sus anchas con la señora François, a quien había vuelto a ver. Dio muestras de tanta alegría al saber que estaba colocado, feliz, que había salido de apuros, como decía ella, que se enterneció mucho. Lisa, la Normanda, las otras, lo inquietaban con sus risas. A ella, en cambio, le hubiera contado todo. No reía para burlarse; tenía una risa de mujer feliz con la alegría ajena. Y además era una valiente; su oficio era muy duro, en invierno, los días de helada; y la época de lluvias resultaba aún más penosa. Florent la vio ciertas mañanas, con terribles aguaceros, con lluvias que caían desde la víspera, lentas y frías. Las ruedas del carro, de Nanterre a París, se habían metido en el barro hasta los cubos. *Baltasar* tenía cazcarrias hasta en el vientre. Y ella lo compadecía, se apiadaba de él, al secarlo con viejos delantales.

—Estos animales —decía— son muy delicados; cogen cólicos por una fruslería... ¡Ah!, ¡mi pobrecito *Baltasar*! Cuando hemos pasado por el puente de Neuilly, creía que habíamos bajado al Sena, de tanto como llovía.

*Baltasar* iba a la posada. Ella se quedaba bajo el chaparrón, a vender sus

verduras. El mercado se transformaba en una ciénaga de fango líquido. Las coles, las zanahorias, los nabos, azotados por el agua gris, se anegaban en aquel raudal de torrentes fangosos, que corrían por toda la calzada. Ya no eran las hortalizas soberbias de las mañanas claras. Los hortelanos, arropados en sus capotes, enarcaban la espalda, jurando contra la administración que, tras haber investigado, ha declarado que la lluvia no daña a las verduras, y que no hay por qué construir refugios.

Entonces, las mañanas lluviosas desesperaron a Florent. Pensaba en la señora François. Se escapaba, iba a charlar un instante con ella. Pero jamás la encontraba triste. Se sacudía como un perro de lanas, decía que se las había visto en peores, que no era de azúcar para derretirse así, sin más, con las primeras gotas de agua. Él la obligaba a entrar unos minutos bajo una calle abierta; e incluso varias veces la llevó al bar de Lebigre, donde tomaron vino caliente. Mientras ella lo miraba amistosamente, con su cara tranquila, él estaba feliz con aquel olor sano de los campos que ella le traía, entre los malos efluvios del Mercado. Olía a tierra, a heno, a aire libre, a cielo abierto.

—Tiene que venir a Nanterre, hijo mío —decía ella—. Verá mi huerta; he plantado borduras de tomillo por todas partes... ¡Su condenado París apesta!

Y se iba chorreando. Florent se sentía remozado cuando la dejaba. Probó también a trabajar, para combatir las angustias nerviosas que sufría. Era un espíritu metódico que llevaba a veces el estricto empleo de sus horas hasta la manía. Se encerró dos veces por semana, con el fin de escribir una gran obra sobre Cayena. Su cuarto de interno era excelente, pensaba, para calmarlo y predisponerlo al trabajo. Encendía el fuego, veía si el granado, al pie de la cama, iba bien; después se acercaba a la mesita, se quedaba trabajando hasta medianoche. Había empujado el devocionario y *La llave de los sueños* al fondo del cajón, que poco a poco se llenó de notas, de hojas sueltas, de manuscritos de todas clases. La obra sobre Cayena no avanzaba mucho, interrumpida por otros proyectos, planes de obras gigantescas, cuyo boceto trazaba en unas cuantas líneas. Esbozó sucesivamente una reforma total del sistema administrativo del Mercado Central, una transformación de los consumos en impuestos sobre las transacciones, una distribución nueva del abastecimiento de los barrios pobres y, por último, una ley humanitaria, aún muy confusa, que almacenaba en común las entradas de mercancías y aseguraba cada día un mínimo de provisiones a todos los hogares de París. Doblando el espinazo, perdido en cosas graves, dibujaba su gran sombra negra en medio de la suavidad borrosa de la buhardilla. Y a veces un pinzón que había recogido en el Mercado, un día de nieve, se equivocaba al ver la luz, lanzaba su grito en el silencio, turbado sólo por el ruido de la pluma al correr sobre el papel. Fatalmente Florent volvió a la política. Había sufrido demasiado por ella para no convertirla en la más cara ocupación de su vida. Se hubiera convertido, sin el ambiente y las circunstancias, en un buen profesor provinciano, feliz con la paz

de su pequeña ciudad. Pero lo habían tratado como a un lobo, y ahora se encontraba como marcado por el destierro para alguna tarea de combate. Su malestar nervioso no era sino el despertar de los largos ensueños de Cayena, de sus amarguras ante sufrimientos inmerecidos, de sus juramentos de vengar un día a la humanidad tratada a latigazos y a la justicia hollada. El gigantesco Mercado Central, los alimentos desbordantes y fuertes, habían apresurado la crisis. Le parecía la fiera satisfecha en su digestión, París atiborrado, incubando su grasa, apoyando sordamente al Imperio. Ponía a su alrededor pechos enormes, lomos monstruosos, caras redondas, como continuos argumentos contra su delgadez de mártir, su rostro amarillo de descontento. Era el vientre de los tenderos, el vientre de la mediocre honradez, hinchándose feliz, brillando al sol, opinando que todo iba de la mejor manera, que jamás la gente de costumbres pacíficas había engordado tan espléndidamente. Entonces sintió que se le cerraban los puños, dispuesto a luchar, más irritado por el pensamiento de su destierro de lo que lo estaba al regresar a Francia. El odio lo invadió por entero. A menudo dejaba caer la pluma, soñaba. El fuego mortecino manchaba su cara con una gran llamarada; la lámpara de carbón humeaba, mientras el pinzón, con la cabeza bajo el ala, se dormía sobre una pata.

A veces, a las once, Auguste, al ver luz por debajo de la puerta, llamaba, antes de irse a acostar. Florent le abría con cierta impaciencia. El mozo de la salchichería se sentaba, se quedaba delante del fuego, hablaba poco, no explicaba nunca por qué entraba allí. Miraba todo el tiempo la fotografía que los representaba, a Augustine y él, cogidos de la mano, endomingados. Florent creyó acabar por entender que le agradaba de forma especial aquella habitación donde la joven había vivido. Una noche, sonriendo, le preguntó si había dado en el clavo.

—Puede ser —respondió Auguste, muy sorprendido por el descubrimiento que hacía él también—. Nunca había pensado en eso. Venía a verle sin saber... ¡Ah! ¡Bueno! Si le dijera eso a Augustine, cómo se reiría... Cuando uno tiene que casarse, no piensa en semejantes tontadas.

Cuando se mostraba charlatán, era para volver eternamente sobre la salchichería que abriría en Plaisance, con Augustine. Parecía tan perfectamente seguro de disponer su vida a su gusto, que Florent terminó experimentando hacia él una especie de respeto mezclado con irritación. En resumen, aquel muchacho era muy listo, por tonto que pareciese; iba derecho a una meta, la alcanzaría sin sacudidas, con perfecta beatitud. Esas noches Florent no podía ponerse de nuevo al trabajo; se acostaba descontento, y sólo recobraba su equilibrio cuando se le ocurría pensar: «¡Pero ese Auguste es un animal!».

Iba a Clamart cada mes, a ver al señor Verlaque. Era casi una alegría para él. El pobre hombre iba tirando, con gran asombro de Gavard, que no le había dado más de seis meses. A cada visita de Florent el enfermo decía que se sentía mejor, que tenía



grandes deseos de reanudar su trabajo. Pero transcurrían los días, se producían recaídas. Florent se sentaba junto a la cama, hablaba de la plaza del pescado, trataba de aportar un poco de alegría. Dejaba en la mesilla de noche los cincuenta francos que le cedía al inspector titular; y éste, aunque fuera un asunto convenido, se enfadaba todas las veces, no quería el dinero. Después hablaban de otra cosa, el dinero quedaba en la mesilla. Cuando Florent se marchaba, la señora Verlaque lo acompañaba a la puerta de la calle. Era bajita, blanda, muy llorosa. Sólo hablaba de los gastos ocasionados por la enfermedad de su marido, del caldo de gallina, de las carnes poco hechas, del burdeos, y del boticario y del médico. Esta conversación quejumbrosa molestaba mucho a Florent. Las primeras veces no comprendió. Por fin, como la pobre señora seguía llorando, diciendo que, antes, eran felices con los mil ochocientos francos del cargo de inspector, él le ofreció tímidamente entregarle algo, a escondidas de su marido. Ella rehusó y, sin transición, por sí sola, aseguró que le bastaría con cincuenta francos. Pero, en el curso del mes, escribía a menudo a su salvador, como le llamaba; tenía una letra inglesa muy fina, frases fáciles y humildes con las que llenaba tres páginas cabales para pedir diez francos; hasta el punto de que los ciento cincuenta francos del empleado pasaban enteramente a la pareja Verlaque. El marido lo ignoraba, sin duda, la mujer le besaba las manos. Esa buena acción era su gran goce; la ocultaba como un placer prohibido que se permitía egoístamente.

—Ese diablo de Verlaque se burla de usted —decía a veces Gavard—. Se da la gran vida, ahora que usted le pasa una renta.

Acabó por responder, un día:

—Está arreglado, no le entrego más que veinticinco francos.

Por lo demás, Florent no tenía necesidades. Los Quenu seguían dándole cama y comida. Los pocos francos que le quedaban bastaban para pagar sus consumiciones de la noche, en el bar de Lebigre. Poco a poco, su vida se había regulado como un reloj: trabajaba en su cuarto; continuaba con sus clases al pequeño Órdago dos veces a la semana, de ocho a nueve; concedía una velada a la bella Lisa, para no irritarla; y pasaba el resto de su tiempo en el reservado acristalado, en compañía de Gavard y sus amigos.

A casa de la Méhudin llegaba con su dulzura un poco tiesa de profesor. La vieja vivienda le agradaba. Abajo, pasaba entre los insulsos olores del vendedor de verduras cocidas; cuencos de espinacas, cazuelas de acederas se enfriaban al fondo de un patizuelo. Luego subía por la escalera de caracol, rezumante de humedad, cuyos peldaños, amontonados y hundidos, se inclinaban de forma inquietante. Las Méhudin ocupaban toda la segunda planta. Nunca había querido mudarse la madre, cuando llegó el bienestar, pese a las súplicas de las dos hijas, que soñaban con vivir en una casa nueva, en una calle ancha. La vieja se empeñaba, decía que había vivido allí, y que allí moriría. Por lo demás, se contentaba con un gabinete sin ventilación, dejando

las habitaciones a Claire y a la Normanda. Ésta, con su autoridad de primogénita, se había apoderado de la pieza que daba a la calle; era la habitación más grande, la mejor. Claire se sintió tan vejada que rechazó la pieza contigua, cuya ventana miraba al patio; quiso irse a dormir, del otro lado del descansillo, a una especie de zaquizamí que ni siquiera mandó encalar. Tenía su llave, era libre; a la menor contrariedad, se encerraba en su cuarto.

Cuando Florent se presentaba, las Méhudin estaban acabando de cenar. Órdago le saltaba al cuello. Se quedaba un rato sentado, con el niño charloteando entre sus piernas. Después, cuando habían limpiado el hule, comenzaba la clase, en una esquina de la mesa. La bella Normanda lo acogía muy bien. Calcetaba o zurcía ropa, acercando su silla, trabajando con la misma lámpara; a menudo soltaba la aguja para escuchar la clase, que la sorprendía. Pronto sintió gran estimación por aquel mozo tan sabio, que parecía dulce como una mujer al hablarle al crío, y que tenía una paciencia angelical para repetir siempre los mismos consejos. Ya no lo encontraba nada feo. Hasta el punto de que tuvo como celos de la bella Lisa. Acercaba más su silla, miraba a Florent con una sonrisa turbadora.

—¡Mamá, me empujas el codo, no me dejas escribir! —decía Órdago, enfadado—. ¡Mira, ahora un borrón! ¡Échate para atrás de una vez!

Poco a poco, empezó a hablar muy mal de la bella Lisa. Pretendía que ocultaba su edad, que se apretaba hasta ahogarse en el corsé; si, de mañanita, la chacinera bajaba muy pulida, sin que un pelo se saliera de su sitio, era porque debía de estar espantosa en paños menores. Entonces alzaba un poco los brazos, para mostrar que ella, dentro de casa, no llevaba corsé; y conservaba la sonrisa mientras tensaba su torso soberbio, que se sentía palpar y vivir bajo la delgada blusa mal abrochada. La clase quedaba interrumpida. Órdago, interesado, miraba a su madre alzar los brazos. Florent escuchaba, y hasta se reía, con la idea de que las mujeres eran muy raras. La rivalidad de la bella Normanda y la bella Lisa le divertía.

Órdago, mientras tanto, acababa su página de caligrafía. Florent, que tenía buena letra, preparaba modelos, tiras de papel, en las cuales escribía, a dos tamaños, palabras muy largas, que llenaban toda la línea, Adoraba las palabras «tiránicamente, liberticida, anticonstitucional, revolucionario», o bien hacía copiar al niño frases de este corte: «Llegará el día de la justicia... El sufrimiento del justo es la condenación del perverso... Cuando suene la hora, el culpable caerá». Obedecía muy ingenuamente, al escribir los modelos de caligrafía, a las ideas que obsesionaban su cerebro; olvidaba a Órdago, a la bella Normanda, todo lo que le rodeaba. Órdago, por su parte, habría copiado el *Contrato Social*. Alineaba, durante páginas enteras, «tiránicamente» y «anticonstitucional», dibujando cada letra.

Hasta la marcha del profesor, la vieja Méhudin daba vueltas alrededor de la mesa, rezongando. Continuaba alimentando un terrible rencor contra Florent. Según ella, no

tenía ningún sentido hacer trabajar así al crío de noche, a una hora en que los niños deben estar durmiendo. Con toda seguridad, habría puesto de patitas en la calle al «flacucho», si la bella Normanda, tras una explicación tormentosísima, no le hubiera declarado rotundamente que se iría a vivir a otra parte, si no era dueña de recibir en su casa a quien le pareciera. Por lo demás, la discusión recomenzaba cada noche.

—Por mucho que digas —repetía la anciana—, tiene una mirada falsa... Y, además, desconfío de los flacos. Un hombre flaco es capaz de todo. Nunca encontré uno que fuera bueno... A ése el vientre se le ha caído entre las nalgas, seguro, porque es plano como una tabla... ¡Y encima es una birria! Yo, que tengo sesenta y cinco años, no lo quisiera en mi mesilla de noche.

Decía eso porque veía perfectamente el giro que tomaban las, cosas. Y hablaba con admiración del señor Lebigre, que se mostraba muy galante, en efecto, con la bella Normanda; amén de olfatear una buena dote, pensaba que la joven estaría espléndida tras el mostrador. No había modo de callar a la vieja: al menos éste no estaba chupado; debía de ser fuerte como un toro; llegaba hasta a entusiasmarse con sus pantorrillas, que tenía muy gruesas. Pero la Normanda se encogía de hombros, respondiendo agriamente:

—Mucho me importan a mí sus pantorrillas; no necesito las pantorrillas de nadie... Hago lo que me peta.

Y si la madre quería continuar y se ponía demasiado clara:

—Bueno, ¿y qué? —gritaba la hija—, no es asunto suyo... Y no es cierto, además. Y si fuera cierto, no le pediría permiso a usted, ¿verdad? Déjeme en paz.

Entraba en su cuarto batiendo la puerta. Había adquirido en la casa un poder del cual abusaba. La vieja, de noche, cuando creía sorprender algún ruido, se levantaba, descalza, para escuchar a la puerta de su hija si Florent había venido a verla. Pero éste tenía en casa de las Méhudin una enemiga más temible. En cuanto él llegaba, Claire se levantaba sin decir palabra, cogía una palmatoria, se metía en su cuarto, al otro lado del descansillo. Se la oía dar dos vueltas de llave en la cerradura, con una rabia fría. Una noche que su hermana invitó a cenar al profesor, ella guisó aparte y comió en su habitación. A menudo se encerraba de tal forma que no se la veía en una semana. Seguía siendo blanda, con caprichos de hierro, miradas de animal desconfiado, bajo su pelambreira de un leonado pálido. La vieja Méhudin, que creyó poder desahogarse con ella, la enfureció al hablarle de Florent. Entonces la anciana, exasperada, dijo a quien la quiso oír que se marcharía, si no tuviera miedo de dejar a sus hijas devorándose entre sí.

Una noche que Florent se retiraba, pasó ante la puerta de Claire, que había quedado de par en par. La vio muy colorada, mirándolo. Le apenaba la actitud hostil de la joven; sólo su timidez con las mujeres le impedía provocar una explicación. Esa noche habría entrado en su habitación, seguramente, de no haber vislumbrado, en el

piso superior, la carita blanca de la señorita Saget, inclinada sobre la barandilla. Pasó de largo. Y aún no había bajado diez peldaños cuando la puerta de Claire, cerrada violentamente a sus espaldas, sacudió todo el hueco de la escalera. Fue en esa ocasión cuando la señorita Saget se convenció de que el primo de la señora Quenu se acostaba con las dos Méhudin.

Florent no pensaba para nada en esas guapas chicas. De ordinario trataba a las mujeres como hombre que no tiene éxito con ellas. Y, además, gastaba gran parte de su virilidad en sus sueños. Llegó a experimentar una auténtica amistad por la Normanda; ésta tenía buen corazón, cuando no se le subía la sangre a la cabeza. Pero nunca fue más lejos. De noche, bajo la lámpara, mientras ella acercaba su silla, como para inclinarse sobre la página de caligrafía de Órdago, sentía incluso su cuerpo poderoso y tibio, a su lado, con cierto malestar. Le parecía colosal, muy pesada, casi inquietante, con su pecho de gigante; él echaba hacia atrás sus codos agudos, sus hombros enjutos, presa del vago temor de hundirse en aquella carne. Sus huesos de flaco sentían cierta angustia en contacto con los pechos exuberantes. Bajaba la cabeza, se empequeñecía aún más, incómodo con el fuerte hálito que emanaba de ella. Cuando la blusa se le entreabría, creía ver salir, entre dos blancuras, unos vapores de vida, un aliento de salud que le pasaba sobre la cara, cálido aún, como sazonado por una pizca del hedor del Mercado, por las ardientes veladas de julio. Era un perfume persistente, pegado a la piel fina como la seda, un rezumar de pescado que despedían los senos soberbios, los brazos regios, el talle flexible, poniendo un aroma rudo en su olor de mujer. Ella había probado todos los aceites aromáticos; se lavaba con mucha agua; pero en cuanto el frescor del baño desaparecía, la sangre volvía a nevar hasta la punta de los miembros la sosería de los salmones, el violeta almizclado de los eperlanos, las acritudes de los arenques y las rayas. Entonces el balanceo de sus sayas desprendía un vaho; caminaba en medio de una evaporación de algas fangosas; era, con su gran cuerpo de diosa, su pureza y su palidez admirables, como un hermoso mármol antiguo arrastrado por el mar y devuelto a la costa en la red de un pescador de sardinas. Florent sufría; no la deseaba nada, con los sentidos sublevados por las tardes de la plaza del pescado; la encontraba irritante, demasiado salobre, demasiado amarga, de una belleza demasiado vasta y con un tufo demasiado fuerte.

La señorita Saget, por su parte, juraba por lo más sagrado que él era su amante. Se había enfadado con la bella Normanda por un gallo de medio franco. Desde esa desavenencia, testimoniaba una gran amistad a la bella Lisa. Así esperaba llegar a enterarse más pronto de lo que llamaba «el tejemaneje de los Quenu». Como Florent continuaba escurriéndose, ella era un cuerpo sin alma, como decía ella misma, sin confesar la causa de sus quejas. Una jovencita que corriese tras los pantalones de un mozo no habría estado más desolada que aquella terrible vieja, al sentir cómo el

secreto del primo se le escurría entre los dedos. Acechaba al primo, lo seguía, lo desvestía, lo miraba por todas partes, con una rabia furiosa de que su curiosidad en celo no lograra poseerlo. Desde que iba a casa de las Méhudin, no se apartaba de la barandilla de la escalera. Luego comprendió que la bella Lisa estaba muy irritada al ver a Florent tratar a «esas mujeres». Entonces, todas las mañanas le dio noticias de la calle Pirouette. Entraba en la salchichería, los días de frío, toda arrugada, achicada por la helada; colocaba las manos azuladas sobre la estufa de alpaca, calentándose los dedos, de pie delante del mostrador, sin comprar nada, repitiendo con su voz de pito:

—Estaba otra vez ayer en su casa, no sale de allí... La Normanda le llamó «cariño» en la escalera.

Mentía un poco para quedarse y calentarse las manos más tiempo. Al día siguiente de aquel en que creyó ver salir a Florent de la habitación de Claire, llegó corriendo y prolongó la historia media hora larga. Era una vergüenza: ahora el primo iba de una cama a otra.

—Lo he visto —dijo—. Cuando se harta de la Normanda, va de puntillas a visitar a la rubita. Ayer dejaba a la rubia, y sin duda volvía con la morenaza, cuando me vio, y eso le hizo desandar el camino. Oigo las dos puertas todas las noches, el cuento de nunca acabar... ¡Y esa vieja Méhudin que duerme en un gabinete entre los cuartos de sus hijas!

Lisa hacía un mohín de desprecio. Hablaba poco, alentaba los comadreos de la señorita Saget con su silencio. Escuchaba atentamente. Cuando los detalles resultaban demasiado escabrosos:

—No, no —murmuraba—, eso no está bien... ¿Cómo puede haber mujeres así?

Entonces la señorita Saget le contestaba que, ¡caray!, no todas las mujeres eran tan honestas como ella. Y a continuación se mostraba muy tolerante con el primo. Los hombres, ya se sabe, siempre detrás de las faldas; y además él no estaba casado, quizás. Y hacía sus preguntas como quien no quiere la cosa. Pero Lisa jamás juzgaba a su primo, se encogía de hombros, fruncía los labios. Cuando la señorita Saget se había marchado, miraba, con cara de asco, la tapa de la estufa, donde la vieja había dejado, en el brillo del metal, la mancha apagada de sus manitas.

—¡Augustine! —gritaba—, traiga una bayeta para limpiar la estufa. Está asquerosa.

La rivalidad de la bella Lisa y la bella Normanda se volvió entonces formidable. La bella Normanda estaba convencida de que le había quitado un amante a su enemiga, y la bella Lisa se sentía furiosa contra aquella insignificante que acabaría comprometiéndolos, al atraer a su casa al hipócrita de Florent. Cada una aportaba su temperamento a su hostilidad: una, tranquila, despreciativa, con modales de mujer que se levanta las faldas para no embarrarse; la otra, más descarada, estallando en una alegría insolente, ocupando todo el ancho de la acera, con la fanfarronería de un

duelista que busca pendencia. Uno de sus encuentros tenía ocupada a la plaza del pescado un día entero. La bella Normanda, cuando veía a la bella Lisa en el umbral de la salchichería, daba un rodeo para pasar junto a ella, para rozarla con su delantal; entonces sus miradas negras se cruzaban como espadas, con el centelleo y la agudeza rápidos del acero. Por su parte, cuando la bella Lisa iba a la plaza del pescado, fingía una mueca de asco al acercarse al puesto de la bella Normanda; compraba alguna pieza de primera, un rodaballo, un salmón, a una pescadera vecina, exhibiendo su dinero sobre el mármol, pues se había fijado que eso le llegaba al alma a la «insignificante», que dejaba de reír. Además, de dar crédito a las dos rivales, la una vendía pescado podrido y la otra embutidos pasados. Pero el campo de batalla era, sobre todo, para la bella Normanda su puesto, para la bella Lisa su mostrador; se fulminaban a través de la calle Rambuteau. Se pavoneaban entonces, con sus grandes delantales blancos, sus vestidos y sus alhajas. La lucha comenzaba desde por la mañana.

—¡Vaya! ¡Ya se ha levantado esa vaca! —gritaba la bella Normanda—. ¡Esa mujer se aprieta igual que sus salchichones!... ¡Ah, qué bien! Se ha vuelto a poner el cuello del sábado y sigue llevando aún el vestido de popelín.

En ese mismo instante, del otro lado de la calle, la bella Lisa decía a su empleada:

—Fíjese, Augustine, en esa criatura que tanto nos mira desde allí. ¡Cómo está de deformada! Claro, con la vida que lleva... ¿Distingue usted los pendientes? Creo que son las perlas grandes, ¿no? ¡Qué lástima, una chica así con brillantes!

—¡Para lo que le cuestan! —respondía complaciente Augustine.

Cuando una de ellas tenía una alhaja nueva, era una victoria; la otra reventaba de despecho. Toda la mañana se envidiaban sus clientes, se mostraban hurañas si imaginaban que la venta iba mejor en «esa desgachada de enfrente». Después venía el espionaje del almuerzo; sabían lo que la otra comía, se espiaban hasta las digestiones. Por la tarde, sentada la una entre sus carnes cocidas, la otra entre sus pescados, presumían, se hacían las interesantes, se tomaban infinitas molestias. Era la hora que decidía el éxito del día. La bella Normanda bordaba, escogía labores de aguja muy delicadas, lo cual exasperaba a la bella Lisa.

—Más le valdría —decía— zurcir las medias de su hijo, que va descalzo... ¡Fíjense en la señoritinga, con sus manos rojas que apestan a pescado!

Ella solía hacer calceta.

—Siempre está con el mismo calcetín —observaba la otra—, se duerme sobre la labor, come demasiado... ¡Si el cabrón de su marido espera eso para tener los pies calientes, está aviado!

Hasta la noche seguían implacables, comentando cada visita, con mirada tan viva que captaban los menores detalles de sus personas, cuando otras mujeres, a esa distancia, declaraban no haber visto nada. La señorita Saget quedó admirada de la

buena vista de la señora Quenu un día que ésta distinguió un rasguño en la mejilla izquierda de la pescadera.

—Con ojos así —decía— se podría ver a través de las puertas.

Caía la noche, y a menudo la victoria estaba indecisa; a veces una salía descalabrada, pero al día siguiente se tomaba su desquite. En el barrio se cruzaban apuestas por la bella Lisa o por la bella Normanda.

Acabaron prohibiéndoles a sus hijos que se hablaran. Pauline y Órdago eran buenos amigos antes; Pauline, con sus faldas tiesas de señorita formal; Órdago, andrajoso, mal hablado, alborotador, un perfecto carretero. Cuando se divertían juntos en la ancha acera, delante del pabellón del pescado Pauline hacía de carreta. Pero un día que Órdago fue a buscarla, con toda ingenuidad, la bella Lisa lo puso en la puerta, motejándolo de galopín.

—¡Nunca se sabe —dijo— con estos chicos mal educados!... Éste tiene tan malos ejemplos delante de las narices, que no estoy tranquila cuando anda con mi hija.

El niño tenía siete años. La señorita Saget, que se encontraba allí, agregó:

—Tiene usted toda la razón. Siempre está metido con las chiquillas del barrio, ese granuja... Lo han encontrado en un sótano, con la hija del carbonero.

La bella Normanda, cuando Órdago llegó llorando a contarle la aventura, se encolerizó de manera terrible. Quería ir a romperlo todo en casa de los Quenu-Gradelle. Luego se contentó con azotar a Órdago.

—¡Como vuelvas otra vez por allí —gritó furiosa—, tendrás que vértelas conmigo!

Pero la verdadera víctima de las dos mujeres era Florent. En el fondo, sólo él las había puesto en pie de guerra, sólo peleaban por él. Desde su llegada todo iba de mal en peor: comprometía, enfadaba, perturbaba a aquella gente que hasta entonces había vivido en una paz tan oronda. La bella Normanda le habría arañado de buena gana cuando lo veía entretenerse demasiado en casa de los Quenu; lo que la empujaba a desear a aquel hombre era, en buena parte, el ardor de la lucha. La bella Lisa conservaba una actitud de juez ante la mala conducta de su cuñado, cuyas relaciones con las dos Méhudin constituían el escándalo del barrio. Se sentía horriblemente vejada; se esforzaba por no demostrar sus celos, unos celos muy especiales que, pese a su desdén por Florent y a su frialdad de mujer honesta, la exasperaban cada vez que él salía de la salchichería para ir a la calle Pirouette, y ella se imaginaba los placeres prohibidos que debía de saborear allá.

La cena, de noche, en casa de los Quenu, se volvía menos cordial. La limpieza del comedor adquiría un carácter agudo y quebradizo. Florent notaba un reproche, una especie de condena en el roble claro, la lámpara demasiado limpia, la estera demasiado nueva. Casi no se atrevía ya a comer, por miedo a dejar caer migas de pan

y a manchar su plato. Sin embargo, su simplicidad le impedía ver. Alababa en todas partes la dulzura de Lisa. Y ésta seguía siendo muy dulce, en efecto. Le decía, con una sonrisa, como bromeando:

—Es curioso, usted no come mal ahora, y sin embargo no engorda... No le aprovecha.

Quenu reía más fuerte, golpeaba a su hermano en el vientre, pretendiendo que podía pasar por él toda la salchichería, sin dejar siquiera el espesor de grasa de una perra gorda. Pero en la insistencia de Lisa había el odio, la desconfianza hacia los flacos que la vieja Méhudin testimoniaba más brutalmente; y había también una encubierta alusión a la vida de excesos que Florent llevaba. Por lo demás, nunca hablaba delante de él de la bella Normanda. Una noche que Quenu había gastado una broma, ella se mostró tan glacial que el buen hombre no insistió. Después del postre se quedaban un rato allí. Florent, que había observado el mal humor de su cuñada, cuando se marchaba demasiado pronto, buscaba un retazo de conversación. Ella estaba muy cerca de él. No la encontraba tibia y palpitante, como a la pescadera; no tenía tampoco el mismo olor a pescado, picante y fuerte; olía a grasa, tenía la insulsez de las buenas carnes. Ni un temblor formaba un pliegue en su tenso corpiño. El contacto demasiado firme de la bella Lisa inquietaba más aún sus huesos de flaco que la proximidad tierna de la bella Normanda. Gavard le dijo una vez, con toda confianza, que la señora Quenu era una hermosa mujer, ciertamente, pero que a él le gustaban «menos blindadas».

Lisa evitaba hablar con Quenu de Florent. De ordinario hacía gala de una gran paciencia. Y además no creía decente entremeterse entre los dos hermanos, sin tener motivos muy serios. Era muy buena, según decía ella misma, pero no había que ponerla en el disparadero. Estaba entonces en el período de tolerancia, rostro mudo, estricta cortesía, fingida indiferencia, evitando todavía con cuidado todo cuanto hubiera podido dar a entender al empleado que dormía y comía en su casa sin que jamás hubieran visto un céntimo suyo; no es que ella hubiera aceptado un pago, estaba por encima de eso, pero, realmente, él habría podido almorzar fuera, al menos. Un día le hizo observar a Quenu:

—Ya no estamos solos. Cuando queremos hablar ahora, hay que esperar a estar acostados, de noche.

Y una noche le dijo, en la almohada:

—Tu hermano gana ciento cincuenta francos, ¿no?... Es raro que no pueda ahorrar nada para comprarse ropa. Me he visto obligada a darle de nuevo tres viejas camisas tuyas.

—¡Bah!, no importa —respondió Quenu—, mi hermano es de buen contentar... Hay que dejarle su dinero.

—¡Oh! Claro —murmuró Lisa, sin insistir más—, no lo decía por eso... Que se lo



gaste bien o mal, no es asunto nuestro.

Estaba persuadida de que se comía el sueldo con las Méhudin. Sólo una vez abandonó su actitud tranquila, aquella reserva hija de su temperamento y del cálculo. La bella Normanda le había regalado a Florent un salmón espléndido. Él, muy incómodo con su salmón, no se atrevió a rechazarlo y se lo llevó a la bella Lisa.

—Puede hacer con él un pastel —dijo ingenuamente.

Ella lo miraba fijamente, blancos los labios; después, con una voz que trataba de contener:

—¿Es que usted se cree que tenemos necesidad de comida? ¡Lo que faltaba! ¡A Dios gracias hay bastante de comer aquí!... ¡Lléveselo!

—Pero guísemelo, al menos —prosiguió Florent, extrañado de su cólera—. Me lo comeré yo.

Entonces ella estalló.

—¡Esta casa no es una fonda! ¡Dígales a las personas que se lo han dado que lo guisen ellas, si quieren! Yo no tengo ganas de apestar mis cacerolas... Lléveselo, ¿entiende?

Lo habría cogido y lo habría tirado a la calle. Él se lo llevó al bar de Lebigre, donde Rose recibió la orden de hacer con él un pastel. Y una noche, en el reservado acristalado, comieron el pastel. Gavard invitó a ostras. Florent, poco a poco, iba más por allí, ya no abandonaba el reservado. Encontraba en él un ambiente recalentado, donde sus fiebres políticas ardían a sus anchas. A veces, ahora, cuando se encerraba en su buhardilla a trabajar, la suavidad de la pieza lo impacientaba, la búsqueda teórica de la libertad no le bastaba, tenía que bajar, que ir a contentarse con los axiomas cortantes de Charvet y los arrebatos de Logre. Las primeras noches, aquel alboroto, aquella oleada de palabras le habían molestado; todavía notaba su vaciedad, pero experimentaba la necesidad de aturdirse, de espolearse, de verse inducido a cualquier resolución extremada que calmase las inquietudes de su ánimo. El olor del reservado, aquel olor a licores, cálido por el humo del tabaco, lo embriagaba, le daba una beatitud especial, un abandono de sí, cuyo arrullo le hacía aceptar sin dificultad cosas muy fuertes. Llegó a amar los semblantes que estaban allí, a buscarlos, a demorarse con ellos con el placer de un hábito. La cara dulce y barbuda de Robine, el perfil serio de Clémence, la pálida flacura de Charvet, la joroba de Logre, y Gavard, y Alexandre, y Lacaille, entraban en su vida, ocupaban en ella un lugar cada vez mayor. Era como un disfrute muy sensual. Cuando ponía la mano en el pomo de cobre del reservado, le parecía notar que ese pomo vivía, le calentaba los dedos, giraba por sí solo; no hubiera experimentado una sensación más viva al agarrar la flexible muñeca de una mujer.

A decir verdad, en el reservado ocurrían cosas muy graves. Una noche, Logre, tras haber vociferado con más violencia que de costumbre, dio unos puñetazos en la

mesa, declarando que, si fueran hombres, derribarían al Gobierno. Y añadió que había que ponerse de acuerdo de inmediato, si querían estar preparados cuando se produjera el derrumbe. Después, con las cabezas muy juntas, en voz más baja, convinieron formar un pequeño grupo dispuesto para cualquier eventualidad. Gavard, a partir de ese día, estuvo convencido de que formaba parte de una sociedad secreta y de que conspiraba. El círculo no se amplió, pero Logre prometió relacionarlo con otras reuniones que él conocía. En un momento dado, cuando tuvieran todo París en sus manos, habría llegado la hora de las Tullerías. Entonces hubo discusiones sin cuento que duraron varios meses: cuestiones de organización, cuestiones de fines y medios, cuestiones de estrategia y de Gobierno futuro. En cuanto Rose había traído el grog de Clémence, las jarras de cerveza de Charvet y Robine, los mazagranes de Logre, Gavard y Florent, y los chatos de Lacaille y Alexandre, el reservado quedaba cerrado a cal y canto y se abría la sesión.

Charvet y Florent seguían siendo, naturalmente, las voces más escuchadas. Gavard no había podido contener su lengua, y poco a poco fue contando toda la historia de Cayena, la cual daba a Florent una aureola de mártir. Sus palabras se convertían en actos de fe. Una noche el pollero, vejado al oír cómo atacaban a su amigo, que estaba ausente, exclamó:

—¡No me toquen a Florent! ¡Ha estado en Cayena!

Pero Charvet se sentía muy picado por esa ventaja.

—¡Cayena, Cayena! —murmuraba entre dientes—; después de todo, no se estaba tan mal.

E intentaba probar que el destierro no es nada, que el gran sufrimiento consiste en permanecer en el país oprimido, con la boca amordazada, frente al despotismo triunfante. Y, además, si a él no lo habían detenido el 2 de diciembre no era por su culpa. E incluso daba a entender que los que se dejan coger son unos imbéciles. Estos celos sordos lo convirtieron en el adversario sistemático de Florent. Las discusiones acababan siempre por circunscribirse a ellos dos. Y hablaban horas enteras, en medio del silencio de los otros, sin que nunca uno de ellos se confesara derrotado.

Una de las cuestiones más debatidas era la de la reorganización del país, al día siguiente de la victoria.

—Hemos ganado, ¿no?... —empezaba Gavard.

Y, una vez dado por descartado el triunfo, cada cual exponía su opinión. Había dos campos, Charvet, que profesaba el hebertismo, tenía a su lado a Logre y Robine. Florent, perdido siempre en su sueño humanitario, se decía socialista y se apoyaba en Alexandre y Lacaille. En cuanto a Gavard, no le repugnaban las ideas violentas; pero como a veces le echaban en cara su fortuna, con agrias bromas que lo emocionaban, era comunista<sup>[15]</sup>.

—Habrà que hacer tabla rasa —decía Charvet con su tono perentorio, como si

estuviera dando un hachazo—. El tronco está podrido, hay que derribarlo.

—¡Sí! —proseguía Logre, poniéndose de pie para ser más alto, sacudiendo el tabique con los saltos de su joroba—. Todo al rapajolero suelo, se lo digo yo... Y después ya veremos.

Robine aprobaba con la barba. Gozaba en silencio cuando las propuestas se hacían revolucionarias en todo y por todo. Sus ojos adquirían una gran dulzura ante la palabra guillotina; los cerraba a medias, como si viera la cosa, y como si ésta lo enterneciera; y entonces se rascaba ligeramente la barbilla en el puño de su caña, con un sordo ronroneo de satisfacción.

—Sin embargo —decía a su vez Florent, cuya voz conservaba un remoto sonido de tristeza—, sin embargo, si ustedes derriban el árbol será preciso guardar las semillas... Yo creo, al contrario, que hay que conservar el árbol para injertar en él la vida nueva... La revolución política está hecha, ya lo ven ustedes; hoy hay que pensar en el trabajador, en el obrero; nuestro movimiento deberá ser enteramente social. Y los desafío a que contengan esta reivindicación del pueblo. El pueblo está harto, quiere su parte.

Estas palabras entusiasmaban a Alexandre. Afirmaba, con su bondadoso semblante lleno de regocijo, que era cierto, que el pueblo estaba harto.

—Y nosotros queremos nuestra parte —añadía Lacaille, con un aire más amenazador—. Todas las revoluciones han sido para los burgueses. Pues, pensándolo bien, ya basta. La próxima será para nosotros.

Entonces ya no había manera de entenderse. Gavard se ofrecía a repartir. Logre rehusaba, jurando que no le importaba el dinero. Después, poco a poco, Charvet, dominando el alboroto, continuaba él solo:

—El egoísmo de las clases es uno de los sostenes más firmes de la tiranía. Es malo que el pueblo sea egoísta. Si nos ayuda, tendrá su parte... ¿Por qué voy a luchar yo por el obrero, si el obrero se niega a luchar por mí?... Y, además, la cuestión no es ésta. Hacen falta diez años de dictadura revolucionaria, si se quiere habituar a un país como Francia al ejercicio de la libertad.

—Tanto más —decía terminantemente Clémence—, cuanto que el obrero no está maduro y debe ser dirigido.

Hablaba raramente. Aquella chica alta y seria, perdida entre todos esos hombres, tenía una forma profesoral de oír hablar de política. Se reclinaba contra el tabique, bebía el grog a sorbitos, mirando a los interlocutores, con fruncimientos de cejas, dilatación de narices, toda una aprobación o una desaprobación mudas, que probaban que comprendía, que tenía ideas muy concretas sobre las materias más complicadas. A veces liaba un cigarrillo, exhalaba por la comisura de los labios finos hilillos de humo, se volvía más atenta. Parecía como si ante ella se desarrollara un debate y tuviera que distribuir los premios al final. Ciertamente, creía conservar su lugar de

mujer al reservarse su opinión, al no apasionarse como los hombres. Solamente, en lo más porfiado de las discusiones, lanzaba una frase, concluía con una palabra, «dejaba seco» al propio Charvet, según la expresión de Gavard. En el fondo se creía mucho más lista que aquellos señores. Sólo sentía respeto por Robine, cuyo silencio incubaba con sus grandes ojos negros.

Florent no prestaba mucha atención a Clémence, lo mismo que los otros. Para ellos, era un hombre. Le daban apretones de mano como para descoyuntarle el brazo. Una noche Florent asistió a las famosas cuentas. Como la joven acababa de cobrar su dinero, Charvet le pidió prestados diez francos. Pero ella dijo que no, que antes había que saber cómo estaban. Vivían sobre la base de la unión libre y la fortuna libre: cada cual pagaba sus gastos estrictamente; así, decían, no se debían nada, no eran esclavos. El alquiler, la comida, el lavado de ropa, los caprichos, todo estaba escrito, anotado, sumado. Aquella noche Clémence, tras hacer una comprobación, le demostró a Charvet que le debía ya cinco francos. Y a continuación le entregó los diez francos, diciéndole:

—Apunta que me debes quince ahora... Me los devolverás el 5 de las clases del pequeño Léhudier.

Cuando llamaban a Rose para pagar, cada uno sacaba del bolsillo las monedas de su consumición. Charvet incluso motejaba riendo a Clémence de aristócrata, porque tomaba un grog; decía que quería humillarlo, hacerle notar que ganaba menos que ella, lo cual era cierto; y había, en el fondo de su risa, una protesta contra esa ganancia más elevada que lo rebajaba, a pesar de su teoría de la igualdad de los sexos.

Aunque las discusiones no desembocaran en nada, mantenían a aquellos señores en vilo. Del reservado salía un ruido formidable; los cristales esmerilados vibraban como pieles de tambor. A veces el ruido resultaba tan fuerte que Rose, con su languidez, sirviendo en el mostrador una caña a un menestral, volvía la cabeza con inquietud.

—¡Ah! ¡Bueno! ¡Ahí dentro se están pegando, vaya! —decía el menestral, dejando el vaso sobre el cinc y enjugándose la boca con el dorso de la mano.

—No hay peligro —respondía tranquilamente el señor Lebigre—; son unos caballeros que están de conversación.

El señor Lebigre, muy duro con los otros parroquianos, los dejaba gritar a sus anchas, sin hacerles jamás la menor observación. Se quedaba horas y horas en la banqueta del mostrador, con su chaleco con mangas, su gruesa cabeza soñolienta apoyada en el espejo, siguiendo con la mirada a Rose que destapaba botellas o pasaba una bayeta. Los días de buen humor, cuando ella estaba delante de él, enjugando vasos en la pila de aclarar, con las muñecas desnudas, él la pellizcaba con fuerza en la grasa de las piernas, sin que pudieran verlo, y ella lo aceptaba con una sonrisa de

satisfacción. No traicionaba esta familiaridad con el menor sobresalto; cuando la había pellizcado hasta hacerle sangre, decía que no era cosquillosa. Mientras tanto, el señor Lebigre, entre el olor a vino y los destellos de cálida claridad que lo amodorraban, aguzaba el oído hacia los ruidos del reservado. Se levantaba cuando las voces subían, iba a adosarse al tabique; o incluso empujaba la puerta, entraba, se sentaba un instante, dando una palmada en el muslo a Gavard. Allí dentro aprobaba todo con la cabeza. El vendedor de aves decía que, aunque aquel diablo de Lebigre no tenía madera de orador, podía contarse con él «el día de la gresca».

Pero Florent, una mañana, en el Mercado, en una discusión horrorosa que estalló entre Rose y una pescadera, a propósito de una cesta de arenques que aquélla había tirado de un codazo, sin querer, oyó que la motejaban de «asquerosa soplona» y de «fregona de comisarías». Cuando hubo restablecido la paz, se soltaron el pelo a cuenta de Lebigre: era de la policía, lo sabía perfectamente todo el barrio; la señorita Saget, antes de servirse en su tienda, decía que lo había encontrado una vez que él iba a dar su informe; y, además, era hombre de dinero, un usurero que prestaba por día a los vendedores ambulantes, y que les alquilaba carros, exigiendo un interés escandaloso. Florent quedó muy emocionado. Esa misma noche, ahogando la voz, se creyó en el deber de repetir aquellas cosas a los señores. Se encogieron de hombros, se rieron mucho de sus inquietudes.

—¡Pobre Florent! —dijo malignamente Charvet—, porque él ha estado en Cayena se imagina que lleva a toda la policía pegada a sus talones.

Gavard dio su palabra de honor de que Lebigre era «uno de los buenos, un puro». Pero quien más se enfadó fue Logre. Su silla crujía; despotricaba, declaraba que era imposible continuar así, que si acusaban a todo el mundo de ser de la policía él prefería quedarse en su casa y no volver a ocuparse de política. ¿Acaso no se habían atrevido a decir que él, Logre, también lo era? ¡Él, que había peleado en el 48 y el 51, que había estado a punto de ser deportado dos veces! Y, mientras gritaba esto, miraba a los otros, con la mandíbula sacada, como si hubiera querido clavar en ellos, violentamente y como fuera, la convicción de que «no lo era». Bajo sus miradas furibundas, los otros protestaron con ademanes. Sin embargo, Lacaille, al oír calificar a Lebigre de usurero, había bajado la cabeza.

Las discusiones ahogaron este incidente. El señor Lebigre, desde que Logre había lanzado la idea de un complot, daba apretones de mano más fuertes a los contertulios del reservado. A decir verdad, su clientela debía de reportarle escasos beneficios; jamás renovaban sus consumiciones. A la hora de marcharse, apuraban la última gota de sus vasos, prudentemente ahorrados durante los ardores de las teorías políticas y sociales. La marcha, entre el frío húmedo de la noche, los llenaba de temblores. Permanecían un instante en la acera, los ojos ardiendo, los oídos ensordecidos, como sorprendidos por el negro silencio de la calle. A sus espaldas, Rose ponía los pernos

de los cierres. Después, cuando se habían estrechado las manos, agotado, sin encontrar ya más palabras, se separaban, mascando aún sus argumentos, con el pesar de no poder hundirse mutuamente sus convicciones en la garganta. La espalda redonda de Robine cabrilleaba, desaparecía por el lado de la calle Rambuteau, mientras que Charvet y Clémence se iban por el Mercado, hasta el Luxemburgo, uno al lado del otro, haciendo sonar militarmente sus tacones, discutiendo aún algún punto de política o de filosofía, sin cogerse nunca del brazo.

El complot maduraba lentamente. A comienzos del verano sólo se hablaba de la necesidad de «intentar el golpe». Florent, que en los primeros tiempos experimentaba una especie de desconfianza, acabó creyendo en la posibilidad de un movimiento revolucionario. Se ocupaba muy seriamente de él, tomaba notas, hacía planes por escrito. Los otros seguían hablando. Él, poco a poco, concentró su vida en la idea fija con que se devanaba los sesos cada noche, hasta tal punto que llevó a su hermano Quenu a casa de Lebigre, de la forma más natural, sin pensar nada malo. Lo seguía tratando, en parte, como a su alumno, e incluso debió de pensar que tenía el deber de lanzarlo por el buen camino. Quenu era totalmente novato en política. Pero al cabo de cinco o seis veladas, se encontró a la par de todos. Demostraba una gran docilidad, una especie de respeto a los consejos de su hermano cuando la bella Lisa no estaba presente. Por lo demás, lo que lo sedujo, ante todo fue el desenfreno burgués de dejar su salchichería, de ir encerrarse en aquel reservado donde gritaban tanto. Y donde la presencia de Clémence tenía, para él, una pizca de olor turbio y delicioso. De modo que ahora hacía a prisa y corriendo sus longanizas, con el fin de acudir más pronto, sin querer perderse una palabra de esas discusiones que le parecían muy ingeniosas, aunque a menudo no pudiera seguir las hasta el final. La bella Lisa se daba perfecta cuenta de sus prisas por marcharse. Todavía no decía nada. Cuando Florent se lo llevaba, se acercaba al umbral de la puerta para verlos entrar en casa de Lebigre, un poco pálida, con ojos severos.

La señorita Saget reconoció, una noche, desde su claraboya, la sombra de Quenu sobre los cristales esmerilados de la gran ventana del reservado que daba a la calle Pirouette. Había encontrado allí un excelente puesto de observación, frente a aquella especie de transparente lechoso, donde se dibujaban las siluetas de los señores, con narices súbitas, mandíbulas tensas que surgían, brazos enormes que se alargaban bruscamente sin que se distinguieran los cuerpos. Aquella sorprendente dislocación de miembros, aquellos perfiles mudos y furibundos que traicionaban al exterior las ardientes discusiones del reservado, la tenían detrás de sus cortinas de muselina hasta que el transparente se volvía negro. Aquello le olía a «algo muy sucio». Había acabado por conocer las sombras por las manos, el pelo, las ropas. En aquel revoltillo de puños cerrados, de cabezas coléricas, de hombros hinchados, que parecían despegarse y rodar unos sobre otros, decía categóricamente: «Ése es el papanatas del

primo; ése es el viejo roñoso de Gavard, y ahí está el jorobado, y ahí esa espingarda de Clémence». Después, cuando las siluetas se acaloraban, se hacían totalmente desordenadas, la asaltaba una necesidad irresistible de bajar, de ir a ver. Compraba su licor de grosellas de noche con el pretexto de que se sentía «rara» por la mañana; lo necesitaba, decía, al saltar de la cama. El día en que vio la pesada cabeza de Quenu, listada a golpes nerviosos por el flaco puño de Charvet, llegó jadeante al bar, hizo que Rose le enjuagara la botellita, para ganar tiempo. Sin embargo, iba ya a subir a su casa cuando oyó la voz del salchichero diciendo con claridad infantil:

—No, no hay quien aguante más... Les daremos una buena tunda a ese hatajo de farsantes, diputados y ministros, ¡a toda la pesca, en fin!

Al día siguiente, ya a las ocho, la señorita Saget estaba en la salchichería. Encontró a la señora Lecoeur y a la Sarriette metiendo las narices en la estufa, comprando salchichas calientes para el almuerzo. Como la solterona las había arrastrado a su pelea con la bella Normanda, a propósito del gallo de medio franco, de pronto ambas se habían contentado con la bella Lisa. Y ahora la pescadera no valía ni tanto así de mantequilla. Y vapuleaban a las Méhudin, unas insignificantes que sólo querían el dinero de los hombres. La verdad es que la señorita Saget le había dado a entender a la señora Lecoeur que Florent le pasaba a veces una de las dos hermanas a Gavard, y que, entre los cuatro, jugaban sin parar en casa de Baratte, por supuesto con las piezas de cinco francos del pollero. La señora Lecoeur se quedó dolida, con los ojos amarillos de bilis.

Esa mañana la solterona quería asestar un golpe a la señora Quenu. Dio vueltas ante el mostrador; después, con su voz más dulce:

—Ayer por la noche vi al señor Quenu. ¡Ah, qué bien! ¡Cuánto se divierten en ese reservado donde hacen tanto ruido!

Lisa se había vuelto hacia la calle, con el oído muy atento, pero no queriendo sin duda escuchar de frente. La señorita Saget hizo una pausa, esperando que la interrogasen. Añadió más bajo:

—Tienen una mujer con ellos... ¡Oh!, no el señor Quenu, no digo eso, no sé...

—Es Clémence —interrumpió la Sarriette—, una lata y seca, que se da pisto porque estuvo en un pensionado. Vive con un profesor costoso... Los he visto juntos; siempre tienen pinta de ir al cuartelillo.

—Ya sé, ya sé —prosiguió la vieja, que conocía a Charvet y Clémence de maravilla, y hablaba únicamente para inquietar a la salchichera.

Ésta no rechistaba. Parecía mirar algo muy interesante, en el Mercado. Entonces la otra empleó un método decisivo. Se dirigió a la señora Lecoeur:

—Quería decirle algo, haría bien aconsejando prudencia a su cuñado. En ese reservado gritan cosas que ponen los pelos de punta. Realmente, los hombres no son nada razonables con su política. Si alguien los oyera, el asunto podría tomar mal

cariz, ¿no es cierto?

—Gavard hace lo que le peta —suspiró la señora Lecoeur—. Sólo faltaba eso. La inquietud me dará la puntilla, si lo meten en la cárcel.

Y en sus ojos turbios apareció un resplandor. Pero la Sarriette reía, sacudiendo su carita fresca del aire de la mañana.

—A los que hablan mal del Imperio, Jules les da su merecido —dijo—. Habría que tirarlos a todos al Sena, porque, según me han explicado, no hay entre ellos un solo hombre decente.

—¡Oh! —continuó la señorita Saget—, el daño no es grande, mientras las imprudencias lleguen a oídos de una persona como yo. Ya saben, antes me dejaría cortar una mano... Por ejemplo, ayer noche, el señor Quenu decía...

Se detuvo de nuevo. Lisa había hecho un leve movimiento.

—El señor Quenu decía que había que fusilar a los ministros, los diputados y toda la pesca.

Esta vez, la salchichera se volvió bruscamente, muy blanca, con las manos apretadas contra el delantal.

—¿Quenu ha dicho eso? —preguntó con voz imperiosa.

—Y otras cosas más que no recuerdo. Ya entiende usted, soy yo quien lo ha oído... No se atormente así, señora Quenu. Sabe que no saldrá de mí; soy lo bastante mayorcita para pesar lo que conduciría a un hombre demasiado lejos... Queda entre nosotras.

Lisa se había recobrado. Orgullosa de la honrada paz de su matrimonio, no confesaba la menor nube entre ella y su marido. Conque acabó por encogerse de hombros, murmurando, con una sonrisa:

—Son bobadas, como para morir de risa.

Cuando las tres mujeres estuvieron en la acera, convinieron en que la bella Lisa había puesto una cara muy rara. Todo aquello, el primo, las Méhudin, Gavard, los Quenu, con sus historias que nadie entendía, acabaría mal. La señora Lecoeur preguntó qué hacían con la gente detenida «por política». La señorita Saget sólo sabía que no volvían a aparecer nunca, nunca más, lo cual indujo a la Sarriette a decir que a lo mejor los tiraban al Sena, como pedía Jules.

La salchichera, a la comida y a la cena, evitó la menor alusión. Por la noche, cuando Florent y Quenu se marcharon a casa de Lebigre, no pareció tener más severidad en los ojos. Pero justamente esa noche se debatió la cuestión de la próxima constitución, y era la una de la madrugada cuando los señores se decidieron a salir del reservado; como los cierres estaban echados, tuvieron que pasar por la puerta pequeña, uno a uno, doblando el espinazo. Quenu volvió a casa con la conciencia inquieta. Abrió las tres o cuatro puertas de la vivienda lo más suavemente posible, caminando de puntillas, cruzando la sala con los brazos extendidos, para no chocar



con los muebles. Todo dormía. En su habitación, se sintió muy contrariado al ver que Lisa había dejado la vela encendida; la vela ardía, en medio del silencio total, con una llama alta y triste. Mientras se quitaba los zapatos y los dejaba en una esquina de la alfombra, el reloj dio la una y media, con un timbre tan claro que se volvió consternado, temeroso de hacer un movimiento, mirando con aire de furioso reproche al Gutenberg dorado que brillaba, con el dedo sobre un libro. No veía sino la espalda de Lisa, con la cabeza hundida en la almohada; pero notaba perfectamente que no dormía, que debía de tener los ojos muy abiertos, clavados en la pared. Aquella espalda enorme, de hombros muy gruesos, estaba pálida, con una cólera contenida; se hinchaba, conservaba la inmovilidad y el peso de una acusación sin réplica. Quenu, completamente desconcertado ante la exagerada severidad de aquella espalda que parecía examinarlo con el rostro torpe de un juez, se deslizó bajo las mantas, sopló la vela, se estuvo muy quietecito. Se había quedado en el borde, para no tocar a su mujer. Ella seguía sin dormir, lo hubiera jurado. Después cedió al sueño, desesperado porque ella no hablaba, sin atreverse a darle las buenas noches, encontrándose sin fuerzas contra esa masa implacable que obstruía el camino de sus sumisiones.

Al día siguiente durmió hasta tarde. Cuando despertó, con el edredón hasta la barbilla, arrellenado en medio de la cama, vio a Lisa, sentada ante el escritorio, que ordenaba papeles; se había levantado sin que él se diera cuenta, con el sueño profundo de su desenfreno de la víspera. Se armó de valor, le dijo, desde el fondo de la alcoba:

—¡Vaya! ¿Por qué no me has despertado?... ¿Qué haces ahí?

—Ordeno estos cajones —respondió, muy tranquila, con la voz de costumbre.

Se sintió aliviado. Pero ella agregó:

—Nunca se sabe qué puede pasar; si viniera la policía...

—¿Cómo, la policía?

—Claro, puesto que ahora te metes en política.

Se incorporó, fuera de sí, herido en medio del pecho por este ataque rudo e imprevisto.

—Me meto en política, me meto en política —repetía—; la policía no tiene nada que ver con eso, no me comprometo.

—No —prosiguió Lisa con un encogimiento de hombros—, simplemente hablas de fusilar a todo el mundo.

—¡Yo! ¡Yo!

—Y lo gritas en una tienda de vinos... La señorita Saget te ha oído. Todo el barrio, a estas horas, sabe que eres un rojo.

Volvió a tumbarse, de golpe. Aún no estaba bien despierto. Las palabras de Lisa resonaban, como si estuviera oyendo ya las fuertes botas de los gendarmes en la puerta del cuarto. La miraba, peinada, ajustada en su corsé, con su atavío habitual, y

se pasmaba todavía más, al encontrarla tan correcta en esa dramática circunstancia.

—Te dejo absoluta libertad, lo sabes —prosiguió ella después de un silencio, mientras seguía clasificando papeles—; no quiero llevar los pantalones, como suele decirse... Eres el amo, puedes arriesgar tu posición, comprometer nuestra reputación, arruinar la casa... Más adelante, lo único que tendré que hacer yo es salvaguardar los intereses de Pauline.

Él protestó, pero ella lo hizo callar con un gesto, agregando:

—No, no digas nada, no estoy provocando una disputa, ni siquiera una explicación... ¡Ah! Si me hubieras pedido consejo, si hubiéramos charlado de esto juntos, ¡no digo nada! Se equivoca quien cree que las mujeres no entienden de política... ¿Quieres que yo te diga cuál es mi política?

Se había levantado, iba de la cama a la ventana, quitando con el dedo las partículas de polvo que veía sobre la caoba brillante del armario de luna y de la cómoda-tocador.

—Es la política de la gente honrada... Estoy agradecida al gobierno cuando mi comercio va bien, cuando como mi sopa tranquila, y duermo sin que me despierten tiros de fusil... ¡Buena se armó, verdad, en el 48! El tío Gradelle, un hombre digno, nos enseñó sus libros de esa época. Perdió más de seis mil francos... Ahora que tenemos el Imperio, todo marcha, todo se vende. No puedes decir lo contrario... Entonces, ¿qué es lo que queréis? ¿Qué más tendréis cuando hayáis fusilado a todo el mundo?

Y se plantó delante de la mesilla de noche, las manos cruzadas, frente a Quenu, que desaparecía bajo el edredón. Intentó explicarle lo que aquellos señores querían, pero se enredaba en los sistemas políticos y sociales de Charvet y Florent; hablaba de principios ignorados, del advenimiento de la democracia, de la regeneración de las sociedades, mezclándolo todo de forma tan rara que Lisa se encogió de hombros, sin comprender. Por fin salió del paso acusando al Imperio: era el reino del libertinaje, de los negocios poco limpios, del robo a mano armada.

—Ya ves —dijo recordando una frase de Logre—, somos presa de una pandilla de aventureros que saquean, violan, asesinan a Francia... ¡No hay quien aguante más!

Lisa seguía encogiéndose de hombros.

—¿Es todo lo que tienes que decir? —preguntó con gran sangre fría—. ¿Qué me importa a mí eso que cuentas? Y, aunque fuera cierto, ¿qué?... ¿Es que yo te aconsejo que seas deshonesto? ¿Es que te induzco a no satisfacer tus pagarés, a engañar a los clientes, a amontonar demasiado de prisa piezas de cinco francos mal adquiridas?... ¡Conseguirás que monte en cólera al final! Somos buenas personas, nosotros no saqueamos ni asesinamos a nadie. Con eso basta. Los demás, no me concierne; ¡que sean unos canallas, si quieren!

Estaba soberbia y exultante. Volvió a caminar, con el busto erguido, continuando:

—Entonces, para darles gusto a los que no tienen nada, habría que dejar de ganarse la vida... Claro que me aprovecho del buen momento y que apoyo al gobierno que hace marchar al comercio. Y si comete malas acciones, no quiero saberlo. Sé que yo no las cometo, no temo que me señalen con el dedo en el barrio. Sería demasiado idiota luchar contra molinos de viento... En las elecciones, ¿te acuerdas?, Gavard decía que el candidato del emperador era un hombre que había quebrado, que se encontraba comprometido en historias sucias. Podía ser cierto, no digo que no. Pero no por eso dejaste de obrar cuerdamente al votar por él, porque la cuestión no era ésa, no te pedían que le prestaras dinero, ni que hicieras negocios con ese señor, sino sólo que demostraras al gobierno que estabas satisfecho de ver cómo prosperaba la salchichería.

Mientras tanto Quenu recordaba una frase de Charvet, esta vez, que declaraba que «esos burgueses cebados, esos tenderos gordos que prestan su apoyo a un gobierno de indigestión general, deberían ser arrobados los primeros a la cloaca». Gracias a ellos, gracias a su egoísmo del vientre, el despotismo se imponía y corroía a toda una nación. Trataba de llegar al final de la frase cuando Lisa le cortó la palabra, desbocada su indignación.

—¡Cállate! Mi conciencia no me reprocha nada. No debo un céntimo, no me meto en ningún chanchullo, compro y vendo buen género, no hago que me paguen más caro que al vecino... Lo que tú dices vale para nuestros primos, los Saccard. Hacen como si ni siquiera supiesen que yo estoy en París; pero yo soy más orgullosa que ellos, me río de sus millones. Dicen que Saccard trafica con las demoliciones, que roba a todo el mundo. No me extraña, llevaba ese camino. Le gusta el dinero para revolcarse en él, y luego lo tira por la ventana, como un imbécil... Que se discuta a hombres de su temple, que amontonan fortunas demasiado gordas, lo comprendo. Yo, por si quieres saberlo, no aprecio a Saccard... Pero a nosotros, que vivimos tan tranquilos, que tardaremos quince años en labrarnos una buena posición, a nosotros, que no nos metemos en política, cuya única preocupación es educar a nuestra hija y llevar a buen puerto la barca... ¡Vamos!, estás de broma, nosotros somos personas decentes.

Fue a sentarse al borde de la cama. Quenu empezaba a tambalearse.

—Escúchame bien —prosiguió ella, con voz más profunda—. ¿No querrás, pienso yo, que vengan a saquear tu tienda, vaciar tu sótano, robarte tu dinero? Si esos hombres de casa de Lebigre triunfaran, ¿te crees que, a la mañana siguiente, estarías acostado tan calentito como ahora? Y cuando bajaras a la cocina, ¿crees que te pondrías pacíficamente con tus galantinas, como harás en seguida? No, ¿verdad?... Entonces, ¿por qué hablas de derribar al gobierno que te protege y te permite hacer ahorros? Tienes una mujer, tienes una hija, ante todo te debes a ellas. Serías muy culpable si arriesgaras su felicidad. Sólo la gente sin hogar ni casa, la que no tiene

nada que perder, quiere tiros de fusil. ¿O es que pretendes ser la cabeza de turco? Conque quédate en casa, tonto de capirote, duerme bien, come bien, gana dinero, ten la conciencia tranquila, dite que Francia se las apañará sola, si el Imperio la molesta. ¡Francia no te necesita!

Reía con su hermosa risa, Quenu estaba totalmente convencido. Ella tenía razón, después de todo; y era una mujer muy guapa, al borde de la cama, peinada tan temprano, tan limpia y tan fresca, con su ropa interior deslumbrante. Al escuchar a Lisa, miraba los retratos de los dos, a ambos lados de la chimenea; ciertamente eran personas decentes, tenían un aire muy respetable, vestidos de negro, en los marcos dorados. Y también la habitación le pareció una habitación de personas distinguidas: los antimacasares de guipur ponían una especie de probidad en las sillas; la alfombra, las cortinas, los jarrones de porcelana con paisajes, hablaban de su trabajo y de su afición a las comodidades. Entonces se hundió más bajo el edredón, donde se cocía suavemente, con un calor de bañera. Le pareció que había estado a punto de perder todo eso en casa de Lebigre, el enorme lecho, la habitación tan bien cerrada, la salchichería, en la cual pensaba ahora con enternecidos remordimientos. Y de Lisa, de los muebles, de las dulces cosas que lo rodeaban, ascendía un bienestar que lo sofocaba un poco, de forma deliciosa.

—Bobalicón —le dijo su mujer, al verlo vencido—, ¡por buen camino te habías metido! Pero, ya ves, habrías tenido que pasar por encima de mi cadáver y del de Pauline... Y no te metas más a juzgar al gobierno, ¿eh? En primer lugar, todos los gobiernos son iguales. Apoyamos a éste, apoyaríamos a otro, es necesario. Lo fundamental, cuando uno es viejo, es comerse las rentas en paz, con la certeza de haberlas ganado bien.

Quenu aprobaba con la cabeza. Quiso iniciar una justificación.

—Es Gavard... —murmuró.

Pero ella se puso seria, lo interrumpió con brusquedad.

—No, no es Gavard... Sé quién es. Y a ése más le valdría pensar en su propia seguridad, en vez de comprometer la de los otros.

—¿Te refieres a Florent? —preguntó tímidamente Quenu, tras un silencio.

Ella no respondió de inmediato. Se levantó, volvió al escritorio, como esforzándose por contenerse. Después, con voz rotunda:

—Sí, a Florent... Ya sabes lo paciente que soy. Por nada del mundo quisiera entremeterme entre tu hermano y tú. Los lazos familiares son sagrados. Pero, a la postre, esto se pasa de la raya. Desde que tu hermano esta aquí, todo va de mal en peor... Y, además, no, no quiero decir nada, más valdrá.

Hubo un nuevo silencio. Y, como su marido miraba al cielo raso de la alcoba, con aire embarazado, prosiguió con más violencia:

—En fin, no sé qué decir, ni siquiera parece comprender lo que hacemos por él.

Nos hemos molestado, le hemos dado el cuarto de Augustine, y la pobre chica duerme sin una queja en un gabinete donde le falta el aire. Le damos de comer mañana y noche, tenemos mil delicadezas con él... Nada. Lo acepta con toda naturalidad. Gana dinero, y no se sabe a dónde va a parar, o, mejor dicho, se sabe demasiado bien.

—Está la herencia —aventuró Quenu, que sufría al oír acusar a su hermano.

Lisa se quedó muy rígida, como aturdida. Su cólera cedió.

—Tienes razón, está la herencia... Ahí tienes las cuentas, en ese cajón. No la quiso, estabas tú aquí, ¿te acuerdas? Eso prueba que es un chico sin cerebro y sin enmienda. Si tuviera la menor idea, ya habría hecho algo con ese dinero... A mí me gustaría no tenerlo, eso nos liberaría... Ya le he hablado de eso dos veces; pero se niega a escucharme. Deberías decidirlo a cogerlo tú... Trata de hablar con él, anda.

Quenu respondió con un gruñido; Lisa evitó insistir, puesto que, según creía, toda la honradez estaba de su parte.

—No, no es un chico como los demás —recomenzó—. No es nada tranquilizador, ¡qué le quieres! Te digo esto, porque estamos charlando... No me meto en su conducta, que ya provoca en el barrio habladurías sobre nosotros. Que coma, que duerma, que nos moleste, se puede tolerar. Sólo que no le permitiré que nos líe con su política. Si vuelve a calentarte los cascos, si nos compromete en lo más mínimo, te advierto que me desembarazaré de él sin vacilar... Te lo advierto, ¿entiendes?

Florent estaba condenado. Ella hacía un auténtico esfuerzo para no desahogarse, para no dejar correr el raudal de rencor acumulado que tenía en el corazón. Chocaba contra todos sus instintos, la hería, la espantaba, la hacía verdaderamente desdichada. Murmuró aún:

—Un hombre que ha tenido las más feas aventuras, que ni siquiera ha sabido crearse un hogar... Comprendo que quiera tiros de fusil. Que vaya a recibirlos, si le gusta; pero que deje a la buena gente con su familia... Y, además, no me agrada, ¡eso es! Huele a pescado, por la noche, en la mesa. Eso me impide comer. Él no perdona bocado, ¡para lo que le aprovecha! Ni siquiera puede engordar, el desgraciado, tan roído está por la maldad.

Se había acercado a la ventana. Vio a Florent, que cruzaba la calle Rambuteau, para ir a la plaza del pescado. La afluencia de género era desbordante esa mañana; las canastas tenían grandes reflejos de plata, las subastas rugían. Lisa siguió los hombros puntiagudos de su cuñado, que entraba en los fuertes olores del Mercado, con el espinazo doblado, con aquella náusea del estómago que le subía hasta las sienes; y la mirada con que lo acompañaba era la de una combatiente, de una mujer resuelta a triunfar.

Cuando se volvió, Quenu se levantaba. En camisón, con los pies en la suavidad de la alfombra de espuma, todavía calentito con el grato calor del edredón, estaba pálido,

afligido por la desavenencia entre su hermano y su mujer. Pero Lisa esbozó una de sus hermosas sonrisas. Lo conmovió mucho al darle sus calcetines.

## Cuatro

**A** Marjolin lo encontraron en el mercado de los Inocentes, en un montón de coles, debajo de una col blanca, enorme, una de cuyas hojas abiertas tapaba su cara rosada de niño dormido. Siempre se ignoró qué infeliz mano lo había dejado allí. Era ya un hombrecito de dos o tres años, muy gordo, muy feliz de vivir, pero tan poco precoz, tan cebado, que farfullaba apenas unas cuantas palabras, sin saber más que sonreír. Cuando una verdulera lo descubrió bajo la gran col blanca, lanzó tal grito de sorpresa que las vecinas acudieron corriendo, maravilladas; y él, él extendía las manos, todavía en pañales, envuelto en un trozo de manta. No pudo decir quién era su madre. Ponía unos ojos asombrados, al apretarse contra el hombro de una gorda casquera que lo había cogido en brazos. Hasta la noche ocupó al mercado. Se había tranquilizado, comía rebanadas de pan, sonreía a todas las mujeres. La casquera gorda se lo quedó; después, pasó a una vecina; un mes después, dormía en casa de una tercera. Cuando le preguntaban: «¿Dónde está tu madre?», tenía un gesto adorable: su mano trazaba un círculo, mostrando a todas las vendedoras a la vez. Fue el hijo del Mercado, seguía las sayas de una o de otra, encontraba siempre un hueco en una cama, comía un plato de sopa en cualquier parte, vestido a la buena de Dios, y, sin embargo, con unas monedas en el fondo de sus bolsillos agujereados. Una guapa pelirroja, que vendía plantas officinales, le había llamado Marjolin, sin que se supiera por qué<sup>[16]</sup>.

Marjolin iba a cumplir cuatro años cuando la tía Chantemesse encontró a su vez una niñita, en la acera de la calle Saint Denis, en la esquina del mercado. La cría podía tener unos dos años, pero charlaba ya como una cotorra, chapurreando las palabras en su balbuceo infantil; tanto que la tía Chantemesse creyó entender que se llamaba Cadine, y que su madre, la noche anterior, la había sentado en una puerta, diciéndole que la esperara. La niña había dormido allí; no lloraba, contaba que le pegaban. Después, siguió a la tía Chantemesse, muy contenta, encantada de aquella gran plaza, donde había tanta gente y tantas verduras. La tía Chantemesse, que vendía al menudeo, era una buena mujer, muy tosca, frisando ya en los sesenta; adoraba a los niños, habiendo perdido tres hijos en la cuna. Pensó que «aquella basura parecía demasiado mala hierba para morir», y adoptó a Cadine.

Pero una noche, cuando la tía Chantemesse se marchaba, llevando a Cadine de la mano derecha, Marjolin le cogió sin más cumplidos la mano izquierda.

—¡Eh! ¡Hijo mío! —dijo la vieja deteniéndose—, el sitio está ocupado... ¿Ya no estás con la grandota de Thérèse? Buen pinta estás tú hecho, ¿sabes?

Él la miraba, con su risa, sin soltarla. No pudo seguir regañándole, tan lindo y ensortijado estaba. Murmuró:

—Vamos, venid, chiquillos. Os acostaré juntos.

Y llegó a la calle del Tocino<sup>[17]</sup>, donde vivía, con un niño de cada mano. Marjolin se quedó en casa de la tía Chantemesse. Cuando armaban demasiado alboroto, ella les arreaba unos pescozones, feliz de poder chillar, enfadarse, lavarlos, meterlos bajo la misma manta. Les había instalado una camita en un viejo coche de vendedor ambulante, al que le faltaban las ruedas y las varas. Era como una ancha cuna, un poco dura, todavía olorosa a las verduras que durante mucho tiempo ella había conservado frescas bajo paños mojados. Cadine y Marjolin durmieron allí, a los cuatro años, uno en brazos del otro.

Entonces crecieron juntos, se les vio siempre cogidos por la cintura. De noche, la tía Chantemesse los oía parlotear bajito. La voz aflautada de Cadine contaba, durante horas, cosas interminables, que Marjolin escuchaba con sordo asombro. Era muy mala, inventaba historias para meterle miedo, le decía que, la noche pasada, había visto a un hombre todo blanco, al pie de su cama, mirándolos, sacándoles una enorme lengua roja. Marjolin sudaba de angustia, le pedía detalles; y ella se burlaba de él, acababa por llamarle «animal de bellota». Otras veces no se portaban bien, se daban patadas por debajo de las mantas; Cadine encogía las piernas, ahogaba sus carcajadas cuando Marjolin, con todas sus fuerzas, fallaba y se golpeaba contra la pared. Esas noches era preciso que la tía Chantemesse se levantara a remeter las mantas; los dormía a los dos de un tortazo, sobre la almohada. La cama fue así, durante mucho tiempo, un lugar de diversión; se llevaban los juguetes, comían zanahorias y nabos robados; cada mañana, su madre adoptiva quedaba sorprendidísima al encontrar en ella objetos extraños, guijarros, hojas, corazones de manzana, muñecas hechas con trozos de trapos. Y, los días de mucho frío, los dejaba allí, dormidos, las greñas negras de Cadine revueltas con los rizos rubios de Marjolin, las bocas tan cerca una de otra que parecían calentarse con el aliento.

La habitación de la calle del Tocino era una gran zahúrda, desvencijada, iluminada por una sola ventana, de cristales deslustrados por las lluvias. Los niños jugaban allí al escondite, en el alto armario de nogal y bajo la colosal cama de la tía Chantemesse. Había también dos o tres mesas, debajo de las cuales andaban a cuatro patas. Era estupendo, porque no había mucha claridad, y por los rincones más negros aparecían verduras. La calle del Tocino también era muy divertida, estrecha, poco concurrida, con su ancha arcada que se abre sobre la calle de la Lencería<sup>[18]</sup>. La puerta de la casa se encontraba exactamente al lado de la arcada, una puerta baja, cuya hoja sólo se abría a medias sobre los peldaños pringosos de una escalera de caracol. Esta casa, con tejadillo, panzuda, oscura de humedad, con la caja verdosa de la atarjea en cada piso, se convertía también en un gran juguete. Cadine y Marjolin se pasaban las mañanas tirando piedras desde abajo, de manera que dieran en la atarjea; las piedras descendían entonces a lo largo de los conductos de bajada, armando un jaleo muy divertido. Pero rompieron dos cristales, llenaron los conductos de



guijarros, y la tía Chantemesse, que vivía en la casa hacía cuarenta y tres años, estuvo a punto de ser despedida.

Cadine y Marjolin se dedicaron entonces a las jardineras, a los carromatos, a los camiones, que estacionaban en la calle desierta. Se subían a las ruedas, se columpiaban del extremo de una cadena, escalaban las cajas, los cestos amontonados. Las trastiendas de los almacenes de los asentadores de la calle de la Alfarería<sup>[19]</sup> abrían allí oscuras tarbeas, que se llenaban y se vaciaban en un día, procurando a cada momento nuevos y fascinantes agujeros, escondites, donde los chavales se entretenían entre un olor a frutos secos, a naranjas, a manzanas frescas. Después se cansaban, iban a buscar a la tía Chantemesse al mercado de los Inocentes. Llegaban allá del brazo, cruzando las calles entre carcajadas, en medio de los coches, sin miedo a que los aplastaran. Conocían el adoquinado, hundían sus piernecitas hasta las rodillas en la hojarasca de las verduras; no resbalaban, se morían de risa cuando algún carretero, con sus pesados zapatones, daba con su cuerpo en tierra por haber pisado un rabo de alcachofa. Eran los diablos rosados y familiares de aquellas calles pringosas. Sólo se les veía a ellos. En época de lluvias, paseaban muy serios debajo de una inmensa sombrilla hecha jirones, con la que la vendedora al menudeo había resguardado su tenderete durante veinte años; la plantaban muy serios en un rincón del mercado, la llamaban «su casa». Los días de sol, correteaban, hasta el punto de no poder moverse por la noche; tomaban baños de pies en la fuente, hacían esclusas obstruyendo los arroyos, se escondían bajo pilas de verduras, y allí se quedaban, al fresco, parloteando, como por la noche en su cama. Con frecuencia se oía, al pasar junto a una montaña de lechugas o de escarolas, una cháchara sofocada. Cuando se apartaban las hortalizas se les veía, tumbados uno junto a otro, sobre su cama de hojas, el ojo vivo, inquietos como pájaros descubiertos en lo hondo de un zarzal. Ahora Cadine no podía prescindir de Marjolin, y Marjolin lloraba cuando perdía a Cadine. Si llegaban a quedarse separados, buscaban detrás de todas las sayas del mercado, en las cajas, bajo las coles. Fue sobre todo entre las coles donde crecieron y se amaron.

Marjolin iba a cumplir ocho años, y Cadine seis, cuando la tía Chantemesse les echó en cara su pereza. Les dijo que los asociaba a su venta al menudeo; les prometió cinco céntimos diarios si querían ayudarla a pelar sus verduras. Los primeros días, los niños se mostraron muy diligentes. Se instalaban a los dos lados del tenderete, con cuchillos finos, muy atentos a su tarea. La tía Chantemesse estaba especializada en verduras peladas; tenía, en su mesa revestida de un trozo de lana negra mojada, hileras de patatas, nabos, zanahorias, cebollas blancas, alineadas de cuatro en cuatro, en pirámide, tres en la base, una en la punta, preparadas para que las amas de casa retrasadas las metieran en el puchero. También tenía paquetes atados para el cocido, cuatro puerros, tres zanahorias, una chirivía, dos nabos, dos briznas de apio; por no

hablar de la juliana fresca cortada muy fina sobre hojas de papel, de las coles partidas en cuatro, de los montones de tomates y las rebanadas de calabaza que ponían estrellas rojas y medias lunas de oro en la blancura de las otras hortalizas lavadas con mucha agua. Cadine se mostró mucho más hábil que Marjolin, aunque era más pequeña; les sacaba a las patatas una monda tan fina que se veía la luz a su través; ataba los paquetes del cocido de una forma tan bonita que parecían ramilletes; por último, sabía hacer montoncitos que parecían muy grandes, sólo con tres zanahorias o tres nabos. Los transeúntes se paraban riendo, cuando chillaba con su voz aguda de chiquilla:

—¡Señora, señora, venga a ver...! ¡A diez céntimos el montón!

Tenía clientas fijas, sus montoncitos eran muy conocidos. La tía Chantemesse, sentada entre los dos niños, reía con una risa interna, que le hacía subir el pecho hasta la barbilla, al verlos tan serios en su tarea. Les daba religiosamente sus cinco céntimos. Pero los montoncitos acabaron por aburrirles. Crecían en edad, soñaban con comercios más lucrativos. Marjolin siguió siendo infantil hasta muy tarde, lo cual impacientaba a Cadine. No tenía más ideas que un melón, decía ella. Y, en verdad, por muchos métodos de ganar dinero que ella le inventase, él no ganaba nada, ni siquiera sabía hacer un recado. Ella era muy lista. A los ocho años, se hizo reclutar por una de esas vendedoras que se sientan en un banco, en los alrededores del Mercado, con un cesto de limones, que toda una banda de chiquillas venden a sus órdenes; ofrecía los limones en la mano, dos a quince céntimos, corriendo tras los transeúntes, metiéndoles su mercancía por los ojos a las mujeres, regresando a aprovisionarse cuando tenía la mano vacía; se ganaba diez céntimos en la docena de limones, lo cual le reportaba, en la buena época, hasta un real o treinta céntimos diarios. Al año siguiente vendió gorras a cuarenta y cinco céntimos; las ganancias eran mayores, aunque había que abrir mucho el ojo, porque esas ventas callejeras están prohibidas; olía los agentes de policía a cien pasos, las gorras desaparecían bajo sus sayas, mientras mordisqueaba una manzana, con pinta de inocencia. Después tuvo pasteles, galletas, tartas de cerezas, almendrados, bizcochos de maíz, gruesos y amarillos, sobre cañizos de mimbre; pero Marjolin se le comió su fondo. Por fin, a los once años, puso en práctica una gran idea que la atormentaba hacía tiempo. Ahorró cuatro francos en dos meses, compró un pequeño cuévano y se puso a vender pamplinas.

Era un gran negocio. Se levantaba muy temprano, compraba a los vendedores al por mayor su provisión de pamplinas, de mijo en rama, de tortitas; después se marchaba, cruzaba el río, recorría el Barrio Latino, desde la calle Saint Jacques a la calle Dauphine, y hasta el Luxemburgo. Marjolin la acompañaba. Ella no quería ni siquiera que llevase el cuévano; decía que sólo valía para el pregón; y él pregonaba en tono tosco y cansino:

—¡Pamplinas para los pajaritos!

Y ella repetía, con notas de flauta, sobre una extraña frase musical que terminaba con un sonido puro y ahilado, muy alto:

—¡Pamplinas para los pajaritos!

Iban cada uno por una acera, mirando hacia arriba. Por esa época Marjolin llevaba un gran chaleco rojo que le llegaba hasta los rodillas, el chaleco del difunto tío Chantemesse, ex cochero de simón; Cadine llevaba un traje de cuadros blancos y azules, cortado de un tartán usado de la tía Chantemesse. Los canarios de todas las buhardillas del Barrio Latino los conocían. Cuando pasaban, repitiendo su frase, lanzándose el eco de su pregón, las jaulas cantaban.

Cadine vendió también berros. «¡Diez céntimos el manojito! ¡Diez céntimos el manojito!» Y era Marjolin quien entraba en las tiendas para ofrecer «¡Ricos berros de la fuente! ¡La salud del cuerpo!». Pero acababan de construir el Mercado Central; la chiquilla se quedaba extasiada delante de la calle de las flores que cruza el pabellón de la fruta. Allí, a lo largo, los puestos de venta, como arriates a los dos bordes de un sendero, florecen, abren sus grandes ramilletes; es una cosecha olorosa, dos espesos setos de rosas, entre los cuales a las chicas del barrio les gusta pasar, sonrientes, un poco sofocadas por el aroma demasiado intenso; y, en lo alto de los tenderetes, hay flores artificiales, follajes de papel donde gotas de goma forman las gotas de rocío, coronas de cementerio de cuentas negras y blancas tornasoladas con reflejos azules. Cadine abría su nariz rosada con sensualidades de gata; se detenía entre aquel dulce frescor, se llevaba cuanto perfume podía. Cuando metía el moño bajo la nariz de Marjolin, éste decía que olía a clavel. Ella juraba que ya no empleaba pomada, que bastaba con pasar por la calle de las flores. Después intrigó de tal manera que entró al servicio de una de las floristas. Vivía entre rosas, lilas, alhelíes, muguets. Él, olisqueando su falda largamente, a guisa de juego, parecía buscar, acababa diciendo: «Huele a muguete». Subía hasta la cintura, hasta el corpiño, husmeaba más fuerte: «Huele a alhelí». Y en las mangas, en la articulación de las muñecas: «Huele a lilas». Y en nuca, todo alrededor del cuello, en las mejillas, en los labios: «Huele a rosa». Cadine reía, le llamaba «tontorrón», le gritaba que acabase, porque le hacía cosquillas con la punta de la nariz. Tenía un aliento de jazmín. Era un ramillete tibio y viviente.

Ahora la chiquilla se levantaba a las cuatro, para ayudar a su patrona en las compras. Eran, cada mañana, brazadas de flores compradas a los horticultores de los arrabales, paquetes de musgo, paquetes de hojas de helecho y de vincapervinca, para rodear los ramos. Cadine se quedaba maravillada con los brillantes y los Valenciennes que llevaban las hijas de los grandes jardineros de Montreuil, llegadas con sus rosas. Los días de Santa María, de San Pedro, de San José, de los santos patronos muy celebrados, la venta empezaba a las dos; en el mercado de las flores se vendían más de cien mil francos de flores frescas; ciertas revendedoras ganaban hasta doscientos

francos en unas cuantas horas. Esos días, de Cadine solo aparecían las mechas rizadas de sus cabellos por encima de los manojos de pensamientos, de reseda, de margaritas; estaba ahogada, perdida bajo las flores; durante todo el día armaba ramilletes con tallos de junco. En unas semanas había adquirido gran habilidad y una original gracia. No a todo el mundo le gustaban sus ramos; hacían sonreír y resultaban inquietantes, a causa de su cruel ingenuidad. Dominaban en ellos los rojos, cortados por tonos violentos, azules, amarillos, violetas, de un bárbaro encanto. Las mañanas en que pinchaba a Marjolin, en que lo embromaba hasta hacerlo llorar, hacía ramos feroces, ramos de muchacha encolerizada, de perfumes duros, de colores irritados. Otras mañanas, cuando estaba enternecida por alguna pena o alguna alegría, inventaba ramos de un gris plateado, muy suave, velados, de olor discreto. Luego eran rosas, sangrantes como corazones abiertos, en un lago de claveles blancos; gladiolos rojizos, ascendiendo en penachos de llamas entre pasmados verdoros; tapices de Esmirna, de complicados dibujos, hechos flor a flor, igual que un cañamazo; abanicos tornasolados que se abrían con suavidades de puntilla; purezas adorables, talles engrosados, sueños para poner en las manos de las pescaderas o de las marquesas, torpezas de virgen y ardores sensuales de fulana, toda la fantasía exquisita de una chiquilla de doce años en la cual despertaba la mujer.

Cadine no sentía más que dos respetos: respeto por las lilas blancas, cuyo manojito de ocho o diez ramas cuesta, en invierno, de quince a veinte francos; y respeto por las camelias, todavía más caras, que llegan por docenas, en cajas, acostadas sobre un lecho de musgo, recubiertas por una hoja de guata. Las cogía como hubiera cogido joyas, delicadamente, sin respirar, por miedo a estropearlas con un soplo; luego, con infinitas precauciones, sujetaba sus cortos rabos sobre tallos de junco. Hablaba de ellas seriamente. Le decía a Marjolin que una buena camelia blanca, sin mancha de herrumbre, era una cosa rara, enteramente bella. Al hacerle admirar una, un día, él exclamó:

—Sí, es bonita, pero prefiero la parte de abajo de tu barbilla, ahí, en ese sitio; es mucho más suave y más transparente que tu camelia... Tiene venillas azules y rosa que parecen las venas de una flor.

La acariciaba con la yema de los dedos; después acercó la nariz, murmurando:

—Vaya, hoy hueles a azahar.

Cadine tenía muy mal carácter. No se adaptaba al papel de criada. Por eso acabó estableciéndose por su cuenta. Como contaba entonces trece años, y no podía soñar con el comercio en grande, con un puesto de venta en la calle de las flores, vendió ramilletes de violetas de a perra chica, metidos en un lecho de musgo, sobre una cesta de mimbre colgada del cuello. Rondaba todo el día por el Mercado, alrededor del Mercado, paseando su trocito de césped. Ésa era su alegría, ese continuo callejear, que le desentumecía las piernas, que la sacaba de las largas horas transcurridas

haciendo ramos, con las rodillas dobladas, en una silla baja. Ahora hacía girar sus violetas mientras caminaba, las hacía girar como husos, con una maravillosa ligereza de dedos; contaba seis y ocho flores, según la estación, doblaba en dos un tallo de junco, agregaba una hoja, enrollaba un hilo mojado; y, entre sus dientes de lobezno, cortaba el hilo. Los ramilletes parecían crecer solos en el musgo de la cesta, de tan rápidamente como los plantaba allí. A lo largo de las aceras, en medio de los codazos de la calle, sus rápidos dedos florecían, sin que ella los mirara, con la cara descaradamente alzada, entretenida con las tiendas y los transeúntes. Después descansaba un instante en el vano de una puerta; ponía al borde de las alcantarillas, grasientas de las aguas de fregar, un rincón de primavera, un lindero de bosque de hierbas azuladas. Sus ramilletes seguían reflejando sus malos humores y sus enternecimientos; los había erizados, terribles, que no se desencolerizaban en su cucurucho arrugado; había otros pacíficos, amorosos, sonriendo al fondo de su aseada gorguera. Cuando pasaba, dejaba un suave olor. Marjolin la seguía beatíficamente. De pies a cabeza, ella no olía sino a un perfume. Cuando él la cogía, cuando iba de sus sayas a su corpiño, de sus manos a su cara, decía que no era más que una violeta, una gran violeta. Hundía la cabeza, repitiendo:

—¿Te acuerdas del día que fuimos a Romainville? Es exactamente igual, sobre todo ahí, en la manga... No cambies más. Hueles demasiado bien.

No cambió más. Fue su último oficio. Pero los dos niños crecían, a menudo ella olvidaba su cesta para correr por el barrio. La construcción del Mercado Central fue para ellos un continuo tema de escapadas. Penetraban hasta el centro mismo de las obras, por alguna rendija de los cercados de tablas; bajaban hasta los cimientos, trepaban por las primeras columnas de hierro colado. Fue entonces cuando pusieron un poco de sí, de sus juegos, de sus peleas, en cada hoyo, en cada armazón. Los pabellones se elevaron bajo sus manitas. De ahí vino el cariño que sintieron por el gran Mercado, y el cariño que el gran Mercado les devolvió. Se mostraban familiares con aquella gigantesca nave, como viejos amigos que habían visto colocar los más insignificantes pernos. No tenían miedo del monstruo, golpeaban con sus flacos puños su inmensidad, lo trataban como a un buen chico, como un camarada con el cual uno no se siente incómodo. Y el Mercado parecía sonreír con aquellos dos chiquillos que eran la canción libre, el idilio descarado de su vientre de gigante.

Cadine y Marjolin ya no dormían juntos en casa de la tía Chantemesse, en el carro de vendedor ambulante. La vieja, que seguía oyéndolos parlotear de noche, hizo una cama aparte para el crío, en el suelo, delante del armario; pero a la mañana siguiente lo encontró abrazado al cuello de la cría, bajo la misma manta. Entonces lo mandó a dormir a casa de una vecina. Eso hizo muy desgraciados a los niños. De día, cuando la tía Chantemesse no estaba, se abrazaban totalmente vestidos, se tendían sobre las baldosas, como en una cama; y eso les divertía mucho. Más adelante empezaron a

golpear, buscaron los rincones oscuros del cuarto, se escondieron con más frecuencia en el fondo de los almacenes de la calle del Tocino, detrás de los montones de manzanas y las cajas de naranjas. Eran libres y no sentían vergüenza, como los gorriones que se aparean al borde de un tejado.

Fue en el sótano del pabellón de las aves donde encontraron la manera de seguir acostándose juntos. Era una costumbre dulce, una sensación de agradable calor, una forma de dormirse uno al lado del otro, que no podían perder. Había allí, cerca de las mesas de matanza, grandes cestos de plumas en los que cabían cómodamente. En cuanto caía la noche, bajaban, se quedaban toda la velada, dándose calor, felices de la blandura de aquel lecho, con plumón hasta los ojos. Solían arrastrar su cesto lejos del gas; estaban solos, entre el fuerte olor de las aves, despertados por bruscos cantos de gallo que salían de la sombra. Y reían, se besaban, llenos de una viva amistad que no sabían cómo testimoniarse. Marjolin era muy bruto, Cadine le pegaba, encolerizada con él, sin saber por qué. Ella lo espabilaba con su chulapería de chica de la calle. Lentamente, en los cestos de plumas, fueron sabiendo mucho. Era un juego. Las gallinas y los gallos que dormían a su lado no tenían su hermosa inocencia.

Más adelante, llenaron el gran Mercado con sus amores de gorriones despreocupados. Vivían como animalillos felices, abandonados al instinto, satisfaciendo sus apetitos en medio de aquellos montones de alimentos, en los cuales habían crecido como plantas de carne. Cadine, a los dieciséis años, era una chica impulsiva, una gitana negra del arroyo, muy golosa, muy sensual. Marjolin, a los dieciocho años, tenía la adolescencia ya ventruda de un gordo, una inteligencia nula, vivía por los sentidos. A menudo ella abandonaba su cama para ir a pasar la noche con él en el sótano de las aves; al día siguiente se reía atrevida en las narices de la tía Chantemesse, escapando de la escoba con la cual la vieja golpeaba a diestro y siniestro a través de la habitación, sin alcanzar jamás a la bribona, que se burlaba con rara impertinencia, diciendo que había pasado la noche en vela «para ver si le crecían cuernos a la luna». Él vagabundeaba; las noches que Cadine lo dejaba solo, se quedaba con el plantón de cargadores de guardia en los pabellones; dormía sobre sacos, sobre cajas, en el fondo del primer rincón. Los dos acabaron por no abandonar nunca el Mercado. Fue su pajarera, su establo, el pesebre colosal donde dormían, se amaban, vivían, sobre un lecho inmenso de carnes, de mantequilla y de verduras.

Pero tuvieron siempre una amistad especial con los grandes cestos de plumas. Volvían allá, las noches de ternura. Las plumas no estaban escogidas. Había largas plumas negras de pavo y plumas de ganso, blancas y lisas, que les hacían cosquillas en las orejas cuando se daban la vuelta; además había plumón de pato, en el cual se hundían como en algodón en rama, plumas ligeras de gallina, doradas, abigarradas, que a cada sople levantaban el vuelo, semejante a un vuelo de moscas zumbando al sol. En invierno, se acostaban también en la púrpura de los faisanes, en la ceniza gris

de las alondras, en la seda moteada de las perdices, las codornices y los tordos. Las plumas estaban aún vivas, tibias y olorosas. Ponían entre sus labios temblores de alas, calores de nido. Les parecían un ancho lomo de pájaro, sobre el cual se tumbaban, y que se los llevaba, desfallecidos uno en brazos del otro. Por la mañana, Marjolin buscaba a Cadine, perdida en el fondo del cesto, como si hubiera nevado sobre ella. Se levantaba desgredada, se sacudía, salía de una nube, con su moño en el que siempre quedaba clavado algún penacho de gallo.

Encontraron otro lugar de delicias en el pabellón de venta al por mayor de mantequilla, huevos y queso. Allí se amontonan, cada mañana, enormes muros de cestos vacíos. Los dos se deslizaban, agujereaban aquel muro, se preparaban un escondite. Después, cuando habían practicado una habitación en aquella pila, agarraban un cesto, se encerraban. Estaban entonces en su casa, tenían una vivienda. Se abrazaban impunemente. Lo que les hacía reírse de la gente era que sólo unos delgados tabiques de mimbre los separaban del gentío del Mercado, cuyas voces oían a su alrededor. Con frecuencia reventaban de risa, cuando alguien se detenía a dos pasos, sin sospechar que estaban allí; abrían troneras, se arriesgaban a mirar; Cadine, en la época de las cerezas, lanzaba los huesos a la nariz de todas las viejas que pasaban, lo cual les divertía tanto más cuanto que las viejas, pasmadas, nunca adivinaban de dónde salía aquella granizada de huesos. Merodeaban también por el fondo de los sótanos, conocían los agujeros en sombra, sabían traspasar las verjas mejor cerradas. Una de sus grandes correrías consistía en penetrar por la vía del ferrocarril subterráneo, instalado en el subsuelo, y al que unas líneas proyectadas debían enlazar con las diferentes estaciones; tramos de esta vía pasan por debajo de las calles cubiertas, separamo los sótanos de cada pabellón; e incluso, en todos los cruces, están colocadas plataformas giratorias, listas para funcionar. Cadine y Marjolin habían acabado descubriendo, en la barrera de tablones que protege la vía, un trozo de madera menos sólido, que habían convertido en movable, y por el cual entraban a sus anchas. Estaban separados del mundo, con el continuo pataleo de París arriba, en el mercado. La vía extendía sus avenidas, sus galerías desiertas, salpicadas de luz, bajo las trampillas con rejas de hierro colado; en los rincones oscuros ardía el gas. Paseaban como por el fondo de un castillo de su propiedad, seguros de que nadie los molestaría, felices de aquel silencio zumbador, de aquellos resplandores turbios, de aquella discreción de subterráneo, donde sus amores de niños guasones tenían estremecimientos de melodrama. De los sótanos vecinos les llegaba toda clase de olores a través de los tablones: la insulsez de las verduras, la aspereza del pescado, la rudeza pestilente de los quesos, el calor vivo de las aves. Eran continuos efluvios nutritivos que aspiraban entre sus besos, en la alcoba de sombras donde se demoraban, acostados de través sobre los rieles. Después, otras veces, en las noches serenas, las madrugadas claras, trepaban a los tejados, subían la escalera empinada de

las torrecillas situadas en las esquinas de los pabellones. Arriba, se extendían campos de cinc, paseos, plazas, toda una campiña accidentada de la que ellos eran los dueños. Daban una vuelta por las techumbres cuadradas de los pabellones, seguían la techumbre alargada de las calles cubiertas, subían y bajaban las pendientes, se perdían en viajes sin fin. Cuando estaban hartos de las tierras bajas, entonces iban aún más arriba, se arriesgaban a lo largo de las escalerillas de hierro, donde las sayas de Cadine ondeaban como banderas. Entonces corrían por el segundo piso de tejados, en pleno cielo. Por encima de ellos no había sino estrellas. De las profundidades del sonoro Mercado se elevaban rumores, ruidos que rodaban, una tormenta a lo lejos, oída por la noche. A esa altura el viento matinal barría los olores podridos, los malos alientos del despertar de los mercados. Al despuntar el día, se besuqueaban al borde de los canalones, como hacen los pájaros cuando golfean bajo las tejas. Estaban muy rosados, con las primeras rojeces del sol. Cadine se reía de estar en el aire, con la garganta tornasolada, como la de una paloma; Marjolin se inclinaba para ver las calles aún llenas de tinieblas, con las manos aferradas al cinc, como patas de torcaz. Cuando bajaban, con la alegría del aire libre, sonriendo como enamorados que salen arrugados de un campo de trigo, decían que regresaban del campo.

Fue en la casquería donde conocieron a Claude Lantier. Iban por allí todos los días, por afición a la sangre, con la crueldad de galopines que se divierten viendo cabezas cortadas. Alrededor del pabellón, las alcantarillas corrían enrojecidas; metían la punta del pie, empujaban hasta ellas montones de hojas que las obstruían, extendiendo charcos sangrientos. La llegada de los despojos en carricoches hediondos, lavados con mucha agua, les interesaba. Miraban desembalar los paquetes de manos de cordero que se apilan en el suelo como adoquines sucios, las grandes lenguas tiesas que muestran los desgarramientos sangrantes de la garganta, los corazones de buey sólidos y descolgados como campanas mudas. Pero lo que les provocaba, sobre todo, escalofríos a flor de piel eran las grandes cestas rezumantes de sangre, llenas de cabezas de carnero, de cuernos grasientos, de hocico negro, que dejaban colgar aún de las carnes vivas jirones de piel lanosa; soñaban con una guillotina que arrojaba a esas cestas las cabezas de interminables rebaños. Las seguían hasta el fondo del sótano, a lo largo de los rieles colocados sobre los peldaños de la escalera, escuchando el grito de las ruedecitas de los vagones de mimbre, que tenían un silbido de sierra. Abajo era un horror exquisito. Entraban en un olor a osario, caminaban en medio de charcos oscuros, donde parecían encenderse a veces ojos de púrpura; las suelas se les pegaban, chapoteaban, inquietos, fascinados por aquel barro horrible. Las lámparas de gas tenían una llama corta, un párpado sanguinolento que latía. En torno a las fuentes, bajo la pálida luz de los tragaluces, se aproximaban a las tablas de carnicero. Allí disfrutaban viendo a los casqueros, con el mandil rígido por las salpicaduras, partir una a una las cabezas de carnero, de un



mazazo. Y se quedaban horas y horas esperando a que las cestas estuvieran vacías, retenidos por el crujido de los huesos, queriendo ver hasta el final cómo arrancaban las lenguas y desprendían los sesos de los cráneos astillados. A veces un barrendero pasaba detrás de ellos, lavando el sótano con una manga; chorreaban lienzos de agua con un ruido de esclusa, el rudo surtidor de la manga raspaba las losas, sin poder arrastrar la herrumbre ni el hedor de la sangre.

Al atardecer, entre las cuatro y las cinco, Cadine y Marjolin estaban seguros de encontrar a Claude en la venta al por mayor de bofes de buey. Allí estaba, en medio de los coches de los casqueros aculados a las aceras, entre un tropel de hombres con blusas azules y mandiles blancos, zarandeado, con los oídos destrozados por las ofertas hechas en voz alta; pero no sentía siquiera los codazos, permanecía extasiado frente a los grandes bofes colgados de los ganchos de la subasta. Con frecuencia les explicó a Cadine y Marjolin que no había nada más hermoso. Los bofes eran de un rosa tierno, que se acentuaba poco a poco, bordeado, abajo, por vivo carmín; y decía que eran de muaré de raso, no encontrando otra palabra para pintar esa suavidad sedosa, esas largas avenidas frescas, esas carnes ligeras que caían en anchos pliegues, como las faldas recogidas de una bailarina. Hablaba de gasas, de encaje que dejaba ver la cadera de una linda mujer. Cuando un rayo de sol, cayendo sobre los grandes bofes, les ponía un cinturón de oro, Claude, con ojos pasmados, era más dichoso que si hubiera visto desfilar las desnudeces de las diosas griegas y los trajes de brocado de las castellanas románticas.

El pintor se hizo muy amigo de los dos chiquillos. Sentía amor por los animales hermosos. Soñó durante mucho tiempo con un cuadro colosal, Cadine y Marjolin amándose en medio del Mercado Central, en las verduras, en el pescado, en la carne. Los habría sentado sobre su lecho de alimentos, con los brazos en el talle, intercambiando un beso idílico. Y veía en eso un manifiesto artístico, el positivismo del arte, el arte moderno, totalmente experimental y materialista; veía también una sátira de la pintura de ideas, un bofetón a las viejas escuelas. Pero durante cerca de dos años recomenzó los bocetos sin poder encontrar la nota justa. Rompió una docena de lienzos. Le quedó un gran rencor contra sí mismo, y continuó viviendo con sus dos modelos, por una especie de amor sin esperanzas hacia el cuadro fallido. A menudo, por la tarde, cuando los encontraba merodeando, recorría el barrio del Mercado, callejeando, las manos en el fondo de los bolsillos, interesado profundamente por la vida de las calles.

Los tres echaban a andar, arrastrando los talones por las aceras, ocupando toda la anchura, obligando a la gente a bajar. Aspiraban los olores de París, con la nariz levantada. Habrían reconocido cualquier rincón con los ojos cerrados, sólo por los hálitos de licor que salían de las tiendas de vino, por los soplos cálidos de las panaderías y las confiterías, por los escaparates sosos de las fruterías. Eran grandes

paseos. Les divertía cruzar la rotonda del Mercado de Trigo, la enorme y pesada jaula de piedra, en medio de las pilas de sacos blancos de harina, escuchando el ruido de sus pasos en el silencio de la bóveda sonora. Les gustaban los rincones de las calles vecinas, desiertos, negros y tristes como una ciudad abandonada, la calle Babilie, la calle Sauval, la calle de los Dos Escudos<sup>[20]</sup>, la calle de Viarmes, pálida por la vecindad de los molineros, y donde bulle a las cuatro de la madrugada la bolsa de los cereales. Solían salir de allí. Lentamente, seguían la calle Vativilliers, deteniéndose ante los cristales de los figones de mala nota, señalándose con el rabillo del ojo, entre risas, el gran número amarillo de una casa de persianas cerradas. En el estrangulamiento de la calle Prouvaires, Claude guiñaba los ojos, miraba, enfrente, al extremo de la calle cubierta, encuadrado bajo esa nave inmensa de estación moderna, un pórtico lateral de San Eustaquio, con su rosetón y sus dos pisos de ventanas de medio punto; decía, a modo de desafío, que toda la Edad Media y todo el Renacimiento cabrían bajo el Mercado Central. Después, bordeando las anchas calles nuevas, la calle del Puente Nuevo y la calle del Mercado, explicaba a los dos chiquillos la nueva vida, las aceras magníficas, las altas casas, el lujo de los almacenes; anunciaba un arte original que sentía llegar, decía, y se mordía los nudillos por no poder revelarlo. Pero Cadine y Marjolin preferían la paz provinciana de la calle de los Bordoneros<sup>[21]</sup>, donde se puede jugar a las bolas, sin temor a verse aplastados; la cría se hacía la interesante al pasar ante los mayoristas de géneros de punto y de guantes, mientras que, en cada puerta, unos dependientes sin sombrero, con la pluma en la oreja, la seguían con la mirada, con aire aburrido. Preferían también los trozos del viejo París que habían quedado en pie, las calles de la Alfarería y la Lencería, con sus casas ventrudas, sus tiendas de mantequilla, huevos y queso; las calles de la Ferretería y de Alfileritos<sup>[22]</sup>, las hermosas calles de antaño, de estrechos almacenes oscuros; sobre todo la calle Courtalon, una calleja negra, sórdida, que va de la plaza de Santa Oportuna a la calle Saint Denis, agujereada por pasajes pestilentes, en el fondo de los cuales habían golpeado cuando eran más jóvenes. En la calle Saint Denis les entraba la glotonería; sonreían a las manzanas con caramelo, a los palos de regaliz, a las ciruelas, al azúcar cande de abaceros y drogueros. Sus callejeos desembocaban siempre en ideas de cosas ricas, en ganas de comerse los escaparates con los ojos. El barrio era para ellos una gran mesa siempre servida, un eterno postre, hacia el cual les habría gustado alargar los dedos. Visitaban apenas un momento la otra manzana de casuchas bamboleantes, las calles Pirouette, Mondétour, la Truhanería Chica, la Truhanería Grande<sup>[23]</sup>, no muy interesados por los almacenes de caracoles, los vendedores de verduras cocidas, los tugurios de casqueros y licoristas; había, sin embargo, en la calle de la Truhanería Grande una fábrica de jabón, muy suave en medio de los hedores vecinos, que detenía a Marjolin, a la espera de que alguien entrase o saliera, para recibir en pleno rostro el soplo de la

puerta. Y regresaban de prisa, por las calles Pierre Lescot y Rambuteau. Cadine adoraba las salazones, se quedaba admirada ante los paquetes de arenques ahumados, los barriles de anchoas y alcaparras, los toneles de pepinillos y aceitunas, en los que nadaban cucharas de madera; el olor del vinagre le raspaba deliciosamente la garganta; la aspereza de los bacalaos enrollados, de los salmones ahumados, de los tocinos y los jamones, el picor agridulce de las cestillas de limones, le hacían asomar al borde de los labios la punta de la lengua, húmeda de apetito; y le gustaba también ver los montones de latas de sardinas que forman, en medio de sacos y cajas, columnas labradas de metal. En la calle Montorgueil, en la calle Montmartre, había también buenas abacerías, restaurantes cuyas lumbreras olían bien, gloriosos escaparates de aves y de caza, tiendas de conservas en cuyas puertas las barricas desfondadas desbordaban una *chucrut* amarilla, recortada como un viejo guipur. Pero en la calle de Conchas<sup>[24]</sup> el olor de trufas los dejaba clavados. Allí se encuentra una gran tienda de comestibles que exhala hasta la acera tal perfume que Cadine y Marjolin cerraban los ojos, imaginándose que engullían cosas exquisitas. Claude estaba turbado; decía que eso le abría el apetito; se iba a ver de nuevo el Mercado de Trigo, por la calle Oblin, estudiando las vendedoras de lechugas, en los portales, y la loza común desplegada en las aceras, dejando a los «dos animales» acabar su callejeo entre aquel aroma de trufas, el aroma más agudo del barrio.

Ésas eran sus grandes excursiones. Cadine, cuando paseaba ella sola sus ramos de violetas, hacía escapadas, visitaba en especial ciertos comercios que le gustaban. Sentía sobre todo un vivo cariño por la panadería Taboureau, donde había toda una vitrina reservada a los pasteles; seguía la calle Turbigo, regresaba diez veces, para pasar por delante de las tartas de almendra, los brazos de gitano, los bizcochos borrachos, los flanes, las tartas de fruta, las bandejas con tocinos de cielo, petisús, canutillos; y también la enternecían los tarros llenos de pastas, de mostachones y de magdalenas. La panadería, muy clara, con sus anchos espejos, sus mármoles, sus dorados, su casillero de hierro calado para el pan, su otra vitrina, donde unos panes largos y barnizados se inclinaban, con la punta en una tablita de cristal, retenidos arriba por una varilla de latón, tenía una grata tibieza de masa cocida, que la hacía esponjarse cuando, cediendo a la tentación, entraba a comprar un bollo de leche de diez céntimos. Otra tienda, frente a los jardinillos de los Inocentes, le inspiraba curiosidades glotonas, todo un ardor de deseos insatisfechos. Su especialidad eran las albóndigas. Se detenía a contemplar las albóndigas corrientes, las albóndigas de lucio, las albóndigas de *foie-gras* trufado; y allí se quedaba, soñando, diciéndose que un buen día tendría que probarlas.

Cadine tenía también sus horas de coquetería. Se compraba entonces atavíos magníficos en el muestrario de las Fábricas de Francia, que empavesan la punta de San Eustaquio con inmensas piezas de tela, colgadas y flotantes del entresuelo a la

acera. Un poco incómoda con su bandeja, en medio de las mujeres del Mercado, con delantales sucios ante aquellos atavíos de futuros domingos, tocaba las lanas, las franelas, los algodones, para cerciorarse de la textura y la flexibilidad del tejido. Se prometía un vestido de franela vistosa, de algodón rameado o de popelín escarlata. A veces, incluso, escogía en los escaparates, entre los cortes plegados y favorecidos por la mano de los dependientes, una seda tierna, azul cielo o verde manzana, que soñaba con llevar con cintas rosas. Por la noche iba a recibir en pleno rostro el deslumbramiento de los grandes joyeros de la calle Montmartre. Esa terrible calle la ensordecía con sus interminables hileras de coches, la apretujaba con su raudal continuo de gente, sin que ella abandonara el lugar, los ojos llenos de aquel esplendor llameante, bajo la línea de reverberos colgados fuera, en el escaparate del comercio. Primero era la blancura mate, los brillos agudos de la plata, los relojes alineados, las cadenas colgadas, los cubiertos en cruz, y los vasos, las petacas, los aros de servilleta, los peines, colocados en los estantes; pero sentía un cariño especial por los dedales de plata, alineados en pequeñas gradas de porcelana, que recubría un fanal. Luego, al otro lado, el resplandor leonado del oro amarilleaba los espejos. Una serie de largas cadenas se deslizaba desde arriba, tornasoladas de destellos rojos; los relojitos de mujer, vueltos del lado de la caja, tenían redondeces centelleantes de estrellas caídas; las alianzas se ensartaban en delgadas varillas; las pulseras, los broches, las alhajas caras brillaban sobre el terciopelo negro de los estuches; las sortijas encendían cortas llamas azules, verdes, amarillas, violetas, en grandes joyeros cuadrados; mientras que en todos los estantes, en dos o tres filas, hileras de pendientes, de cruces, de medallones, ponían en los bordes del escaparate listones, flecos ricos de tabernáculo. El reflejo de todo ese oro iluminaba la calle con un rayo de sol, hasta el centro de la calzada. Y Cadine creía entrar en alguna cosa santa, en los tesoros del emperador. Examinaba largamente aquellas toscas joyas de pescaderas, leyendo con cuidado las etiquetas en gruesas cifras que acompañaban cada alhaja. Se decidía por unos pendientes, por unas peras imitación coral, prendidas en rosas de oro.

Una mañana, Claude la sorprendió extasiada delante de una peluquería de la calle Saint Honoré. Miraba los cabellos con aire de profunda envidia. En lo alto había profusión de melenas, blandas colas, trenzas deshechas, lluvias de rizos, rodetes de tres pisos, toda una oleada de crines y sedas, con mechaz rojas que llameaban, espesuras negras, palideces rubias, hasta cabelleras blancas para enamoradas de sesenta años. Abajo, caracoles discretos, tirabuzones rizados, moños peinados con fijador dormían en cajas de cartón. Y en medio de este marco, al fondo de una especie de capilla, bajo las puntas desflecadas de los cabellos colgados, giraba un busto de mujer. La mujer llevaba un chal de raso cereza, que un broche de cobre fijaba en el canal de los senos, tenía un peinado de novia muy alto, realzado por ramitas de azahar, y sonreía con su boca de muñeca, los ojos claros, las pestañas muy tiesas y

demasiado largas, las mejillas de cera, los hombros de cera como cocidos y ahumados por el gas. Cadine esperaba que regresara, con su sonrisa; y entonces era feliz, a medida que el perfil se acentuaba y la hermosa mujer, lentamente, pasaba de izquierda a derecha. Claude se indignó. Sacudió a Cadine, preguntándole qué hacía allí, delante de aquella basura, «esa chica tísica, sacada del depósito de cadáveres». Y se enfurecía con aquella desnudez de difunta, aquella fealdad de lo bonito, diciendo que sólo se pintaban ya mujeres así. La cría no se convenció; opinaba que la mujer era muy guapa. Después, resistiéndose contra el pintor, que la arrastraba de un brazo, rascándose aburrida la negra pelambreira, le señaló una cola pelirroja, enorme, arrancada a alguna fuerte yegua, confesándole que le gustaría tener un pelo así.

Y en los grandes paseos, cuando los tres, Claude, Cadine y Marjolin, vagabundeaban en torno al Mercado, distinguían, al final de cada calle, una esquina del gigante de hierro colado. Eran brascas perspectivas, arquitecturas imprevistas, pues el mismo horizonte se ofrecía sin cesar bajo aspectos diversos. Claude se daba la vuelta, sobre todo en la calle Montmartre, después de haber pasado la iglesia. A lo lejos, el Mercado Central, visto al sesgo, lo entusiasmaba: una gran arcada, una puerta alta, enorme, se abría; después se amontonaban los pabellones, con sus dos pisos de tejados, sus persianas continuas, sus inmensos toldos; hubiérase dicho perfiles de casas y de palacios superpuestos, una Babilonia de metal, de ligereza hindú, cruzada por terrazas colgantes, corredores aéreos, puentes volantes lanzados sobre el vacío. Volvían siempre allá, a aquella ciudad en torno a la cual rondaban, sin poder alejarse más de cien pasos. Regresaban durante las tibias tardes del Mercado. En lo alto, las persianas están cerradas, los toldos bajados. Bajo las calles cubiertas, el aire se duerme, de un gris ceniza cortado a rayas amarillas por las manchas de sol que caen de las largas vidrieras. Murmullos dulcificados salen de los mercados; los pasos de los escasos transeúntes ajetreados suenan en las aceras; mientras que los cargadores, con su placa, están sentados en fila sobre los rebordes de piedra, en las esquinas de los pabellones, quitándose los zapatones, cuidando los pies doloridos. Es una paz de coloso en reposo, en la que asciende a veces un canto de gallo, desde el fondo del sótano de las aves. A menudo iban a ver entonces cómo cargaban cestos vacíos en los camiones que, cada tarde, vienen a recogerlos, para devolverlos a los expedidores. Los cestos, etiquetados con letras y cifras negras, formaban montañas delante de los almacenes de los asentadores de la calle Berger. Unos hombres iban ordenándolos pila a pila simétricamente. Pero cuando el montón del camión alcanzaba la altura de un primer piso, era preciso que el hombre de abajo tomara impulso, balanceando la pila de cestos, para lanzársela a su camarada, inclinado allá arriba, con los brazos hacia adelante. Claude, a quien le gustaban la fuerza y la destreza, se quedaba horas siguiendo el vuelo de aquellas masas de mimbre, riendo cuando un impulso demasiado fuerte se las llevaba, las lanzaba por encima del

montón, al centro de la calzada. Adoraba también la acera de la calle Rambuteau y la de la calle del Puente Nuevo, en la esquina del pabellón de la fruta, el lugar donde se sitúan las vendedoras al menudeo. Las verduras al aire libre lo fascinaban, sobre las mesas recubiertas de paños negros mojados. A las cuatro, el sol encendía todo aquel rincón de verdor. Seguía los pasillos, curioso ante las cabezas coloreadas de las vendedoras; las jóvenes, con el pelo recogido en una red, ya quemadas por su dura vida; las viejas, achacosas, encogidas, la cara roja, bajo el pañuelo amarillo anudado en el mentón. Cadine y Marjolin se negaban a seguirlo, al reconocer de lejos a la tía Chantemesse que les mostraba el puño, furiosa, al verlos golpear juntos. Se reunía con ellos en la otra acera. Allí, a través de la calle, encontraba un magnífico tema de cuadro: las vendedoras del menudeo bajo sus grandes sombrillas desteñidas, rojas, azules, moradas, sujetas a palos, como jorobas del mercado, poniendo sus vigorosas redondeces en el incendio del poniente, que moría sobre las zanahorias y los nabos. Una vendedora, un viejo guiñapo de cien años, amparaba tres lechugas entecas bajo un quitasol de seda rosa, roto y lamentable.

Mientras tanto Cadine y Marjolin habían conocido a Léon, el aprendiz de salchichero de los Quenu-Gradelle, un día que llevaba una tortada a las cercanías. Lo vieron levantar la tapa de la cacerola, en el fondo de un rincón oscuro de la calle Mondétour, y coger una albóndiga con los dedos, delicadamente. Sonrieron, eso les inspiró un gran concepto del chiquillo. Cadine concibió el proyecto de satisfacer por fin uno de sus deseos más queridos; cuando encontró de nuevo al crío, con su cacerola, se mostró muy amable, hizo que le ofreciera una albóndiga, riendo, chupándose los dedos. Pero sintió cierta desilusión, creía que iba a ser más rica. El crío, sin embargo, le pareció gracioso, todo de blanco como una chica que va a comulgar, con su jeta astuta y glotona. Lo invitó a un almuerzo monstruo, que dio en los cestos de la subasta de mantequilla. Se encerraron los tres, ella, Marjolin y Léon, entre las cuatro paredes de mimbre, lejos del mundo. Pusieron la mesa sobre un ancho cesto plano. Había peras, nueces, requesón, gambas, patatas fritas y rábanos. El requesón provenía de una frutera de la calle de la Cossonnerie; era un regalo. Un tendero de la calle de la Truhanería Grande había vendido a crédito los diez céntimos de patatas fritas. El resto, las peras, las nueces, las gambas, los rábanos, había sido robado en las cuatro esquinas del Mercado. Fue un festín exquisito. Léon no quiso ser menos y correspondió amablemente al almuerzo con una cena, a la una de la mañana, en su cuarto. Sirvió morcilla frita, rodajas de salchichón, un trozo de saladillo, pepinillos y grasa de ganso. La salchichería de los Quenu-Gradelle había suministrado todo. Y la cosa no acabó ahí, las cenas de rumbo sucedieron a los almuerzos delicados, unas invitaciones siguieron a otras. Tres veces por semana hubo fiestas íntimas en el hueco de los cestos y en aquella buhardilla donde Florent, en las noches de insomnio, oía ruidos ahogados de mandíbulas y risas de flautín hasta el

amanecer.

Entonces los amores de Cadine y Marjolin se exhibieron aún más. Fueron perfectamente felices. Él se hacía el galante, la llevaba a mordisquear patatas crudas o corazones de apio a algún rincón negro de los sótanos, como si fuera un reservado. Robó un día un arenque ahumado que se comieron deliciosamente en el tejado del pabellón del pescado, al borde de los camiones. El Mercado Central no tenía un solo agujero de sombra donde no fueran a ocultar sus tiernos festines de enamorados. El barrio, las filas de tiendas abiertas, llenas de fruta, de pasteles, de conservas, ya no fue un paraíso cerrado, ante el cual merodeaba su hambre de golosos, con sordos deseos. Extendían la mano al pasar a lo largo de los aparadores, birlando una ciruela, un puñado de cerezas, un trozo de bacalao. Se aprovisionaban igualmente en el Mercado, vigilando los pasillos de los puestos, recogiendo todo lo que caía, e incluso ayudando a caer, de un empujón, un cesto de mercancías. A pesar de todas estas rapiñas, unas cuentas terribles iban aumentando en el tendero de la calle de la Truhanería Grande. Este tendero, cuyo tenderete se apoyaba en una casa bamboleante, sostenida por gruesos tablones verdes de musgo, tenía mejillones cocidos nadando en un agua clara, en el fondo de grandes ensaladeras de loza, bandejas de pequeños gallos amarillos y tiesos, bajo una capa demasiado espesa de masa, cuadrados de callos haciéndose a fuego lento en el fondo de la sartén, arenques asados, negros, carbonizados, tan duros que sonaban como madera. Cadine, ciertas semanas, debía hasta un franco; esa deuda la abrumaba, necesitaba vender un número incalculable de ramos de violetas, pues con Marjolin no podía contar para nada. Además, se veía obligada a corresponder a las amabilidades de León; e incluso se sentía un poco avergonzada de no tener nunca un plato de carne. Él acababa cogiendo jamones enteros. De ordinario lo escondía todo en la camisa. Cuando subía de la salchichería, de noche, sacaba del pecho cabos de salchicha, rebanadas de pastel de hígado, paquetes de cortezas de tocino. Faltaba el pan, y no se bebía. Marjolin vio a León abrazando a Cadine, una noche, entre dos bocados. La cosa le hizo reír. Habría podido matar al crío de un puñetazo; pero no estaba celoso de Cadine, la trataba como a una amiguita que se tiene desde hace mucho tiempo.

Claude no asistía a estos banquetes. Un día que sorprendió a la ramilletera robando una remolacha, en un cestito guarnecido de heno, le había tirado de las orejas, calificándola de golfa. Era lo que le faltaba, decía. Y experimentaba, a su pesar, una especie de admiración por aquellos animales sensuales, ladronzuelos y glotones, sueltos para disfrutar de cuanto sobraba, recogiendo las migajas caídas del trincherero de un gigante.

Marjolin había entrado a trabajar con Gavard, feliz de no tener otra cosa que hacer que escuchar las interminables historias de su patrón. Cadine vendía sus ramos, acostumbrada a las reprimendas de la tía Chantemesse. Continuaban su infancia, sin

vergüenza, satisfaciendo sus apetitos, con vicios muy ingenuos. Eran las vegetaciones de aquel pavimento fértil del barrio del Mercado, donde incluso durante el buen tiempo el fango sigue siendo negro y viscoso. La chica de dieciséis años, el muchacho de dieciocho, conservaban la hermosa impudencia de las crías que se levantan las faldas en los mojones de las esquinas. Sin embargo, en Cadine crecían inquietas ensoñaciones, cuando caminaba por las aceras, haciendo girar los rabos de las violetas como si fueran husos. Y también Marjolin sentía un malestar que no se explicaba. A veces dejaba a la cría, abandonaba un callejeo, faltaba a un festín, para ir a ver a la señora Quenu, a través de los cristales de la salchichería. Era tan guapa, tan gruesa, tan redonda, que le hacía bien. Experimentaba delante de ella cierta plenitud, como si hubiera comido o bebido algo muy rico. Cuando se marchaba, se llevaba el hambre y la sed de volver a verla. Esto duraba desde hacía meses. Al principio le había dirigido las miradas respetuosas que echaba a los escaparates de las abacerías y de las tiendas de salazones. Después, cuando llegaron los días de gran merodeo, soñó, al verla, que alargaba las manos hacia su fuerte talle, hacia sus gruesos brazos, al igual que las hundía en los barriles de aceitunas y en las cajas de manzanas con caramelo.

Desde hacía algún tiempo Marjolin veía a la bella Lisa todos los días, de mañana. Ella pasaba por delante del puesto de Gavard, se detenía un instante, charlaba con el pollero. Hacía ella misma la compra, decía, para que la robasen menos. La verdad es que trataba de provocar las confianzas de Gavard; en la salchichería, éste desconfiaba; en su puesto, peroraba, contaba todo lo que quisieran. Ella se había dicho que por él sabría lo que pasaba exactamente en casa de Lebigre; pues tenía a la señorita Saget, su policía secreta, en mediocre estima. Se enteró así, por el terrible charlatán, de cosas confusas que la asustaron mucho. Dos días después de la explicación que había tenido con Quenu, regresó palidísima del mercado. Hizo señas a su marido de que la siguiera al comedor. Allí, tras haber cerrado las puertas:

—¿Es que tu hermano quiere mandarnos al patíbulo?... ¿Por qué me has ocultado lo que sabes?

Quenu juró que no sabía nada. Hizo un gran juramento, afirmando que no había vuelto a ir por casa de Lebigre y que no volvería jamás. Ella se encogió de hombros, prosiguiendo:

—Harás bien, a menos que desees dejarte allí el pellejo... Florent está metido en algún asunto feo, lo noto. Acabo de enterarme de lo bastante para adivinar hacia dónde va... Vuelve a presidio, ¿oyes?

Después, al cabo de un silencio, continuó con voz más tranquila:

—¡Ay! ¡Qué infeliz!... Lo tratábamos aquí a cuerpo de rey, podía volver a ser honrado, no tenía más que buenos ejemplos. No, lo lleva en la sangre; se romperá la crisma, con su política... Quiero que esto acabe, ¿oyes, Quenu? Te había avisado.



Recalcó claramente estas últimas palabras. Quenu bajaba la cabeza, esperando su fallo.

—En primer lugar —dijo ella—, no comerá más aquí. Ya es suficiente con que duerma. Gana dinero, pues que se alimente.

Él hizo un gesto de protesta, pero ella le cerró la boca, añadiendo con fuerza:

—Entonces, elige entre él y nosotras. Te juro que me voy con mi hija, si él se queda. ¿Quieres que te lo diga de una vez? Es un hombre capaz de todo, que ha venido a perturbar nuestro matrimonio. Pero yo pondré orden en todo esto, te lo aseguro... Me has oído bien: o él o yo.

Dejó a su marido mudo, regresó a la salchichería, donde sirvió media libra de pastel de hígado, con su afable sonrisa de bella salchichera. Gavard, en una discusión política que ella había provocado hábilmente, se había acalorado hasta decirle que ya vería, que iban a acabar con todo aquello, y que bastarían dos hombres decididos, como su cuñado y él para no dejar títere con cabeza. Era el feo asunto de que ella hablaba, una conspiración a la cual el pollero aludía de continuo, con aire discreto, con risitas que pretendían dejar adivinar muchas cosas. Ella veía un pelotón de agentes de policía invadir la salchichería, amordazarlos, a ella, a Quenu y a Pauline, y arrojarlos a los tres a una mazmorra.

Por la noche, en la cena, se mostró glacial; no sirvió a Florent, dijo en varias ocasiones:

—¡Qué raro! ¡Desde hace algún tiempo comemos mucho pan!

Florent comprendió por fin. Se sintió tratado como un pariente a quien se pone en la puerta de la calle. Lisa, en los dos últimos meses, lo vestía con los pantalones viejos y las viejas levitas de Quenu; y como era tan enjuto como regordete era su hermano, aquellas ropas en jirones le caían de una forma extrañísima. También le pasaba la ropa de casa vieja, pañuelos zurcidos veinte veces, toallas desflecadas, sábanas propias para hacer trapos, camisones usados, dados de sí por el vientre de su hermano y tan cortos que hubieran podido servirle de chaqueta. Además, ya no encontraba a su alrededor la blandura benévola de los primeros tiempos. Toda la casa se encogía de hombros, como veían hacer a la bella Lisa; Auguste y Augustine fingían darle la espalda, mientras que la pequeña Pauline tenía palabras crueles, de niña mal criada, sobre las manchas de sus trajes y los agujeros de su ropa blanca. Los últimos días, sufría sobre todo en la mesa. No se atrevía a comer, viendo a la hija y la madre que lo miraban cuando se cortaba pan. Quenu metía la nariz en el plato, y evitaba alzar la mirada, con el fin de no mezclarse en lo que pasaba. Entonces lo que le torturó fue no saber cómo irse. Durante una semana le dio vueltas en la cabeza a una frase, para decir que en adelante comería fuera.

Aquel tierno espíritu vivía entre tales ilusiones que temía herir a su hermano y a su cuñada al no comer en su casa. Había tardado más de dos meses en percibir la

sorda hostilidad de Lisa; e incluso a veces temía equivocarse, opinaba que era muy buena con él. El desinterés, en él, llegaba a tal extremo que le hacía olvidar sus necesidades; no era ya una virtud, sino una suprema indiferencia, una falta absoluta de personalidad. Nunca pensó, ni siquiera cuando se vio expulsado poco a poco, en la herencia del viejo Gradelle, en las cuentas que su cuñada quería rendirle. Por lo demás, de antemano había preparado todo un proyecto de presupuesto: con el dinero que la señora Ver laque le dejaba de sueldo, y los treinta francos de una clase que le había proporcionado la bella Normanda, calculaba que tendría que gastar noventa céntimos en el almuerzo y un franco treinta en la cena. Era más que suficiente. Por fin una mañana se arriesgó, aprovechó la nueva clase que daba, para pretender que le resultaba imposible encontrarse en la salchichería a las horas de las comidas. Esa laboriosa mentira le hizo ruborizarse. Y se disculpaba:

—No lo tomen a mal, el niño sólo está libre a esa hora... No importa, comeré un bocado fuera, vendré a decirles hola por las noches.

La bella Lisa permanecía imperturbable, lo cual lo trastornaba aún más. No había querido despedirlo, para que no le pudieran echar nada en cara, prefiriendo esperar a que él se cansara. Se marchaba, ¡menos mal!, y ella evitaba cualquier demostración de amistad que hubiera podido retenerlo. Pero Quenu exclamó, un poco emocionado:

—Estás en tu casa, come fuera, si te conviene más... ¡Ya sabes que no te echamos, qué diablos! Vendrás a comer la sopa con nosotros, a veces, los domingos.

Florent se apresuró a salir. Tenía el corazón oprimido. Cuando ya no estuvo allí, la bella Lisa no se atrevió a reprocharle a su marido su debilidad, esa invitación para los domingos. Victoriosa, respiraba a sus anchas en el comedor de roble claro, con ganas de quemar azúcar, para ahuyentar de él el olor a flaco perverso que notaba. Por lo demás, siguió a la defensiva. E incluso, al cabo de una semana, sintió inquietudes más vivas. Sólo veía a Florent raramente, de noche, se imaginaba cosas terribles, una máquina infernal fabricada allá arriba, en el cuarto de Augustine, o bien señales transmitidas desde la terraza, para cubrir el barrio de barricadas. Gavard tenía una facha sombría; sólo respondía con meneos de cabeza, dejaba la tienda al cuidado de Marjolin durante días enteros. La bella Lisa resolvió saber a qué atenerse. Se enteró de que Florent tenía un permiso, y que iba a pasarlo con Claude Lantier, en casa de la señora François, en Nanterre. Como tenía que marcharse al amanecer, para no regresar hasta la noche, pensó en invitar a Gavard a cenar; seguro que hablaría, con el vientre pegado a la mesa. Pero en toda la mañana no pudo encontrar al pollero. Por la tarde, regresó al Mercado.

Marjolin estaba solo en el puesto. Dormitaba allí durante horas, descansando de sus largos callejeos. De ordinario se sentaba, estiraba las piernas sobre la otra silla, con la cabeza apoyada contra el pequeño aparador del fondo. En invierno, los mostradores de caza lo fascinaban: los corzos colgados cabeza abajo, las patas

delanteras rotas y atadas por encima del cuello; los collares de alondras en guirnalda alrededor de la tienda, como aderezos de salvajes; las grandes liebres rojizas, las perdices moteadas, los animales acuáticos de un gris de bronce, las gangas de Rusia que llegan en una mezcla de paja de avena y carbón, y los faisanes, los espléndidos faisanes, con su caperuza escarlata, su gorguera de raso verde, su capa de oro nielado, su cola de llama arrastrando como un traje cortesano. Todas esas plumas le recordaban a Cadine las noches transcurridas abajo, en la blandura de los cestos.

Ese día la bella Lisa encontró a Marjolin en medio de la volatería. La tarde era tibia, pasaban ráfagas por las estrechas calles del pabellón. Tuvo que bajarse para distinguirlo, tumbado en el fondo del puesto, bajo las carnes crudas del mostrador. En lo alto, colgados de la barra dentada, pendían gordos gansos, con el gancho hundido en la herida sangrante del cuello, el cuello largo y tieso, con la masa enorme del vientre, rojizo bajo el fino plumón, hinchándose como una desnudez, entre la blancura de colada de la cola y las alas. Había también, cayendo de la barra, las patas apartadas como para un salto formidable, las orejas caídas, conejos de lomo gris, manchado por el penacho de pelos blancos de la cola levantada, y cuya cabeza, de dientes agudos, de ojos turbios, reía con una risa de animal muerto. Sobre la mesa del mostrador, unos pollos con plumas mostraban la pechuga carnosa, tensada por la arista de la quilla; las palomas, apretujadas en cañizos de mimbre, tenían una piel desnuda y tierna de inocentes; los patos, de piel más tosca, despleaban las palmas de sus patas; tres magníficos pavos, con pintas azules como una barbilla recién rasurada, dormían sobre el dorso, la garganta recosida, en el abanico negro de su ancha cola. Al lado, en platos, estaban los menudillos, el hígado, la molleja, el cuello, las patas, los alones, mientras que, en una fuente ovalada, estaba acostado un conejo despellejado y vaciado, con los cuatro miembros separados, la cabeza sanguinolenta, la piel del vientre hendida, mostrando los dos riñones; un hilillo de sangre había corrido a todo lo largo de la rabadilla hasta la cola, donde había manchado, gota a gota, la palidez de la porcelana. Marjolin ni siquiera había limpiado la tabla de cortar, cerca de la cual andaban aún las patas del conejo. Cerraba los ojos a medias, teniendo a su alrededor, en los tres estantes que guarnecían el interior de la tienda, otros montones de aves muertas, aves en cucuruchos de papel como ramilletes, cordones continuos de muslos doblados y pechugas abombadas, entrevistos confusamente. Al fondo de todos aquellos alimentos, su corpachón rubio, sus mejillas, sus manos, su poderoso cuello, con un vello rojizo, tenían la carne fina de los magníficos pavos y la redondez del vientre de los gordos gansos.

Cuando vio a la bella Lisa, se levantó bruscamente, ruborizándose por haber sido sorprendido así, tumbado. Siempre se mostraba muy tímido, muy cohibido delante de ella. Y cuando le preguntó si estaba el señor Gavard:

—No, no sé —balbució—; estaba hace un momento, pero se ha vuelto a marchar.

Ella sonreía al mirarlo, sentía una gran simpatía por él. Al dejar colgar una mano, sintió un roce tibio, lanzó un gritito. Debajo de la mesa del mostrador, en un caja, unos conejos vivos estiraban el cuello, olfateaban sus faldas.

—¡Ah! —dijo riendo—, son tus conejos que me hacen cosquillas.

Se bajó, quiso acariciar un conejo blanco que se refugió en un rincón de la caja. Después, incorporándose:

—¿Y volverá pronto el señor Gavard?

Marjolin contestó de nuevo que no sabía. Sus manos temblaban un poco. Prosiguió con voz vacilante:

—A lo mejor está en el trastero... Me dijo, creo, que bajaba.

—Me dan ganas de esperarle, entonces —prosiguió Lisa—. Se le podría avisar que estoy aquí... A menos que baje yo. ¡Vaya, es una idea! Hace cinco años que me prometo ver los trasteros... Me vas a guiar, ¿verdad? Tú me explicarás.

Se había puesto muy colorado. Salió precipitadamente del puesto, caminando delante de ella, abandonando el mostrador, repitiendo:

—Sí, sí, claro... Todo lo que usted quiera, doña Lisa.

Pero, abajo, el aire negro del sótano sofocó a la bella salchichera. Permanecía en el último escalón, alzando los ojos, mirando la bóveda, a franjas de ladrillos blancos y rojos, formada por arcos rebajados, embutidos en nervaduras de hierro colado y sostenidos por columnitas. Lo que la detenía allí, más aún que la oscuridad, era un olor cálido, penetrante, una exhalación de animales vivos, cuyos álcalis le picaban en la nariz y la garganta.

—Huele muy mal —murmuró—. No sería muy sano vivir aquí.

—Yo estoy como una rosa —respondió Marjolin, extrañado—. El olor no es malo, cuando uno está acostumbrado. Y, además, en invierno hace calor; se está muy a gusto.

Lo siguió, diciendo que aquel aroma violento a aves le repugnaba, que seguramente no comería pollo en dos meses. Mientras tanto, los trasteros, las estrechas casetas donde los comerciantes guardan los animales vivos, alargaban sus callejas regulares, cortadas en ángulo recto. Los faroles de gas eran raros, las callejas dormían, silenciosas, semejantes al rincón de una aldea, cuando la provincia duerme. Marjolin hizo que Lisa tocara la alambrada de apretadas mallas, tendida sobre recuadros de fundición. Y, mientras marchaba a lo largo de una calle, iba leyendo los nombres de los arrendatarios, escritos en placas azules.

—El señor Gavard está al fondo del todo —dijo el joven, que seguía caminando.

Doblaron a la izquierda, llegaron a un callejón sin salida, a un agujero negro, donde no se deslizaba ni un hilo de luz. Gavard no estaba.

—No importa —prosiguió Marjolin—. Voy a enseñarle nuestros animales. Tengo una llave del trastero.

La bella Lisa entró detrás de él en aquella noche espesa. Allí, se lo encontró de pronto en medio de sus faldas; creyó que se había adelantado demasiado hacia él, retrocedió; reía, decía:

—Si te figuras que voy a ver a tus animales, en este pozo.

Él no contestó en seguida; después balbució que siempre tenía una vela en el trastero. Pero no terminaba, no podía encontrar el agujero de la cerradura. Al ayudarle ella, sintió un aliento cálido en el cuello. Cuando por fin él hubo abierto la puerta y encendido la vela, lo vio tan tembloroso que exclamó:

—¡Eres tonto de capirote! ¿Puede uno ponerse de semejante manera porque una puerta no quiere abrirse? Con tus grandes puños, eres una señorita.

Entró en el trastero. Gavard había alquilado dos compartimientos, con los que había hecho un solo gallinero, quitando el tabique. En el suelo, entre el estiércol, chapoteaban los animales grandes, gansos, pavos, patos; arriba, en las hileras de anaqueles, chatas cajas caladas contenían gallinas y conejos. La alambrada del trastero estaba toda polvorienta, con telarañas colgantes, hasta el punto de parecer guarnecida de toldos grises; la orina de los conejos corroía los paneles de abajo; los excrementos de las aves manchaban las tablas con salpicaduras blanquecinas. Pero Lisa no quería disgustar a Marjolin mostrando aún más su asco. Metió los dedos entre los barrotes de las cajas, lamentando la suerte de aquellas pobre gallinas amontonadas, que ni siquiera podían estar de pie. Acarició a un pato acurrucado en un rincón, con la pata rota, mientras el joven le decía «que lo matarían esa misma tarde, por miedo a que muriera de noche».

—Pero —preguntó ella—, ¿cómo hacen para comer?

Entonces él le explicó que las aves no quieren comer sin luz. Los comerciantes se ven obligados a encender una vela y a esperar allí, hasta que los animales han terminado.

—Eso me divierte —continuó—; los alumbro durante horas y horas. Hay que ver los picotazos que dan. Después, cuando tapo la vela con la mano, se quedan todos con el cuello estirado, como si se hubiera puesto el sol... Está prohibidísimo dejarles la vela e irse. Una vendedora, la tía Palette, usted la conoce, estuvo a punto de quemarlo todo el otro día; una gallina debió de hacer caer la luz en la paja.

—¡Qué bien! —dijo Lisa—, ¡no están tan incómodas, estas aves, si hay que encenderles las arañas a cada comida!

Eso le hizo reír. Había salido del trastero, limpiándose los pies, subiéndose un poco el vestido, para preservarlo de la porquería. Él sopló la vela, cerró la puerta. A ella le dio miedo andar así en la oscuridad, al lado de aquel mocetón; se adelantó un poco, para no sentirlo de nuevo entre sus faldas. Cuando él la alcanzó:

—Estoy contenta, de todos modos, de haberlo visto. Hay, debajo de este Mercado, cosas que una nunca sospecharía. Te lo agradezco... Voy a subir a toda prisa; en la

tienda no deben de saber dónde me he metido. Si el señor Gavard regresa, dile que tengo que hablarle en seguida.

—Pero —dijo Marjolin—, seguro que está en las piedras de matanza... Podemos ir, si quiere.

No contestó, oprimida por aquel aire tibio que le caldeaba el rostro. Estaba muy rosada, y su corpiño tenso, tan muerto de ordinario, se estremecía. Eso la inquietó, le infundió cierto malestar, al oír a sus espaldas el paso apresurado de Marjolin, que le parecía como jadeante. Se apartó, lo dejó pasar delante. La aldea, las negras callejas seguían durmiendo. Lisa se dio cuenta de que su compañero cogía el camino más largo. Cuando desembocaron frente a la vía férrea, le dijo que había querido enseñarle el ferrocarril; y permanecieron allí un instante, mirando a través de los gruesos tablones de la empalizada. Él se ofreció a guiarla para que visitara la vía. Ella se negó, diciendo que no valía la pena, que ya veía muy bien cómo era. Al regresar, encontraron a la tía Palette delante de su trastero, soltando las cuerdas de un ancho cesto cuadrado, en el cual se oía un furioso ruido de alas y patas. Cuando hubo desatado el último nudo, bruscamente, aparecieron grandes cuellos de ganso, haciendo fuerza y levantando la tapa. Los gansos escaparon, asustados, con la cabeza hacía adelante, con silbidos y chasquidos de pico que llenaron la sombra del sótano de una música espantosa. Lisa no pudo dejar de reír, pese a los lamentos de la vendedora de aves que, desesperada, juraba como un carretero, llevando por el cuello dos gansos que había conseguido atrapar. Marjolin se había puesto a perseguir a un tercer ganso. Se le oyó correr a lo largo de las calles, despistado, divirtiéndose con la caza; después hubo un ruido, de lucha, al fondo del todo, y regresó, trayendo el animal. La tía Palette, una anciana amarilla, lo cogió en brazos, lo conservó un momento sobre su vientre, en la actitud de la Leda antigua.

—¡Ah! ¡Bueno! —dijo—. ¡Si no hubieras estado aquí!... El otro día me peleé con uno; tenía mi cuchillo y le corté el cuello.

Marjolin estaba sin resuello. Cuando llegaron a las piedras de matanza, en la claridad más viva del gas, Lisa lo vio sudoroso, en sus ojos brillaba una llama que ella no les conocía. De ordinario bajaba los párpados delante de ella, como una chiquilla. Le pareció un hombre guapo, con sus anchos hombros, su gran semblante, rosado, con los bucles de su pelo rubio. Lo miraba tan complacida, con ese aire de admiración sin peligro que se puede testimoniar a los muchachos muy jóvenes, que a él le entró una vez más la timidez.

—Ya ves que el señor Gavard no está aquí —dijo ella—. Me estás haciendo perder el tiempo.

Entonces él, con voz rápida, le explicó el matadero, los cinco enormes bancos de piedra que se extendían del lado de la calle Rambuteau, bajo la claridad amarilla de los tragaluces y las lámparas de gas. Una mujer sangraba pollos, en un extremo, lo

cual lo llevó a hacerle observar que la mujer desplumaba las aves casi vivas, porque es más fácil. Después quiso que cogiera puñados de plumas en los bancos de piedra, en los enormes montones que había por allí; le decía que se clasificaban y se vendían, hasta a cuarenta y cinco céntimos la libra, según la finura. También tuvo que hundir la mano en el fondo de los grandes cestos llenos de plumón. A continuación él abrió los grifos de las fuentes, colocadas en cada pilar. No paraba de hablar, con lujo de detalles: la sangre corría a lo largo de los bancos, formaba charcos sobre el enlosado; cada dos horas los barrenderos la lavaban con mucha agua, sacaban con cepillos duros las manchas rojas. Cuando Lisa se inclinó por encima del sumidero que sirve de desagüe, contó toda una historia: los días de tormenta, el agua invadía el sótano por ese sumidero; e incluso una vez había alcanzado los treinta centímetros, había habido que refugiar a las aves en el otro extremo del sótano, que está en cuesta. Se reía aún del estrépito de los animales asustados. Mientras tanto, había terminado, ya no se le ocurría nada, hasta que se acordó del ventilador. La llevó al fondo, le hizo alzar la mirada, y ella vio el interior de una de las torrecillas de esquina, una especie de ancho tubo de salida, por donde subía el aire nauseabundo de los trasteros.

Marjolin enmudeció en aquel rincón, pestilente por la afluencia de los olores. Había una rudeza alcalina de guano. Pero parecía despierto y estimulado. Las aletas de su nariz palpitaron, respiró hondo, como recobrando la osadía de su apetito. En el cuarto de hora que llevaba en el subsuelo con la bella Lisa ese aroma, ese calor de animales vivos lo embriagaba. Ahora ya no sentía timideces, estaba lleno del celo que caldeaba el estiércol de los gallineros, bajo la bóveda aplastada, negra de sombras.

—Vámonos —dijo la bella Lisa—; eres un buen chico, por haberme enseñado todo eso... Cuando vengas por la salchichería, te daré algo.

Le había cogido la barbilla, como hacía a menudo, sin ver que él había crecido. La verdad es que estaba un poco emocionada; emocionada por aquel paseo bajo tierra, con una emoción muy dulce, que le agradaba saborear, como una cosa permitida y carente de consecuencias. Quizá olvidó su mano un poco más de tiempo que de costumbre, bajo esa barbilla de adolescente, tan delicada al tacto. Entonces, ante esa caricia, él, cediendo a un impulso del instinto, asegurándose con una mirada oblicua de que allí no había nadie, respiró hondo y se lanzó sobre la bella Lisa con la fuerza de un toro. La había cogido por los hombros. La derribó sobre un cesto de plumas, donde cayó como una masa, con las faldas por encima de las rodillas. E iba a cogerla del talle, como cogía a Cadine, con una brutalidad de animal que roba y se sacia, cuando, sin gritar, palidísima por aquel brusco ataque, ella salió de un salto del cesto. Levantó el brazo, como había visto hacer en los mataderos, cerró su puño de mujer guapa, tumbó a Marjolin de un solo golpe, entre los dos ojos. Él se desplomó, se abrió la cabeza contra la esquina de una piedra de matanza. En ese momento, un canto de gallo, ronco y prolongado, ascendió de las tinieblas.

La bella Lisa permaneció impertérrita. Sus labios se habían fruncido, su pecho había recuperado las mudas redondeces que le hacían asemejarse a un vientre. Sobre su cabeza oía el sordo fragor del Mercado. Por los tragaluces de la calle Rambuteau, en el gran silencio ahogado del sótano, caían los ruidos de la acera. Y pensaba que sólo sus gruesos brazos la habían salvado. Se sacudió algunas plumas pegadas a las faldas. Después, temiendo ser sorprendida allí, se marchó sin mirar a Marjolin. En la escalera, cuando hubo pasado la verja, la claridad de pleno día resultó un gran alivio.

Volvió a la salchichería muy tranquila, un poco pálida.

—Has tardado mucho —dijo Quenu.

—No encontré a Gavard, lo busqué por todas partes, —respondió tranquilamente—. Nos comeremos la pierna de cordero sin él.

Mandó llenar el tarro de manteca de cerdo que encontró vacío, cortó chuletas para su amiga la señora Taboureau, que le había enviado a su criadita. Los golpes que dio con la cuchilla sobre la tabla le recordaron a Marjolin abajo, en el sótano. Pero no se reprochaba nada. Había obrado como una mujer honesta. No iba a comprometer su paz por aquel crío; estaba demasiado a gusto, entre su marido y su hija. Sin embargo, miró a Quenu; tenía en la nuca una piel tosca, una corteza rojiza, y su barbilla afeitada era de una rugosidad de madera nudosa; mientras que la nuca y la barbilla del otro parecían de terciopelo rosa. No había que acordarse más de eso, no volvería a tocarlo, puesto que él pensaba en cosas imposibles. Era un pequeño placer permitido que ahora echaba de menos, diciéndose que realmente los niños crecen demasiado de prisa.

Como a sus mejillas ascendían ligeras llamas, Quenu la encontró «endiabladamente lozana». Se había sentado un instante junto a ella, en el mostrador, repetía:

—Deberías salir más a menudo. Te sienta bien... Si quieres, iremos al teatro, una de estas noches, a la Gaité<sup>[25]</sup>, donde la señora Taboureau ha visto esa pieza que está tan bien...

Lisa sonrió, dijo que ya verían. Después desapareció de nuevo. Quenu pensó que era demasiado buena al correr así detrás de ese animal de Gavard. No la había visto coger la escalera. Acababa de subir a la habitación de Florent, cuya llave colgaba de un clavo en la cocina. Esperaba saber algo en esa habitación, pues ya no contaba con el pollero. Dio una lenta vuelta, examinó la cama, la chimenea, las cuatro esquinas. La ventana de la terracita estaba abierta, el granado, con sus brotes, se bañaba en el polvillo de oro del sol poniente. Entonces le pareció que su dependienta no había abandonado aquella pieza, que había dormido todavía allí la noche anterior; no olía a hombre. Fue una sorpresa, pues esperaba encontrar cajas sospechosas, muebles con fuertes cerraduras. Fue a palpar el traje de verano de Augustine, que seguía colgado de la pared. Después se sentó por fin ante la mesa, leyendo una página empezada



donde la palabra «revolución» se repetía dos veces. Se espantó, abrió el cajón, que vio lleno de papeles. Pero su honradez despertó frente a aquel secreto, tan mal guardado por la endeble mesa de madera blanca. Permanecía inclinada sobre los papeles, tratando de comprender sin tocar, muy emocionada, cuando el canto agudo del pinzón, a cuya jaula llegaba un rayo oblicuo, la hizo estremecerse. Cerró el cajón. Estaba muy mal lo que iba a hacer.

Mientras se abstraía, cerca de la ventana, diciéndose que debía aconsejarse con el padre Roustan, un hombre prudente, divisó, abajo, en la calle del Mercado, una aglomeración en torno a una camilla. La noche caía, pero reconoció perfectamente a Cadine, que lloraba, en medio del grupo; mientras que Florent y Claude, con los pies blancos de polvo, charlaban animadamente al borde de la acera. Se apresuró a bajar, sorprendida por su regreso. Apenas había llegado al mostrador cuando entró la señorita Saget diciendo:

—Acaban de encontrar a ese granuja de Marjolin en el sótano, con la cabeza rota... ¿No viene a ver, señora Quenu?

Ésta cruzó la calzada para ver a Marjolin. El joven estaba tendido, palidísimo, los ojos cerrados, con un mechón de rubio pelo tieso y manchado de sangre. En el grupo decían que no sería nada, que la culpa también era suya, de aquel pilluelo que hacía barrabasadas en los sótanos; suponían que había querido saltar una de las mesas de matanza, uno de sus juegos favoritos, y que se había caído con la frente contra la piedra. La señorita Saget murmuraba, señalando a Cadine, que lloraba:

—Debe de ser esa bribona la que lo ha empujado. Siempre andan juntos por los rincones.

Marjolin, reanimado por el fresco de la calle, abrió unos grandes ojos asombrados. Examinó a todo el mundo; después, habiendo encontrado el rostro de Lisa inclinado sobre él, le sonrió dulcemente, con aire humilde, con una caricia de sumisión. Parecía no acordarse. Lisa, tranquilizada, dijo que había que trasladarlo en seguida al hospital; ella iría a verlo, le llevaría naranjas y galletas. La cabeza de Marjolin había vuelto a caer. Cuando se llevaron la camilla, Cadine la siguió, con su bandeja al cuello, sus ramitos de violetas pinchados en un césped de musgo, sobre los cuales lloraba a lágrima viva, sin acordarse para nada de las flores que quemaba así con su gran pena.

Cuando Lisa regresaba a la salchichería, oyó a Claude que estrechaba la mano de Florent y se separaba de él, murmurando:

—¡Ah! ¡Condenado crío! Me ha estropeado el día... ¡Y eso que nos hemos divertido de lo lindo!

Claude y Florent, en efecto, regresaban agotados y felices. Traían un buen perfume de aire libre. Esa mañana, antes de amanecer, la señora François había vendido ya sus verduras. Se fueron los tres a buscar el carro, a la calle Montorgueil,

al *Compás de Oro*. Fue como un anticipo de la campiña, en pleno París. Detrás del restaurante Philippe, cuyas maderas doradas suben hasta el primer piso, se encuentra un corral de granja, negro y bullente, rebosante de un olor a paja fresca y a estiércol caliente; bandadas de gallinas hurgan con el pico en la tierra blanda; construcciones de madera pintada, escaleras, galerías, techumbres reventadas, se adosan a las viejas casas vecinas; y, en el fondo, bajo una cochera de gruesa armazón, *Baltasar* esperaba, ya enganchado, comiendo avena en un saco colgado del ronzal. Bajó la calle Montorgueil al trote corto, con pinta de satisfecho por volver tan pronto a Nanterre. Pero no se marchaba de vacío. La hortelana tenía un trato con la compañía encargada de la limpieza del Mercado Central; dos veces por semana se llevaba una carretada de hojas, cogidas con horquilla entre los montones de basura que atestan la plaza. Era un excelente abono. En unos minutos el carruaje desbordó. Claude y Florent se extendieron sobre ese lecho espeso de verdor; la señora François cogió las riendas, y *Baltasar* echó a andar con su paso lento, la cabeza un poco gacha al tener que llevar a tanta gente.

La excursión estaba proyectada desde hacía tiempo. La hortelana se reía de gusto; quería a los dos hombres, les prometía una tortilla de tocino de las que no se comen en «este París del diablo». Ellos saboreaban el disfrute de este día de pereza y vagabundeo cuyo sol apenas despuntaba. A lo lejos, Nanterre era una pura alegría en la cual iban a entrar.

—¿Están bien, por lo menos? —preguntó la señora François al coger la calle del Puente Nuevo.

Claude juró que «era suave como un colchón de recién casada». Tumbados ambos de espaldas, con las manos cruzadas bajo la cabeza, miraban el pálido cielo, donde las estrellas se apagaban. A lo largo de la calle Rivoli guardaron silencio, a la espera de no ver más casas, escuchando a la buena mujer que charlaba con *Baltasar*, diciéndole bajito:

—Tómatalo con calma, chico, ea... No tenemos prisa, llegaremos lo mismo...

En los Campos Elíseos, como el pintor ya no veía a ambos lados sino copas de árboles, con la gran masa verde del jardín de las Tullerías al fondo, tuvo que despertar, se puso a hablar solo. Al pasar por delante de la calle del Rollo<sup>[26]</sup> había mirado el pórtico lateral de San Eustaquio, que se ve de lejos, por debajo del cobertizo gigantesco de una calle cubierta del Mercado. Y volvía sobre ello sin cesar, quería encontrar un símbolo.

—Es una curiosa coincidencia —decía—, ese trozo de iglesia enmarcado bajo esa avenida de hierro colado... Éste matará a aquél, el hierro matará a la piedra, y los tiempos están cercanos... ¿Usted, Florent, cree en el azar? Yo me imagino que no es sólo la necesidad de alineación la que ha puesto así un rosetón de San Eustaquio en medio y medio del Mercado Central. Fíjese, se trata de todo un manifiesto: es el arte

moderno, el realismo, el naturalismo, como quiera usted llamarlo, que ha crecido enfrente del arte antiguo... ¿No es usted de esa opinión?

Como Florent guardaba silencio, él continuó:

—Esa iglesia es de una arquitectura bastarda, por otra parte; la Edad Media agoniza en ella, y el Renacimiento balbucea... ¿Se ha fijado usted en qué iglesias nos construyen hoy? Se parecen a lo que uno quiera, a bibliotecas, a observatorios, a palomares, a cuarteles; pero, seguramente, nadie está convencido de que Dios viva en su interior. Los albañiles del buen Dios han muerto, lo más sabio sería no construir más esos feos esqueletos de piedra, donde no tenemos a quién alojar... Desde comienzos de siglo no se ha construido más que un monumento original, un monumento que no esté copiado de ninguna parte, que haya crecido naturalmente en el suelo de la época; y es el Mercado Central, ¿oye, Florent?, una obra estupenda, sí, y que no es aún sino una tímida revelación del siglo veinte... ¡Por eso San Eustaquio está ahí metido, pardiez! San Eustaquio está allá abajo con su rosetón, vacío de pueblo devoto, mientras que el Mercado se agranda a su lado, bullente de vida... ¡Eso es lo que veo, amigo mío!

—¡Ah! ¡Bueno! —dijo riendo la señora François—; ¿sabe, don Claude, que la mujer que le cortó el frenillo no le robó su real? *Baltasar* aguza las orejas para escucharle... ¡Arre, *Baltasar*!

El carruaje subía lentamente. A esa hora matinal, la avenida estaba desierta, con sus sillas de hierro alineadas en las dos aceras, y sus céspedes, cortados por macizos, que se hundían bajo el azulear de los árboles. En la rotonda pasaron al trote corto un jinete y una amazona. Florent, que se había hecho una almohada con un paquete de hojas de col, seguía mirando al cielo, donde se encendía un gran resplandor rosado. A veces cerraba los ojos para sentir mejor cómo el fresco de la mañana corría sobre su cara, tan feliz de alejarse del Mercado, de marchar hacia el aire puro, que se quedaba sin voz, sin escuchar siquiera lo que decía a su alrededor.

—¡También están buenos esos que meten el arte en una caja de juguetes! —prosiguió Claude, tras un silencio—. Es su gran frase: no se hace arte con la ciencia, la industria mata la poesía; y todos esos imbéciles se echan a llorar por las flores, ¡como si alguien pensara en portarse mal con las flores!... Me ponen nervioso, al fin y al cabo, en serio. Me dan ganas de responder a esos lloriqueos con obras de desafío. Me divertiría escandalizar un poco a esa buena gente... ¿Quiere usted que le diga cuál ha sido mi obra más hermosa, desde que trabajo, aquélla cuyo recuerdo me satisface más? Es toda una historia... el año pasado, la víspera de Navidad, cuando yo me encontraba en casa de mi tía Lisa, el mozo de la salchichería, Auguste, ese idiota, ya sabe usted, estaba preparando el escaparate. ¡Ah, qué miserable! Me sacó de quicio por la forma blanda en que componía el conjunto. Le rogué que se quitara de allí, diciéndole que yo iba a pintar aquello, limpiamente. ¿Comprende?, tenía

todos los tonos vigorosos, el rojo de las lenguas rellenas, el amarillo de los codillos, el azul de los recortes de papel, el rosa de las piezas empezadas, el verde de las hojas de helecho, y sobre todo el negro de las morcillas, un negro soberbio que jamás he podido encontrar en mi paleta. Naturalmente, las tripas, las salchichas, las butufarras, las manos de cerdo empanadas, me daban grises de gran finura. Entonces hice una auténtica obra de arte. Cogí las fuentes, los platos, las cazuelas, los tarros; fui colocando los tonos, tracé un asombroso bodegón, donde estallaban petardos de color, sostenidos por sabias gamas. Las lenguas rojas se alargaban con glotonería de llama, y las morcillas negras, en el canto claro de las salchichas, ponían las tinieblas de una formidable indigestión. Había pintado, ¿no?, la glotonería de Nochebuena, la hora de medianoche consagrada a la comilona, la tragonería de los estómagos vaciados por los cánticos. Arriba, un gran pavo mostraba su pechuga blanca, jaspeada, bajo la piel, por manchas negras de trufas. Era bárbaro y soberbio, algo así como un vientre visto en la gloria, pero con un toque de crueldad, un transporte de burla tales que el gentío se agolpó delante de la vitrina, inquieto por aquel escaparate que llameaba tan toscamente... Cuando mi tía Lisa regresó de la cocina, le dio miedo, imaginándose que yo había prendido fuego a las grasas de la tienda. El pavo, sobre todo, le pareció tan indecente, que me puso en la calle, mientras Auguste restablecía las cosas, desplegando su necedad. ¡Esos brutos jamás comprenderán el lenguaje de una mancha roja puesta al lado de una mancha gris!... No importa, es mi obra maestra. Nunca he hecho nada mejor.

Enmudeció, sonriente, concentrado en sus recuerdos. El carro había llegado al Arco de Triunfo. En esa cima, grandes ráfagas venían de las avenidas abiertas alrededor de la inmensa plaza. Florent se incorporó, aspiró intensamente los primeros olores a hierba que ascendían de las fortificaciones. Se dio la vuelta, no miró más París, quiso ver la campiña, a lo lejos. A la altura de la calle de Longchamps, la señora François le señaló el sitio donde lo había recogido. Eso lo dejó pensativo. Y la contemplaba, tan sana y calmada, los brazos un poco tensos, sosteniendo las riendas. Era más guapa que Lisa, con su pañuelo en la frente, su tez ruda, su aire de brusca bondad. Cuando hacía un ligero chasquido con la lengua, *Baltasar*; irguiendo las orejas, alargaba el paso sobre el adoquinado.

Al llegar a Nanterre, el carro cogió a la izquierda, entró en una estrecha calleja, bordeó unas tapias y fue a detenerse al fondo de un callejón sin salida. Era el fin del mundo, como decía la hortelana. Hubo que descargar las hojas de col. Claude y Florent no quisieron que el mozo, ocupado en plantar lechugas, se molestara. Se armaron cada cual con un biello para echar el montón en el hoyo del estiércol. Eso les divirtió. Claude le tenía cariño al estiércol. Las mondas de verduras, el barro del Mercado, las basuras caídas de aquella mesa gigantesca seguían vivos, volvían allá donde habían crecido las verduras, para dar calor a otras generaciones de coles, de

nabos, de zanahorias. Volvían a brotar en frutos soberbios, volvían a exhibirse en la plaza. París lo pudría todo, lo devolvía todo a la tierra que, sin cansarse nunca, reparaba la muerte.

—Mire —dijo Claude al meter por última vez el bieldo—, hay ahí un troncho de col que reconozco. Por lo menos es la décima vez que crece en ese rincón, allí, cerca del albaricoquero.

La frase hizo reír a Florent. Pero volvió a ponerse serio, paseó lentamente por la huerta, mientras Claude hacía un boceto de la cuadra y la señora François preparaba el almuerzo. La huerta formaba una larga franja de terreno, separada en el centro por un estrecho sendero. Subía un poco; y arriba del todo, alzando la cabeza, se distinguían los bajos cuarteles del monte Valérien. Setos vivos la separaban de otras parcelas de tierra; estos muros de espinos albares, muy altos, limitaban el horizonte con un verde telón, hasta el punto de que, en toda la comarca circundante, hubiérase dicho que sólo el monte Valérien se alzaba curiosamente para mirar el cercado de la señora François. Una gran paz provenía de aquella campiña, que no se veía. Entre los cuatro setos, a lo largo de la huerta, el sol de mayo tenía como un desfallecimiento de tibieza, un silencio lleno de zumbidos de insectos, una somnolencia de feliz alumbramiento. Por ciertos crujidos, por ciertos leves suspiros, parecía que se oyeran nacer y crecer las verduras. Los cuadros de espinacas y de acederas, las franjas de rábanos, de nabos, de zanahorias, las grandes plantas de patatas y coles, desplegaban sus lienzos regulares, su mantillo negro, verdeado por los penachos de las hojas. Más lejos, hileras de lechugas, cebollas, puerros, apios, alineados, plantados a cordel, parecían soldaditos de plomo en un desfile; mientras que los guisantes y las judías verdes empezaban a enrollar su delgado tallo en el bosque de rodrigones que debían, en junio, cambiar en selva espesa. No se veía ni una mala hierba. Hubiera podido tomarse la huerta por dos alfombras paralelas de dibujos regulares, verde sobre fondo rojizo, cepilladas cuidadosamente cada mañana. Borduras de tomillo formaban franjas grises a ambos lados del sendero.

Florent iba y venía, entre el olor a tomillo, calentado por el sol. Estaba profundamente feliz con la paz y la limpieza de la tierra. Desde hacía casi un año sólo conocía las verduras magulladas por los traqueteos de los volquetes, arrancadas la víspera, todavía sangrantes. Se regocijaba al encontrarlas allí en su sitio, tranquilas en el mantillo, sanas y con todos sus miembros. Las coles tenían un ancho semblante de prosperidad, las zanahorias estaban alegres, las lechugas marchaban en fila con despreocupación de holgazanas. Entonces el Mercado, que había dejado esa madrugada, le pareció un vasto osario, un lugar de muerte donde sólo había cadáveres de seres, un cementerio de pestilencia y descomposición. Y aflojaba el paso, descansaba en la huerta de la señora François, como tras una larga marcha en medio de ruidos ensordecedores y olores infectos. El jaleo, la humedad nauseabunda del

pabellón del pescado huían de él; renacía en el aire puro. Claude tenía razón, en el Mercado todo agonizaba. La tierra era la vida, la eterna cuna, la salud del mundo.

—¡La tortilla está lista! —gritó la hortelana.

Cuando se sentaron los tres a la mesa de la cocina, con la puerta abierta al sol, comieron tan alegremente que la señora François miraba maravillada a Florent, repitiendo a cada bocado:

—No es usted el mismo, tiene diez años menos. Es ese condenado París el que le ensombrece así la cara. Ahora me parece como si tuviera un rayo de sol en los ojos... Ya lo ven, las grandes ciudades no valen nada; deberían venirse a vivir aquí.

Claude reía, decía que París era magnífico. Defendía hasta las alcantarillas, aunque conservaba una gran ternura por el campo. Por la tarde, la señora François y Florent se encontraron solos en un extremo de la huerta, en un rincón de terreno plantado con unos frutales. Se habían sentado en el suelo, charlaban juiciosamente. Ella le aconsejaba con gran amistad, a la vez maternal y tierna. Le hizo mil preguntas sobre su vida, sobre lo que pensaba hacer más adelante, ofreciéndose sencillamente a él, si algún día la necesitaba para su felicidad. Él se sentía muy emocionado. Nunca una mujer le había hablado así. Le hacía el efecto de una planta sana y fuerte, que había crecido al igual que las verduras sobre el mantillo de la huerta; mientras que se acordaba de las Lisas, de las Normandas, de las guapas mozas del Mercado, como si fueran carnes sospechosas, engalanadas para su exhibición. Respiró allí unas horas de bienestar total, liberado de los olores a comida en medio de los cuales enloquecía, renaciendo en la savia del campo, semejante a la col que Claude pretendía haber visto brotar más de diez veces.

Hacia las cinco se despidieron de la señora François. Querían regresar a pie. La hortelana los acompañó hasta el extremo de la calleja, y, reteniendo un instante la mano de Florent en la suya, dijo suavemente:

—Vuelva por aquí, si tiene algún pesar.

Durante un cuarto de hora Florent caminó sin hablar, ensombrecido ya, diciéndose que dejaba su salud a sus espaldas. La carretera de Courbevois estaba blanca de polvo. A los dos les gustaban las grandes caminatas, los zapatos gruesos resonando sobre la tierra dura. A cada paso, pequeñas humaredas ascendían detrás de sus tacones. El sol oblicuo cogía la avenida al sesgo, alargaba sus dos sombras a través de la calzada, tan desmesuradas que sus cabezas llegaban hasta el otro borde, deslizándose por la acera opuesta.

Claude, con los brazos colgantes, dando grandes zancadas regulares, miraba complacido las dos sombras, feliz y perdido en la cadencia de la marcha, que exageraba aún más marcándola con los hombros. Después, como saliendo de un ensueño, preguntó:

—¿Conoce usted la batalla de los Gordos contra los Flacos?

Florent, sorprendido, dijo que no. Entonces Claude se entusiasmó, habló de aquella serie de láminas con muchos elogios. Citó ciertos episodios: los Gordos, enormes hasta reventar, preparando la comilona de la noche, mientras los Flacos, doblados por el ayuno, miran desde la calle con cara de espárragos envidiosos; y luego los Gordos, a la mesa, con las mejillas desbordantes, expulsando a un Flaco que ha tenido la audacia de introducirse humildemente, y que parece un bolo en medio de un pueblo de bolas. Él veía en eso todo el drama humano; acabó clasificando a los hombres en Flacos y Gordos, dos grupos hostiles, uno de los cuales devora al otro, se redondea el vientre y disfruta.

—Seguro —dijo—, que Caín era Gordo y Abel, Flaco. Desde el primer asesinato, siempre los de buen apetito han chupado la sangre de los poco comedores... Es una continua comilona, desde el más débil al más fuerte, cada cual engulle a su vecino y resulta engullido a su vez... Ya sabe, amigo mío, desconfíe de los Gordos.

Calló un instante, siempre siguiendo con los ojos sus dos sombras, que el sol poniente alargaba aún más. Y murmuró:

—Nosotros somos Flacos, ¿comprende?... Dígame si, con vientres planos como los nuestros, se ocupa mucho lugar al sol.

Florent miró sonriente las dos sombras. Pero Claude se enfadaba. Gritaba:

—Se equivoca usted al opinar que eso es divertido. Yo sufro por ser Flaco. Si fuera Gordo, pintaría tranquilamente, tendría un buen estudio, vendería mis cuadros a peso de oro. En lugar de eso, soy Flaco, quiero decir que me como la sangre intentando encontrar chismes que hacen encogerse de hombros a los Gordos. Me moriré, seguro, con la piel pegada a los huesos, tan plano que podrán meterme entre dos hojas de un libro para enterrarme... Pues, ¡y usted! Usted es un Flaco sorprendente, el rey de los Flacos, palabra de honor. ¿Se acuerda de su pelea con las pescaderas? Era magnífico, aquellos gigantescos pechos lanzados contra su estrecho tórax; y ellas obraban instintivamente, expulsaban al Flaco, como las gatas expulsan a los ratones... En principio, ¿entiende?, un Gordo siente horror por un Flaco, hasta el punto de que experimenta la necesidad de quitárselo de la vista, a dentelladas o a patadas. Por eso yo, en su lugar, me tomaría mis precauciones. Los Quenu son Gordos, los Méhudin son Gordos, en fin, sólo tiene Gordos a su alrededor. A mí me inquietaría.

—¿Y Gavard, y la señorita Saget, y su amigo Marjolin? —preguntó Florent, que seguía sonriendo.

—¡Oh! Si usted quiere —respondió Claude—, voy a clasificar a todas nuestras amistades. Hace mucho que tengo sus cabezas en un cartapacio, en mi taller, con indicación del orden al cual pertenecen. Es todo un capítulo de historia natural... Gavard es un Gordo, pero un Gordo que se las da de Flaco. La variedad es bastante común... La señorita Saget y la señora Lecoeur son Flacas; y, además, variedades

muy temibles, Flacas desesperadas, capaces de todo por engordar... Mi amigo Marjolin, la pequeña Cadine, la Sarriette, tres Gordos, inocentes aún, sin tener más que las amables hambres de la juventud. Es preciso observar que el Gordo, mientras no envejece, es un ser encantador... El señor Lebigre, un Gordo, ¿verdad? En cuanto a sus amigos políticos, son generalmente Flacos: Charvet, Clémence, Logre, Lacaille. Sólo hago una excepción con ese animalote de Alexandre y con el prodigioso Robine. Éste me ha dado mucho trabajo.

El pintor continuó con este tono, desde el puente de Neuilly al Arco de Triunfo. Volvía sobre el tema, remataba ciertos retratos con un rasgo característico: Logre era un Flaco que tenía el vientre entre los dos hombros; la bella Lisa era todo vientre, y la bella Normanda toda pecho; la señorita Saget seguramente había dejado escapar en su vida una ocasión de engordar, porque detestaba a los Gordos, aunque conservaba su desprecio hacia los Flacos; Gavard comprometía su grasa, acabaría chato como una chincheta.

—¿Y la señora François? —dijo Florent.

Claude se quedó muy cortado con esa pregunta. Buscó, balbució:

—La señora François, la señora François... No, no sé, nunca he pensado en clasificarla... Es una buena mujer, la señora François, y eso es todo... ¡No está ni entre los Gordos ni entre los Flacos, pardiez!

Se rieron los dos. Se encontraban frente al Arco de Triunfo. El sol, a ras de las laderas de Suresnes, estaba tan bajo sobre el horizonte que las sombras colosales de los dos manchaban la blancura del monumento, muy arriba, más arriba que las estatuas enormes de los grupos, con dos barras negras, semejantes a dos trazos hechos con carboncillo. Claude se alegró aún más, balanceó los brazos, se dobló; después, al marcharse:

—¿Ha visto? Cuando el sol se ha puesto, nuestras dos cabezas han tocado el cielo.

Pero Florent ya no se reía. París lo recobraba, París, que lo asustaba ahora, tras haberle costado tantas lágrimas en Cayena. Cuando llegó al Mercado, la noche caía, los olores eran sofocantes. Bajó la cabeza, al entrar de nuevo en su pesadilla de alimentos gigantescos, con el recuerdo suave y triste de ese día de salud clara, todo perfumado de tomillo.



## Cinco

**A** l día siguiente, a eso de las cuatro, Lisa fue a San Eustaquio. Para cruzar la plaza se había puesto de tiros largos, toda de seda negra, con su chal de cachemira. La bella Normanda, que, desde la pescadería, la siguió con los ojos hasta la puerta de la iglesia, se quedó sin respiración.

—¡Ah! ¡Bueno!, ¡tiene gracia! —dijo maligna—, a la gorda le da ahora por los curas... La calmará, a esa tía, eso de mojarse el trasero en agua bendita.

Se equivocaba, Lisa no era nada devota. No practicaba, solía decir que trataba de ser honrada en todo, y que eso bastaba. Pero no le gustaba que hablaran mal de la religión delante de ella; con frecuencia mandaba callar a Gavard, que adoraba las historias de curas y monjas, las verdulerías de sacristía. Eso le parecía inconveniente. Había que dejar a cada cual con sus creencias, que respetar los escrúpulos de todo el mundo. Y, además, los sacerdotes eran buenas personas en general. Ella conocía al padre Roustan, de San Eustaquio, un hombre distinguido, buen consejero, cuya amistad le parecía muy segura. Y acababa explicando la absoluta necesidad de la religión que tiene la mayoría; la consideraba como una policía que ayudaba a mantener el orden, y sin la cual no había gobierno posible. Cuando Gavard llevaba las cosas demasiado lejos sobre este capítulo, diciendo que habría que echar a los curas a la calle y cerrarles la tienda, ella se encogía de hombros, respondía:

—¡Pues adelantaría usted mucho!... La gente se mataría en las calles, al cabo de un mes, y nos veríamos obligados a inventar otro Dios. En el 93 ocurrió eso... Usted sabe, ¿no?, que yo no soy muy de iglesia; pero digo que los curas hacen falta, porque hacen falta.

Por eso, cuando Lisa iba a una iglesia, se mostraba recogida. Había comprado un buen devocionario, que no abría jamás, para asistir a funerales y bodas. Se levantaba, se arrodillaba a su debido tiempo, aplicándose a guardar la actitud decente que convenía tener. Era, para ella, una especie de comportamiento oficial que la gente de bien, comerciantes y propietarios, debía guardar ante la religión.

Ese día la bella salchichera, al entrar en San Eustaquio, dejó caer suavemente la doble puerta de paño verde desteñido, desgastado por la mano de las beatas. Humedeció los dedos en la pila, se santiguó correctamente. Después, con pasos ahogados, fue hasta la capilla de Santa Inés, donde dos mujeres arrodilladas, con la cara entre las manos, esperaban, mientras que el vestido azul de una tercera desbordaba del confesionario. Pareció contrariada; y, dirigiéndose a un sacristán que pasaba, con su solideo negro, arrastrando los pies:

—¿Es hoy el día de confesión del padre Roustan? —preguntó.

Él contestó que el señor cura no tenía más que dos penitentes, que no tardaría mucho y que, si quería tomar asiento, le llegaría el turno en seguida. Le dio las

gracias, sin decir que no venía a confesarse. Decidió esperar, caminando a pasitos cortos por las losas, yendo hasta la puerta principal, desde donde miró la nave totalmente desnuda, alta y severa, entre las laterales pintadas de colores vivos; levantaba un poco el mentón, opinando que el altar mayor era demasiado sencillo, sin apreciar la fría grandeza de la piedra, prefiriendo los dorados y el abigarramiento de las capillas laterales. Del lado de la calle del Día<sup>[27]</sup>, esas capillas parecían grises, iluminadas por ventanas polvorientas; mientras que, del lado del Mercado Central, la puesta de sol encendía los cristales de las vidrieras, alegrándolos con tonos muy tiernos, verdes y amarillos sobre todo, tan límpidos que le recordaban las botellas de licor, delante del espejo del señor Lebigre. Regresó por aquel lado, que parecía como entibiado por esa luz de ascua, se interesó un instante por los relicarios, por los adornos de los altares, por las pinturas vistas en reflejos de prisma. La iglesia estaba vacía, estremecida con el silencio de sus bóvedas. Algunas faldas femeninas formaban manchas oscuras en el amarillento borroso de las sillas; y de los confesionarios cerrados salían susurros. Al volver a pasar por delante de la capilla de Santa Inés vio que el vestido azul seguía a los pies del padre Roustan.

—Yo habría acabado en diez segundos, si quisiera —pensó, orgullosa de su decencia.

Se fue hasta el fondo. Detrás del altar mayor, en la sombra de la doble hilera de pilares, la capilla de la Virgen está húmeda de silencio y sombras. Los vitrales, muy oscuros, destacan sólo los trajes de los santos, de anchos paños rojos y morados, ardiendo como llamas de amor místico en el recogimiento, la adoración muda de las tinieblas. Es un rincón de misterio, un hueco crepuscular del paraíso, donde brillan las estrellas de dos cirios, donde cuatro arañas con lámparas de metal, cayendo de la bóveda, apenas entrevistas, evocan los grandes incensarios de oro que los ángeles balancean al acostarse María. Entre los pilares siempre hay mujeres, desfallecidas en reclinatorios, abismadas en esa negra voluptuosidad.

Lisa, en pie, miraba, muy tranquilamente. No era nada nerviosa. Opinaba que era una equivocación no encender las arañas, que aquello estaría más alegre con luces. E incluso había una indecencia en aquella sombra, una luz y un hálito de alcoba que le parecían poco convenientes. A su lado, los cirios que ardían en un candelabro le calentaban el rostro, mientras una vieja rascaba con un gran cuchillo la cera caída, congelada en lágrimas pálidas. Y, en medio del temblor religioso de la capilla, del mudo desfallecimiento de amor, oía perfectamente el rodar de los simones que desembocaban en la calle Montmartre, detrás de los santos rojos y morados de las vidrieras. A lo lejos, el Mercado Central rugía, con voz continua.

Cuando iba a salir de la capilla, vio entrar a la menor de las Méhudin, Claire, la vendedora de pescado de agua dulce. Mandó encender un cirio en el candelabro. Después fue a arrodillarse tras un pilar, las rodillas dobladas sobre la piedra, tan

pálida con su pelo rubio mal atado que parecía una muerta. Allí, creyéndose oculta, agonizó, lloró a lágrima viva, con ardores de plegaria que la doblaban como bajo un fuerte viento, con todo un arrebató de mujer que se entrega. La bella salchichera se quedó sorprendidísima, pues las Méhudin no eran nada beatas; Claire, sobre todo, solía hablar de la religión y de los curas de una forma que ponía los pelos de punta.

—¿Qué mosca le habrá picado? —se dijo regresando de nuevo a la capilla de Santa Inés. Habrá envenenado a algún hombre, esa golfa.

El padre Roustan salía por fin de su confesionario. Era un hombre apuesto, de unos cuarenta años, de aire sonriente y bondadoso. Cuando reconoció a la señora Quenu, le estrechó las manos, la llamó «querida señora», la llevó a la sacristía, donde se quitó la sobrepelliz, diciéndole que pronto estaría a su disposición. Regresaron, él de sotana, a pelo, ella arrebujándose en su chal, y pasearon a lo largo de las capillas laterales, del lado de la calle del Día. Hablaban en voz baja. El sol moría tras los vitrales, la iglesia se tornaba negra, los pasos de las últimas beatas rozaban suavemente las losas.

Mientras tanto, Lisa explicó sus escrúpulos al padre Roustan. Jamás hablaban entre sí de religión. Ella no se confesaba, simplemente le consultaba en los casos difíciles, a título de hombre discreto y prudente, a quien prefería, decía a veces, a esos turbios hombres de negocios que huelen a presidio. Él se mostraba de una complacencia inagotable: hojeaba el Código para ella, le indicaba buenas inversiones de dinero, resolvía con tacto las dificultades morales, le recomendaba proveedores, tenía una respuesta a todas las preguntas, por complicadas y diversas que fueran, y todo ello con naturalidad, sin meter a Dios en el asunto, sin tratar de obtener un beneficio cualquiera en provecho propio o en provecho de la religión. Le bastaban un «gracias» y una sonrisa. Parecía muy contento de servir a la bella señora Quenu, de la cual su asistente le hablaba con respeto, como de persona muy estimada en el barrio. Ese día, la consulta fue especialmente delicada. Se trataba de saber qué conducta autorizaba la decencia con respecto a su cuñado; si tenía derecho a vigilarlo, a impedir que los comprometiera, a su marido, su hija y a ella; y, también, hasta dónde se podría llegar en caso de peligro inminente. No preguntó estas cosas tan brutalmente, planteó las cuestiones con miramientos tan bien elegidos que el sacerdote pudo disertar sobre la materia sin descender a personalismos. Estuvo lleno de argumentos contradictorios. En suma, juzgó que un alma justa tenía el derecho, e incluso el deber, de impedir el mal, con libertad para emplear los medios necesarios para el triunfo del bien.

—Ésa es mi opinión, querida señora —dijo al terminar—. La discusión sobre los medios es siempre grave. Los medios son la gran trampa donde tropiezan las virtudes ordinarias... Pero conozco su bella conciencia. Pese cada uno de sus actos, y si nada en su interior protesta, actúe intrépidamente... Las naturalezas decentes poseen la

maravillosa gracia de poner su decencia en todo cuanto tocan.

Y, cambiando de voz, continuó:

—Dígale al señor Quenu que le mando saludos. Cuando pase, entraré a besar a la buena Pauline... Hasta la vista, querida señora, siempre a su disposición.

Volvió a la sacristía. Lisa, al marcharse, sintió curiosidad por ver si Claire seguía rezando; pero Claire había vuelto a sus carpas y sus anguilas; sólo había, delante de la capilla de la Virgen, donde se había hecho la oscuridad, una desbandada de reclinatorios, volcados por la cálida devoción de las mujeres que se habían arrodillado allí.

Cuando la bella salchichera cruzó de nuevo la plaza, la Normanda, que acechaba su salida, la reconoció en el crepúsculo por la redondez de sus faldas.

—¡Válgame Dios! —exclamó—, se ha quedado más de una hora. Cuando los curas la vacían a ésa de sus pecados, los monaguillos hacen cadena para tirar los cubos de porquería a la calle.

Al día siguiente, por la mañana, Lisa subió directamente al cuarto de Florent. Se instaló allí con toda tranquilidad, segura de no ser molestada, y decidida por lo demás a mentir, a decir que había ido a cerciorarse de si la ropa estaba limpia, en el caso de que Florent subiese. Lo había visto, abajo, muy ocupado en la plaza del pescado. Sentándose ante la mesita, sacó el cajón, se lo puso en las rodillas, lo vació con grandes precauciones, teniendo cuidado de volver a colocar los paquetes de papeles en el mismo orden. Encontró ante todo los primeros capítulos de la obra sobre Cayena, después los proyectos, los planes de todas clases, la transformación de los consumos en tasas sobre las transacciones, la reforma del sistema administrativo del Mercado Central, y los demás. Aquellas páginas de fina letra, que leía con aplicación, la aburririeron mucho; iba a meter de nuevo el cajón, convencida de que Florent escondía en otra parte la prueba de sus malvados designios, pensando ya en registrar la lana de los colchones, cuando descubrió, en un sobre de carta, el retrato de la Normanda. La fotografía estaba un poco oscura. La Normanda posaba de pie, el brazo derecho apoyado en una columna truncada; y tenía todas sus joyas, un traje de seda nueva que se ahuecaba, una risa insolente. Lisa olvidó a su cuñado, sus terrores, lo que había ido a hacer allí. Se absorbió en una de esas contemplaciones de mujer que escudriña a otra mujer, a sus anchas, sin temor a ser vista. Jamás había tenido ocasión de estudiar a su rival tan de cerca. Examinó el pelo, la nariz, la boca, alejó la fotografía, la acercó. Después, con los labios apretados, leyó en el reverso, escrito con muy mala letra: «Louise, a su amigo Florent». Eso la escandalizó, era una confesión.

Le entraron ganas de coger la tarjeta, de guardarla como un arma contra su enemiga. Volvió a meterla lentamente en el sobre, pensando que eso estaría mal, y que, además, siempre la encontraría allí.

Entonces, hojeando de nuevo las páginas sueltas, colocándolas de una en una, se le ocurrió la idea de mirar al fondo, al sitio donde Florent había empujado el hilo y las agujas de Augustine; y allí, entre el devocionario y *La llave de los sueños*, descubrió lo que buscaba, notas muy comprometedoras, simplemente protegidas por una funda de papel gris. La idea de una insurrección, del derrocamiento del Imperio, con ayuda de un golpe de mano, aventurada una noche por Logre en el bar de Lebigre, había madurado lentamente en el ardiente espíritu de Florent. Pronto vio en ello un deber, una misión. Fue el objetivo, por fin hallado, de su evasión de Cayena y su regreso a París. Creyéndose en el deber de vengar su flacura contra aquella ciudad atiborrada, mientras los defensores del derecho morían de hambre en el destierro, se volvió justiciero, soñó con alzarse, desde el propio Mercado, para aplastar aquel reino de comilonas y borracheras. En aquel temperamento tierno la idea fija clavaba fácilmente su clavo. Todo se amplificaba de manera formidable, construía las más extrañas historias, se imaginaba que el Mercado se había apoderado de él, a su llegada, para ablandarlo, envenenarlo con sus olores. Y además estaba Lisa, que quería embrutecerlo; la evitaba durante dos o tres días, como a un disolvente que podía fundir su voluntad, si se le hubiera acercado. Estas crisis de pueril terror, estos arrebatos de hombre rebelde, desembocaban siempre en grandes dulzuras, en necesidades de amor, que ocultaba con una vergüenza infantil. De noche, sobre todo, el cerebro de Florent se cargaba de malignos vapores. Desdichado con su día, con los nervios tensos, rechazando el sueño por un sordo temor a la nada, se demoraba aún más en el bar de Lebigre o en casa de las Méhudin; y, cuando volvía a casa, no se acostaba aún, escribía, preparaba la famosa insurrección. Lentamente, encontró un plan de organización. Distribuyó París en veinte secciones, una por distrito, cada una con un jefe, una especie de general, que tenía a sus órdenes veinte lugartenientes que mandaban veinte compañías de afiliados. Todas las semanas se celebraría un consejo de jefes, en un local diferente cada vez; para mayor discreción, además, los afiliados sólo conocerían a su lugarteniente, quien, por su parte, se entrevistaría únicamente con el jefe de su sección; sería útil también que esas compañías se creyeran encargadas todas de misiones imaginarias, lo cual acabaría de despistar a la policía. En cuanto a la puesta en práctica de estos planes, era de lo más sencillo. Se esperaba a la formación completa de los cuadros; luego se aprovecharía la primera conmoción política. Como no tendrían, sin duda, más que unas cuantas escopetas de caza, al principio se apoderarían de las oficinas de Correos, desarmarían a los bomberos, a los guardias de París, a los soldados de línea, sin entablar batalla en la medida de lo posible, invitándoles a hacer causa común con el pueblo. A continuación, marcharían derechos al Cuerpo Legislativo, para ir desde allí al Ayuntamiento. Este plan, sobre el cual Florent volvía cada noche, como a un argumento de drama que aliviara su sobreexcitación nerviosa, sólo estaba escrito aún en trozos de papel, tachados, que

mostraban los tanteos del autor, permitiendo seguir las fases de aquella concepción infantil y científica a la vez. Cuando Lisa hubo recorrido las notas, sin entenderlas todas, se quedó temblorosa, sin atreverse a tocar aquellos papeles, con miedo a verlos estallar entre sus manos como un arma cargada.

Una última nota la asustó más aún que las otras. Era una cuartilla en la cual Florent había dibujado la forma de las insignias que distinguirían a jefes y lugartenientes; al lado se encontraban igualmente los banderines de las compañías. Y hasta unas leyendas a lápiz decían el color de los banderines de los veinte distritos. Las insignias de los jefes eran fajines rojos; las de los lugartenientes, brazaletes, igualmente rojos. Fue, para Lisa, la realización inmediata del motín: vio a aquellos hombres, con todas aquellas telas rojas, pasar por delante de su salchichería, disparar balas contra los espejos y los mármoles, robar las salchichas y las *andouilles* del escaparate. Los infames proyectos de su cuñado constituían un atentado contra ella misma, contra su felicidad. Cerró el cajón, mirando el cuarto, diciéndose que, sin embargo, era ella la que alojaba a ese hombre, que él dormía en sus sábanas, que usaba sus muebles. Y estaba especialmente exasperada por la idea de que ocultaba la abominable e infernal maquinación en aquella mesita de madera blanca, que ella había utilizado en tiempos en casa del tío Gradelle, antes de su boda, una mesa inocente, toda desclavada.

Se quedó de pie, pensando en lo que iba a hacer. Ante todo, era inútil informar a Quenu. Se le ocurrió la idea de tener una explicación con Florent, pero temió que marchara a cometer su crimen lejos de ellos, aunque comprometiéndolos, por pura maldad. Se calmó un poco, prefirió vigilarlo. Al primer peligro, ya vería. En suma, ahora ya tenía con qué hacerlo volver a galeras.

Al entrar en la tienda, vio a Augustine muy emocionada. La pequeña Pauline había desaparecido hacía media hora larga. Ante las preguntas inquietas de Lisa, sólo pudo responder:

—No sé, señora... Estaba ahí hace un momento, en la acera, con un crío... Yo los miraba; después, empecé un jamón para un señor, y no los vi ya.

—Apuesto a que es Órdago —exclamó la salchichera—. ¡Ah, qué niño más sinvergüenza!

Era Órdago, en efecto. Pauline, que precisamente estrenaba ese día un vestido nuevo, de rayas azules, había querido enseñárselo. Permanecía muy tiesa, delante de la tienda, tan formalita, los labios fruncidos en esa mueca grave de una mujercita de seis años que teme ensuciarse. Sus faldas, muy cortas, muy almidonadas, se ahuecaban como faldas de bailarina, mostrando las medias blancas bien estiradas, las botinas de charol de un azul claro; mientras que su gran delantal, que la escotaba, tenía, en los hombros, un estrecho volante bordado, de donde los brazos, adorables de infancia, salían desnudos y rosados. Llevaba pendientes de turquesas en las orejas,

una crucecita al cuello, un lazo de terciopelo azul en el pelo, muy bien peinada, con el aire regordete y tierno de su madre, la gracia parisiense de una muñeca nueva.

Órdago la había visto desde el Mercado. Dejaba en el arroyo pececitos muertos que el agua se llevaba, y a los que seguía a lo largo de la acera, diciendo que nadaban. Pero la visión de Pauline, tan guapa, tan limpia, le hizo cruzar la calzada, sin gorra, la blusa desgarrada, el pantalón caído y enseñando la camisa, con el desaliño de un galopín de siete años. Su madre le había prohibido jugar nunca más con «esa niña gordinflona a quien sus padres atiborran hasta reventar». Merodeó un instante, se acercó, quiso tocar el lindo vestido de rayas azules. Pauline, halagada al principio, hizo una mueca de gazmoña, retrocedió, murmurando en tono irritado:

—Déjame... Mamá no quiere.

Eso hizo reír al pequeño Órdago, que era muy espabilado y muy atrevido.

—¡Ah! ¡Bueno! —dijo—. ¡Mira que eres pánfila!... ¿Qué importa que tu madre no quiera?... Vamos a jugar a empujarnos, ¿quieres?

Debía de acariciar la maligna idea de ensuciar a Pauline. Ésta, al verlo preparado para darle un empujón en la espalda, retrocedió aún más, fingió entrar en casa. Entonces él se mostró muy dulce; se subió los pantalones, como un hombre de mundo.

—¡No seas boba! Era de broma... Estás muy guapa así. ¿Es de tu mamá la crucecita?

Se pavoneó, dijo que era suya. Él, despacito, la iba llevando hasta la esquina de la calle Pirouette; tocaba las faldas, se extrañaba, las encontraba terriblemente tiesas, lo cual causaba un infinito placer a la cría. Desde que se hacía la interesante en la acera, estaba muy vejada al ver que nadie la miraba. Pero, a pesar de los cumplidos de Órdago, no quiso bajar de la acera.

—¡Qué furcia! —exclamó éste, volviendo a ser grosero—. ¡Te voy a sentar sobre tu cesta de cagarrutas!, ¿sabes, señora Lindoculo?

Ella se asustó. Él le había cogido la mano y, comprendiendo su error, se mostró de nuevo zalamero, registrándose vivamente los bolsillos:

—Tengo una perra chica —dijo.

La vista de la perra calmó a Pauline. Él sujetaba la moneda con las yemas de los dedos, delante de ella, de modo que ella bajó a la calzada, para seguir a la moneda. Decididamente, el pequeño Órdago estaba de suerte.

—¿Qué te gusta? —preguntó.

No respondió en seguida; no sabía, le gustaban demasiadas cosas. Él nombró un montón de golosinas: regaliz, melaza, bolas de goma, azúcar en polvo. El azúcar en polvo hizo reflexionar mucho a la cría; uno moja el dedo, y lo chupa; es muy rico. Estaba muy seria. Por fin se decidió:

—No, me gustan los cucuruchos.

Entonces él la cogió del brazo, se la llevó, sin que se resistiera. Cruzaron la calle Rambuteau, siguieron la ancha acera del Mercado, fueron a una abacería de la calle de la Cossonnerie, famosa por sus cucuruchos. Los cucuruchos son delgados cucuruchos de papel donde los tenderos meten los restos del escaparate, las peladillas rotas, los *marrons glacés* hechos pedazos, los fondos sospechosos de los frascos de caramelos. Órdago hizo las cosas galantemente; dejó a Pauline elegir el cucurucho, un cucurucho de papel azul, no se lo quitó, dio la perra chica. En la acera, ella vació las migas de todas clases en los dos bolsillos de su delantal; y los bolsillos eran tan estrechos que se llenaron. Ella mordisqueaba suavemente, migaja a migaja, encantada, mojando el dedo para sacar el polvo demasiado fino; así fundía los caramelos, y dos manchas pardas marcaban ya los dos bolsillos del delantal. Órdago sonreía socarrón. La llevaba de la cintura, arrugándola a sus anchas, mientras le hacía doblar la esquina de la calle Pierre Lescot, hacia la plaza de los Inocentes, diciéndole:

—¿Qué tal? ¿Quieres jugar ahora?... Es rico, lo que tienes en los bolsillos. Ya ves cómo no quería hacerte daño, burra.

Y él mismo metía los dedos hasta el fondo de los bolsillos. Entraron en los jardincillos. Allí era, sin duda, a donde el pequeño Órdago soñaba con conducir a su conquista. Le hizo los honores del jardín, como de una propiedad suya, muy agradable, donde triscaba tardes enteras. Pauline nunca había ido tan lejos; habría sollozado como una señorita raptada, de no haber tenido azúcar en los bolsillos. La fuente, en medio del césped interrumpido por macizos, corría, desgarrando lienzos de agua; y las ninfas de Jean Goujon, todas blancas en el gris de la piedra, inclinaban sus urnas, poniendo su gracia desnuda en medio del aire negro del barrio de Saint Denis. Los niños dieron la vuelta, mirando cómo caía el agua en los seis estanques, interesados por la hierba, soñando seguramente con cruzar el césped central, o con deslizarse bajo los macizos de acebo y rododendros, en el arriate que bordeaba la verja de los jardincillos. Mientras tanto el pequeño Órdago, que había logrado chafar el bonito vestido por detrás, dijo, con su risa solapada:

—Vamos a jugar a tirarnos arena, ¿quieres?

Pauline estaba seducida. Se tiraron arena, cerrando los ojos. La arena entraba por el corpiño escotado de la cría, corría a lo largo, hasta las medias y las botitas. Órdago se divertía mucho, al ver cómo el delantal blanco se ponía amarillo. Pero opinó sin duda que aún estaba demasiado limpia.

—¡Eh! ¿Y si plantáramos árboles? —preguntó de repente—. ¡Sé hacer jardines preciosos!

—¡Jardines! ¿En serio? —murmuró Pauline, llena de admiración.

Entonces, como el guarda de los jardincillos no estaba allí, él le mandó cavar hoyos en un arriate. Ella estaba de rodillas, en medio y medio de la tierra blanda, estirada sobre el vientre, hundiendo hasta los codos sus adorables brazos desnudos. Él



buscaba trozos de madera, rompía ramas. Eran los árboles del jardín, que plantaba en los hoyos de Pauline. Sólo que los hoyos nunca le parecían lo bastante profundos, la trataba como a un mal obrero, con rudezas de patrón. Cuando se levantó, estaba negra de pies a cabeza, tenía tierra en el pelo, toda embadurnada, tan divertida con sus brazos de carbonero que Órdago batió palmas, exclamando:

—Y ahora vamos a regarlos... Si no, no crecerían, ¿comprendes?

Fue el colmo. Salían del jardín, recogían agua en el arroyo, en el hueco de las manos, regresaban corriendo para regar los trozos de madera. Por el camino, Pauline, que estaba demasiado gorda y no sabía correr, dejaba escapar todo el agua entre los dedos, a lo largo de las faldas; tanto, que al sexto viaje parecía como si se hubiera revolcado en el arroyo, Órdago la encontró muy bien cuando estuvo sucísima. La hizo sentarse a su lado, bajo un rododendro, junto al jardín que habían plantado. Le contaba que estaba ya creciendo. Le había cogido la mano, llamándola su mujercita.

—No lamentas haber venido, ¿verdad? En vez de quedarte en la acera, donde tienes pinta de aburrirte como una ostra... Ya verás, sé montones de juegos, en la calle. Tendrás que volver, ¿oyes? Pero no hay que hablar de eso con mamá. No hay que hacer el tonto... Si dices algo, ¿sabes?, te tiraré del pelo cuando pase por delante de tu casa.

Pauline contestaba a todo que sí. Él, como última galantería, le llenó de tierra los dos bolsillos del delantal. Ahora la apretaba, tratando de hacerle daño, con crueldad de golfillo. Pero ella no tenía más azúcar, ya no jugaba, y empezaba a inquietarse. Cuando él se puso a pellizcarla, lloró diciendo que quería irse. Eso alegró mucho a Órdago, que se mostró insolente: la amenazó con no llevarla a casa de sus padres. La cría, totalmente aterrorizada, lanzaba suspiros ahogados, como una dama a merced de un seductor, en el fondo de una posada desconocida. Seguramente él habría terminado pegándole, para que se callase, cuando una voz agria, la voz de la señorita Saget, exclamó al lado de ellos:

—¡Ay! ¡Dios me perdone! Si es Pauline... ¿Quieres dejarla en paz, maldito golfo?

La solterona cogió de la mano a Pauline, lanzando exclamaciones sobre el lastimoso estado de su vestimenta. Órdago no se asustó en lo más mínimo; las siguió, riendo taimadamente de su obra, repitiendo que era ella la que había querido venir, y que se había dejado caer al suelo. La señorita Saget era asidua a los jardincillos de los Inocentes. Cada tarde pasaba allí una larga hora, para estar al corriente de las hablillas de la clase humilde. Allí, en los dos lados, hay una larga fila semicircular de bancos, uno pegado a otro. La gente pobre que se ahoga en los cuchitriles de las estrechas calles vecinas se agolpa allí: viejas consumidas, de aire friolero, con cofias arrugadas; jóvenes con blusas, con faldas mal atadas, sin nada en la cabeza, derrengadas, ajadas ya por la miseria; también algunos hombres, viejos aseaditos, cargadores de

chaquetas pringosas, señores sospechosos con sombreros negros; mientras que, en los senderos, la chiquillería se revuelca, arrastra coches sin ruedas, llena cubos de arena, llora y se muerde, una chiquillería terrible, harapienta, con los mocos colgando, que pulula al sol como piojos. La señorita Saget era tan menuda que siempre encontraba modo para deslizarse en un banco. Escuchaba, pegaba la hebra con su vecina, alguna mujer de obrero toda amarilla, que zurcía ropa, sacando de un cestito, reparado con cordeles, pañuelos y calcetines acribillados a agujeros. Además, tenía sus conocidos. Entre los intolerables chillidos de la chiquillería y el rodar incesante de los carruajes, detrás, en la calle Saint Denis, había chismorreos sin fin, historias sobre los proveedores, los abaceros, los panaderos, los carniceros, toda una gaceta del barrio, avinagrada por las negativas de crédito y la envidia sorda del pobre. Se enteraba, sobre todo, entre aquellas desdichadas, de las cosas inconfesables, lo que descendía de las turbias habitaciones amuebladas, lo que salía de las negras porterías, las porquerías de la maledicencia, con las que ella realzaba, como con una punta de guindilla, sus apetitos de curiosidad. Además, delante de sí, volviendo la cara hacia el Mercado, tenía la plaza, los tres lienzos de casas, horadados por sus ventanas, en las cuales ella trataba de penetrar con la mirada; parecía elevarse, ir a lo largo de los pisos, como si fueran agujeros de vidrio, hasta los ojos de buey de las buhardillas; escudriñaba las cortinas, reconstruía un drama con la simple aparición de una cabeza entre dos persianas, había acabado por saber la historia de los inquilinos de todas esas casas con sólo mirar las fachadas. El restaurante Baratte le interesaba de modo especial, con su tienda de vinos, su marquesina recortada y dorada, formando terraza, dejando desbordar el verdor de unas macetas, sus cuatro pisos estrechos, adornados y pintarrajeados; le agradaban el fondo de un azul tierno, las columnas amarillas, la estela coronada por una concha, aquel escaparate de templo de cartón, esgrafiado sobre la cara de una casa decrepita, rematada arriba, al borde del tejado, por una galería de cinc pintada de color. Detrás de las persianas flexibles, de tiras rojas, ella leía las comidas opíparas, las cenas finas, las juergas de rompe y rasga. E incluso mentía; era allí donde Florent y Gavard iban de francachela con esas dos guarras de las Méhudin; a los postres ocurrían cosas abominables.

Mientras tanto Pauline lloraba más fuerte desde que la solterona la tenía de la mano. Ésta se dirigía hacia la puerta de los jardincillos, cuando pareció cambiar de opinión. Se sentó en la punta de un banco, tratando de callar a la cría.

—Vamos, no llores, que te cogerán los guardias... Voy a acompañarte a tu casa. Tú me conoces, ¿no? Soy una «buena amiga», ya sabes... Ea, suelta una risita.

Pero las lágrimas la ahogaban, quería marcharse. Entonces la señorita Saget la dejó sollozar, tan tranquila, esperando a que hubiera acabado. La pobre criatura estaba tiritando, con las faldas y las medias mojadas; las lágrimas que se secaba con los puños sucios le dejaban tierra hasta en las orejas. Cuando se hubo calmado un

poco, la vieja prosiguió en tono dulzón:

—Tu mamá no es mala, ¿verdad? Te quiere mucho.

—Sí, sí —respondió Pauline, con el corazón aún oprimido.

—Y tu papá tampoco es malo, no te pega, no se pelea con mamá... ¿Qué dicen por la noche, cuando se van a acostar?

—Ah, yo no sé; estoy calentita en mi cama.

—¿Hablan de tu primo Florent?

—No sé.

La señorita Saget adoptó un aire severo, fingiendo levantarse e irse.

—¡Vaya! Eres una mentirosa... Sabes que no hay que mentir... Voy a dejarte ahí, si mientes, y Órdago te pellizcará.

Órdago, que merodeaba en torno al banco, intervino, diciendo con su tono decidido de hombrecito:

—Venga, es demasiado pava para saber nada... Yo sé que mi buen amigo Florent tenía pinta de gaznápiro ayer, cuando mamá le dijo, riendo, que podía besarla, si le apetecía.

Pero Pauline, ante la amenaza de ser abandonada, se había echado a llorar.

—¡Cállate, cállate de una vez, fierabrás! —murmuró la vieja, zamarreándola—. No me voy, te compraré un pirulí, ¿eh?, ¡un pirulí!... Entonces, ¿no quieres a tu primo Florent?

—No, mamá dice que no es honrado.

—¡Ah! Ya ves cómo mamá decía algo.

—Una noche, en mi cama, tenía yo a Cordero, dormía con Cordero... Ella le decía a papá: «Tu hermano sólo ha escapado de presidio para meternos a todos con él».

La señorita Saget lanzó un ligero grito. Se había puesto en pie, toda estremecida. Un rayo de luz acababa de herirla en pleno rostro. Cogió de la mano a Pauline, la hizo trotar hasta la salchichería, sin hablar, los labios apretados en una sonrisa interna, las miradas aceradas de aguda alegría. En la esquina de la calle Pirouette, Órdago, que las acompañaba brincando, disfrutando al ver a la cría con las medias embarradas, desapareció prudentemente. Lisa estaba mortalmente inquieta. Cuando vio a su hija hecha un trapo, se quedó tan sobrecogida que le daba vueltas por todas partes, sin pensar siquiera en pegarle. La vieja decía con su voz maligna:

—Es el pequeño Órdago... Se la he traído, ya comprenderá... Los descubrí juntos, debajo de un árbol de los jardincillos. Si yo fuera usted, la examinaría. Es capaz de todo, ese hijo de perra.

Lisa no encontraba palabras. No sabía por dónde coger a su hija, tanto la asqueaban las botinas enfangadas, las medias manchadas, las faldas rotas, las manos y la cara negras. El terciopelo azul, los pendientes, la cruz, desaparecían bajo una

capa de mugre. Pero lo que acabó de exasperarla fueron los bolsillos llenos de tierra. Se agachó, los vació, sin respetar las baldosas blancas y rosa de la tienda. Después no pudo pronunciar más que una frase, arrastró a Pauline, diciendo:

—Venga usted, basura.

La señorita Saget, parapetada en su sombrero negro, estaba contentísima con esta escena, y cruzó vivamente la calle Rambuteau. Sus pies menudos apenas tocaban los adoquines; la empujaba la alegría, como una ráfaga cargada de halagüeñas caricias. ¡Por fin sabía! Después de consumirse durante casi un año, ahora poseía a Florent, por entero, de repente. Era un contento inesperado, que la sanaba de toda enfermedad; pues percibía que aquel hombre la habría ido matando a fuego lento, hurtándose durante más tiempo a los ardores de su curiosidad. Ahora el barrio del Mercado le pertenecía; ya no había lagunas en su cabeza; podía contar cada calle, tienda a tienda. Y lanzaba pequeños suspiros desfallecientes al entrar en el pabellón de la fruta.

—¡Eh! Señorita Saget —gritó la Sarriette desde su puesto—, ¿qué le pasa, que se ríe sola?... ¿Es que le ha tocado el gordo de la lotería?

—No, no... ¡Ay, hija mía, si usted supiera!...

La Sarriette estaba adorable, en medio de su fruta, con su desaliño de guapa moza. El pelo ensortijado le caía sobre la frente, como pámpanos. Sus brazos al aire, su cuello desnudo, todo cuanto mostraba desnudo y rosado, tenía un frescor de melocotón y de cereza. Por picardía se había colgado unas ambrunesas de las orejas, ambrunesas negras que saltaban sobre sus mejillas cuando se agachaba, sonora de risas. Lo que la divertía tanto era que estaba comiendo grosellas, y que las comía embadurnándose la boca, hasta la barbilla y hasta la nariz; tenía la boca roja, una boca pintada, fresca de zumo de grosellas, como arreglada y perfumada con algún afeite de serallo. Un olor a ciruelas ascendía de sus sayas. Su toquilla mal atada olía a fresas.

Y en el estrecho cajón, a su alrededor, se amontonaba la fruta. Detrás, a lo largo de los anaqueles, había hileras de melones, cantalupos acribillados a verrugas, comunes con encajes grises, chinos con sus jorobas desnudas. En el mostrador, las mejores frutas, delicadamente colocadas en cestos, tenían redondeces de mejillas que se esconden, caras de hermosas niñas entrevistas a medias bajo un telón de hojas; los melocotones, sobre todo, los rubicundos romanos, de piel fina y clara como muchachas del Norte, y los melocotones del Sur, amarillos y quemados, con el bronceado de las muchachas de Provenza. Los albaricoques adquirían sobre el musgo tonalidades ambarinas, esos calores de puesta de sol que caldean la nuca de las morenas, en el sitio donde se rizan unos abuelos. Las cerezas, alineadas de una en una, parecían los labios demasiado estrechos de una china sonriente; las picotas, labios regordetes de mujer gruesa; las guindas, más alargadas y serias; las

ambrunesas, carne común, negra, magullada a besos; las gordales, manchadas de blanco y rosa, de risa a la vez alegre y enojada. Manzanas y peras se apilaban, con regularidades de arquitectura, formando pirámides, mostrando rubores de senos nacientes, hombros y caderas dorados, toda una desnudez discreta, en medio de ramas de helechos; eran de pieles diferentes, las manzanas de api todavía en la cuna, las asperiegas deformadas, las camuesas de vestido blanco, las ranetas sanguíneas, las meladuchas con la cara roja, las reinetas rubias, salpicadas de pecas; después las variedades de peras, la almizcleña, la bergamota, la de donguindo, las verdiñales, las de agua, rechonchas, alargadas, con cuellos de cisne u hombros apopléticos, con vientres amarillos y verdes, realzados por una pizca de carmín. Al lado, las ciruelas transparentes mostraban suavidades doróticas de virgen; las Claudias, las ciruelas de fraile, estaban pálidas como una flor inocente; los cascabefillos se desgranaban como las cuentas de oro de un rosario, olvidado en una caja con palitos de vainilla. Y también las fresas exhalaban un perfume fresco, un perfume de juventud, sobre todo las pequeñas, las que se cogen en los bosques, todavía más que los fresones de jardín, que tienen el perfume insulso de las regaderas. Las frambuesas sumaban su fragancia a ese olor puro. Las grosellas, rojas y negras, las avellanas, reían con muecas desvergonzadas; mientras que en las cestas de uvas, pesados racimos, cargados de embriaguez, desfallecían al borde del mimbre, dejando caer sus granos enrojecidos por la voluptuosidad demasiado cálida del sol.

La Sarriette vivía allí como en un huerto, emborrachándose de olores. La fruta barata, las cerezas, las ciruelas, las fresas, amontonadas delante de ella en cestos planos, guarnecidos de papel, se magullaban, manchaban el mostrador de zumo, un zumo fuerte que humeaba con el calor. Por eso ella sentía que la cabeza le daba vueltas, en julio, en las tardes ardientes, cuando los melones la rodeaban de un intenso vapor de almizcle. Entonces, ebria, enseñando más carne bajo la toquilla, apenas madura y con todo el frescor de la primavera, era una tentación para la boca, inspiraba deseos de merodeador. Era ella, eran sus brazos, era su cuello, los que daban a su fruta esa vida amorosa, esa tibieza satinada de mujer. En el puesto de venta de al lado, una vieja frutera, una horrible borracha, no exhibía sino manzanas arrugadas, peras colgantes como senos vacíos, albaricoques cadavéricos, de un infame amarillo de bruja. Pero ella convertía su escaparate en una gran voluptuosidad desnuda. Sus labios habían colocado allí las cerezas, besos rojos, una por una; dejaba caer de su corpiño los melocotones más sedosos; proveía a las ciruelas de su piel más tierna, la piel de sus sienes, la de su barbilla, la de las comisuras de la boca; dejaba correr un poco de su sangre roja en las venas de las grosellas. Sus ardores de guapa moza ponían en celo aquellos frutos de la tierra, todas aquellas simientes, cuyos amores terminaban sobre un lecho de hojas, en el fondo de las alcobas revestidas de musgo de los cestitos. Detrás de la tienda, la calle de las flores tenía un perfume soso,

después del aroma de vida que salía de sus cestas empezadas y de sus ropas descompuestas.

Sin embargo, la Sarriette, ese día, estaba embriagada por la afluencia de cascabelillos, que llenaban el mercado. Vio perfectamente que la señorita Saget tenía alguna gran noticia, y quiso hacerla hablar; pero la vieja, pataleando de impaciencia:

—No, no, no tengo tiempo... Corro a ver a la señora Lecoeur. ¡Ah! ¡Sé cada cosa!... Venga, si quiere.

A decir verdad, sólo cruzaba el pabellón de la fruta para recoger a la Sarriette. Ésta no pudo resistir la tentación. El señor Jules estaba allí, columpiándose en una silla, afeitado y fresco como un querubín.

—Cuida un momento la tienda, ¿eh? —le dijo—. Vuelvo en seguida.

Pero él se levantó, le gritó con su voz gruesa, cuando doblaba por el pasillo:

—¡Eh! ¡De eso nada, Lisette! Me largo, ¿sabes?... No quiero esperar una hora como el otro día... Y encima tus ciruelas me dan dolor de cabeza.

Y se marchó tan tranquilo, con las manos en los bolsillos. El puesto quedó solo. La señorita Saget hacía correr a la Sarriette. En el pabellón de la mantequilla, una vecina les dijo que la señora Lecoeur estaba en el sótano.

La Sarriette bajó a buscarla, mientras la vieja se instalaba en medio de los quesos.

Abajo, el sótano está muy oscuro; a lo largo de las callejas, los trasteros están revestidos de una tela metálica de finas mallas, por miedo a los incendios; las lámparas de gas, muy escasas, ponen manchas amarillas sin rayos en el vaho nauseabundo, más pesado aún por el aplastamiento de la bóveda. Pero la señora Lecoeur trabajaba la manteca en una de las mesas colocadas a lo largo de la calle Berger. Los tragaluces dejan caer un pálido resplandor. Las mesas, continuamente lavadas con agua de los grifos, tienen blancuras de mesas nuevas. De espaldas a la bomba del fondo, la vendedora amasaba las pellas, en medio de una caja de roble. Cogía, a su lado, las muestras de las distintas mantequillas, las mezclaba, las corregía una con otra, al igual que se procede con los vinos. Doblada en dos, los hombros puntiagudos, los brazos flacos y nudosos, como espárragos, desnudos hasta los hombros, hundía furiosamente los puños en esa pasta grasienta que adquiriría un aspecto blanquecino y gredoso. Sudaba, lanzaba un suspiro a cada esfuerzo.

—La señorita Saget quiere hablar con usted, tía —dijo la Sarriette.

La señora Lecoeur se detuvo, se acomodó la cofia sobre el pelo con los dedos llenos de mantequilla, sin miedo a las manchas, al parecer.

—He acabado, que espere un momento —respondió.

—Tiene algo muy interesante que contarle.

—Sólo un minuto, pequeña.

Había vuelto a hundir los brazos. La manteca le subía hasta los codos. Ablandada previamente en agua tibia, aceitaba su carne de pergamino, haciendo resaltar las

gruesas venas moradas que le cruzaban la piel, semejantes a rosarios de varices reventadas. La Sarriette estaba asqueada de aquellos brazos tan feos, ensañándose en medio de la masa fundente. Pero recordaba el oficio; en tiempos también ella metía sus manitas adorables en la mantequilla, durante tardes enteras; e incluso aquello era su crema de almendras, un unguento que le conservaba la piel blanca, las uñas rosadas, y cuya flexibilidad parecían haber conservado sus finos dedos. Por eso, tras un silencio, prosiguió:

—No va a ser muy especial esa pella, tía... Tiene usted ahí mantecas demasiado fuertes.

—Lo sé muy bien —dijo la señora Lecoeur entre gemidos—, pero ¿qué quieres? Hay que vender de todo... La gente quiere comprar barato, pues se les da barato... ¡Bah, siempre será demasiado bueno para los clientes!

La Sarriette pensaba que no comería de buen grado una mantequilla trabajada por los brazos de su tía. Miró dentro de un tarrito lleno de una especie de tintura roja.

—Su bija está demasiado clara —murmuró.

La bija sirve para dar a las pellas un hermoso color amarillo. Los comerciantes creen guardar religiosamente el secreto de esa tintura, que proviene simplemente de la semilla de la bija; aunque es cierto que la fabrican con zanahorias y con caléndulas.

—¿Qué? ¿Viene o no? —dijo la joven, que se impacientaba y que ya no estaba acostumbrada al olor infecto del sótano—. A lo mejor la señorita Saget se ha marchado ya... Debe de saber cosas muy graves sobre el tío Gavard.

La señora Lecoeur, de golpe, no continuó. Dejó la pella y la bija. Ni siquiera se limpió los brazos. Con una leve palmada se acomodó de nuevo la cofia, pisándole los talones a su sobrina, subiendo la escalera, repitiendo con inquietud:

—¿Crees que no nos habrá esperado?

Pero se tranquilizó al ver a la señorita Saget, en medio de los quesos. Ni se le había ocurrido marcharse. Las tres mujeres se sentaron al fondo del estrecho cajón. Estaban unas encima de otras, hablándose con las narices pegadas a las caras. La señorita Saget guardó silencio durante dos minutos largos; después, cuando vio que las otras dos ardían de curiosidad, con una voz aguda:

—El tal Florent, ¿saben?... ¡Bueno!, pues ahora puedo decirles de dónde sale.

Y las dejó un instante más pendientes de sus labios.

—Sale de presidio —dijo por fin, ensordeciendo terriblemente la voz.

Alrededor de ellas, los quesos apestaban. Sobre los dos anaqueles del puesto, al fondo, se alineaban enormes pellas de mantequilla; las mantequillas de Bretaña, en cestos, desbordaban; las mantequillas de Normandía, envueltas en lienzos, semejaban esbozos de vientres, sobre los cuales un escultor hubiera lanzado paños mojados; otras pellas, empezadas, talladas por los anchos cuchillos como rocas a plomo, llenas de valles y de fracturas, eran como cimas derrumbadas, doradas por la palidez de una

tarde de otoño. Bajo la mesa del mostrador, de mármol rojo vetado de gris, los cestos de huevos ponían su palidez de tiza; y en cajas, sobre encellas de paja, quesillos de cabra colocados uno junto a otro, *gournays* alineados de plano, como medallas, formaban capas más oscuras manchadas con tonos verdosos. Pero los quesos se apilaban sobre todo en la mesa. Allí, al lado de los panes de mantequilla de a libra, sobre hojas de acelga, se desplegaba un *cantal* enorme, como hendido a hachazos; después venían un *chester*, de color de oro, un *gruyère*, semejante a una rueda caída de algún carro bárbaro, quesos de bola, redondos como cabezas cortadas, embadurnadas de sangre seca, con esa dureza de cráneo que les ha valido el nombre de «cabezas de muerto»<sup>[28]</sup>. Un parmesano, en medio de aquella pesadez de pasta cocida, añadía cierto olor aromático. Tres *bries*, sobre tablas redondas, tenían melancolías de lunas apagadas; dos de ellos, muy secos, estaban en su punto; el tercero, menos que mediado, se derretía, se vaciaba de una crema blanca, extendida en lago, arrasando las delgadas tablillas con ayuda de las cuales habían intentado en vano contenerlo. Los *port-salut*, semejantes a discos antiguos, mostraban muy visible el nombre impreso de los fabricantes. Un *romantour*, vestido con su papel de plata, hacía soñar con una barra de turrón, un queso azucarado, perdido entre aquellas fermentaciones acres. Los *roquefort*, también, bajo campanas de cristal, adoptaban un porte principesco, con caras jaspeadas y untuosas, veteadas de azul y amarillo, como atacados por una enfermedad vergonzosa de gente rica que ha comido demasiadas trufas; mientras que, en una bandeja, al lado, los quesitos de cabra, del tamaño de un puño de niño, duros y grisáceos, recordaban los guijarros que los machos cabríos, al conducir el rebaño, hacen rodar en los recodos de los senderos pedregosos. Comenzaban entonces los hedores: los *montd'or*, de un amarillo claro, desprendiendo un olor dulzón; los *troyes*, muy espesos, magullados en los bordes, de aspereza más fuerte, agregando una fetidez de sótano húmedo; los *camemberts*, con un aroma de caza demasiado pasada; los *neufchâteles*, los *limburgos*, los *marolles*, los *pont-l'évêque*, cuadrados, poniendo cada cual su nota aguda y particular en aquella frase ruda hasta la náusea; los *livarots*, teñidos de rojo, terribles en la garganta como un vapor de azufre; y después, por último, por encima de todos los demás, los *olivets*, envueltos en hojas de nogal, como esas carroñas que los campesinos cubren de ramas, al borde de un campo, humeantes al sol. El calor de la tarde había ablandado los quesos; los mohos de las cortezas se fundían, se barnizaban con ricos tonos de cobre rojo y de verdín, semejantes a heridas mal cerradas; bajo las hojas de roble, un soplo levantaba la piel de los *olivets*, que latía como un pecho, con un aliento lento y fuerte de hombre dormido; una oleada de vida había agujereado un *livarot*, pariendo por ese corte un tropel de gusanos. Y detrás de las balanzas, en su delgada caja, un *géromé* anisado difundía un olor tan infecto que, alrededor de la caja, sobre el mármol rojo vetado de gris, habían caído moscas.



La señorita Saget tenía ese *géromé* casi en la nariz. Se echó hacia atrás, apoyó la cabeza en las grandes hojas de papel amarillas y blancas, colgadas por una punta, al fondo del puesto.

—Sí —repitió con una mueca de desagrado—, viene del presidio... ¿Qué? ¿No es como para bajarles los humos a los Quenu-Gradelle?

Pero la señora Lecoeur y la Sarriette lanzaban exclamaciones de asombro. No era posible. ¿Qué es lo que había hecho para ir a presidio? ¿Quién iba a sospechar que la señora Quenu, cuya virtud era la gloria del barrio, escogiera un amante en el presidio!

—¡Eh! No, no lo entienden —exclamó la vieja, impaciente—. Escúcheme de una vez... Ya sabía yo que había visto a ese desgachado en alguna parte.

Les contó la historia de Florent. Ahora recordaba un vago rumor que había corrido por aquella época, un sobrino del viejo Gradelle enviado a Cayena, por haber matado a seis gendarmes en una barricada; e incluso lo había visto una vez, en la calle Pirouette. Conque aquél era el falso primo. Y se quejaba, añadiendo que perdía memoria, que estaba acabada, que dentro de poco ya no sabría nada. Lloraba por esa muerte de su memoria como un erudito que viera volando al viento las notas acumuladas con el trabajo de toda una existencia.

—¡Seis gendarmes! —murmuró la Sarriette con admiración—; debe de tener puños sólidos, ese hombre.

—Y ha hecho otras muchas —agregó la señorita Saget—. No le recomiendo que se lo encuentre a media noche.

—¡Qué bribón! —balbució la señora Lecoeur, totalmente espantada.

El sol oblicuo entraba bajo el pabellón, los quesos apestaban con más fuerza. En ese momento, dominaba sobre todo el *marolles*; lanzaba tufaradas poderosas, un olor a paja podrida, entre la insulsez de las pellas de mantequilla. Después, el viento pareció cambiar; bruscamente, estertores de *limburgo* llegaron entre las tres mujeres, agrios y amargos, como brotados de gargantas de moribundos.

—Pero —prosiguió la señora Lecoeur— es el cuñado de la gorda Lisa, entonces... No se ha acostado con ella...

Se miraron, sorprendidas por este aspecto del nuevo caso de Florent. Las fastidiaba abandonar su primera versión. La vieja señorita aventuró, encogiéndose de hombros:

—Eso no empece..., aunque, la verdad, me parecería verdaderamente fuerte... En fin, no pondría la mano en el fuego.

—Además —hizo observar la Sarriette—, eso ya es viejo, él ya no sigue acostándose con ella, porque usted lo vio con las dos Méhudin.

—Claro que sí, ¡por éstas que son cruces!, guapa —exclamó la señorita Saget, picada, creyendo que no se fiaban de ella—. Está todas las noches, entre las faldas de las Méhudin... Y, además, nos da igual. Que se haya acostado con quien quiera,

¿verdad? Nosotras somos mujeres decentes... ¡Menudo pillito!

—Desde luego —concluyeron las otras dos—. Es todo un sinvergüenza.

En suma, la historia tomaba un sesgo trágico; se consolaban de perdonar a la bella Lisa contando con alguna espantosa catástrofe provocada por Florent. Evidentemente, tenía malos designios; esa gente sólo se escapa para prender fuego por todas partes; así, pues, semejante hombre no podía haber entrado en el Mercado Central sin «maquinar una buena». Entonces empezaron con suposiciones prodigiosas. Las dos vendedoras declararon que iban a añadir un candado a su trastero; y la Sarriette recordó incluso que la semana pasada le habían robado un cesto de melocotones. Pero la señorita Saget las aterrorizó, informándolas de que los «rojos» no procedían así; les traían sin cuidado los cestos de melocotones; se juntaban doscientos o trescientos para matar a todo el mundo, saquear a sus anchas. La política era eso, decía con la superioridad de una persona instruida. La señora Lecoœur se puso enferma; veía arder el Mercado Central, una noche en que Florent y sus cómplices se hubieran escondido al fondo de los sótanos, para lanzarse desde allí sobre París.

—¡Eh! Ahora que lo pienso —dijo de repente la vieja—, está la herencia del viejo Gradelle... ¡Vaya! ¡Vaya! Los Quenu no deberían andarse con bromas.

Estaba de lo más jovial. Los comadros dieron un giro. Se lanzaron sobre los Quenu, cuando hubo contado la historia del tesoro en el saladero, que conocía hasta en sus menores detalles. Decía incluso la cifra de ochenta y cinco mil francos, sin que Lisa ni su marido recordasen haberla confiado a alma viviente. No importa, los Quenu no habían entregado su parte al «flacucho». Iba demasiado mal vestido para eso. A lo mejor ni siquiera sabía la historia del saladero. Unos ladrones, esa gente. Después, acercaron las cabezas, bajando la voz, decidiendo que quizás fuera peligroso atacar a la bella Lisa, pero que había que «ajustarle las cuentas al rojo», para que no siguiera comiendo el dinero del pobre Gavard.

Al nombre de Gavard, se hizo un silencio. Se miraron las tres, con aire prudente. Y, como resollaban un poco, fue el *camembert* el que sintieron sobre todo. El *camembert*, con su perfume de caza, había vencido los olores más sordos del *marolles* y el *limburgo*; expandía sus exhalaciones, ahogaba los otros aromas bajo una sorprendente abundancia de alientos podridos. Sin embargo, en medio de esta frase vigorosa, el parmesano lanzaba a ratos un delgado hilillo de flauta campestre; mientras que los *bries* le añadían insulsas dulzuras de húmedos tamboriles. Hubo una repetición sofocante del *livarot*. Y esta sinfonía se mantuvo un momento sobre una nota aguda del *géromé* anisado, prolongada en un calderón.

—He visto a la señora Léonce —prosiguió la señorita Saget, con una ojeada significativa.

Entonces las otras dos se mostraron muy atentas. La señora Léonce era la portera de Gavard, en la calle de la Cossonnerie. Vivía allí en una vieja casa, un poco metida,

ocupada en la planta baja por un almacenista de limones y naranjas, que había hecho enlucir las paredes de azul hasta el segundo piso. La señora Léonce le hacía la casa, guardaba las llaves de los armarios, le subía tisanas cuando estaba acatarrado. Era una mujer seria, de cincuenta y pico años, que hablaba lentamente, de forma interminable; se había enfadado un día porque Gavard le había pellizcado en la cintura, lo cual no le impidió ponerle sanguijuelas en un sitio delicado, después de una caída que él tuvo. La señorita Saget, que iba todos los miércoles por la tarde a tomar café en su garita, trabó con ella una amistad aún más estrecha cuando el pollero fue a vivir en la casa. Charlaban sobre el buen hombre horas enteras; lo querían mucho; deseaban su felicidad.

—Sí, he visto a la señora Léonce —repitió la vieja—; tomamos café, ayer... La encontré muy apenada. Parece que el señor Gavard nunca vuelve a casa antes de la una. El domingo le subió un caldo, porque lo vio con muy mala cara.

—Venga, ésa sabe lo que se hace —dijo la señora Lecoeur, a quien inquietaban esas atenciones de la portera.

La señorita Saget se creyó en el deber de defender a su amiga:

—Nada de eso, se equivoca usted... La señora Léonce está por encima de su posición. Es una mujer muy honrada... ¡Ah! ¡Pues sí!, si quisiera llenarse las manos, en casa del señor Gavard, hace tiempo que no habría tenido más que agacharse. Parece que él lo deja todo por ahí... Y justamente quería hablarles a propósito de eso, pero silencio, ¿eh? Les digo esto muy en secreto.

Juraron por todos los dioses que serían mudas. Estiraban el cuello. Entonces la otra, solemnemente:

—Han de saber que el señor Gavard está raro desde hace algún tiempo... Ha comprado armas, una gran pistola que gira, ya saben. La señora Léonce dice que es un horror, que esta pistola está siempre sobre la chimenea o en la mesa, y que ya no se atreve a limpiar... Y eso no es nada. Su dinero...

—Su dinero —repitió la señora Lecoeur, cuyas mejillas ardían.

—¡Bueno! Pues ya no tiene acciones, lo ha vendido todo, ahora tiene en un armario un montón de oro...

—Un montón de oro —dijo la Sarriette, fascinada.

—Sí, un gran montón de oro. Hay muchísimo, en un estante. Deslumbra. La señora Léonce me contó que él abrió el armario una mañana delante de ella, y que le hizo daño a la vista, de tanto como brillaba.

Hubo un nuevo silencio. Los párpados de las tres mujeres se agitaban, como si hubieran visto el montón de oro. La Sarriette se echó a reír la primera, murmurando:

—Pues yo, si el tío me lo diera, me divertiría de lo lindo con Jules... No nos levantaríamos más, mandaríamos cosas ricas del restaurante.

La señora Lecoeur estaba como aplastada por esta revelación, bajo aquel oro que

ya no podía apartar de su vista. La envidia la oprimía los costados. Por fin levantó sus brazos flacos, sus manos secas, cuyas uñas desbordaban de mantequilla cuajada; y sólo pudo balbucir, en un tono lleno de angustia:

—No hay que pensar en eso, duele demasiado.

—¡Eh! Sería suyo, si ocurriera un accidente —dijo la señorita Saget—. Yo, si fuera usted, velaría por mis intereses... Ya entiende, esa pistola no presagia nada bueno. El señor Gavard está mal aconsejado. Todo esto acabará mal.

Volvieron a Florent. Lo desollaron con más furia aún. Después, sosegadamente, calcularon a dónde podrían llevarlos, a él y a Gavard, aquellas feas historias. Muy lejos, con toda seguridad, si alguien tenía la lengua demasiado larga. Entonces juraron que, en lo que a ellas tocaba, no abrirían la boca, y no porque el canalla de Florent mereciera la menor consideración, sino porque había que evitar a toda costa que el digno señor Gavard se viera comprometido. Se habían levantado y, cuando la señorita Saget se iba, la vendedora de mantequilla preguntó:

—Sin embargo, en caso de accidente, ¿cree usted que se puede una fiar de la señora Léonce? ¿Quizás es ella la que tiene la llave del armario?

—Pregunta usted demasiado —respondió la vieja—. La creo mujer muy decente, pero, después de todo, no sé; hay circunstancias... En fin, las he avisado a las dos, es asunto suyo.

Permanecían en pie, saludándose, entre el perfume final de los quesos. Todos, a esa hora, cantaban a la vez. Era una cacofonía de soplos infectos, desde las blandas pesadeces de las pastas cocidas, del *gruyère* y el bola, hasta los picores alcalinos del *olivét*. Estaban los zumbidos sordos del *cantal* del *chester*, de los quesos de cabra, semejantes a un amplio canto de bajo, sobre los que destacaban, en notas picadas, los humillos bruscos de los *neufchâteles*, los *troyes* y los *mont-d'or*. Después los olores se espantaban, rodaban unos sobre otros, se espesaban con las tufaradas del *port-salut*, del *limburgo*, del *géromé*, del *marolles*, del *livarot*, del *pont-l'évêque*, poco a poco confundidos, dilatados en una única explosión de hedores. Esto se expandía, se sostenía, en medio de la vibración general, sin tener ya perfumes distintos, con un vértigo continuo de náusea y una fuerza terrible de asfixia. Sin embargo, parecía que lo que apestaba tan fuerte eran las malignas palabras de la señora Lecoeur y la señorita Saget.

—Se lo agradezco mucho —dijo la vendedora de mantequilla—. ¡Ea! Si alguna vez soy rica, la recompensaré.

Pero la vieja no se marchaba. Cogió un quesito de cabra, le dio la vuelta, lo puso sobre la mesa de mármol. Después preguntó cuánto costaba.

—¡Para mí! —agregó con una sonrisa.

—Para usted nada —respondió la señora Lecoeur—. Se lo regalo.

Y repitió:

—¡Ah! ¡Si yo fuera rica!

Entonces la señorita Saget le dijo que un día lo sería. El queso ya había desaparecido en el cabás. La vendedora de mantequilla volvió a bajar al sótano, mientras la vieja señorita acompañaba a la Sarriette hasta su puesto. Allí charlaron un instante sobre el señor Jules. La fruta, a su alrededor, tenía un fresco aroma a primavera.

—Huele mejor aquí que en lo de su tía —dijo la vieja—. Hace un momento estaba mareada. ¿Cómo se las arregla para vivir allí dentro?... Aquí, al menos, se está agradable, a gusto. Esto le da esos colores, guapita.

La Sarriette se echó a reír. Le gustaban los cumplidos. Después vendió una libra de cascabelillos a una señora, diciéndole que eran puro azúcar.

—Ya compraría yo, sí, cascabelillos —murmuró la señorita Saget, cuando la señora se marchó—; pero necesito tan pocos... Una mujer sola, ya comprende...

—Coja un puñado, pues —exclamó la linda morena—. No me arruinaré por eso... Y mándeme a Jules, ¿eh?, si lo ve. Debe de estarse fumando un puro, en el primer banco, saliendo por la calle principal, a la derecha.

La señorita Saget había alargado la mano para coger el puñado de cascabelillos, que fue a reunirse con el queso en el cabás. Fingió salir del Mercado; pero dio un rodeo por una de las calles cubiertas, caminando lentamente, pensando que unos cascabelillos y un quesito componían una cena en exceso frugal. De ordinario, después de su gira de la tarde, cuando no había conseguido que las vendedoras, a quienes colmaba de mimos y de chismes, le llenasen el cabás, se veía reducida a las sobras. Regresó subrepticamente al pabellón de la mantequilla. Allí, del lado de la calle Berger, detrás de los escritorios de los mayoristas de ostras, se encuentran los puestos de las carnes cocidas. Cada mañana, unos carruajes cerrados, en forma de cajas, forrados de cinc y guarnecidos de tragaluces, se detienen en las puertas de las grandes cocinas, recogen en revoltillo los trincheros de los restaurantes, las embajadas, los ministerios. La clasificación tiene lugar en el sótano. A partir de las nueve, se exhiben los platos, adornados, a quince y veinticinco céntimos, trozos de carne, filetes de caza, cabezas o colas de pescados, verduras, embutidos, y hasta postres, pasteles apenas empezados y caramelos casi enteros. Muertos de hambre, empleaduchos, mujeres tiritando de fiebre hacen cola; y a veces los chavales abuchean a lívidos tacaños, que compran con miradas al soslayo, espionando por si alguien los ve. La señorita Saget se deslizó delante de un puesto, cuya dueña pregonaba su pretensión de vender sólo restos salidos de las Tullerías. Un día incluso le había hecho llevarse un trozo de pierna de cordero, asegurándole que venía del plato del emperador. Aquel trozo de cordero, comido con cierto orgullo, era como un consuelo para la vanidad de la vieja señorita. Si se escondía, además, era para no cerrarse las puertas de las tiendas del barrio, por las que rondaba sin comprar nunca

nada. Su táctica consistía en enfadarse con los proveedores, en cuanto sabía su historia; se iba con otros, los dejaba, hacía las paces, daba la vuelta al Mercado; de modo que acababa instalándose en todos los comercios. Hubiera podido pensarse en compras formidables, cuando en realidad vivía de regalos y de sobras pagadas con su dinero, en último extremo.

Esa tarde no había más que un viejo muy alto delante del tenderete. Olía un plato, pescado y carne mezclados. La señorita Saget olió por su parte un lote de pescado frito, frío. Eran quince céntimos. Regateó, lo sacó por diez céntimos. El pescado frito se sumió en el cabás. Pero llegaban otros compradores, las narices se acercaban a los platos, con movimiento uniforme. El olor del mostrador era nauseabundo, un olor a vajilla pringosa y a fregadero mal lavado.

—Pase mañana a verme —dijo la vendedora a la vieja—. Le apartaré algo rico... Esta noche hay una gran cena en las Tullerías.

La señorita Saget prometía ir, cuando, al volverse, divisó a Gavard que había oído y que la miraba. Se puso muy colorada, encogió los flacos hombros, se marchó sin aparentar reconocerlo. Pero él la siguió un instante, alzándose de hombros, mascullando que ya no le extrañaba la mala intención de aquella arpía, «desde el momento en que se envenenaba con porquerías sobre las que habían eructado en las Tullerías».

A partir del día siguiente, un sordo rumor corrió por el Mercado. La señora Lecoeur y la Sarriette cumplían sus grandes juramentos de discreción. En esta circunstancia, la señorita Saget se mostró especialmente hábil: calló, dejando a las otras dos a cargo de difundir la historia de Florent. Al principio fue un relato abreviado, simples palabras que se propagaban muy bajas; después, las diversas versiones se fundieron, los episodios se alargaron, se formó una leyenda, en la cual Florent desempeñaba el papel del coco. Había matado diez gendarmes en la barricada de la calle Grenéta; había regresado en un barco de piratas que ensangrentaban todos los mares; desde su llegada se le veía merodear de noche con hombres sospechosos, cuyo jefe debía de ser él. Y la imaginación de las vendedoras se lanzaba libremente, soñaba con las cosas más dramáticas, una banda de contrabandistas en pleno París, o bien una vasta asociación que centralizaba los robos cometidos en el Mercado. Al tiempo que se hablaba malignamente de la herencia, se compadecía mucho a los Quenu-Gradelle. La tal herencia apasionó. La opinión general fue que Florent había vuelto para recoger su parte del tesoro. Sólo que, como no era muy explicable que aún no hubieran hecho la partición, se inventó que él estaba esperando una buena ocasión para embolsárselo todo. Un día seguramente aparecerían asesinados los Quenu-Gradelle. Se contaba que ya, cada noche, había espantosas peleas entre los dos hermanos y la bella Lisa.

Cuando estos cuentos llegaron a oídos de la bella Normanda, se encogió de

hombros riendo.

—Quita allá —dijo—, no lo conocen... Es dulce como un cordero, el pobre hombre.

Acababa de rechazar abiertamente la mano del señor Lebigre, quien había intentado una gestión oficial. Desde hacía dos meses, todos los domingos regalaba a las Méhudin una botella de licor. Era Rose la que llevaba la botella, con su aire sumiso. Siempre estaba encargada de un cumplido para la Normanda, de una frase amable que repetía fielmente, sin parecer molesta en absoluto con tan extraño recado. Cuando el señor Lebigre se vio despedido, para demostrar que no estaba enfadado y que no perdía la esperanza, envió a Rose, al domingo siguiente, con dos botellas de champán y un gran ramo de flores. Se lo entregó todo a la bella pescadera en persona, recitando de un tirón este madrigal del vinatero:

—El señor Lebigre le ruega que se beba esto a su salud, muy quebrantada por lo que usted sabe. Espera que un día acceda usted a sanarlo, siendo con él tan hermosa y tan buena como estas flores.

A la Normanda la divirtió la cara embelesada de la sirvienta. La besó, hablándole de su amo, que era muy exigente, decían. Le preguntó si lo quería mucho, si llevaba tirantes, si de noche roncaba. Después le hizo volver a llevarse el champán y el ramo.

—Dígale al señor Lebigre que no me la mande más... Usted es demasiado buena, chiquilla. Me irrita verla tan dulce, con sus botellas bajo el brazo. ¿Es que no puede arañarle a su señor?

—¡Toma! Él quiere que venga —respondió Rose al marcharse—. Y usted se equivoca al apenarlo... Es un hombre muy guapo.

La Normanda estaba conquistada por el tierno carácter de Florent. Continuaba siguiendo las clases de Órdago, de noche, bajo la lámpara, soñando con que se casaba con aquel chico tan bueno con los niños; ella conservaba su puesto de pescadera, él llegaba a una posición elevada en la administración del Mercado. Pero ese sueño chocaba con el respeto que le testimoniaba el profesor; la saludaba, se mantenía a distancia, cuando ella hubiera querido bromear con él, dejarse hacer cosquillas, amar, en fin, como ella sabía amar. Esta resistencia sorda fue justamente lo que le hizo acariciar la idea de una boda a todas horas. Se imaginaba grandes disfrutes de amor propio. Florent vivía en otro mundo, más elevado y más lejano. Acaso hubiera cedido, de no haberse apegado al pequeño Órdago; y, además, la idea de tener una amante en aquella casa, al lado de la madre y de la hermana, le repugnaba.

La Normanda se enteró de la historia de su amado con gran sorpresa. Jamás había abierto él la boca sobre estas cosas. Ella le regañó. Esas aventuras extraordinarias añadieron un picante más a sus ternuras hacia él. Entonces, durante veladas enteras, tuvo que contar todo lo que le había ocurrido. Ella temblaba por si la policía acababa descubriéndolo; pero él la tranquilizaba, decía que era demasiado viejo, que la

policía, ahora, ya no se molestaría. Una noche le habló de la mujer del bulevar Montmartre, de aquella señora de capota rosa, cuyo pecho agujereado había sangrado sobre sus manos. A menudo pensaba aún en ella; había paseado su afligido recuerdo por las noches claras de la Guayana; había regresado a Francia con el loco ensueño de encontrarla en una acera, en un hermoso día de sol, aunque seguía sintiendo su pesadez de muerta a través de las piernas. Aunque a lo mejor se había recuperado. A veces, en la calle, el corazón le había dado un vuelco, creyendo reconocerla. Seguía las capotas rosa, los chales caídos sobre los hombros, con temblores en el alma. Cuando cerraba los ojos, la veía caminar, venir hacia él; pero dejaba resbalar el chal, mostraba las dos manchas rojas del camisolín, se le aparecía con una blancura de cera, con ojos vacíos, labios atormentados. Su gran sufrimiento fue durante mucho tiempo no saber su nombre, no tener de ella sino una sombra, que él nombraba con pesar. Cuando la idea de mujer se alzaba en él, era ella quien surgía, quien se ofrecía como la única buena, la única pura. Se sorprendió muchas veces soñando que ella lo buscaba por aquel bulevar donde se había quedado, que le habría dado toda una vida de gozo, si lo hubiera encontrado unos segundos antes. No quería otra mujer, para él no existían ya. Su voz temblaba tanto al hablar de ella, que la Normanda comprendió, con su instinto de enamorada, y tuvo celos.

—Pardiez —murmuraba maligna—, más vale que no la vuelva a ver. No debe de estar muy guapa a estas alturas.

Florent se quedó palidísimo, con el horror de la imagen evocada por la pescadera. Su recuerdo de amor se hundía en un osario. No le perdonó esa brutalidad atroz, que puso a partir de entonces en la adorable capota de seda la mandíbula saliente, las cuencas de los ojos de un esqueleto. Cuando la Normanda lo embromaba sobre aquella señora «que se había acostado con él, en la esquina de la calle Vivienne», se volvía brutal, la hacía callar con una frase casi grosera.

Pero lo que más impresionó a la bella Normanda de esas revelaciones fue que se había equivocado al creer quitarle un enamorado a la bella Lisa. Eso menguaba su triunfo, hasta el punto de que quiso menos a Florent durante ocho días. Se consoló con la historia de la herencia. La bella Lisa ya no fue una mojigata, fue una ladrona que se quedaba con la fortuna de su cuñado, con modales hipócritas para engañar a la gente. Cada noche, ahora, mientras Órdago copiaba los modelos de caligrafía, la conversación recaía sobre el tesoro del viejo Gradelle.

—¡Mira tú qué ideas, el viejo! —decía la pescadera riendo—. ¡Quería salar sus cuartos, y por eso los metió en el saladero!... Ochenta y cinco mil francos es una linda suma, y encima los Quenu habrán mentido: quizá había el doble, el triple... ¡Ah! ¡Bueno, lo que es yo, exigiría mi parte, y a toda prisa!

—No necesito nada —repetía siempre Florent—. Ni siquiera sabría dónde meterlo, ese dinero.



Entonces ella se enfurecía:

—Mire, no es usted un hombre. Da lástima... ¿Es que no comprende que los Quenu se burlan de usted? La gorda le pasa la ropa usada y los trajes viejos de su marido. No digo eso por herirle, pero, en fin, todo el mundo se da cuenta... Lleva usted unos pantalones, tiesos de grasa, que todo el barrio ha visto en el trasero de su hermano durante tres años... Yo, en su lugar, les arrojaría sus andrajos a la cara, y haría mis cuentas, Son cuarenta y dos mil quinientos francos, ¿no? Pues no saldría de allí sin mis cuarenta y dos mil quinientos francos.

De nada valía que Florent le explicase que su cuñada le ofrecía su parte, que la tenía a su disposición, que era él quien no la quería. Descendía a los más insignificantes detalles, trataba de convencerla de la honradez de los Quenu.

—¡Cuénteselo a Rita! —cantaba ella con voz irónica—. ¡Ya conozco yo su honradez! La gorda la deja dobladita todas las mañanas en su armario de luna, para no ensuciarla... De veras, mi pobre amigo, me da usted pena. Y encima se deja engañar que es un gusto. No ve más claro que un niño de cinco años. Ella le meterá el dinero, un día, en el bolsillo, y se lo quitará otra vez. No hay que andarse con más listezas. ¿Quiere usted que vaya yo a reclamar lo que le deben, a ver? Sería divertido, se lo aseguro. O me dan el calcetín o destrozo toda la tienda, palabra de honor.

—No, no, no estaría usted en su lugar —se apresuraba a decir Florent, asustado—. Ya veré, a lo mejor pronto necesito dinero.

Ella lo dudaba, se encogía de hombros, murmurando que era demasiado blando. Su continua preocupación fue, por ello, lanzarlo sobre los Quenu-Gradelle, empleando todas las armas, la cólera, la burla, la ternura. Después abrigó otro proyecto. Cuando se hubiera casado con Florent, sería ella la que iría a abofetear a la bella Lisa, si ésta no devolvía la herencia. De noche, en la cama, soñaba despierta: entraba en la salchichería, se sentaba en el medio y medio del comercio, a la hora de la venta, hacía una escena espantosa. Acarició tanto este proyecto, acabó por seducirla hasta tal punto, que se habría casado únicamente por ir a reclamar los cuarenta y dos mil quinientos francos del viejo Gradelle.

La vieja Méhudin, exasperada por la despedida a Lebigre, gritaba a quien la quisiera oír que su hija estaba loca, que el «flacucho» había debido de darle a comer alguna asquerosa droga. Cuando conoció la historia de Cayena, fue terrible, lo calificó de galeote, de asesino, dijo que no era sorprendente que estuviera tan chupado, de puro bribón. En el barrio, era ella quien contaba las versiones más atroces de la historia. Pero en casa se contentaba con rezongar, fingiendo cerrar el cajón de la cubertería en cuanto llegaba Florent. Un día, después de una disputa con su hija mayor, exclamó:

—Esto no puede seguir así, ¿es ese canalla, verdad, quien te aparta de mí? No me pongas en el disparadero, porque iría a denunciarlo a la comisaría, ¡tan cierto como

que es de día!

—¿Iría a denunciarlo? —repitió la Normanda, temblorosa, los puños apretados—. No haga ese disparate... ¡Ah!, si no fuera mi madre...

Claire, testigo de la disputa, se echó a reír, con una risa nerviosa que le desgarraba la garganta. Desde hacía algún tiempo estaba más sombría, más caprichosa, los ojos enrojecidos, el semblante blanco.

—¡Bueno! ¿Y qué? —preguntó—, le pegarías... ¿Y me pegarías a mí también, a mí, que soy tu hermana? Esto acabará así, ¿sabes? Despejaré la casa, iré yo a la comisaría para evitarle la caminata a mamá.

Y como la Normanda se ahogaba, balbuciendo amenazas, agregó:

—No tendrás que tomarte el trabajo de pegarme... Me tiraré al agua, al pasar el puente.

Gruesas lágrimas rodaban de sus ojos. Escapó a su cuarto, cerrando las puertas con violencia. La señora Méhudin no volvió a hablar de denunciar a Florent. Pero Órdago refirió a su madre que la encontraba charlando con el señor Lebigre en todas las esquinas del barrio.

La rivalidad de la bella Normanda y de la bella Lisa tomó entonces un cariz más mudo e inquietante. Por la tarde, cuando el toldo de la salchichería, de cutí gris con franjas rosas, se encontraba bajado, la pescadera gritaba que la gorda tenía miedo, que se escondía. También la exasperaba la cortinilla del escaparate, cuando estaba bajada; representaba, en el centro de un claro, un almuerzo de caza, con caballeros de frac y damas escotadas, que comían, sobre la amarilla hierba, un pastel rojo tan grande como ellos. La bella Lisa no tenía miedo, no. En cuanto el sol se iba, volvía a subir la cortinilla; miraba tranquilamente, desde su mostrador, calcetando, la manzana del Mercado plantada de plátanos, llena de un hormigueo de golfos que hurgaban en el suelo, bajo las rejas de los árboles; a lo largo de los puestos, los cargadores fumaban en pipa; en los dos extremos de la acera, dos columnas de anuncios estaban como vestidas con trajes de arlequín por los cuadrados verdes, amarillos, rojos, azules, de los carteles de teatro. Ella vigilaba perfectamente a la bella Normanda, pareciendo interesarse por los coches que pasaban. A veces fingía inclinarse, seguir, hasta la parada de la punta de San Eustaquio, el ómnibus que iba desde la Bastilla a la plaza Wagram; era para ver mejor a la pescadera, que se vengaba de su cortinilla poniéndose a su vez anchas hojas de papel gris en la cabeza y sobre su mercancía, con el pretexto de protegerse del sol poniente. Pero la bella Lisa seguía llevando ventaja ahora. Se mostraba muy tranquila al acercarse el golpe decisivo, mientras que la otra, pese a sus esfuerzos por tener un aire distinguido, se dejaba arrastrar siempre a alguna insolencia demasiado grosera que lamentaba a continuación. La ambición de la Normanda era parecer «persona bien». Nada la afectaba más que oír alabar los buenos modales de su rival. La vieja Méhudin se había fijado en este punto flaco, y

ya sólo atacaba a su hija por ese lado.

—He visto a la señora Quenu en su puerta —decía a veces—, de noche. Es asombroso lo bien que se conserva esa mujer. Y limpiísima, ¡y con pinta de auténtica señora!... Es el mostrador, ya ves. El mostrador mantiene a una mujer, le da distinción.

Había en ello una oculta alusión a las proposiciones del señor Lebigre. La Normanda no respondía, se quedaba un instante pensativa. Se veía en la otra esquina de la calle Pirouette, en el mostrador de la tienda de vinos haciendo juego con la bella Lisa. Ésa fue la primera grieta en su cariño hacía Florent.

Florent, a decir verdad, se estaba volviendo terriblemente difícil de defender. El barrio entero se abalanzaba sobre él. Parecía que cada cual tuviera un interés inmediato en exterminarlo. En el Mercado, ahora, unos juraban que se había vendido a la policía; otros afirmaban que lo habían visto en el sótano de la mantequilla, tratando de agujerear las telas metálicas de los trasteros, para arrojar fósforos encendidos. Había una amplificación de las calumnias, un torrente de insultos, cuya fuente había crecido, sin que se supiera exactamente de dónde salía. El pabellón del pescado fue el último en sumarse a la insurrección. Las pescaderas querían a Florent por su dulzura. Lo defendieron durante algún tiempo; después, trabajadas por las vendedoras que llegaban del pabellón de la mantequilla y de la fruta, cedieron. Entonces recomenzó la lucha de los vientres enormes, de los pechos prodigiosos, contra aquel flaco. Se vio perdido de nuevo entre las faldas, entre los corpiños llenos a rebosar, que rodaban furiosamente en torno a sus hombros puntiagudos. Él no veía nada, caminaba en derechura hacia su idea fija.

Ahora, a todas horas, en todos los rincones, aparecía el sombrero negro de la señorita Saget, en medio de aquel desencadenamiento. Su carita pálida parecía multiplicarse. Había jurado un rencor terrible a la sociedad que se reunía en el reservado acristalado de Lebigre. Acusaba a aquellos señores de haber difundido la historia de las sobras. La verdad era que Gavard, una noche, contó que «aquella estantigua» que iba a espiarlos se alimentaba con las porquerías que la camarilla bonapartista ya no quería. A Clémence le dieron náuseas. Robine tragó a toda prisa un dedo de cerveza, como para lavarse el gaznate. Mientras tanto el pollero repetía su frase:

—Las Tullerías han eructado encima.

Decía eso con una mueca abominable. Aquellas lonchas de carne recogidas del plato del emperador eran para él basuras sin nombre, una hez política, un resto podrido de todas las porquerías del reinado. Entonces, en casa de Lebigre, pusieron a la señorita Saget como chupa de dómine; se convirtió en un estercolero viviente, una bestia inmundada alimentada con podredumbre que los propios perros no habían querido. Clémence y Gavard propalaron la historia por el Mercado, hasta el punto de

que las buenas relaciones de la vieja señorita con las vendedoras sufrieron mucho. Cuando regateaba, charlando sin comprar nada, la mandaban a las sobras. Eso le cortó sus fuentes de informes. Ciertos días, ni siquiera sabía lo que pasaba. Lloraba de rabia. Fue en esa ocasión cuando les dijo crudamente a la Sarriette y a la señora Lecoeur:

—Ya no necesitan pincharme, chicas... Le ajustaré las cuentas a su Gavard.

Las otras dos se quedaron un poco cortadas; pero no protestaron. Al día siguiente, por lo demás, la señorita Saget, más calmada, se enterneció de nuevo a cuenta del pobre Gavard, tan mal aconsejado y que decididamente corría a la perdición.

Gavard, en efecto, se comprometía mucho. Desde que la conspiración maduraba, llevaba consigo a todas partes el revólver que tanto asustaba a su portera, la señora Léonce. Era un revólver muy grande que había comprado en la mejor armería de París, con modales misteriosísimos. Al día siguiente, se lo enseñaba a todas las mujeres del pabellón de la volatería, como un colegial que esconde una novela prohibida en su pupitre. Dejaba asomar el cañón por el borde del bolsillo; lo mostraba, con un ligero guiño de ojos; y además se andaba con reticencias, confesiones a medias, toda la comedia de un hombre que finge deliciosamente tener miedo. La tal pistola le daba una enorme importancia; lo alineaba definitivamente entre la gente peligrosa. A veces, en el fondo de su puesto, consentía en sacarla totalmente del bolsillo, para enseñársela a dos o tres mujeres. Quería que las mujeres se pusieran delante de él para, decía, taparlo con sus sayas. Entonces la montaba, la manejaba, apuntaba a un ganso o un pavo colgados sobre el mostrador. El espanto de las mujeres le encantaba; acababa tranquilizándolas, diciéndoles que no estaba cargada. Pero llevaba también cartuchos encima, en una caja que abría con infinitas precauciones. Cuando las otras habían sopesado los cartuchos, se decidía por fin a guardar su arsenal. Y, con los brazos cruzados, eufórico, peroraba horas enteras:

—Un hombre con eso es un hombre —decía con aire de jactancia—. Ahora me río de los guindillas... El domingo fui a probarla con un amigo, en la llanura de Saint Denis. Ya comprenderán, uno no anda contándole a todo el mundo que tiene juguetes de éstos... ¡Ah!, pequeñas mías, disparábamos a un árbol y, cada vez, ¡paf!, tocado el árbol... Ya verán, ya; dentro de algún tiempo oirán ustedes hablar de Anatolio.

Le había puesto Anatolio a su revólver. Se las arregló tan bien que, al cabo de ocho días, todo el pabellón conocía la pistola y los cartuchos. Su camaradería con Florent, además, parecía sospechosa. Era demasiado rico, demasiado gordo, para que los confundieran en el mismo odio. Pero perdió la estimación de la gente hábil, e incluso logró asustar a los miedosos. A partir de entonces, estuvo encantado.

—Es imprudente llevar armas consigo —decía la señorita Saget—. Eso le jugará una mala pasada.

En casa de Lebigre, Gavard exultaba. Desde que ya no comía con los Quenu,

Florent vivía allí, en el reservado acristalado. Almorzaba y comía allí, iba a cada momento a encerrarse allí. Lo había convertido en una especie de habitación propia, un escritorio donde dejaba sus levitas viejas, libros, papeles. El señor Lebigre toleraba esta toma de posesión; y hasta había quitado una de las mesas para amueblar la estrecha pieza con una banqueta acolchada sobre la cual, llegado el caso, Florent hubiera podido dormir. Cuando éste sentía algún escrúpulo, el dueño le rogaba que no se cohibiera y ponía la casa entera a su disposición. Logre le atestiguaba igualmente una gran amistad. Se había convertido en su lugarteniente. A todas horas conversaba con él del «asunto», para informarle de sus gestiones y darle los nombres de los nuevos afiliados. En aquella tarea había asumido el papel de organizador: era él quien debía enlazar a la gente, crear las secciones, preparar cada malla de la vasta red en la que caería París a una señal dada. Florent seguía siendo el jefe, el alma del complot. Por lo demás, el jorobado parecía sudar sangre sin llegar a resultados apreciables; aunque había jurado conocer en cada barrio dos o tres grupos de hombres de temple, semejantes al grupo que se reunía en el bar de Lebigre, hasta entonces no había proporcionado ninguna información concreta: lanzaba nombres al aire, contaba caminatas sin fin, en medio del entusiasmo del pueblo. Lo más claro que traía eran apretones de mano; un fulano, a quien tuteaba, le había estrechado la mano diciendo que «sería de los suyos»; en el Gros-Caillou, un tío larguirucho, que sería un espléndido jefe de sección, le había descoyuntado el brazo; en la calle Popincourt, todo un grupo de obreros lo había abrazado. Según él, podían reunirse cien mil hombres de la noche a la mañana. Cuando llegaba, con aire extenuado, dejándose caer en la banqueta del reservado, variando sus historias, Florent tomaba notas, contaba con él para la realización de sus promesas. Pronto el complot vivió en sus bolsillos; las notas se convirtieron en realidades, en datos indiscutibles, sobre los cuales se bosquejó todo el plan; no había sino esperar una buena ocasión. Logre decía, con sus gestos apasionados, que todo iría sobre ruedas.

En esa época Florent fue enteramente feliz. Ya no caminaba sobre la tierra, como levantado por aquella idea intensa de convertirse en justiciero de los males que había visto sufrir. Era de una credulidad infantil y de una confianza de héroe. Logre hubiera podido contarle que el genio de la columna de Julio iba a bajar para ponerse a su cabeza, sin sorprenderlo. En el bar de Lebigre, por las noches, se permitía efusiones, hablaba de la próxima batalla como de una fiesta a la cual estarían invitadas todas las buenas personas. Pero aunque Gavard, encantado, jugara entonces con su revólver, Charvet se volvía más agrio, reía burlón, encogiéndose de hombros. La actitud de jefe del complot adoptada por su rival lo sacaba de quicio, le asqueaba de la política. Una noche que, al llegar temprano, se encontró solo con Logre y el señor Lebigre, se desahogó:

—Ese muchacho —dijo— no tiene dos ideas en política, más le hubiera valido

entrar de profesor de caligrafía en un pensionado de señoritas... Sería una desgracia si tuviera éxito, pues nos metería a sus condenados obreros en las narices, con sus quimeras sociales. Ya lo ven ustedes, eso es lo que pierde al partido. Ya basta de llorones, de poetas humanitarios, de gente que se besa al menor rasguño... Pero no se saldrá con la suya. Se hará enjaular, sin más.

Logre y el vinatero no rechistaron. Dejaban seguir a Charvet.

—Ya hace mucho —continuó éste— que estaría enjaulado, si fuera tan peligroso como pretende hacer creer. Ya saben, con esos humos de retornado de Cayena... Da lástima. Les digo que la policía, desde el primer día, ha sabido que estaba en París. Si lo ha dejado tranquilo es porque le trae sin cuidado.

Logre se estremeció ligeramente.

—A mí me vigilan desde hace quince años —prosiguió el hebertista, con una pizca de orgullo—. Y no por eso lo voy pregonando a voz en grito... Sólo que a mí no me meten en su trifulca. No quiero que me pillen como a un imbécil... Quizá tiene ya media docena de soplones a sus espaldas, que lo cogerán por el cuello, el día que la prefectura lo necesite...

—¡Oh! No, ¡vaya idea! —dijo el señor Lebigre que no hablaba jamás.

Estaba un poco pálido, miraba a Logre, cuya joroba resbalaba suavemente sobre el tabique de cristal.

—Eso son suposiciones —murmuró el jorobado.

—Suposiciones, si usted quiere —respondió el profesor particular—. Sé cómo funciona eso... En cualquier caso, no es todavía esta vez cuando me agarrarán los guindillas. Hagan ustedes lo que les parezca; pero más les valdría hacerme caso, sobre todo usted, señor Lebigre, no comprometa su establecimiento, que se lo cerrarán.

Logre no pudo contener una sonrisa. Charvet les habló varias veces en este sentido; debía de acariciar el proyecto de apartar a los dos hombres de Florent, asustándolos. Los encontró siempre de un tranquilo y de un confiado que le sorprendieron mucho. Sin embargo, seguía yendo por allí con bastante regularidad, por las noches, con Clémence. La morena alta ya no estaba empleada en la plaza del pescado. El señor Manoury la había despedido.

—Esos mayoristas son todos unos sinvergüenzas —gruñía Logre.

Clémence, reclinada contra el tabique, liando un cigarrillo con sus largos y delgados dedos, contestaba con su voz nítida:

—¡Bah! Es natural... No teníamos las mismas opiniones políticas, ¿no? Ese gordo de Manoury, que gana más dinero que pesa, le lamería las botas al emperador. Yo, si tuviera una oficina, no lo conservaría ni veinticuatro horas como empleado.

La verdad es que ella gastaba bromas pesadas, y que se había divertido, un día, poniendo, en las tablillas de venta, frente a los gallos, las rayas, las caballas

adjudicadas, los nombres de las damas y caballeros más conocidos de la corte. Aquellos motes de peces atribuidos a altos dignatarios, aquellas adjudicaciones de condesas y baronesas, vendidas a franco y medio la pieza, habían asustado terriblemente al señor Manoury. Gavard se reía aún.

—¡No importa —decía dándole golpecitos en el brazo a Clémence—, es usted todo un hombre!

Clémence había inventado una nueva forma de hacer el grog. Llenaba primero el vaso con agua caliente; después, tras haberla azucarado, vertía, sobre la rodaja de limón que flotaba, el ron gota a gota, de modo que no se mezclara con el agua; y le prendía fuego, lo miraba arder, muy seria, fumando lentamente, con el rostro verdeado por la alta llama del alcohol. Pero se trataba de una consumición cara que no pudo seguir tomando cuando perdió su puesto. Charvet le hacía observar, con una risa afectada, que ahora ya no era rica. Vivía de una clase de francés que daba, en lo alto de la calle Miromesnil, muy temprano, a una joven que perfeccionaba su instrucción, a escondidas incluso de su doncella. Desde entonces pidió sólo una jarra de cerveza por las noches. La bebía, por lo demás, con toda filosofía.

Las veladas del reservado acristalado ya no eran tan bulliciosas. Charvet callaba bruscamente, palideciendo de fría rabia, cuando le daban de lado para escuchar a su rival. La idea de que había reinado allí, de que antes de la llegada del otro gobernaba al grupo como un déspota, ponía en su corazón el cáncer de un rey desposeído. Si iba aún por allí es porque sentía nostalgia de aquel estrecho rincón, donde recordaba tan dulces horas de tiranía sobre Gavard y sobre Robine; la propia joroba de Logre le pertenecía entonces, así como los gruesos brazos de Alexandre y el semblante sombrío de Lacaille; con una palabra los doblegaba, les metía su opinión en el pecho, les rompía su cetro sobre los lomos. Pero hoy sufría demasiado, acababa por no hablar ya, enarcando la espalda, silbando con aire desdeñoso, sin dignarse combatir las estupideces difundidas delante de él. Lo que más lo desesperaba era que lo habían suplantado poco a poco, sin que se diera cuenta. No se explicaba la superioridad de Florent. Decía a menudo, tras haberlo oído hablar con su voz dulce, un poco triste, durante horas:

—Ese chico es un cura. Sólo le falta la sotana.

Los demás parecían beber sus palabras. Charvet, que encontraba ropas de Florent en todas las perchas, fingía no saber ya dónde colgar su sombrero, por miedo a mancharlo. Apartaba los papeles que andaban por allí, decía que ya no se estaba a gusto, desde que aquel «señor» hacía todo en el reservado. Incluso se quejó al vinatero, preguntándole si el reservado pertenecía a un solo parroquiano o a la sociedad. Esta invasión de sus estados fue el golpe de gracia. Los hombres eran unos animales. Le entraba un gran desprecio por la humanidad cuando veía a Logre y al señor Lebigre comerse a Florent con los ojos. Gavard lo exasperaba con su revólver.

Robine, que permanecía silencioso detrás de su cerveza, le pareció decididamente el hombre más listo de la pandilla; debía de juzgar a la gente por lo que valía, no se contentaba con palabras. En cuanto a Lacaille y Alexandre, lo confirmaban en su idea de que el pueblo es demasiado bruto, que necesita una dictadura revolucionaria de diez años para aprender a comportarse.

Mientras tanto, Logre afirmaba que las secciones pronto estarían totalmente organizadas. Florent empezaba a distribuir los papeles. Entonces, una noche, tras una postrera discusión, en la que llevó la peor parte, Charvet se levantó, cogió su sombrero, diciendo:

—Muy buenas noches, y déjense ustedes romper la crisma, si eso les divierte... Yo no estoy de acuerdo, ya comprenden. Nunca he trabajado para la ambición de nadie. Clémence, que se ponía el mantón, agregó fríamente:

—Es un plan necio.

Y como Robine los miraba salir con ojos afables, Charvet le preguntó si no se iba con ellos. Robine, que tenía aún tres dedos de cerveza en su jarra, se contentó con darles un apretón de manos. La pareja no volvió. Lacaille informó un día a la sociedad de que Charvet y Clémence frecuentaban ahora una cervecería de la calle Serpente; los había visto, por un cristal, gesticulando mucho, en medio de un grupo atento de jovencitos.

Florent nunca pudo alistar a Claude. Soñó por un instante con darle sus ideas en política, con hacer de él un discípulo que lo hubiera ayudado en su tarea revolucionaria. Para iniciarlo, lo llevó una noche al bar de Lebigre. Pero Claude se pasó la velada haciendo un croquis de Robine, con el sombrero y el gabán marrón, la barba apoyada en el pomo del bastón. Después, al salir con Florent, le dijo:

—No, mire, no me interesa todo eso que ustedes cuentan ahí dentro. Puede ser muy inteligente, pero se me escapa... ¡Ah!, eso sí, tienen ustedes un ejemplar espléndido, ese condenado Robine. Ese hombre es profundo como un pozo... Volveré, pero no por la política. Vendré a hacer un croquis de Logre y un croquis de Gavard, para ponerlos con Robine en un cuadro estupendo, en el que pensaba mientras ustedes discutían la cuestión..., ¿cómo dicen?, la cuestión de las dos Cámaras, ¿no?... ¿Qué? ¿Se imagina usted a Gavard, a Logre y a Robine charlando de política, emboscados tras sus jarras de cerveza? Será el éxito del Salón, amigo mío, un éxito de mil demonios, un auténtico cuadro moderno.

A Florent le apenó su escepticismo político. Lo hizo subir a su casa, lo retuvo hasta las dos de la madrugada en la estrecha terraza, frente al azulado Mercado. Lo catequizaba, le decía que no era un hombre si se mostraba tan indiferente a la felicidad de su país. El pintor sacudía la cabeza, contestando:

—Quizá tenga usted razón. Soy un egoísta. Ni siquiera puedo decir que pinto para mi país, porque, en primer lugar, mis bocetos asustan a todo el mundo, y además,



cuando pinto, pienso únicamente en mi placer personal. Es como si me hiciera cosquillas a mí mismo cuando pinto; me da la risa por todo el cuerpo... ¿Qué quiere? Uno está hecho así, y no por eso va a tirarse al agua... Y, además, Francia no me necesita, como dice mi tía Lisa... ¿Me permite que le sea franco? ¡Bueno! Pues si usted me gusta, es porque me tiene pinta de hacer política igualito que yo hago mi pintura. Usted se hace cosquillas, amigo mío.

Y como el otro protestaba:

—¡Déjeme! Usted es un artista en su género, usted sueña con la política; apuesto a que se pasa aquí las noches, mirando las estrellas, tomándolas por papeletas de votación del infinito... En fin, usted se hace cosquillas con sus ideas de justicia y de verdad. Y esto es tan cierto, que las ideas de usted, lo mismo que mis bocetos, les dan un miedo atroz a los burgueses... Y, además, aquí entre nosotros, ¿cree usted que me divertiría ser amigo suyo si fuera usted Robine?... ¡Ah, es usted un gran poeta!

A continuación bromeó, diciendo que la política no le molestaba, que había acabado por acostumbrarse, en las cervecerías y en los estudios. A este respecto, habló de un café en la calle Vauvilliers, el café que se encontraba en la planta baja de la casa donde vivía la Sarriette. Aquella famosa sala, con sus banquetas de terciopelo raído, sus mesas de mármol amarilleadas por las rebabas de los carajillos, era el lugar habitual de reunión de la juventud del Mercado. Allí el señor Jules reinaba sobre una pandilla de cargadores, de dependientes de comercio, de señores con blusas blancas, con gorras de terciopelo. Él llevaba, en el nacimiento de las patillas, dos mechones de pelo pegados contra las mejillas en un caracol. Cada sábado se hacía igualar el pelo a navaja, para tener el cuello blanco, en una barbería de la calle de los Dos Escudos, donde estaba abonado por mes. Y así daba la pauta a aquellos señores, cuando jugaba al billar, con estudiada gracia, ensanchando las caderas, redondeando brazos y piernas, acostándose a medias sobre el tapete, en una postura arqueada que daba a sus riñones todo su valor. Una vez acabada la partida, conversaban. La pandilla era muy reaccionaria, muy mundana. El señor Jules leía la prensa ligera. Conocía al personal de los teatrillos, tuteaba a las celebridades del día, sabía el fracaso o el éxito de la pieza representada la víspera. Pero tenía una debilidad por la política. Su ideal era Morny<sup>[29]</sup>, como lo llamaba a secas. Leía las sesiones del Cuerpo Legislativo, riendo de gusto ante las menores frases de Morny. ¡Bien se burlaba Morny de esos sinvergüenzas de republicanos! Y partía de eso para decir que sólo los granujas detestaban al emperador, porque el emperador quería el bienestar de la gente como es debido.

—He ido algunas veces a su café —dijo Claude a Florent—. También esos resultan divertidos, con sus pipas, cuando hablan de los bailes de la corte, como si los hubieran invitado... El chico que está con la Sarriette, ya sabe, se burló de lo lindo de Gavard la otra noche. Le llama mi tío... Cuando la Sarriette bajó a buscarlo, tuvo que

pagar; y le costó seis francos, porque había perdido las consumiciones al billar... ¡Guapa chica, eh, la tal Sarriette!

—Se da usted buena vida —murmuró Florent sonriendo—. Cadine, la Sarriette y las otras, ¿verdad?

El pintor se encogió de hombros.

—¡Ah! ¡Bueno! Se equivoca —respondió—. No necesito mujeres, me estorbarían demasiado. Ni siquiera sé para qué sirve una mujer; siempre me dio miedo probar... Buenas noches, que duerma bien. Si un día llega a ministro, le daré ideas para embellecer París.

Florent tuvo que renunciar a hacer de él un discípulo dócil. Eso lo apenó; pues, pese a su gran ceguera de fanático, acababa por notar en torno a sí la hostilidad que iba creciendo a cada hora. Incluso en casa de las Méhudin encontraba una acogida más fría; la vieja se reía por lo bajo, Órdago ya no obedecía, la bella Normanda lo miraba con bruscas impaciencias, cuando acercaba su silla a la de él, sin poder sacarlo de su frialdad. Le dijo una vez que parecía sentir asco de ella, y él no encontró sino una sonrisa cohibida, mientras ella iba a sentarse rudamente al otro lado de la mesa. Había perdido igualmente la amistad de Auguste. El mozo de la salchichería ya no entraba a su cuarto, cuando subía a acostarse. Estaba muy asustado por los rumores que corrían sobre aquel hombre, con quien antes se atrevía a encerrarse hasta medianoche. Augustine le hacía jurar que no volvería a cometer semejante imprudencia. Pero Lisa acabó de enfadarlos, rogándoles que atrasaran la boda hasta que el primo hubiera devuelto la habitación de arriba; no quería darle a su nueva dependienta el gabinete del primer piso. A partir de entonces, Auguste deseó que «pasaportaran al presidiario». Había encontrado la salchichería soñada, no en Plaisance, un poco más lejos, en Montrouge; el tocino estaba a buen precio, Augustine decía que estaba lista, riendo con su risa de gordota pueril. Por ello, cada noche, al menor ruido que lo despertaba, experimentaba un falso gozo, creyendo que la policía echaba el guante a Florent.

En casa de los Quenu-Gradelle no se hablaba para nada de estas cosas. Un tácito entendimiento del personal de la salchichería había hecho el silencio en torno a Quenu. Éste, un poco triste por la desavenencia entre su hermano y su mujer, se consolaba atando sus salchichones y salando sus tiras de tocino. Se acercaba a veces al umbral de la tienda, a exhibir su curtida tez roja, que reía sobre la blancura del delantal tensado por el vientre, sin sospechar el redoble de comadreos que su aparición engendraba en el fondo del Mercado. Lo compadecían, lo encontraban menos gordo, aunque estuviera enorme; otros, por el contrario, lo acusaban de no haber adelgazado lo bastante con la vergüenza de tener un hermano como el suyo. Él, como los maridos engañados, que son los últimos en enterarse de su accidente, tenía una linda ignorancia, una alegría tierna, cuando paraba a alguna vecina en la acera,

para pedirle noticias de su queso de Italia o de su cabeza de cerdo en gelatina. La vecina ponía una cara apiadada, parecía presentarle sus condolencias, como si a todos los cerdos de la salchichería les hubiera dado la ictericia.

—¿Qué tienen todas, que me miran con cara de entierro? —le preguntó un día a Lisa—. ¿Me encuentras tú mal aspecto?

Ella lo tranquilizó, le dijo que estaba fresco como una rosa, pues él tenía un miedo atroz a la enfermedad; cuando sufría la menor indisposición, gemía, lo ponía todo patas arriba. Pero la verdad era que la gran salchichería de los Quenu-Gradelle se estaba ensombreciendo: los espejos palidecían, los mármoles tenían blancuras heladas, las carnes cocidas del mostrador dormían en grasas amarillentas, en lagos de gelatina turbia. Hasta Claude entró un día a decirle a su tía que su escaparate tenía pinta de «aburrido». Era cierto. Sobre el lecho de finos recortes azules, las lenguas rellenas de Estrasburgo presentaban melancolías blanquecinas de lenguas enfermas, mientras que las ricas caras redondas de los codillos, todas canijas, estaban coronadas por pompones verdes desolados. Además, en la tienda, las parroquianas eran incapaces de pedir un trozo de morcilla, cincuenta céntimos de tocino, media libra de manteca de cerdo sin bajar la voz, afligida, como en la habitación de un moribundo. Había siempre dos o tres faldas plañideras plantadas delante de la estufa fría. La bella Lisa llevaba el luto de la salchichería con muda dignidad. Dejaba caer de forma aún más correcta los delantales blancos sobre el traje negro. Sus manos limpias, ajustadas en los puños por las grandes mangas, su semblante, embellecido aún más por una tristeza decorosa, decían claramente a todo el barrio, a todas las curiosas que desfilaban desde la mañana a la noche, que los Quenu sufrían una desgracia inmerecida, pero que ella conocía las causas y que sabría triunfar. Y a veces se agachaba, prometía con la mirada días mejores a los dos peces de colores, también inquietos, que nadaban lánguidamente en el acuario del escaparate.

La bella Lisa no se permitía más que un placer. Daba sin temor golpecitos bajo la barbilla satinada de Marjolin. Éste acababa de salir del hospital con el cráneo zurcido, tan grueso y jovial como antes, pero tonto, todavía más tonto, idiota perdido. La raja había debido de llegarle a los sesos. Era un animal. Tenía una puerilidad de niño de cinco años en un cuerpo de coloso. Reía, ceceaba, no podía pronunciar las palabras, obedecía con una dulzura de cordero. Cadine lo recuperó por entero, extrañada al principio, después muy feliz con aquel soberbio animal del cual hacía lo que quería: lo acostaba en los cestos de plumas, lo llevaba a vagabundear, lo utilizaba a su antojo, lo trataba como un perro, una muñeca, un amante. Era de su propiedad, como una golosina, un rincón estercolado del Mercado, una carne rubia que usaba con refinamientos de libertina. Pero aunque la pequeña lo obtuviera todo de él y lo arrastrara tras sus talones como un gigante sumiso, no podía impedirle que volviera por la tienda de la señora Quenu. Le había pegado con sus puños nerviosos, sin que

pareciera ni siquiera sentirlo. En cuanto ella se colgaba al cuello su bandeja, para pasear sus flores por la calle del Puente Nuevo o la calle Turbigo, él se iba a rondar la salchichería.

—¡Entra de una vez! —le gritaba Lisa.

Con frecuencia le daba pepinillos. Él los adoraba, se los comía con su risa de inocente, delante del mostrador. La visión de la bella salchichera lo arrobaba, le hacía dar palmadas de gozo. Después saltaba, lanzaba grititos, como un crío al que le ponen enfrente algo rico. Ella, los primeros días, tenía miedo de que él se acordara.

—¿Te sigue doliendo la cabeza? —le preguntó.

Respondió que no, con un balanceo de todo el cuerpo, estallando en un gozo más vivo. Ella prosiguió suavemente:

—Entonces, ¿te habías caído?

—Sí, caído, caído, caído —se puso él a cantar, con un tono de perfecta satisfacción, dándose manotadas en el cráneo.

Después, seriamente, extasiado, repetía, mirándola, las palabras «guapa, guapa, guapa» a ritmo más lento. Eso emocionaba mucho a Lisa. Había exigido a Gavard que lo despidiera. Y cuando él le había cantado su canción de humilde cariño, era cuando ella le acariciaba bajo la barbilla, diciéndole que era un buen chico. Su mano se olvidaba allí, tibia, con un gozo discreto; esta caricia se había convertido en un placer permitido, una señal de amistad que el coloso recibía con todo infantilismo. Hinchaba un poco el cuello, cerraba los ojos complacido, como un animal al que acarician. La bella salchichera, para disculparse a sus propios ojos del honrado placer que sentía con él, se decía que compensaba así el puñetazo con que lo había derribado en el sótano de las aves.

Mientras tanto, la salchichería seguía triste. Florent se aventuraba alguna vez a ir por allí, estrechaba la mano de su hermano, en medio del silencio glacial de Lisa. Incluso se presentaba a cenar de vez en cuando, algún domingo. Quenu hacía entonces grandes esfuerzos de alegría, sin poder animar la comida. Comía mal, acababa enfadándose. Una noche, al salir de una de esas frías reuniones familiares, dijo a su mujer, casi llorando:

—Pero ¿qué es lo que tengo? En serio, ¿no estaré enfermo, no me encuentras cambiado?... Es como si tuviera un peso en alguna parte. Y encima estoy triste, sin saber por qué, palabra de honor... ¿Tú no lo sabrás?

—Una mala disposición, sin duda —contestó Lisa.

—No, no, dura desde hace demasiado tiempo, me ahoga... Sin embargo, los negocios no nos van mal, no tengo grandes pesares, sigo la rutina habitual... Y también tú, chica, no estás bien, pareces como triste... Si esto continúa, mandaré llamar al médico.

La bella salchichera lo miraba gravemente.

—No hay necesidad de médicos —dijo—. Ya pasará... Mira, es un mal viento que sopla en este momento. Todo el mundo está enfermo en el barrio...

Después, como cediendo a una ternura maternal:

—No te preocupes, gordo... No quiero que caigas enfermo. Sería el colmo.

Solía mandarlo a la cocina, sabiendo que el ruido de las tajaderas, la canción de las grasas, el alboroto de las ollas lo alegraban. Además, así evitaba las indiscreciones de la señorita Saget, que ahora se pasaba mañanas enteras en la salchichería. La vieja ponía su empeño en espantar a Lisa, en empujarla a una resolución extrema. Ante todo, obtuvo sus confidencias.

—¡Ay! ¡Qué gente más mala! —dijo—. Gente que haría mejor en ocuparse de sus asuntos... Si usted supiera, querida señora Quenu... No, jamás me atreveré a repetírselo.

Como la salchichera afirmaba que la cosa no podía afectarla, que estaba por encima de las malas lenguas, le murmuró al oído, por encima de las carnes del mostrador:

—¡Bueno! Pues dicen que el señor Florent no es su primo...

Y poco a poco demostró que lo sabía todo. No era sino una manera de tener a Lisa a su merced. Cuando ésta confesó la verdad, igualmente por táctica, para tener a mano una persona que la pusiera al corriente de las habladurías del barrio, la vieja señorita juró que se echaría un candado a la boca, que lo negaría todo así tuviera el cuello bajo la cuchilla. Desde entonces disfrutó a fondo con aquel drama. Cada día abultaba las noticias inquietantes.

—Deberían tomar precauciones —murmuraba—. He vuelto a oír en la casquería a dos mujeres que hablaban de lo que usted sabe. No puedo decirle a la gente que miente, ya comprenderá. Resultaría raro... Y la cosa corre, corre. No se podrá detener. Tendrá que estallar.

Unos días después, se lanzó por fin al auténtico asalto. Llegó muy asustada, esperó con gestos impacientes que no hubiera nadie en la tienda y con voz sibilante:

—¿Sabe usted lo que cuentan?... Esos hombres que se reúnen en casa de Lebigre, ¡pues bueno!, tienen todos fusiles, y esperan para volver a empezar como en el 48. ¡Es un desastre ver al señor Gavard, una buena persona, rico, bien situado, juntarse con unos pordioseros!... He querido avisarla, a causa de su cuñado.

—Son bobadas, no es nada serio —dijo Lisa para aguijonearla.

—¡Conque nada serio! Por la noche, al pasar por la calle Pirouette, se les oye lanzar unos gritos espantosos. No se cohíben, no. Recordará usted que intentaron pervertir a su marido... Y los cartuchos que les veo fabricar desde mi ventana, ¿son bobadas?... Después de todo, se lo digo por su interés.

—Claro, y se lo agradezco. Sólo que se inventan tantas cosas...

—¡Ah! No, por desgracia no es un invento... Todo el barrio habla de eso, por lo

demás. Dicen que, si la policía los descubre, habrá muchas personas comprometidas. Por ejemplo, el señor Gavard...

Pero la salchichera se encogió de hombros, como diciendo que Gavard era un viejo loco, y que le estaría bien empleado.

—Hablo del señor Gavard como hablaría de los otros, de su cuñado, por ejemplo —prosiguió taimadamente la vieja—. Al parecer, su cuñado es el jefe... Es muy enojoso para ustedes. Les compadezco mucho; porque, a fin de cuentas, si la policía se personase aquí, podría muy bien llevarse también al señor Quenu. Dos hermanos son como dos dedos de la mano.

La bella Lisa protestó. Pero estaba muy blanca. La señorita Saget acababa de tocarla en lo más vivo de sus inquietudes. A partir de ese día, no trajo sino historias de inocentes arrojados a la cárcel por haber albergado a criminales. Por la noche, al ir a buscar su licor de grosellas a la tienda de vinos, componía un pequeño informe para la mañana siguiente. Y eso que Rose no era nada charlatana. La vieja contaba con sus oídos y sus ojos. Se había fijado perfectamente en el cariño del señor Lebigre hacia Florent, en su interés por retenerlo en su casa, en sus complacencias tan poco pagadas por el gasto que el muchacho hacía en la tienda. Esto la sorprendía tanto más cuanto que no ignoraba la situación de los dos hombres respecto a la bella Normanda.

—Se diría —pensaba— que lo está cebando con mimo... ¿A quién querrá vendérselo?

Una noche que estaba en la tienda, vio a Logre lanzarse sobre la banqueta del reservado, hablando de sus caminatas por los barrios, diciéndose muerto de cansando. Le miró vivamente los pies. Los zapatos de Logre no tenían una mota de polvo. Entonces sonrió discretamente, se llevó su licor, con los labios apretados.

A continuación completaba su informe desde la ventana. Esta ventana, muy alta, dominando las casas vecinas, le procuraba infinitos disfrutes. Se instalaba en ella a cualquier hora del día, como en un observatorio, desde el que acechaba al barrio entero. En primer lugar, todas las habitaciones, enfrente, a la derecha, a la izquierda, le eran familiares, hasta los más insignificantes muebles; habría podido contar, sin omitir detalle, las costumbres de los inquilinos, si se llevaban bien o mal, cómo se lavaban, qué comían de cena; conocía incluso a las personas que iban a verlos. Tenía además una vista sobre el Mercado, de forma que una mujer del barrio no podía cruzar la calle Rambuteau sin que ella la viera; decía, sin equivocarse, de dónde venía la mujer, a dónde iba, qué llevaba en el cesto, y su historia, y su marido, y sus vestidos, sus hijos, su fortuna. Ésa es la señora Loret, hace dar una buena educación a su hijo; ésa es la señora Hutin, una pobre mujercita a quien su marido descuida; ésa es la señorita Cécile, la hija del carnicero, una chica imposible de casar porque es escrofulosa. Y habría podido continuar días y días, ensartando frases vacías, divirtiéndose extraordinariamente con hechos menudos, sin ningún interés. Pero, a

partir de las ocho, sólo tenía ojos para la ventana de cristales esmerilados donde se dibujaban las sombras negras de los consumidores del reservado. Comprobó allí la escisión Charvet y de Clémence, al no encontrar sobre el transparente lechoso sus secas siluetas. Ni un solo acontecimiento ocurría allí sin que ella acabara por adivinarlo, gracias a ciertas revelaciones bruscas de aquellos brazos y aquellas cabezas que surgían silenciosamente. Se volvió muy aguda, interpretó las narices alargadas, los dedos separados, las bocas hendidas, los hombros desdeñosos, siguió la suerte de la conspiración paso a paso, hasta el punto de que hubiera podido decir cada día cómo estaban las cosas. Una noche, se le apareció el brutal desenlace. Vio la sombra de la pistola de Gavard, un perfil enorme de revólver, todo negro en la palidez de los cristales, con el cañón apuntado. La pistola iba y venía, se multiplicaba. Eran las armas de que había hablado a la señora Quenu. Después, otra noche, no comprendió, se imaginó que fabricaban cartuchos, al ver alargarse interminables tiras de tela. Al día siguiente bajó a las once, con el pretexto de pedirle a Rose si le podía prestar una vela; y, con el rabillo del ojo, entrevió, en la mesa del reservado, un montón de trapos rojos que le pareció espantoso. Su informe del día siguiente tuvo una gravedad decisiva.

—No quisiera asustarla, señora Quenu —dijo—; pero esto se está poniendo horrible... ¡Tengo miedo, palabra! No repita por nada del mundo lo que voy a confiarle. Me cortarían el cuello, si lo supieran.

Entonces, cuando la salchichera le hubo jurado que no la comprometería, le habló de los trapos rojos.

—No sé lo que podrá ser. Había un montón enorme. Parecían trapos empapados en sangre... Logre, ya sabe, el jorobado, se había puesto uno sobre los hombros. Tenía pinta de verdugo... No cabe duda, se trata de una nueva artimaña.

Lisa no contestaba, parecía reflexionar, con los ojos bajos, jugando con el mango de un tenedor, ordenando los trozos de saladillo en su fuente. La señorita Saget prosiguió suavemente:

—Yo, en su lugar, no me quedaría tan tranquila, querría saber... ¿Por qué no sube a mirar en la habitación de su cuñado?

Entonces Lisa tuvo un ligero estremecimiento. Soltó el tenedor, examinó a la vieja con ojos inquietos, creyendo que le adivinaba las intenciones. Pero la otra continuó:

—Está permitido, después de todo... Su cuñado los llevaría muy lejos, si lo dejaran... Ayer hablaban de usted, en casa de la señora Taboureau. Ahí tiene usted una amiga muy fiel. La señora Taboureau decía que usted era demasiado buena, que, en su lugar, ella hace tiempo que hubiera puesto orden en todo esto.

—¿Ha dicho eso la señora Taboureau? —murmuró la salchichera, pensativa.

—Cabalito, y la señora Taboureau es una mujer a la que se puede dar crédito...

Intente saber, pues, qué son los trapos rojos. Luego me lo dirá, ¿verdad?

Pero Lisa no la escuchaba. Miraba vagamente los quesitos frescos y los caracoles, a través de las guirnaldas de salchichas del escaparate. Parecía perdida en una lucha interior, que ahondaba dos delgadas arrugas en su rostro mudo. Mientras tanto, la vieja señorita había metido la nariz encima de las bandejas del mostrador. Murmuraba, como hablando para sí:

—¡Vaya! Hay salchichón cortado... Debe de secarse, el salchichón cortado de antemano... Y esa morcilla está reventada. Claro, la habrán pinchado con un tenedor. Habría que retirarla, está manchando la bandeja.

Lisa, todavía distraída, le dio la salchicha y las rodajas de salchichón, diciendo:

—Es para usted, si le apetece.

Todo desapareció en el cabás. La señorita Saget estaba tan acostumbrada a los regalos que ni daba ya las gracias.

Cada mañana se llevaba todos los recortes de la salchichería. Se marchó, con intención de encontrar el postre en las tiendas de la Sarriette y de la señora Lecoeur, hablándoles de Gavard.

Cuando se quedó sola, la salchichera se sentó en la banqueta del mostrador, como para tomar mejor su decisión, poniéndose cómoda. Llevaba ocho días muy inquieta. Una noche Florent le había pedido quinientos francos a Quenu, con toda naturalidad, como hombre que tiene una cuenta abierta. Quenu lo remitió a su mujer. Eso le fastidió, temblaba un poco al dirigirse a la bella Lisa. Pero ésta, sin pronunciar palabra, sin tratar de conocer el destino de la suma, subió a su cuarto, le entregó los quinientos francos. Se limitó a decir que los había apuntado en la cuenta de la herencia. Tres días después, cogió mil francos más.

—No valía la pena de hacerse el desinteresado —dijo Lisa a Quenu por la noche, al acostarse—. ¿Ves cómo hice bien en guardar esa cuenta...? Espera, no he anotado los mil francos de hoy.

Se sentó ante el escritorio, releyó la página de los cálculos. Después agregó:

—Hice bien al dejar blancos. Señalaré al margen las entregas a cuenta... Ahora lo va a derrochar todo así, a poquitos... Hace tiempo que me esperaba esto.

Quenu no dijo nada, se acostó de pésimo humor. Todas las veces que su mujer abría el escritorio, el tablero lanzaba un grito de tristeza que le desgarraba el alma. Se prometió incluso amonestar a su hermano, impedirle que se arruinara con la Méhudin; pero no se atrevió. Florent, en dos días, pidió mil quinientos francos más. Logre había dicho una noche que, si encontraban dinero, las cosas irían mucho más rápidas. Al día siguiente, quedó encantado al ver cómo esta frase lanzada al aire caía en sus manos en forma de rollito de oro, que se embolsó bromeando, con la joroba saltando de alegría. Entonces hubo continuas necesidades: tal sección pedía alquilar un local; tal otra debía sostener a patriotas pobres; estaban también las compras de



armas y municiones, los reclutamientos, los gastos de vigilancia. Florent lo habría dado todo. Se había acordado de la herencia, de los consejos de la Normanda. Acudía al escritorio de Lisa, retenido sólo por el sordo temor que sentía ante su rostro serio. Nunca, según él, gastaría su dinero por una causa más santa. Logre, entusiasmado, llevaba corbatas rosas sorprendentes y botinas de charol, cuya visión ensombrecía a Lacaille.

—Son tres mil francos en siete días —contó Lisa a Quenu—. ¿Tú qué dices? ¿No está mal, verdad? Si sigue a esta marcha, sus cincuenta mil francos le durarán como mucho cuatro meses... ¡Y el viejo Gradelle, que tardó cuarenta años en amasar su tesoro!

—¡Peor para ti! —exclamó Quenu—. No tenías necesidad de hablarle de la herencia.

Pero ella lo miró severamente, diciendo:

—Es su dinero, puede cogerlo todo... Lo que me contraría no es entregarle el dinero; es saber el mal empleo que debe de darle... Hace mucho tiempo que te lo estoy diciendo: esto tiene que acabar.

—Haz lo que quieras, no seré yo quien te lo impida —terminó declarando el salchichero, a quien la avaricia torturaba.

Quería mucho a su hermano, empero; pero la idea de los cincuenta mil francos comidos en cuatro meses le resultaba insoportable. Lisa, por las hablurías de la señorita Saget, adivinaba a dónde iba el dinero. Al permitirse la vieja una alusión a la herencia, ella aprovechó la ocasión para enterar al barrio de que Florent cogía su parte y se la comía como le petaba. Al día siguiente, la historia de los trapos rojos la decidió. Permaneció todavía unos instantes luchando, mirando a su alrededor la triste cara de la salchichería; los cerdos colgaban con aire huraño; Cordero, sentado junto a un tarro de grasa, tenía el pelaje erizado, los ojos tristes de un gato que ya no digiere en paz. Entonces llamó a Augustine para que atendiera el mostrador, y subió al cuarto de Florent.

Arriba, se sobresaltó al entrar en el cuarto. La suavidad infantil de la cama estaba manchada por un paquete de fajines rojos que colgaban hasta el suelo. Sobre la chimenea, entre las cajas doradas y los viejos tarros de crema, había brazaletes rojos, con paquetes de escarapelas que formaban enormes y anchas gotas de sangre. Después, en todos los clavos, sobre el gris borroso del papel pintado, pedazos de tela empavesaban las paredes, banderas cuadradas, amarillas, azules, verdes, negras, en las cuales la salchichera reconoció los banderines de las veinte secciones. La puerilidad de la pieza parecía estupefacta con aquella decoración revolucionaria. La crasa tontería ingenua que la dependienta había dejado allí, aquel aire blanco de las cortinas y los muebles, adquiriría un reflejo de incendio; mientras que la fotografía de Auguste y Augustine parecía pálida de espanto. Lisa dio una vuelta, examinó los

banderines, los brazaletes, los fajines, sin tocar nada, como si temiera que aquellos horrorosos andrajos la quemasen. Pensaba que no se había equivocado, que el dinero se iba en esas cosas. Esto, para ella, era una abominación, un hecho casi increíble que sublevaba todo su ser. Su dinero, ese dinero ganado tan honradamente, ¡sirviendo para organizar y pagar motines! Permanecía en pie, viendo las flores abiertas del granado de la terraza, semejantes a sangrientas escarapelas, escuchando el canto del pinzón, como un eco lejano de fusilería. Entonces se le ocurrió la idea de que la insurrección iba a estallar al día siguiente, quizá esa noche. Los banderines flameaban, los fajines desfilaban, un brusco redoble de tambor estallaba en sus oídos. Y bajó vivamente, sin siquiera demorarse leyendo los papeles desplegados sobre la mesa. Se detuvo en el primer piso, se vistió.

En aquella hora grave, la bella Lisa se peinó cuidadosamente, con mano tranquila. Estaba perfectamente resuelta, sin un temblor, con una severidad mayor en los ojos.

Mientras se abrochaba el vestido de seda negra, tensando tela con toda la fuerza de sus gruesas muñecas, recordaba las palabras del padre Roustan. Se interrogaba, y su conciencia le respondía que iba a cumplir un deber. Cuando se echó sobre los anchos hombros el chal de cachemira, sintió que llevaba a cabo un acto de elevada honradez. Se puso guantes violeta oscuro, y sujetó al sombrero un tupido velillo. Antes de salir, cerró el escritorio con doble vuelta, con aire esperanzado, como para decirle que por fin iba a poder dormir tranquilo.

Quenu exhibía su vientre blanco en el umbral de la salchichería. Quedó sorprendido al verla salir vestida de gala, a las diez de la mañana.

—¡Vaya! ¿A dónde vas? —le preguntó.

Ella inventó unas compras con la señora Taboureau. Agregó que pasaría por el teatro de la Gaité, a reservar entradas. Quenu corrió, la llamó, le recomendó que cogiera localidades centrales, para ver mejor. Después, cuando él se metió en la tienda, ella se dirigió a la parada de coches, a lo largo de San Eustaquio, subió a un simón, cuyas cortinillas bajó, diciendo al cochero que la llevara al teatro de la Gaité. Temía ser seguida. Cuando tuvo su cupón, se hizo llevar al Palacio de Justicia. Allí, delante de la verja, pagó el coche y lo despidió. Y despacito, a través de salones y corredores, llegó a la prefectura de policía.

Como se había perdido entre un barullo de guardias municipales y de señores con grandes levitas, dio medio franco a un hombre, que la guió hasta el despacho del comisario. Pero se necesitaba una carta de audiencia para penetrar hasta él. La hicieron pasar a una pieza estrecha, de un lujo de hotel amueblado, donde un personaje gordo y calvo, todo de negro, la recibió con huraña frialdad. Podía hablar. Entonces, levantándose el velillo, dijo su nombre, y lo contó todo, resueltamente, de un tirón. El personaje calvo la escuchaba, sin interrumpirla, con aire cansado. Cuando hubo acabado, preguntó, simplemente:

—Usted es la cuñada de ese hombre, ¿no?

—Sí —respondió claramente Lisa—. Somos gente honrada... No quiero que mi marido se vea comprometido.

Él se encogió de hombros, como para decir que todo aquello era muy fastidioso. Después, con aire impaciente:

—Mire usted, desde hace cerca de un año me están abrumando con este asunto. Me hacen denuncia tras denuncia, me empujan, me empujan. Ya comprenderá que, si no actúo, es porque prefiero esperar. Tenemos nuestras razones... Vea, ahí tiene el legajo. Puedo enseñárselo.

Le puso delante un enorme paquete de papeles, en una carpeta azul. Ella hojeó las piezas. Eran como capítulos sueltos de la historia que acababa de contar. Los comisarios de policía de El Havre, de Ruán, de Vernon anunciaban la llegada de Florent. A continuación venía un informe que daba cuenta de su instalación en casa de los Quenu-Gradelle. Después, su entrada en el Mercado Central, su vida, sus veladas en el bar de Lebigre, no se había omitido ni un detalle. Lisa, estupefacta, observó que los informes eran dobles, que habían debido de tener dos fuentes diferentes. Por fin encontró un montón de cartas, cartas anónimas de todos los formatos y todas las caligrafías. Fue el colmo. Reconoció una letra de gato, la letra de la señorita Saget, denunciando el reservado acristalado. Reconoció una gran hoja de papel grasienta, manchada con los gruesos palotes de la señora Lecoeur, y una página glaseada, adornada con un pensamiento amarillo, cubierta de los garabatos de la Sarriette y el señor Jules; las dos cartas advertían al gobierno que tuviera cuidado con Gavard. Reconoció también el estilo de verdulera de la vieja Méhudin, que repetía en cuatro páginas casi indescifrables las historias absurdas que corrían por el Mercado a cuenta de Florent. Pero la emocionó sobre todo una factura de su casa, que llevaba como encabezamiento las palabras: *Salchichería Quenu-Gradelle*, y sobre el dorso de la cual Auguste había vendido al hombre que consideraba un obstáculo para su boda.

El agente había obedecido a un secreto pensamiento al colocarle el legajo delante de los ojos:

—¿Reconoce alguna de esas letras? —le preguntó.

Balbuceó que no. Se había levantado. Estaba toda sofocada por lo que acababa de saber con el velillo bajado de nuevo, ocultando la vaga confusión que sentía ascender a sus mejillas. Su vestido de seda crujía; sus guantes oscuros desaparecían bajo el gran chal. El hombre calvo sonrió débilmente, diciendo:

—Ya ve, señora, que sus informes llegan un poco tarde... Pero se tendrá en cuenta este paso, se lo prometo. Y, sobre todo, recomiendo a su marido que no se mueva... Pueden producirse ciertas circunstancias...

No terminó, saludó ligeramente, levantándose a medias del sillón. Era una despedida. Ella se marchó. En la antesala, vislumbró a Logre y al señor Lebigre, que

se volvieron vivamente. Pero estaba más turbada que ellos. Cruzaba salones, enfilaba corredores, se hallaba como atrapada por aquel mundo de la policía, donde, a esas horas, estaba persuadida de que se sabía todo, se veía todo. Por fin salió por la plaza Dauphine. En el muelle del Reloj, caminó lentamente, refrescada por las ráfagas del Sena.

Lo que sentía con más claridad era la inutilidad de su gestión. Su marido no corría el menor peligro. Eso la aliviaba, aunque la dejaba con remordimientos. Estaba irritada contra aquel Auguste y aquellas mujeres que acababan de ponerla en una situación ridícula. Aflojó aún más el paso, mirando correr el Sena; unas chalanas, negras de polvo de carbón, bajaban por el agua verde, mientras que, a lo largo de la orilla, los pescadores lanzaban las cañas. En resumen, no era ella quien había entregado a Florent. Esta idea, que se le presentó bruscamente, le extrañó. ¿Conque habría cometido una mala acción, si lo hubiera entregado? Se quedó perpleja, sorprendida de haber podido ser engañada por su conciencia. Las cartas anónimas le parecían una cosa feísima, sin duda. Ella, en cambio, iba directamente, daba su nombre, salvaba a todo el mundo. Y al pensar de pronto en la herencia del viejo Gradelle, se interrogó, se encontró dispuesta a arrojar ese dinero al río, si hacía falta, para sanar a la salchichería de su enfermedad. No, ella no era avara, el dinero no la había empujado. Al cruzar el puente del Cambio, se tranquilizó del todo, recobró su hermoso equilibrio. Más valía que lo hubieran denunciado los otros a la comisaría; ella no tendría que engañar a Quenu, dormiría mejor.

—¿Tienes las localidades? —le preguntó Quenu, cuando volvió.

Quiso verlas, se hizo explicar en qué lugar exacto de la platea se encontraban. Lisa había creído que la policía acudiría corriendo, en cuanto la hubiera avisado, y su proyecto de ir al teatro no era sino una forma hábil de alejar a su marido, mientras arrestaban a Florent. Contaba con animarlo por la tarde a dar un paseo, uno de esos asuetos que se tomaban a veces; iban al Bosque de Bolonia, en simón, comían en un restaurante, se distraían en algún café cantante. Pero consideró inútil salir. Pasó el día como de costumbre, en su mostrador, con la cara rosada, más alegre y amistosa, como al salir de una convalecencia.

—¡Ya te decía yo que el aire te sienta bien! —le repitió Quenu—. Ya ves, tus compras de la mañana te han remozado.

—No creas —acabó por responderle, recuperando su porte severo—. Las calles de París no son tan buenas para la salud.

Por la noche, en la Gaité, vieron *La Gracia de Dios*<sup>[30]</sup>. Quenu, de levita y guantes grises, peinado con cuidado, se ocupaba sólo de buscar en el programa los nombres de los actores. Lisa estaba soberbia, con un corpiño escotado, apoyando en el terciopelo rojo del palco las muñecas, oprimidas por unos guantes blancos demasiado estrechos. Los dos se conmovieron mucho con los infortunios de Marie; el

comendador era un hombre malísimo, realmente, y Pierrot les hacía reír en cuanto entraba en escena. La salchichera lloró. La marcha del niño, la oración en la habitación virginal, el regreso de la pobre loca humedecieron sus hermosos ojos con lágrimas discretas, que se secaba con golpecitos del pañuelo. Pero esa velada se convirtió en un auténtico triunfo para ella cuando, al levantar la cabeza, distinguió a la Normanda y a su madre en la segunda galería. Entonces se hinchó aún más, mandó a Quenu a buscar una caja de caramelos al ambigú, se dio aire con su abanico, un abanico de nácar, muy dorado. La pescadera estaba vencida; agachaba la cabeza, escuchando a su madre que le hablaba en voz baja. Cuando salieron, la bella Lisa y la bella Normanda se encontraron en el vestíbulo, con una vaga sonrisa.

Ese día Florent había cenado temprano en casa de Lebigre. Esperaba a Logre, quien debía presentarle a un ex sargento, hombre muy capaz, con quien hablarían del plan de ataque al Palacio Borbón<sup>[31]</sup> y al Ayuntamiento. Llegaba la noche, una lluvia fina, que había empezado a caer por la tarde, ahogaba de gris el gran Mercado. Éste se recortaba en negro sobre los humos rojizos del cielo, mientras corrían jirones de nubes sucias, casi al ras de los tejados, como enganchadas y desgarradas por las puntas de los pararrayos. Florent estaba entristecido por el lodazal del pavimento, por el raudal de agua amarillenta que parecía arrastrar y apagar el crepúsculo en el fango. Miraba a la gente refugiada en las aceras de las calles cubiertas, los paraguas deslizándose bajo el chaparrón, los simones que pasaban más rápidos y sonoros, en medio de la calzada vacía. Entonces todo un ejército de barrenderos apareció en la entrada de la calle Montmartre, empujando a escobazos un lago de barro líquido.

Logre no trajo al sargento. Gavard había ido a cenar a casa de unos amigos, en Batignolles. Florent se vio forzado a pasar la velada mano a mano con Robine. Habló sin parar, acabó por ponerse muy triste; el otro meneaba suavemente la barba, sólo alargaba el brazo, a cada cuarto de hora, para tomar un trago de cerveza. Florent, aburrido, subió a acostarse. Pero Robine, al quedarse solo, no se marchó; miraba su jarra de cerveza, la frente pensativa bajo el sombrero. Rose y el chico, que pensaban cerrar más temprano, ya que el grupo del reservado no estaba, esperaron media hora larga que tuviera a bien retirarse.

A Florent, en su cuarto, le dio miedo meterse en cama. Era presa de uno de esos malestares nerviosos que lo tenían a veces, durante noches enteras, en medio de pesadillas sin fin. La víspera, en Clamart, había enterrado al señor Verlaque, muerto tras una espantosa agonía. Se sentía aún muy entristecido por aquel estrecho ataúd descendido a la tierra. Y sobre todo no podía ahuyentar la imagen de la señora Verlaque, con voz lacrimosa, sin una lágrima en los ojos; lo seguía, hablaba del féretro que no estaba pagado, del entierro que no sabía cómo encargar, pues no había un céntimo en la casa, porque, la víspera, el boticario había exigido el monto de su nota, al enterarse de la muerte del enfermo. Florent tuvo que adelantar el dinero del

féretro y del entierro; hasta dio la propina a los sepultureros. Cuando iba a marcharse, la señora Verlaque lo miró con tal aire de aflicción que le dejó veinte francos.

En ese momento, esa muerte lo contrariaba. Volvía a poner en tela de juicio su situación de inspector. Lo molestarían, pensarían en nombrarlo titular. Eran complicaciones enojosas que podían alertar a la policía. Hubiera querido que el movimiento insurreccional estallase al día siguiente, para tirar a la calle su gorra galoneada. Con la cabeza llena de estas preocupaciones subió a la terraza, con la frente ardiendo, pidiéndole a la noche cálida una ráfaga de aire. El chaparrón había calmado el viento. Un calor de tormenta llenaba aún el cielo, de un azul oscuro, sin una nube. El Mercado Central, lavado, extendía debajo de él su enorme masa, del color del cielo, salpicada como éste de estrellas amarillas por las llamas vivas del gas.

Acodado en la barandilla de hierro, Florent pensaba que tarde o temprano se vería castigado por haber accedido a coger aquella plaza de inspector. Era como una mancha en su vida. Había cobrado del presupuesto de la policía, perjurando, sirviendo al Imperio, pese a los juramentos hechos tantas veces en el destierro. El deseo de contentar a Lisa, el empleo caritativo del sueldo recibido, la forma honesta en que se había esforzado en cumplir con sus funciones, no le parecían ya argumentos de peso para disculpar su cobardía. Si sufría en aquel ambiente graso y demasiado alimentado, merecía ese sufrimiento. Y evocó el mal año que acababa de pasar, la persecución de las pescaderas, las náuseas de los días húmedos, la indigestión continua de su estómago de flaco, la sorda hostilidad que sentía crecer a su alrededor. Todas estas cosas las aceptaba en castigo. Aquel sordo gruñido de rencor, cuya causa se le escapaba, anunciaba una vaga catástrofe, bajo la cual él doblegaba de antemano los hombros, con la vergüenza de una culpa que debía expiar. Luego se encolerizó consigo mismo, al pensar en el movimiento popular que preparaba; se dijo que no era lo bastante puro para el éxito.

¡Cuántos sueños había tenido, allá arriba, con los ojos perdidos sobre las alargadas techumbres de los pabellones! La mayoría de las veces las veía como mares grises, que le hablaban de remotas comarcas. En las noches sin luna se ensombrecían, se convertían en lagos muertos, en aguas negras, infectas y estancadas. Las noches límpidas las mudaban en fuentes de luz; los rayos corrían por los dos pisos de tejados, mojando las grandes chapas de cinc, desbordándose y cayendo por el borde de aquellos inmensos pilones superpuestos. Los días fríos las atiesaban, las helaban, cual bahías de Noruega, donde se deslizan los patinadores; mientras que los calores de julio las dormían con pesado sueño. Una noche de diciembre, al abrir la ventana, las había encontrado todas blancas de nieve, de una blancura virgen que iluminaba el cielo color de herrumbre; se extendían sin la mancha de un paso, semejantes a llanuras del Norte, a soledades respetadas por los trineos; tenían un hermoso silencio, una dulzura de coloso inocente. Y él, ante cada aspecto de este horizonte cambiante,

se abandonaba a ensoñaciones tiernas o crueles; la nieve lo calmaba, la inmensa sábana blanca le parecía un velo de pureza arrojado sobre las basuras del Mercado; las noches límpidas, los raudales de luna, lo arrastraban al mágico país de los cuentos. Sólo sufría en las noches negras, las noches ardientes de junio, que desplegaban el pantano nauseabundo, el agua durmiente de una mar maldita. Y siempre reaparecía la misma pesadilla.

Estaban allí sin cesar. No podía abrir la ventana, acodarse en la barandilla, sin tenerlas delante, llenando el horizonte. Abandonaba los pabellones, por la tarde, para encontrar al acostarse las techumbres sin fin. Le tapaban París, le imponían su enormidad, entraban en su vida de cada hora. Aquella noche, su pesadilla lo espantó de nuevo, acrecentada por las sordas inquietudes que lo agitaban. La lluvia de la tarde había llenado el Mercado de una humedad infecta. Le soplaba a la cara todos sus malos alientos, que rodaban por el centro de la ciudad como un borracho debajo de la mesa, con la última botella. Le parecía que un espeso vapor ascendía de cada pabellón. A lo lejos, la carnicería y la casquería humeaban, con un insulso humo de sangre. Después, los mercados de frutas y verduras exhalaban olores a coles agrias, a manzanas podridas, a verduras tiradas al estercolero. Las mantequillas apestaban, la plaza del pescado tenía un frescor salpimentado. Y veía sobre todo, a sus pies, el pabellón de las aves que desprendía, por la torrecilla de su ventilador, un aire caliente, una hediondez que rodaba como un hollín de fábrica. La nube de todos esos alientos se amasaba por encima de las techumbres, llegaba a las casas vecinas, se ensanchaba en pesado nubarrón sobre París entero. Era el Mercado Central reventando en su cintura de fundición, demasiado estrecha, y calentando con el sobrante de su indigestión de la noche el sueño de la ciudad atiborrada.

Abajo, en la acera, oyó un ruido de voces, unas risas de gente feliz. La puerta de la calle se cerró ruidosamente. Quenu y Lisa regresaban del teatro. Entonces Florent, aturdido, como borracho por el aire que respiraba, dejó la terraza, con la angustia nerviosa de esa tormenta que sentía sobre su cabeza. Su desgracia estaba ahí, en ese Mercado cálido del día. Empujó violentamente la ventana, lo dejó tendido al fondo de las sombras, desnudo, aún sudoroso, despechugado, mostrando su vientre hinchado y aliviándose bajo las estrellas.

## Seis

Ocho días después, Florent creyó que por fin iba a poder pasar a la acción. Se presentaba una ocasión de descontento suficiente para lanzar en París las bandas insurreccionales. El Cuerpo Legislativo, dividido por una ley de asignación de créditos, discutía ahora un proyecto de impuestos muy impopular, que hacía rezongar a los arrabales. El ministerio, temiendo un fracaso, luchaba con todo su poderío. Quizás no se presentara en mucho tiempo un pretexto mejor.

Una mañana, de madrugada, Florent fue a merodear en torno al Palacio Borbón. Se le olvidó su trabajo de inspector, se quedó examinando los lugares hasta las ocho, sin pensar siquiera que su ausencia debía de revolucionar el pabellón del pescado. Visitó cada calle, la calle de Lila, la de la Universidad, la calle de Borgoña, la calle Saint Dominique; llegó hasta la explanada de los Inválidos, deteniéndose en ciertas encrucijadas, midiendo las distancias a grandes zancadas. Después, de regreso por el *quai* de Orsay, sentado en el pretil, decidió que se daría el ataque por todos los lados a la vez; las bandas del Gros-Caillou llegarían por el Campo de Marte; las secciones del norte de París descenderían por la Magdalena; las del oeste y el sur seguirían los muelles o se meterían por grupitos en las calles del barrio de Saint Germain. Pero, en la otra orilla, los Campos Elíseos lo inquietaban, con sus avenidas descubiertas; preveía que allá colocarían cañones para barrer los muelles. Entonces modificó varios detalles del plan, marcando el puesto de combate de las secciones en una libreta que llevaba en la mano. El verdadero ataque se produciría, decididamente, por la calle Borgoña y la calle de la Universidad, mientras que por el lado del Sena se haría una diversión. El sol de las ocho, que le calentaba la nuca, ponía alegrías rubias en las anchas aceras y doraba las columnas del gran monumento, frente a él. Y veía ya la batalla, racimos de hombres colgados de esas columnas, las verjas reventadas, el peristilo invadido, y después allá en lo alto, bruscamente, unos brazos flacos que plantaban una bandera.

Regresó lentamente, la cabeza gacha. Un arrullo se la hizo levantar. Se dio cuenta de que estaba cruzando el jardín de las Tullerías. En un césped, una bandada de torcaces caminaba, con contoneos del cuello. Se adosó un instante al macetón de un naranjo, mirando la hierba y las torcaces bañadas de sol. Enfrente, la sombra de los castaños era totalmente negra. Un silencio cálido caía, cortado por continuos ruidos de ruedas, a lo lejos, detrás de la verja de la calle de Rívoli. El olor del verde lo enterneció mucho, recordándole a la señora François. Una chiquilla que pasó, corriendo detrás de un aro, asustó a las palomas. Alzaron el vuelo, fueron a posarse en fila sobre el brazo de mármol de un luchador antiguo, en medio del césped, zureando y pavoneándose con más suavidad.

Cuando Florent regresaba al Mercado por la calle Vauvilliers, oyó la voz de



Claude Lantier, que lo llamaba. El pintor bajaba al subsuelo del pabellón del Valle.

—¡Eh! ¿Viene usted conmigo? —gritó—. Busco a esa bestia de Marjolin.

Florent lo siguió, para distraerse un rato más, para retrasar unos minutos la vuelta a la plaza del pescado. Claude decía que, ahora, su amigo Marjolin ya no tenía nada que desear: era un animal. Acariciaba el proyecto de hacerlo posar a cuatro patas, con su risa de inocente. Cuando había roto, furioso, un boceto, se pasaba horas en compañía del idiota, sin hablar, tratando de tener su risa.

—Debe de estar cebando las palomas —murmuró—. Sólo que no sé dónde está el trastero del señor Gavard.

Registraron todo el sótano. En el centro, en la sombra pálida, corren dos fuentes. Los trasteros están reservados exclusivamente a las palomas. A lo largo de los enrejados hay un eterno gorjeo quejoso, un canto discreto de aves bajo el follaje, cuando cae el día. Claude se echó a reír, al oír esa música. Dijo a su compañero:

—¡Juraría uno que todos los enamorados de París se están besando ahí dentro!

Ningún trastero estaba abierto, sin embargo, y empezaba a creer que Marjolin no se encontraba en el sótano, cuando un ruido de besos, pero de besos sonoros, lo detuvo en seco ante una puerta entornada. La abrió, vio a aquel animal de Marjolin, a quien Cadine había hecho arrodillar en el suelo, sobre la paja, de modo que el rostro del chico llegara exactamente a la altura de sus labios. Lo besaba suavemente, por todas partes. Apartaba el largo pelo rubio, iba por detrás de las orejas, bajo la barbilla, a lo largo de la nuca, volvía a los ojos y la boca, sin apresurarse, comiéndose ese rostro a pequeñas caricias, como una cosa rica de su propiedad, de la cual disponía a su antojo. Él, complaciente, se quedaba como ella lo ponía. No sabía más. Tendía la carne, sin temer siquiera las cosquillas.

—¡Qué bien! ¡Eso es! —dijo Claude—. No os cohibáis... ¿No te da vergüenza, golfa, atormentarlo en medio de esta suciedad? Tiene porquería hasta las rodillas.

—¡Vaya! —dijo Cadine descaradamente—. No lo atormento. Le gusta que lo besen, porque tiene miedo, ahora, en los sitios donde no hay claridad... ¿Verdad que tienes miedo?

Lo había levantado; él se pasaba las manos por la cara, con pinta de buscar los besos que la chiquilla acaba de dejar. Balbució que tenía miedo, mientras ella proseguía.

—Además, había venido a ayudarle; le cebaba sus pichones.

Florent miraba a los pobres animales. Sobre tablas, alrededor del trastero, estaban alineadas arcas sin tapa, en las cuales las palomas, apretadas unas contra otras, con las patas tiesas, ponían la mezclanza blanca y negra de su plumaje. A veces corría un temblor sobre aquel lienzo móvil; luego los cuerpos se apiñaban, no se oía sino un cacareo confuso. Cadine tenía junto a sí una cacerola, llena de agua y de granos; se llenaba la boca, cogía las palomas una a una, les soplabá un sorbo en el pico. Y ellas

se debatían, ahogándose, volvían a caer al fondo de las arcas, los ojos blancos, borrachas con ese alimento tragado a la fuerza.

—¡Pobrecitas! —murmuró Claude.

—¡Mala pata la suya! —dijo Cadine, que había acabado—. Son mejores cuando están bien cebadas... Mire, dentro de dos horas, se les hará tragar agua salada. Eso les da una carne blanca y delicada. Dos horas después, se sangran... Pero si quiere ver sangrar, ahí hay unas ya preparadas, a las que Marjolin va a quitar de en medio.

Marjolin se llevaba medio centenar de palomas en una de las arcas. Claude y Florent lo siguieron. Se instaló cerca de una fuente, en el suelo, colocando el arca a su lado, poniendo sobre una especie de caja de cinc un marco de madera enrejado con finos travesaños. Después las sangró. Rápidamente, jugando con el cuchillo entre los dedos, agarraba a las palomas por las alas, les daba en la cabeza un golpe con el mango, que las aturdía, les metía la punta en la garganta. Un breve temblor sacudía a las palomas, con las plumas arrugadas, mientras él las alineaba en fila, con la cabeza entre los barrotes del marco de madera, encima de la caja de cinc, donde la sangre caía gota a gota. Y todo esto con un movimiento regular, con el tictac del mango sobre los cráneos que se rompían, el gesto equilibrado de la mano que cogía, por un lado, a los animales vivos, y los depositaba muertos, al otro lado, Poco a poco, sin embargo, Marjolin se daba más prisa, se regocijaba con esta matanza, los ojos brillantes, acurrucado como un enorme dogo alborozado. Acabó por estallar en carcajadas, por cantar: «Tic-tac, tic-tac, tic-tac», acompañando la cadencia del cuchillo con un chasquido de la lengua, haciendo un ruido de molino al aplastar las cabezas. Las palomas colgaban como paños de seda.

—¿Qué? ¿Te diviertes, eh, animalote? —dijo Cadine, que también se reía—. Son graciosas, las palomas, cuando meten la cabeza, así, entre los hombros, para que no les encuentren el cuello... ¡Anda!, esos animales no son buenos; le picarían a uno si pudieran.

Y riendo más fuerte ante las prisas cada vez más febriles de Marjolin, agregó:

—Lo he intentado, pero no voy tan rápida como él... Un día sangró cien en diez minutos.

El marco de madera se llenaba; se oían las gotas de sangre caer en la caja. Entonces Claude, al volverse, vio a Florent tan pálido que se apresuró a llevárselo. Arriba, lo hizo sentar en un peldaño de la escalera.

—¡Eh! ¡Bueno! ¿Qué pasa? —dijo golpeándole las manos. No se irá a desmayar como una señorita.

—Es el olor del sótano —murmuró Florent, un poco avergonzado.

Aquellas palomas, cebadas a la fuerza con granos y agua salada, golpeadas y degolladas, le habían recordado las torcaces de las Tullerías, caminando con sus trajes de raso cambiante por la hierba amarilla de sol. Las veía zureando sobre el brazo de

mármol del luchador antiguo, en medio del gran silencio del jardín, mientras, bajo la sombra negra de los castaños, unas niñas juegan al aro. Y era entonces cuando aquel animalote gordo y rubio le había metido un frío en los huesos al hacer su carnicería, al golpear con el mango y perforar con la punta; se había sentido caer, con las piernas de trapo, latidos en los párpados.

—¡Diablos! —prosiguió Claude cuando se recobró—. No sería usted buen soldado... ¡Ah! ¡Bueno! ¡Menudos caballeros los que le enviaron a Cayena, al haber tenido miedo de usted! Mi buen amigo, si alguna vez se mete en un tumulto, no se atreverá a disparar un tiro; tiene demasiado miedo de matar a alguien.

Florent se levantó, sin contestar. Se había puesto muy sombrío, con arrugas desesperadas que le cortaban la cara. Se marchó, dejando a Claude bajar otra vez al sótano; y, al dirigirse a la plaza del pescado, pensaba de nuevo en el plan de ataque, en las bandas armadas que invadirían el Palacio Borbón. En los Campos Elíseos rugiría el cañón; las verjas serían destrozadas; habría sangre en los escalones, salpicaduras de sesos en las columnas. Fue una visión rápida de la batalla. Él, en el medio, palidísimo, no podía mirar, se tapaba la cara con las manos.

Al cruzar la calle del Puente Nuevo creyó distinguir, en la esquina del pabellón de la fruta, la cara paliducha de Auguste que estiraba el cuello. Debía de acechar a alguien, con los ojos redondeados por una emoción extraordinaria, de imbécil. Desapareció bruscamente, regresó corriendo a la salchichería.

—¿Qué le pasa? —pensó Florent—. ¿Le doy miedo?

Esa mañana habían ocurrido graves acontecimientos en casa de los Quenu-Gradelle. Al despuntar el día, Auguste corrió asustadísimo a despertar a su patrona, diciéndole que la policía había venido a buscar al señor Florent. Después, balbuciendo aún más, contó confusamente que éste no estaba, que había debido de escapar. La bella Lisa, en chambra, sin corsé, importándole un pepino, subió vivamente al cuarto de su cuñado, donde cogió la fotografía de la Normanda, tras haber mirado si algo los comprometía. Estaba bajando, cuando encontró a los agentes de policía en el segundo piso. El comisario le rogó que los acompañase. Conversó un instante con ella, en voz baja, tras instalarse con sus hombres en el cuarto, recomendándole que abriera la tienda como de costumbre, de modo que nadie se pusiera en guardia. Habían preparado una ratonera.

La única preocupación de la bella Lisa, en esta aventura, era el golpe que el pobre Quenu iba a recibir. Temía, además, que lo estropeará todo con sus lágrimas, si se enteraba de que la policía se encontraba allí. Conque exigió a Auguste el más total juramento de silencio. Regresó a ponerse su corsé, le contó al dormido Quenu un cuento. Media hora más tarde estaba en el umbral de la salchichería, peinada, ceñida, pulida, la cara rosada. Auguste montaba tranquilamente el escaparate. Quenu apareció un momento en la acera, bostezando ligeramente, acabando de despertarse

en el fresco aire de la mañana. Nada indicaba el drama que se urdía allá arriba.

Pero el propio comisario puso en guardia al barrio, al ir a hacer una visita domiciliaria a casa de las Méhudin, en la calle Pirouette. Tenía las notas más concretas. En las cartas anónimas recibidas en la policía se afirmaba que Florent solía dormir con la bella Normanda. Quizás se hubiera refugiado allí. El comisario, acompañado por dos hombres, fue a golpear la puerta, en nombre de la ley. Las Méhudin acababan de levantarse. La vieja abrió, furiosa, después calmada y burlona de súbito, cuando supo de qué se trataba. Se había sentado, se ajustaba las ropas, decía a aquellos señores:

—Nosotras somos personas decentes, no tenemos nada que temer, pueden ustedes buscar.

Como la Normanda no abría lo bastante de prisa la puerta de su habitación, el comisario mandó derribarla. Se estaba vistiendo, la garganta al aire, mostrando sus hombros soberbios, una enagua entre los dientes. Esa entrada brutal, que no se explicaba, la exasperó; soltó la enagua, quiso arrojarse sobre los hombres, en camisa, más roja de cólera que de vergüenza. El comisario, frente a aquella mujerona desnuda, avanzaba, protegiendo a sus hombres, repitiendo con su voz fría:

—¡En nombre de la ley! ¡En nombre de la ley!

Entonces ella cayó en un sillón, sollozante, sacudida por una crisis, al sentirse demasiado débil, al no entender qué se pretendía de ella. El pelo se le había soltado, la camisa no le llegaba a las rodillas, los agentes lanzaban ojeadas furtivas para verla. El comisario de policía le arrojó un mantón que encontró colgado de la pared. Ella ni siquiera se envolvió; lloraba más fuerte, mirando a los hombres registrar brutalmente su cama, tantear con la mano las almohadas, inspeccionarlas sábanas.

—Pero ¿qué es lo que he hecho? —terminó por tartamudear—. ¿Qué demonios buscan en mi cama?

El comisario pronunció el nombre de Florent, y, como la vieja Méhudin se había quedado en el umbral de la habitación:

—¡Ah, bribona! ¡Es ella! —exclamó la joven, que quiso lanzarse sobre su madre.

Le habría pegado. La contuvieron, la envolvieron a la fuerza en el mantón. Se debatía, decía con voz sofocada:

—¿Por quién me toman?... Ese Florent no ha entrado aquí nunca, ¿saben? No ha habido nada entre nosotros. Pretenden perjudicarme en el barrio, pero que me vengan a decir algo en mi cara, y ya verán. Luego me meterán en la cárcel, pero me da igual... ¡Ah! ¡Bueno! ¡Florent, tengo alguien mejor! Puedo casarme con quien quiera, las haré reventar de rabia, a esas que los envían.

Este raudal de palabras la calmaba. Su furia se volvía contra Florent, que era la causa de todo. Se dirigió al comisario, justificándose:

—Yo no sabía, caballero. Tenía una pinta muy dulce, nos engañó. No quise hacer

caso de lo que decían, porque la gente es tan mala... Venía a dar clases al niño, y luego se iba. Yo lo alimentaba, a menudo le regalaba un buen pescado. Eso es todo... ¡Ah! No, lo que faltaba, no me volverá a pasar esto de ser buena...

—Pero —preguntó el comisario— él le habrá dado papeles para que los guarde...

—No, le juro que no... A mí me daría igual, se los entregaría a ustedes esos papeles. Estoy harta, de veras. No me divierte nada verlos registrar así... ¡Quite allá, es inútil!

Los agentes, que habían inspeccionado cada mueble, quisieron entonces penetrar en el gabinete donde dormía Órdago. Hacía un instante que se oía al niño, despertado con el ruido, llorando a lágrima viva, creyendo sin duda que lo iban a degollar.

—Es el cuarto del crío —dijo la Normanda, abriendo la puerta.

Órdago, desnudo, corrió a colgarse de su cuello. Ella lo consoló, lo acostó en su propia cama. Los agentes salieron casi al punto del gabinete, y el comisario se decidía a retirarse cuando el niño, aún muy desconsolado, murmuró al oído de su madre:

—Van a coger mis cuadernos... No les des mis cuadernos...

—¡Ah! Es cierto —exclamó la Normanda—, están los cuadernos... Esperen, caballeros, voy a entregárselos. Quiero demostrarles que me trae sin cuidado. Miren, ahí dentro encontrarán su letra. Por mí ya pueden ahorcarlo, que no iré a descolgarlo.

Les dio los cuadernos de Órdago y los modelos de caligrafía. Pero el crío, furioso, se levantó de nuevo, mordiendo y arañando a su madre, que lo acostó de un tortazo. Entonces se puso a berrear. En el umbral de la habitación, en medio del jaleo, la señorita Saget estiraba el cuello; había entrado, al encontrar todas las puertas abiertas, para ofrecer sus servicios a la vieja Méhudin. Miraba, escuchaba, compadeciendo mucho a aquellas pobres señoras, que no tenían a nadie que las defendiera. Mientras tanto, el comisario leía los modelos de caligrafía, con aire serio. Los «tiránicamente», los «liberticida», los «anticonstitucional», los «revolucionarios», le hacían fruncir el ceño. Cuando leyó la frase: «Cuando suene la hora el culpable caerá», dio unos golpecitos sobre los papeles, diciendo:

—Es muy grave, gravísimo.

Entregó el paquete a uno de sus agentes, se marchó. Claire, que no había aparecido aún, abrió la puerta, mirando a aquellos hombres que bajaban. Después fue a la habitación de su hermana, donde no había entrado hacía un año. La señorita Saget parecía en los mejores términos con la Normanda; se enternecía por ella, recogía las puntas del mantón para tajarla mejor, recibía con cara apiadada las primeras confesiones de su cólera.

—¡Eres una cobarde! —dijo Claire, plantándose delante de su hermana.

Ésta se levantó, terrible, dejando resbalar el mantón.

—¿Conque espiando, eh? —gritó—. Repite lo que acabas de decir.

—Eres una cobarde —repitió la joven con voz más insultante.

Entonces la Normanda, con toda su alma, le dio una bofetada a Claire, quien palideció horriblemente y saltó sobre ella, hundiéndole las uñas en el cuello. Lucharon un instante, arrancándose el pelo, tratando de estrangularse. La pequeña, con una fuerza sobrehumana, con lo que era, empujó a la mayor tan violentamente que una y otra fueron a caer sobre el armario, cuya luna se rajó. Órdago sollozaba, la vieja Méhudin gritaba a la señorita Saget que la ayudase a separarlas. Pero Claire se desprendió, diciendo:

—Cobarde, cobarde... Voy a ir a avisarlo, a ese infeliz a quien has vendido.

Su madre le tapó la puerta. La Normanda se arrojó sobre ella por detrás. Y con la ayuda de la señorita Saget, entre las tres la empujaron hasta su cuarto, donde la encerraron con doble vuelta de llave, pese a su enloquecida resistencia. Daba patadas a la puerta, lo rompía todo. Después no se oyó sino un furioso raspado, un ruido de hierro arañando el yeso. Arrancaba los gozones con la punta de sus tijeras.

—Me habría matado, si hubiera tenido un cuchillo —dijo la Normanda, buscando su ropa para vestirse—. Ya verán cómo acaba gastando una mala pasada, con sus celos... No le abran la puerta, sobre todo. Sublevaría al barrio contra nosotras.

La señorita Saget se había apresurado a bajar. Llegó a la esquina de la calle Pirouette en el mismo momento en que el comisario se metía por el pasaje de los Quenu-Gradelle. Comprendió, entró en la salchichería, con los ojos tan brillantes que Lisa le recomendó silencio con un gesto, señalándole a Quenu, que colgaba tiras de saladillo. Cuando él regresó a la cocina, la vieja contó a media voz el drama que acababa de ocurrir en casa de las Méhudin. La salchichera, inclinada por encima del mostrador, con la mano en la cazuela de la ternera mechada, escuchaba, con la cara feliz de una mujer que triunfa. Después, al pedirle una cliente dos manos de cerdo, las envolvió con aire soñador.

—No le guardo rencor a la Normanda —dijo por fin a la señorita Saget, cuando estuvieron de nuevo solas—. La quería mucho, lamenté que nos hubieran hecho enfadar... Mire, la prueba de que no soy mala es que he salvado esto de las manos de la policía, y que estoy dispuesta de devolvérselo, si viene a pedírmelo ella.

Sacó del bolsillo la tarjeta-retrato. La señorita Saget la olisqueó, rió burlona al leer: «Louise a su buen amigo Florent»; luego, con su voz aguda:

—Quizás se equivoca, Debería guardarla.

—No, no —interrumpió Lisa—, quiero que acaben todos los chismes. Hoy es el día de la reconciliación. Ya basta, el barrio debe recobrar la tranquilidad.

—¡Bueno! ¿Quiere que vaya a decirle a la Normanda que la espera? —preguntó la vieja.

—Sí, si me hace el favor.

La señorita Saget volvió a la calle Pirouette, asustó mucho a la pescadera, diciéndole que acababa de ver su retrato en el bolsillo de Lisa. Pero no pudo decidirla

en seguida a dar el paso que su rival exigía. La Normanda puso sus condiciones: iría, pero la salchichera se adelantaría a recibirla hasta el umbral de la tienda. La vieja tuvo que hacer dos viajes más, de una a otra, para regular bien los puntos de la entrevista. Por fin tuvo la alegría de negociar aquellas paces que iban a hacer tanto ruido. Al pasar por última vez delante de la puerta de Claire, siguió oyendo el ruido de las tijeras en el yeso.

Después, tras haber transmitido una respuesta definitiva a la salchichera, se apresuró a ir a buscar a la señora Lecoeur y a la Sarriette. Las tres se instalaron en la esquina del pabellón del pescado, en la acera, frente a la salchichería. Desde allí no podían perderse nada de la entrevista. Se impacientaban, fingían charlar entre sí, acechando la calle Pirouette, por donde la Normanda debía salir. En el Mercado, el rumor de la reconciliación corría ya; las vendedoras, erguidas en sus puestos, se empinaban, tratando de ver; otras, más curiosas, abandonado su lugar, fueron incluso a plantarse en la calle cubierta. El barrio estaba a la espera.

Fue solemne. Cuando la Normanda desembocó por la calle Pirouette, se les cortó la respiración.

—Lleva sus brillantes —murmuró la Sarriette.

—Y fíjense en cómo camina —agregó la señora Lecoeur—; es demasiado descarada.

La bella Normanda, a decir verdad, caminaba como una reina que se dignaba aceptar la paz. Se había vestido esmeradamente, peinando sus cabellos rizados, levantando una punta del delantal para enseñar la falda de cachemira; hasta estrenaba una moña de encaje de gran riqueza. Como notaba que el Mercado no le quitaba ojo, sacó aún más el pecho al acercarse a la salchichería. Se detuvo delante de la puerta.

—Ahora le toca a la bella Lisa —dijo la señorita Saget—. Miren bien.

La bella Lisa abandonó sonriente su mostrador. Cruzó la tienda sin apresurarse, fue a tenderle la mano a la bella Normanda. También ella estaba muy bien vestida, con su ropa deslumbrante, su gran aire de limpieza. Un murmullo corrió por la plaza del pescado; todas las cabezas se acercaron, en la acera, charlando vivamente. Las dos mujeres estaban en la tienda, y las tripas del escaparate impedían verlas bien. Parecían conversar afectuosamente, se dirigían pequeños saludos, cumplimentándose, sin duda.

—¡Toma! —prosiguió la señorita Saget—. La bella Normanda compra algo... ¿Qué será lo que compra? Una *andouille*, creo... ¡Ah! ¡Ahí tienen! ¿No lo han visto ustedes? La bella Lisa acaba de devolverle la fotografía, al ponerle la *andouille* en la mano.

Después hubo más saludos. La bella Lisa, excediéndose incluso en las amabilidades reguladas de antemano, quiso acompañar a la bella Normanda hasta la acera. Allí se rieron las dos, se mostraron ante el barrio como buenas amigas. Fue una

verdadera alegría para el Mercado; las vendedoras regresaron a sus puestos, declarando que todo había salido muy bien.

Pero la señorita Saget retuvo a la señora Lecoeur y a la Sarriette. El drama estaba apenas urdiéndose. Las tres se comían con los ojos la casa de enfrente, con una curiosidad tan aguda que trataba de ver a través de las piedras. Para hacer tiempo, hablaron de nuevo de la bella Normanda.

—Se quedó sin hombre —dijo la señora Lecoeur.

—Tiene al señor Lebigre —observó la Sarriette, quien se echó a reír.

—¡Oh! ¡El señor Lebigre ya no querrá!

La señorita Saget se encogió de hombros, murmurando:

—No lo conocen ustedes. Le trae completamente sin cuidado todo eso. Es un hombre que va a lo suyo, y la Normanda es rica. Dentro de dos meses, estarán juntos, ya lo verán. Hace mucho tiempo que la vieja Méhudin trabaja esa boda.

—No importa —prosiguió la vendedora de mantequilla—; de todos modos, el comisario la encontró acostada con ese Florent.

—No, yo no les he dicho eso... El flacucho acababa de marcharse. Yo estaba allí, cuando miraron en la cama. El comisario palpó con la mano. Había dos sitios aún calientes...

La vieja cogió aliento, y con voz indignada:

—¡Ay! Ya ven, lo que peor me sentó fue oír todos los horrores que ese bribón le enseñaba al pequeño Órdago. No, no pueden creerlo... Había un gran paquete.

—¿Qué horrores? —preguntó la Sarriette, engolosinada.

—¡Quién sabe! Porquerías, guarradas. El comisario dijo que con eso bastaba para ahorcarlo... Es un monstruo, ese hombre. ¡Atreverse con un niño, qué barbaridad! El pequeño Órdago no vale gran cosa, pero ésa no es razón para meterlo con los rojos al chaval, ¿no es cierto?

—Claro que sí —respondieron las otras dos.

—En fin, que están a punto de desbaratar todo este tejemaneje. Ya se lo decía yo, se acordarán: «Hay un tejemaneje en casa de los Quenu que no huele nada bien». Ya ven que tenía buen olfato... A Dios gracias, el barrio va a poder respirar un poco. Hacía falta un buen barrido; porque, palabra de honor, una acababa temiendo que la asesinaran en pleno día. Ya no se vivía. Eran chismes, enfados, degollinas. Y eso por culpa de un solo hombre, de ese Florent... La bella Lisa y la bella Normanda ya se han arreglado; está muy bien por su parte, se lo debían a la tranquilidad de todos. Ahora el resto marchará bien, ya verán... Vaya, el pobre señor Quenu se ríe.

Quenu, en efecto, estaba de nuevo en la acera, desbordando su delantal blanco, bromeando con la criadita de la señora Taboureau. Estaba muy vivaracho esa mañana. Apretaba las manos de la criadita, le rompía las muñecas hasta hacerla chillar, con su buen humor de salchichero. Lisa se las veía y se las deseaba para



mandarlo a la cocina. Caminaba impaciente por el interior de la tienda, temiendo que Florent llegara, llamando a su marido para evitar un encuentro.

—Se hace mala sangre —dijo la señorita Saget—. El pobre señor Quenu no sabe nada. ¡Se ríe como un inocente!... Ya saben que la señora Taboureau decía que regañaría con los Quenu si se desacreditaban aún más conservando en su casa a su Florent.

—De momento, conservan la herencia, hizo observar la señora Lecoeur.

—¡Ah, no!, amiga mía... El otro recibió su parte.

—¿De veras?... ¿Cómo lo sabe?

—¡Pardiez! Se ve —prosiguió la vieja, tras una corta vacilación, y sin dar otra prueba—. E incluso cogió más que su parte. Los Quenu tendrán que pagar varios miles de francos... Hay que decir que, cuando se tienen vicios, se gasta sin tino... ¡Ah!, a lo mejor ustedes lo ignoran: había otra mujer...

—No me extraña —interrumpió la Sarriette—; esos tipos flacos son muy hombres.

—Pues sí, y encima nada joven, esa mujer. Ya saben, cuando un hombre quiere, quiere: las recogería del suelo... La señora Verlaque, la mujer del ex inspector, la conocen bien, esa señora amarilla...

Pero las otras dos protestaron. No era posible. La señora Verlaque que era abominable. Entonces la señorita Saget se encolerizó.

—¡Cuándo yo se lo digo! Acúsenme de que miento, ¿no?... Hay pruebas, se han encontrado cartas de esa mujer, todo un paquete de cartas, en las cuales le pedía dinero, diez y veinte francos cada vez. Está clarísimo, además... Entre los dos habrán matado al marido.

La Sarriette y la señora Lecoeur quedaron tan convencidas. Pero perdían la paciencia. Hacía más de una hora que esperaban en la acera. Decían que, durante todo ese tiempo, a lo mejor estaban robando en sus puestos. Entonces la señorita Saget las retenía con una nueva historia. Florent no podía haberse escapado; iba a volver; sería muy interesante ver cómo lo detenían. Y daba detalles minuciosos sobre la ratonera, mientras la vendedora de mantequilla y la frutera seguían examinando la casa de arriba abajo, espionando cada abertura, esperando ver sombreros de guardias en todas las rendijas. La casa, tranquila y muda, se bañaba beatífica en el sol matinal.

—¡Nadie diría que está llena de policías! —murmuró la señora Lecoeur.

—Están en la buhardilla, allá arriba —dijo la vieja—. Miren, han dejado la ventana tal cual la encontraron... ¡Ah!, fíjense, hay uno, creo, escondido detrás del granado, en la terraza.

Estiraron el cuello, no vieron nada.

—No, es la sombra —explicó la Sarriette—. Ni siquiera se mueven los visillos. Han debido de sentarse todos en el cuarto, sin moverse.

En ese momento divisaron a Gavard que salía del pabellón del pescado, con aire preocupado. Se miraron con ojos relucientes, sin hablar. Se habían acercado, muy tiesas con sus faldas caídas. El pollero fue hacia ellas.

—¿Han visto pasar a Florent? —preguntó.

No contestaron.

—Necesito hablar con él en seguida —continuó Gavard—. No está en la plaza del pescado. Debe de haber subido a su cuarto... Pero ustedes tendrían que haberlo visto.

Las tres mujeres estaban un poco pálidas. Seguían mirándose, con aire profundo, con leves temblores en la comisura de los labios. Como su cuñado vacilaba:

—No llevamos aquí ni cinco minutos —dijo categóricamente la señora Lecoeur—. Habrá pasado antes.

—Entonces, subo, me arriesgo a los cinco pisos —prosiguió Gavard, riendo.

La Sarriette hizo un movimiento, como para detenerlo; pero su tía la cogió del brazo, la apartó, susurrándole al oído:

—¡Déjalo, boba! Le está bien empleado. Eso le enseñará a no pisotearnos.

—No volverá a decir que como «carne podrida» —murmuró, todavía más bajo, la señorita Saget.

Después no agregaron nada. La Sarriette estaba muy colorada; las otras dos seguían amarillas. Volvían la cabeza, ahora, molestas con sus propias miradas, sin saber qué hacer con las manos, que escondieron bajo los delantales. Sus ojos acabaron por alzarse instintivamente hacia la casa, siguiendo a Gavard a través de la piedra, viéndolo subir los cinco pisos. Cuando lo creyeron en el cuarto, se examinaron de nuevo, con ojeadas al soslayo. La Sarriette soltó una risa nerviosa. Les pareció por un instante que se movían los visillos de la ventana, lo cual les hizo pensar en una lucha. Pero la fachada de la casa conservaba su tranquilidad tibia; transcurrió un cuarto de hora, de una paz absoluta, durante el cual una emoción creciente puso un nudo en sus gargantas. Se desanimaban ya cuando un hombre, saliendo del pasaje, corrió por fin a buscar un simón. Cinco minutos después bajaba Gavard, seguido por dos agentes. Lisa, que había salido a la acera, al ver el simón, se apresuró a entrar en la salchichería.

Gavard estaba lívido. Arriba lo habían registrado, le habían encontrado encima la pistola y la caja de cartuchos. Por la rudeza del comisario, por el movimiento que acababa de hacer al oír su nombre, se juzgaba perdido. Era un desenlace terrible, en el cual jamás había pensado claramente. Las Tullerías no le perdonarían. Las piernas se le doblaban, como si lo esperara el pelotón de ejecución. Cuando vio la calle, sin embargo, sacó fuerzas de su jactancia para marchar erguido. Lanzó incluso una postrera sonrisa, al pensar que el Mercado lo veía y que moriría como un valiente.

Entre tanto habían acudido corriendo la Sarriette y la señora Lecoeur. Cuando pidieron una explicación, la vendedora de mantequilla prorrumpió en sollozos,

mientras la sobrina, emocionadísima, abrazaba a su tío. Éste la retuvo entre sus brazos, entregándole una llave y murmurándole al oído:

—Coge todo, y quema los papeles.

Subió al simón, con el aire con el que hubiera subido al cadalso. Cuando el coche hubo desaparecido por la esquina de la calle Pierre Lescot, la señora Lecoeur vio que la Sarriette trataba de esconder la llave en el bolsillo.

—Es inútil, niña —le dijo apretando los dientes—, vi que te la metía en la mano... Tan cierto como que hay Dios que iré a contárselo todo a la cárcel, si no eres buena conmigo.

—Pero tía, si soy buena —respondió la Sarriette con una sonrisa embarazada.

—Pues vamos a su casa ahora mismo, entonces. No vale la pena de dejar que los guindillas metan las zarpas en los armarios.

La señorita Saget, que había escuchado, con miradas llameantes, las siguió, corrió tras ellas todo lo que le daban sus piernecitas. Ahora le importaba un pepino esperar a Florent. Desde la calle Rambuteau a la de la Cossonnerie se puso muy humilde; rebosaba cortesía, se ofrecía a hablar la primera con la portera, la señora Léonce.

—Veremos, veremos —repetía brevemente la vendedora de mantequilla.

Hubo que parlamentar, en efecto. La señora Léonce no quería dejar subir a las señoras al piso de su inquilino. Tenía una cara muy severa, chocada por la toquilla mal atada de la Sarriette. Pero cuando la vieja señorita le hubo dichos unas palabras en voz baja, y le hubieron enseñado la llave, se decidió. Arriba, sólo entregó las piezas una por una, exasperada, con el corazón sangrándole como si tuviera que indicar a unos ladrones el lugar dónde se encontraba escondido su dinero.

—Ea, cójanlo todo —exclamó, desplomándose en un sillón.

La Sarriette estaba ya probando la llave en todos los armarios. La señora Lecoeur, con pinta desconfiada, la seguía tan de cerca, estaba tan encima de ella, que le dijo:

—Tía, me estorba usted. Déjeme los brazos libres, al menos.

Por fin se abrió un armario, frente a la ventana, entre la chimenea y la cama. Las cuatro mujeres lanzaron un suspiro. En el anaquel del medio había una decena de miles de francos en piezas de oro, metódicamente alineadas en pequeñas pilas. Gavard, cuya fortuna estaba prudentemente depositada en un notario, guardaba esta suma en reserva para «la asonada». Como decía con solemnidad, tenía preparada su aportación a la revolución. Había vendido unos cuantos títulos, y saboreaba un goce especial al contemplar cada noche los diez mil francos, comiéndoselos con los ojos, encontrándoles un aspecto atrevido e insurrecto. De noche, soñaba que en su armario se luchaba; oía disparos de fusil, adoquines arrancados que rodaban, voces estrepitosas y de triunfo; su dinero también era de la oposición.

La Sarriette había alargado las manos, con un grito de alegría.

—¡Abajo esas uñas, niña! —dijo la señora Lecoeur con voz ronca.

Estaba todavía más amarilla, con el reflejo del oro, con la cara veteada por la bilis, los ojos quemados por la enfermedad del hígado que la minaba sordamente. Detrás de ella la señorita Saget se ponía de puntillas, extasiada, mirando al fondo del armario. La señora Léonce se había levantado también, mascullando palabras sordas.

—Mi tío me dijo que lo cogiera todo —replicó claramente la joven.

—Y yo, que he cuidado a ese hombre, me quedaré sin nada, entonces —exclamó la portera.

La señora Lecoeur se ahogaba; las rechazó, se aferró al armario, tartamudeando:

—Es mío, soy la parienta más próxima, son ustedes unas ladronas, ¿oyen?... Preferiría tirarlo todo por la ventana.

Hubo un silencio, durante el cual se miraron las cuatro con miradas turbias. La pañoleta de la Sarriette estaba desatada del todo; mostraba la garganta, adorable de vida, la boca húmeda, las ventanillas de la nariz rosadas. La señora Lecoeur se ensombreció aún más al verla tan embellecida por el deseo.

—Escucha —le dijo con voz sorda—, no nos peleemos... Tú eres su sobrina, me parece bien repartirlo... Vamos a coger una pila cada una, por turno.

Entonces apartaron a las otras dos. Empezó la vendedora de mantequilla. La pila desapareció en sus sayas. Después, la Sarriette cogió igualmente una pila. Se vigilaban, dispuestas a darse palmetazos en las manos. Sus dedos se alargaban regularmente, dedos horribles y nudosos, dedos blancos y de una flexibilidad de seda. Se llenaron las faltriqueras. Cuando no quedó más que una pila, la sobrina no quiso que su tía se la quedase, puesto que era ella la que había empezado. La repartió bruscamente entre la señorita Saget y la señora Léonce, que las habían mirado embolsarse el oro con febriles pataditas.

—Gracias —rezongó la portera—, ¡cincuenta francos por haberlo mimado con tisanas y caldos! El zalamero del viejo decía que no tenía familia.

La señora Lecoeur, antes de cerrar el armario, quiso inspeccionarlo de arriba abajo. Contenía todos los libros políticos prohibidos en la frontera, los panfletos de Bruselas, las historias escandalosas de los Bonaparte, las caricaturas extranjeras que ridiculizaban al emperador. Uno de los grandes placeres de Gavard era encerrarse a veces con un amigo para enseñarle aquellas cosas comprometedoras.

—Me recomendó que quemara los papeles —observó la Sarriette.

—¡Bah! No tenemos fuego, sería demasiado largo... Huelo la policía. Hay que salir pitando.

Y se marcharon las cuatro. Aún no habían bajado del todo la escalera cuando se presentó la policía. La señora Léonce tuvo que volver a subir para acompañar a aquellos caballeros. Las otras tres, encogiéndose de hombros, se apresuraron a alcanzar la calle. Caminaban de prisa, en fila, tía y sobrina estorbadas por el peso de sus faltriqueras repletas. La Sarriette, que iba la primera, se dio la vuelta, al subir a la

acera de la calle Rambuteau, y dijo con su risa tierna:

—Me golpea contra los muslos.

Y la señora Lecoeur soltó una obscenidad, que las divirtió. Saboreaban cierto gozo al sentir aquel peso que les tiraba de las faldas, que se colgaba de ellas como cálidas manos acariciadoras. La señorita Saget había guardado los cincuenta francos en el puño cerrado. Permanecía seria, hilvanaba un plan para sacar aún algo de aquellos bolsillos llenos a los que seguía. Al encontrarse en la esquina de la plaza del pescado:

—¡Vaya! —dijo la vieja—, volvemos en el buen momento, ahí está Florent, que se va a dejar pillar.

Florent, en efecto, regresaba de su larga caminata. Fue a cambiarse de gabán al despacho, se dedicó a su tarea cotidiana, vigilando el lavado de las piedras, paseando lentamente a lo largo de los pasillos. Le parecía que lo miraban de forma extraña; las pescaderas cuchicheaban a su paso, bajaban la vista, con miradas al soslayo. Pensó en alguna nueva vejación. Desde hacía algún tiempo aquellas gordas y terribles mujeres no le dejaban una mañana de descanso. Pero cuando pasaba por delante del puesto de las Méhudin, se quedó sorprendidísimo al oír a la madre decirle con voz dulzona:

—Señor Florent, ha venido alguien a preguntar por usted hace un rato. Es un señor de cierta edad. Ha subido a esperarle en su habitación.

La vieja pescadera, encogida en su silla, disfrutaba, al decir estas cosas, con el refinamiento de una venganza que agitaba su enorme masa con un temblor. Florent, todavía desconfiado, miró a la bella Normanda. Ésta, totalmente reconciliada con su madre, abría el grifo, golpeaba los pescados, parecía no oír.

—¿Está usted segura? —preguntó él.

—¡Oh! Segura del todo, ¿verdad, Louise? —prosiguió la vieja, con voz más aguda.

Él pensó que sin duda era para el gran asunto, y se decidió a subir. Iba a salir del pabellón cuando, volviéndose maquinalmente, vio a la bella Normanda que lo seguía con los ojos, con cara muy grave. Pasó al lado de las tres comadres.

—¿Se han fijado ustedes? —murmuró la señorita Saget. La salchichería está vacía. La bella Lisa no es mujer como para comprometerse.

Era cierto, la salchichería estaba vacía. La casa conservaba su fachada soleada, su aspecto plácido de buena casa que se calienta decentemente la tripa con los primeros rayos. Arriba, en la terraza, el granado había florecido del todo. Al atravesar Florent la calzada, le hizo un amistoso ademán con la cabeza a Logre y al señor Lebigre, que parecían tomar el aire en el umbral del establecimiento de este último. Aquellos señores le sonrieron. Iba a meterse por el pasaje cuando creyó distinguir, al final de aquel corredor estrecho y oscuro, la cara pálida de Auguste, que se desvaneció bruscamente. Entonces regresó, echó un vistazo a la salchichería, para asegurarse de

que el señor de cierta edad no se había detenido allí. Pero sólo vio a Cordero, sentado en un tajo, contemplándolo con sus dos ojazos amarillos, con su papada y sus grandes bigotes erizados de gato desafiante. Cuando se decidió a entrar en el pasaje, el rostro de la bella Lisa apareció al fondo, tras el visillo de una puerta acristalada.

Hubo como un silencio en la plaza del pescado. Los vientres y las gargantas enormes contuvieron el aliento, esperando a que él desapareciera. Luego todo se desbordó. Las gargantas se exhibieron, los vientres reventaron de maligna alegría. La broma había salido bien. Nada más divertido. La vieja Méhudin reía con sordas sacudidas, como un odre lleno que se vacía. Su historia del señor de cierta edad daba la vuelta al mercado, les parecía sumamente graciosa a aquellas damas. Por fin pasaportaban al flacucho, no tendrían siempre allí su dichosa cara, sus ojos de presidiario. Y todas le deseaban buen viaje, contando con un inspector que fuera un tipo guapo. Corrían de un puesto a otro, habrían bailado alrededor de sus piedras como muchachas juguetonas. La bella Normanda miraba esa alegría, muy tiesa, sin osar moverse por miedo a llorar, las manos sobre una gran raya para calmar su fiebre.

—Miren a esas Méhudin, cómo lo abandonan, ahora que no tiene un céntimo —dijo la señora Lecoeur.

—¡Hombre!, tienen razón —respondió la señorita Saget—. Y, además, querida, esto es el fin, ¿no? Ya no hay que devorarse... Usted está contenta, ¿verdad? Pues deje a las otras que se las arreglen solas.

—Las viejas son las únicas que ríen —hizo observar la Sarriette—. La Normanda no parece muy alegre.

Entretanto, en su habitación, Florent se dejaba prender como un cordero. Los agentes se arrojaron sobre él con rudeza, pensando sin duda en una resistencia desesperada. Él les rogó suavemente que lo soltaran. Después se sentó, mientras los hombres embalaban los papeles, los fajines rojos, los brazaletes y los banderines. Este desenlace no parecía sorprenderle; era un alivio para él, sin que quisiera confesárselo claramente. Pero sufría con la idea del odio que acababa de empujarlo hasta aquel cuarto. Volvía a ver la cara lívida de Auguste, la vista bajada de las pescaderas; recordaba las palabras de la vieja Méhudin, el silencio de la Normanda, la salchichería vacía; y se decía que el Mercado era cómplice, que el barrio entero lo entregaba. A su alrededor ascendía el lodo de aquellas calles pringosas.

Cuando, en medio de esas caras redondas que pasaban en un relámpago, evocó de pronto la imagen de Quenu, su corazón, sufrió una angustia mortal.

—Vamos, baje —dijo brutalmente un agente.

Se levantó, bajó. En el tercer piso pidió volver a subir; pretendía haber olvidado algo. Los hombres no quisieron, lo empujaron. Él les suplicó. Hasta les ofreció algún dinero que llevaba encima. Dos consintieron por fin en acompañarlo al cuarto, amenazándole con romperle la crisma si trataba de jugarles una mala pasada. Sacaron

los revólveres del bolsillo. En el cuarto, se fue derecho a la jaula del pinzón, cogió el pájaro, lo besó entre las dos alas, y lo soltó. Y miró, en el sol, cómo se posaba en el tejado de la plaza del pescado, como aturdido, y cómo, después, con otro vuelo, desaparecía por encima del Mercado, hacia los jardincillos de los Inocentes. Se quedó aún un instante frente al cielo, al cielo libre; pensaba en las torcaces zureantes de las Tullerías, en las palomas de los trasteros, con el cuello reventado por Marjolin. Entonces todo se rompió en su interior, siguió a los agentes que se metían los revólveres en el bolsillo, encogiéndose de hombros.

Tras bajar la escalera, Florent se detuvo ante la puerta que daba a la cocina de la salchichería. El comisario, que lo esperaba allí, casi impresionado por su dulzura obediente, le preguntó:

—¿Quiere decirle adiós a su hermano?

Vaciló un instante. Miraba la puerta. De la cocina llegaba un terrible ruido de tajaderas y ollas. Lisa, para tener ocupado a su marido, había ideado hacerle embuchar por la mañana la morcilla que solía preparar por la noche. La cebolla cantaba en el fuego. Florent oyó la voz alegre de Quenu que dominaba el estruendo, diciendo:

—¡Ah! ¡Caramba! La morcilla será buena... Auguste, ¡páseme la grasa!

Y Florent le dio las gracias al comisario, temiendo entrar en aquella cocina caliente, llena del fuerte olor de la cebolla frita. Pasó por delante de la puerta, feliz de creer que su hermano no sabía nada, apretando el paso para evitar un último pesar a la salchichería. Pero, al recibir en el rostro todo el sol de la calle, sintió vergüenza, subió al simón, doblando el espinazo, la cara terrosa. Sentía frente a él la triunfante plaza del pescado, le parecía que todo el barrio estaba allí, disfrutando.

—¡Ay! ¡Esa dichosa cara! —dijo la señorita Saget.

—Una verdadera cara de presidiario cogido con las manos en la masa —agregó la señora Lecoœur.

Yo —prosiguió la Sarriette, enseñando sus dientes blancos—, yo he visto guillotinar a un hombre que tenía una cara igualita que ésta.

Se habían acercado, alargaban el cuello, para ver más, dentro del simón. En el momento en que el coche arrancaba, la vieja señorita tiró vivamente de las faldas de las otras, mostrándoles a Claire que desembocaba por la calle Pirouette, enloquecida, el pelo suelto, las uñas ensangrentadas. Había desencajado la puerta. Cuando comprendió que llegaba demasiado tarde, que se llevaban a Florent, se lanzó tras el simón, se detuvo casi al punto con un gesto de rabia impotente, mostró el puño a las ruedas que huían. Después, muy colorada bajo el fino polvo de yeso que la cubría, regresó corriendo a la calle Pirouette.

—¡Es que él le había prometido casarse! —exclamó la Sarriette riendo—. ¡Está chalada, esa grandísima idiota!

El barrio se calmó. Hasta el cierre de los pabellones, hubo grupos conversando sobre los acontecimientos de la mañana. Miraban curiosamente hacia la salchichería. Lisa evitó aparecer, dejando a Augustine en el mostrador. Por la tarde, se creyó en el deber de decírselo todo a Quenu, temiendo que alguna chismosa le asestara el golpe con demasiada rudeza. Esperó a estar a solas con él en la cocina, sabiendo que allí se encontraba a gusto, que lloraría menos. Procedió, además, con miramientos maternales. Pero cuando él conoció la verdad se derrumbó sobre la mesa de picar, prorrumpió en llanto como un becerro.

—Vamos, mi pobre gordo, no te desesperes así, te va a hacer daño —le dijo Lisa cogiéndolo en sus brazos.

Sus ojos chorreaban sobre el delantal blanco, su masa inerte tenía sacudidas de dolor. Se aplastaba, se fundía. Cuando pudo hablar:

—No —balbució—, no sabes lo bueno que era conmigo, cuando vivíamos en la calle Royer Collard. Era él el que barría, el que guisaba... Me quería como a un hijo, ya ves; regresaba embarrado, cansado hasta el punto de no moverse; y yo comía bien, tenía calor, en casa... Y ahora lo van a fusilar.

Lisa protestó, dijo que no lo fusilarían. Pero él meneaba la cabeza. Continuó:

—Da igual, no lo he querido bastante. Puedo decirlo en este momento. He tenido mal corazón, vacilé en devolverle su parte de la herencia...

—¡Eh! Yo se la ofrecí, más de diez veces —exclamó ella—. No tenemos nada que reprocharnos.

—¡Oh! Tú ya lo sé, tú eres buena, se lo habrías dado todo... Pero a mí eso me daba grima, ¡qué quieres! Será el pesar de toda mi vida. Siempre pensaré que, si hubiera repartido con él, no se habría echado a perder por segunda vez... La culpa es mía, soy yo quien lo entregó.

Ella se puso más dulce, le dijo que no había que mortificarse así. Compadecía incluso a Florent. Además, él tenía mucha culpa. Si hubiera manejado más dinero, quizá habría hecho más tonterías. Poco a poco, iba dando a entender que la cosa no podía acabar de otro modo, que todo el mundo iba a encontrarse mejor. Quenu seguía llorando, se limpiaba las mejillas con el delantal, ahogando sus sollozos para escucharla, y después prorrumpiendo en seguida en lágrimas más abundantes. Había metido maquinalmente los dedos en un montón de carne de salchichas que había en la mesa de picar; hacía hoyos, la amasaba rudamente.

—Acuérdate de que no te sentías bien —continuó Lisa—. Es porque ya no teníamos nuestras costumbres. Yo estaba muy inquieta, aunque no te lo dijera; veía perfectamente que te desmejorabas.

—¿Verdad que sí? —murmuró él, cesando un instante de sollozar.

—Y la casa tampoco ha marchado este año. Era como un mal de ojo... Ea, no llores, verás cómo todo se arregla. Pero tienes que conservarte para mí y para tu hija.



También tienes deberes con nosotras.

Él amasaba más despacio la carne de salchichas. La emoción le volvía, pero una emoción tierna que ponía ya una sonrisa vaga en su cara afligida. Lisa lo notaba convencido. Llamó inmediatamente a Pauline, que jugaba en la tienda, se la puso en las rodillas, diciendo:

—Pauline, ¿verdad que tu padre debe ser razonable? Pídele amablemente que no nos apene.

La niña lo pidió amablemente. Se miraron, apretados en el mismo abrazo, enormes, desbordantes, ya convalecientes de aquel malestar de un año del que acababan de desprenderse; y se sonrieron, con sus anchas caras redondas, mientras la salchichera repetía:

—Después de todo, importamos nosotros tres, gordo, sólo nosotros tres.

Dos meses después, Florent era condenado de nuevo a la deportación. El caso hizo un ruido enorme. Los periódicos se apoderaron de los menores detalles, dieron los retratos de los acusados, los dibujos de banderines y fajines, los planes de los lugares donde la banda se reunía. Durante quince días sólo se habló en París del complot del Mercado Central. La policía lanzaba notas cada vez más inquietantes; terminaron por decir que todo el barrio de Montmartre estaba minado. En el Cuerpo Legislativo la emoción fue tan intensa que el centro y la derecha olvidaron la malhadada ley de dotación que los había dividido por un instante, y se reconciliaron, votando, por aplastante mayoría, el proyecto de impuesto impopular del que los propios arrabales no se atrevían a quejarse con el pánico que soplaba sobre la ciudad. El proceso duró una semana entera. Florent se encontró profundamente sorprendido con el número de cómplices que le atribuyeron. Conocía a lo sumo a seis o siete de los veintitantos sentados en el banquillo de los acusados. Después de la lectura del fallo, creyó distinguir el sombrero y la espalda inocentes de Robine, marchándose despacito en medio del gentío. Logre fue absuelto, al igual que Lacaille. Alexandre se ganó dos años de cárcel por haberse comprometido como un niño grande. En cuanto a Gavard, era condenado, como Florent, a la deportación. Fue un mazazo que lo aplastó en sus últimos goces, al final de aquellos largos debates que había conseguido llenar con su persona. Pagaba cara su labia opositora de tendero parisiense. Dos gruesas lágrimas corrieron por su cara asustada de chiquillo de pelo blanco.

Y una mañana de agosto, en medio del despertar del Mercado, Claude Lantier, que paseaba entre las verduras que llegaban, con el vientre apretado por su faja roja, fue a estrechar la mano de la señora François, en la punta de San Eustaquio. Allí estaba, con su gran semblante triste, sentada en sus nabos y sus zanahorias. El pintor seguía sombrío, pese al claro sol que suavizaba ya el terciopelo verde oscuro de las montañas de coles.

—¡Bueno, se acabó! —dijo—. Lo vuelven a mandar allá... Creo que ya lo han

despachado para Brest.

La hortelana hizo un gesto de mudo dolor. Paseó la mano lentamente a su alrededor, murmuró con voz sorda:

—Es París, este condenado París.

—No, yo sé quién es, son unos miserables —prosiguió Claude, cuyos puños se apretaban—. Imagínese, señora François, que no hay estupidez que no hayan dicho, en el tribunal... ¡Han ido hasta a rebuscar en los cuadernos de deberes de un crío! Ese imbécil del fiscal ha soltado una monserga sobre eso, el respeto a la infancia por aquí, la educación demagógica por allá... Me ha puesto enfermo.

Le dio un temblor nervioso; prosiguió, hundiendo los hombros en su gabán verdense:

—Un muchacho dulce como una chica, a quien vi ponerse malo al mirar cómo sangraban a las palomas... Me hizo reír, de lástima, cuando lo divisé entre dos gendarmes. Vamos, no lo volveremos a ver, esta vez se quedará allá.

—Habría debido escucharme —dijo la hortelana, tras un silencio—, venir a Nanterre, vivir allí, con mis gallinas y mis conejos... Yo lo quería, ya ve, porque había comprendido que era bueno... Consuélese, señor Claude, ¿eh? Lo espero a comer una tortilla un día de éstos.

Tenía lágrimas en los ojos. Se levantó, como mujer valiente que soporta con dureza sus penas.

—¡Vaya! —prosiguió—, ahí está la tía Chantemesse, que viene a comprarme nabos. Siempre tan terne, esa gorda de la Chantemesse...

Claude se marchó, vagando por las calles. El día, como un surtidor blanco, ascendía por el fondo de la calle Ranbuteau. El sol, a ras de los tejados, lanzaba rayos rosados, lienzos oblicuos que tocaban ya los adoquines. Y Claude notaba una alegría que despertaba en el gran Mercado sonoro, en el barrio repleto de alimentos amontonados. Era como el gozo de una curación, un alboroto más fuerte de gente aliviada por fin de un peso que le molestaba en el estómago. Vio a la Sarriette con un reloj de oro, cantando en medio de sus ciruelas y sus fresas, tirándole de los bigotitos al señor Jules, vestido con un chaquetón de terciopelo. Distinguió a la señora Lecoœur y a la señorita Saget, que pasaban por una calle cubierta, menos amarillas, con las mejillas casi rosadas, como buenas amigas, divertidas por alguna historia. En la plaza del pescado, la vieja Méhudin, que había recobrado su puesto, golpeaba los pescados, ponía como un trapo a la gente, cerraba el pico del nuevo inspector, un joven a quien había jurado tratar a latigazos; mientras que Claire, más blanda, más perezosa, cogía, con sus manos azuladas por el agua de los viveros, un enorme montón de caracoles que la baba veteaba con hilos de plata. En la casquería, Auguste y Augustine venían a comprar manos de cerdo, con sus caras tiernas de recién casados, y se marchaban en carricoche a su salchichería de Montrouge. Luego, cuando eran las ocho, y hacía ya

calor, encontró, al regresar a la calle Rambuteau, a Órdago y Pauline jugando al caballito; Órdago andaba a cuatro patas, mientras que Pauline, sentada en su espalda, se le agarraba al pelo para no caer. Y una sombra que pasó sobre los tejados del Mercado, al borde de los canalones, le hizo alzar la cabeza: eran Cadine y Marjolin riendo y abrazándose, ardiendo en el sol, dominando el barrio con sus amores de animales felices.

Entonces Claude les mostró el puño. Estaba exasperado por aquella fiesta del suelo y del cielo. Insultaba a los Gordos, decía que los Gordos habían ganado. A su alrededor no veía sino Gordos, redondeándose, reventando de salud, saludando un nuevo día de buena digestión. Cuando se detuvo frente a la calle Pirouette, el espectáculo que tenía a su derecha e izquierda le asestó el último golpe.

A su derecha, la bella Normanda, la bella señora Lebigre, como la llamaban ahora, estaba de pie en el umbral de su tienda. Su marido había conseguido por fin añadir a su comercio de vinos un estanco, sueño largamente acariciado, y que se había realizado por fin, gracias a los grandes servicios prestados. La bella señora Lebigre le pareció soberbia, con su traje de seda, el pelo rizado, dispuesta a sentarse en su mostrador, donde todos los señores del barrio iban a comprarle sus cigarros y sus paquetes de tabaco. Se había vuelto distinguida, toda una dama. Detrás de ella, la sala, pintada de nuevo, tenía pámpanos frescos, sobre un fondo tierno; el cinc del mostrador brillaba; mientras que las ampollas de licor encendían en el espejo fuegos más vivos. Y ella reía en la clara mañana.

A su izquierda, la bella Lisa, en el umbral de la salchichería, ocupaba todo el ancho de la puerta. Nunca sus ropas habían tenido tal blancura; nunca su carne reposada, su cara rosa, había estado encuadrada por crenchas mejor alisadas. Mostraba una gran calma ahíta, una tranquilidad enorme, no turbada por nada, ni siquiera por una sonrisa. Era el sosiego absoluto, una felicidad completa, sin sacudidas, sin vida, bañándose en el aire cálido. Su corpiño tenso estaba aún digiriendo la felicidad de la víspera; sus manos rollizas, perdidas en el delantal, no se extendían siquiera para coger la felicidad del día, seguras de que iría a ellas. Y, a su lado, el escaparate tenía una felicidad similar; estaba curado, las lenguas rellenas se alargaban más rojas y más sanas, los codillos recobraban sus ricas caras redondas, las guirnaldas de salchichas ya no tenían el aire desesperado que consternaba a Quenu. Una gran carcajada sonaba al fondo, en la cocina, acompañada por una regocijante batahola de tarteras. La salchichería rezumaba de nuevo salud, una salud untuosa. Las tiras de tocino entrevistas, las mitades de cerdo colgadas contra los mármoles, ponían allí redondeces de vientres, todo un triunfo del vientre, mientras Lisa, inmóvil, con su digno porte, daba al Mercado los buenos días matinales, con sus ojazos de gran comilona.

Después, las dos se inclinaron. La bella señora Lebigre, y la bella señora Quenu

intercambiaron un amistoso saludo.

Y Claude, que seguramente se había olvidado de cenar la víspera, presa de cólera al verlas tan rozagantes, tan honorables, con sus gruesos pechos, se apretó la faja, gruñendo con voz enojada: «¡Qué bribonas, las personas decentes!».

(1873)

# Notas

[1] Se trata de *Les Halles*, el famoso Mercado Central de París construido a mediados del XIX y hoy desaparecido (en su emplazamiento se alza el Centro Pompidou). [N. de la t.] <<

[2] La resistencia callejera al golpe de Estado del 2 de diciembre de 1851, que llevó al Segundo Imperio, provocó la deportación a la Guayana de cientos de militantes republicanos. [*N. de la t.*] <<

[3] La punta de San Eustaquio era un triángulo junto a la iglesia del mismo nombre, formado por la intersección de las calles Montmartre, Turbigo y Montorgueil. *[N. de la t.]* <<



[4] Este último tramo de la calle del Pont-Neuf, el que atravesaba Les Halles, se llamó luego rue Baltard, en homenaje a Víctor Baltard, el arquitecto del Mercado. [*N. de la t.*] <<

[5] «Camión = carro grande y fuerte para transportar cargas pesadas», como lo definía aún la edición de 1966 del *Diccionario Ideológico*, de J. Casares. [N. de la t.] <<

[6] Empezamos a encontrarnos con términos de difícil traducción, por no existir en España nada similar. Traducir *andouille* por butifarra, por ejemplo, acogiéndome al color y a cierta textura, sería un falseamiento como otro cualquiera. Explico de qué se trata, pues: las *rillettes* están hechas con carne de cerdo o ganso muy picada, cocida en grasa; no se embuten en tripa, sino que se venden en terrinas. Se consumen frescas. La *andouille* es un embutido hecho con tripas de cerdo o de ternera, cortadas en laminillas finas y embuchadas en una tripa blanca y gruesa. [N. de la t.] <<

[7] *Cfr. La Fortuna de los Rougon*, El libro de bolsillo, L5685. Lisa es hija de Antoine Macquart. [N. de la t.] Obra ya compartida en [ePubLibre.org](http://ePubLibre.org). [N. del e. d.] <<

[8] Cfr. *La jauría*, El libro de bolsillo, L5694, y su protagonista Aristide Saccard. [N. de la t.] Obra de Emile Zola de la misma colección Los Rougon-Macquart, compartida también en ePubLibre.org. [N. del e. d.] <<

[9] El *fromage d'Italie* es un picadillo de hígado de ternera o cerdo al cual se le agrega tocino y grasa de cerdo. [N. de la t.] <<

[10] La prefectura de policía —que en París es más que una simple comisaría de policía, pues agrupa también las policías municipal y fiscal— se encontraba en la época en la isla de la Cité, en el Palacio de Justicia, junto al *quai de l'Horloge*. [N. de la t.] <<

[11] El mazagrán original francés no llevaba alcohol. Era un simple café frío servido en vaso alto, al que se le añadía agua. *[N. de la t.] <<*



[12] En la Revolución Francesa, partidarios de J. R. Hebert (1757-1794), inspirador de medidas revolucionarias avanzadas (prisión de los sospechosos, culto a la Razón) y guillotinado por Robespierre, acusado de sectarismo y lenguaje provocador. [*N. de la t.*] <<

[13] Líquido pegajoso que servía para fijar el pelo; se obtenía cociendo pipas de membrillo y otras semillas. [*N. de la t.*] <<

[14] He preferido traducir *Muche*, por tratarse de un apodo. En la jerga arrabalera del París de mediados del XIX *muche* significaba excelente, delicioso, estupendo. [N. de la t.] <<

[15] En la época, comunista es un simple partidario del comunismo, «sistema de los que aspiran a la comunidad de bienes y a la abolición del derecho de propiedad». [N. de la t.] <<

[16] Ese «sans qu'on sût pourquoi» lo tengo por irónico. Para una herbolaria, nada más sencillo que la invención del nombre *Marjolin* partiendo de *marjolaine* = albahaca. [N. de la t.] <<

[17] Al contrario de lo que suelo hacer en otros textos, traduzco aquí los nombres de las viejas calles parisienses del barrio del Mercado, porque se trata de nombres significativos, que perderían mucho al conservarse en francés. Para no despistar a quienes conocen la capital de Francia, doy a pie de página el nombre original. Esta calle del Tocino es la *rue au Lard*. [N. de la t.] <<

[18] *Rue de la Lingerie.* [N. de la t.] <<

[19] *Rue de la Poterie. [N. de la t.] <<*



[20] *Rue de la Deux-Ecus* [N. de la t.] <<

[21] *Rue des Bourdonnais. [N. de la t.] <<*

[22] *Rue de la Ferronnerie y de l'Aiguillerie. [N. de la t.] <<*

[23] *La Grande-Truanderie y la Petite-Truanderie.* [N. de la t.] <<

[24] *Rue Coquillière. [N. de la t.] <<*

[25] En el teatro de la Gaité («la Alegría») del bulevar del Temple se representaban sobre todo melodramas. [N. de la t.] <<

[26] *Rue du Roule. [N. de la t.] <<*

[27] *Rue du Jour* [N. de la t.] <<



[28] «Tête de mort» significa tanto «calavera» como queso de bola. El juego es intraducible al castellano, como lo son la mayoría de los nombres de los quesos de esta «symphonie des fromages» que en castellano suena en tono menor, al faltarnos la vivencia del olor, la textura y el sabor de cada uno de los quesos franceses. [*N. de la t.*] <<

[29] Carlos Augusto Luis José, conde y luego duque de Morny, hermanastro de Napoleón III y ministro suyo, uno de los artífices del golpe de Estado de diciembre del 51. Cfr. *[N. de la t.]* <<

[30] *La Grâce de Dieu*, drama en cinco actos de Gustave Lemoine y de Ennery, estrenada en 1841 y que tuvo un éxito enorme. [N. de la t.] <<

[31] En el *Palais Bourbon* estaba —y sigue— la Asamblea Nacional. [N. de la t.] <<